

N.º 26

\$1.20



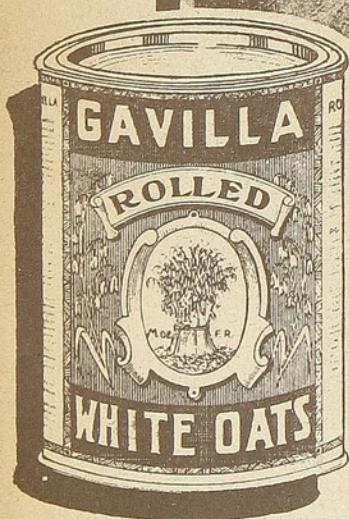
Para
Todos

M. R.

ES PROPIEDAD

HECHO EN CHILE POR

UNIVERSO
SOCIETAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA



Rp.

ALIMENTO PARA NIÑOS

Al agua hirviendo, ligeramente salada, agregue

AVENA GAVILLA

a razón de $\frac{1}{2}$ taza por litro de agua y póngala a cocer durante 20 minutos. Cuélela y váciela a la mamadera con una mayor o menor cantidad de leche, según la edad y estado del niño.

Todos los niños desde los ocho o nueve meses de vida, deben tomar diariamente, una o dos mamaderas de

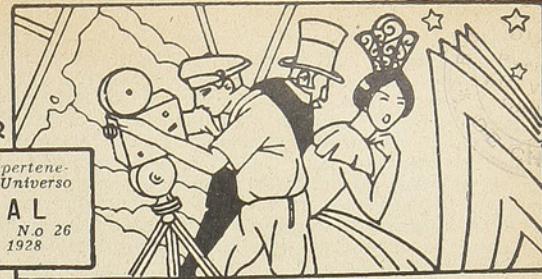
AVENA GAVILLA

Fortifica sus organismos en formación y los ayuda eficazmente en su desarrollo.



PARA TODOS M.R.

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo
REVISTA QUINCENAL
AÑO I N.º 26
Santiago de Chile. 25 de Septiembre de 1928



MUY MUJER Por Paula Valerio



El viejo y célebre doctor X. había resuelto, para descansar y curarse un catarro pertinaz, pasar el invierno en Málaga, la Niza española, vergel medido por tibias y perfumadas brisas, canastilla de flores esmaltada en fondo siempre azul de mar y cielo. Y, además de estar encantado allí el buen doctor, tuvo un inesperado y feliz encuentro: su contemporánea y antigua amiga, la marquesa de C., con quien tropezó de manos a boca cuando, después de haber dado su paseo matinal por el parque, se disponía a tomar unos marisquitos en un café de la calle de Larios.

La marquesa venía muy a la española, de oír misa en la Catedral, con mantilla y cargada de devocionarios. Con su certero golpe de vista conoció al paso al doctor y le paró deshaciéndose en aspavientos.

El doctor también estaba sinceramente alegre por el encuentro.

—Pero, ¿cómo se ha hecho este milagro, marquesa? La creímos ya hecha una neoyorquina y me la encuentro en plena Andalucía. ¿Y el marqués?

—Mi marido quedó allá, hecho un roble, a Dios gracias, y enfrazado en sus negocios. Yo estoy delicada: aquel clima me destroza. Suelo invernar en La Florida; pero este año he tenido el costoso capricho, antes de morirme o de ponerme demasiado torpóna para viajar, de venir a pasar medio año en mi Málaga. Ya no queda aquí nadie de los míos; de los que yo creía que me la hacían amar, pero ella es siempre amable y amada, la eterna mocita! Ahora; que a usted le he encontrado y no lo suelto. Por lo pronto, esta tarde toma usted el té conmigo. Estoy recién instalada en un hotelito que he tomado en la Caleta; ¿verdad que vendrá? Usted no sabe las cosas que tiene que contarme. Lo voy a freír a preguntas. Sobre todo, tiene que hablarme cuanto pueda de María Isabel, su ahijada e hija de mi mejor amiga. Estando en Nueva York, supe que se había casado y vi su nombre en varias crónicas de sociedad. Pero eso no basta a los que, como yo, la queremos bien. Cuento, pues, con usted. Hasta la tarde.

Y, en efecto, por la tarde, a la hora del té, se hallaban frente a frente, muy bien compenetrados, el entonces desocupado doctor y la locuaz y curiosa marquesa, en el salón-cillo que ya se acusaba mansión de una distinguida mujer.

—¿Que si es feliz María Isabel? Ahora, sí, mucho.

—¿Ahora? Luego antes... Cuénteme, cuénteme.

—Oh! Es un caso interesante el de esa chica; verá usted. Como perdió a su madre cuando más falta le hacía, se desorrientó un poquillo; la envanecieron con tanto agasajamiento y solicitarla por su alcurnia, por su dinero, y sobre todo, por su hermosura; porque (usted ya la recuerda) yo no he visto nada que se aproxime más a la perfección que aquella figu-

ra estatuaría y aquel rostro, suma y compendio de cuantos elementos creó Natura para plasmar la Belleza.

Pues bien: como usted llegó a saber, despreció excelentes partidos (hizo bien si no le interesaban bastante), dejó correr esos años tan fugaces de la joven casadera, y por fin, hizo una elección bastante acertada: un inglés de excelente familia, al frente de importantes negocios en España, muchacho activo, inteligente, de sanas costumbres, elegante y correcto, y bueno e inocentón como él solo: a un tiempo un gentleman y un niño grande... y hermosísimo; llamaba la atención y se le citaba como ejemplo de belleza varonil; y desde la adolescente despabiladita a la jamona sentimental, inspiraba pasiones en todas las edades. Pero él ni se envanecía ni le daba a la cosa importancia; hasta que se encontró con María Isabel, y... ¡lo inevitable!: se enamoraron el uno del otro a más no poder.

¿Que por qué no fue más que "bastante acertada", y no un gran acierto, la elección por María Isabel de tan cumplido y atractivo caballero? Pues, porque el caballero tiene unos cuantos años menos que la dama; ¿comprende usted?

Pero, ja fe que no lo parecía cuando se casaron! Yo fui padrino también en su boda, y si hubiera usted visto qué pareja tan perfecta y deslumbradora hacían!

Les despedí para un largo viaje, y las pocas noticias que me enviaron revelaban gran luna de miel. Terminaron en Londres, donde pasaron bastante tiempo, y desde allí ya empezó a escribirme María Isabel, quejándose de trastornos nerviosos y depresión moral. Yo lo atribuía al clima, pero aunque ella me hablaba siempre con el mismo entusiasmo de su Tom, yo comprendí que una sombra, no sabía cual, se había deslizado en su vida.

Regresaron un verano y se quedaron en Biarritz, y yo aun no había podido salir de Madrid, cuando un compañero mío, joven y ya famoso, al que por la fe ciega que inspira a las mujeres, dieron en llamarle "el capricho de las damas", en uno de los paseos que solíamos dar de solitarios rezagados en el veraneo, me enseñó, muy intrigado, una carta anónima que había recibido para ser contestada a la lista de correos y que decía aproximadamente:

“Perdone, ilustre doctor, que le consulte anónimamente. Ya que no puedo ir ahora a que me vea usted, ignore quien soy, pues me duele revelar el secreto que oculto como un crimen. Tengo tantos años — y con pulso tembloroso estampaba la cifra crítica — y tengo... tengo un marido joven, guapo, deseable y deseado, al que adoro, y por el cual (¡bien sabe Dios que es sólo por él!) necesito conservar mi juventud, la hermosura esplendorosa que lo enamoró, pues (amparada por el anónimo, no me da vergüenza decirlo), he pasado por una de las más acabadas bellezas de nuestra buena sociedad. Porque

VIEJO ESTRIBILLO

Por Amado Nervo

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?

—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna...

—¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?

—¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento...

—Di, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?

—Son las nubes que pasan;
mira bien, son las nubes...

—¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo.

—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
es la imagen del cielo...

—Oh Señor! La Belleza sólo es, pues, espejismo,
nada más. Tú eres cierto: sé Tú mi último Dueño.
—Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?

—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
un poquito de ensueño...

mi marido ¡tiene tantos años menos que yo! — y aquí el temblor de la mano hacia casi ininteligibles los caracteres. —

“Yo creía que una hermosura como la mía sería mucho más duradera; pero, sin saber por qué, sin enfermedades ni penas, sin pensar en otra cosa que en cuidar mi físico, he aquí que me veo envejecer por días. La diferencia de años es cada vez más ostensible. Dentro de poco pareceré la madre de mi marido. ¡Qué horror! ¡Por Dios, doctor, ayúdeme a evitarlo! Aconséjeme; no vacilaría ante ningún sacrificio. — Y daba informes de estatura, peso, antecedentes; una serie de datos que revelaban que había leído cuanto se ha escrito en la materia.

“¿Qué plan alimenticio me aconseja? ¿Y de ejercicio? Le advierto que la fatiga me pone el semblante macilento, y el reposo me ocasiona insomnios que también me desfiguran. ¿Es peligrosa la delgadez por fomentar las arrugas, o avenjan más las grasas? ¿Puede ser contraproducente el masaje si no lo da una mano muy inteligente? ¿Qué opina usted de los baños de luz? ¿Y de los baños de vapor?”

Y aquella atormentada mujer que a todo quería recurrir para sujetar su belleza fugitiva, ¡era mi pobre María Isabel!

Se despedía anunciendo un giro que pagaba espléndidamente la consulta, e implorando pronta respuesta.

Yo, naturalmente, le conservé el incógnito, lo comprendí todo, y me quedé triste.

En otoño recibí carta de ella, que me llamaba sin demora a una casa de campo que tienen, donde estaban de temporada.

— ¿Y Tomás? — le dije al entrar.

— Está de caza; tenemos unos días por nuestros para hablar libremente, y que vea usted qué hacemos, porque esto se va, padrino, ¡esto se va!

Y se me echó a llorar perdidaamente.

— ¡Pero, criatura! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué te ocurre para temer por tu vida?

— ¡Qué vida, ni qué ocho cuartos, ni qué me importa a mí la vida si esto no tiene remedio! Lo que se va es mi juventud, mi hermosura, que se escapa, que se evapora, que se filtra a través de todos los minutos que yo paso esforzándome en sujetarla desesperadamente. Mireme usted y juzgue: no se moleste en mentirme. ¡Para qué! ¡Sería peor!

Me arrastró junto a la ventana, puso el rostro a plena luz y... ¡tenía razón! El cutis, macilento, no recordaba en nada aquella tersura de nacarinas tonalidades. Un brillo febril y acerado variaba por completo los ojos divinos, que ahora, orlados de lívidas ojeras, parecían chicos y hundidos; la boca perfecta se desfiguraba por un rictus duro, de dolor sin resignación y hastío sin esperanza; los suaves y armoniosos movimientos eran ahora bruscos y nerviosos; hasta la voz cálida y pastosa, que era una de sus mayores seducciones, se había hecho agria y destemplada. En fin, una ruina.

Yo no pude disimular mi consternación, y ella lo notó y sonrió con doloroso triunfo.

Quise consolarla, hablarle de lo efímera que es la hermosura del cuerpo comparada con las bellezas del alma.

— ¡El alma! ¡Si viera usted, padrino, lo a propósito que tengo el alma para compensar con su hermosura los desperfectos del cuerpo! Se necesita toda la bondad y pachorra de mi Tom, para no aborrecerme ya. Al mismo tiempo que me vuelvo fea me vuelvo también mala; no se ría. A veces gozo en atormentar a mi Tomás, para ver, por la paciencia con que me sufre, que aun me quiere. Otras veces le calumnio y le creo hipócrita y taimado. Otras, pienso que me finge cariño por compasión, ¡y me dan unas ganas de morirme!

Pues, ¡y celos! ¡Una locura! Cuando paseamos juntos, ya no vuelven todos la cabeza a mirarnos, sino ¡sólo las mujeres!, y sus miradas se me clavan a mí en la piel como alfileres.

leres, y me pongo con él mordaz, incisiva, impertinente. ¡Yo no sé de qué son los nervios de ese hombre, que no saltan jamás!

Lo someto a mil pruebas, le tiendo mil celadas. Hace poco hice venir de temporada con nosotros a una muchachita joven (de edad apropiada para mi Tom!) muy linda y muy buena. Una imprudencia, un disparate, ¿verdad? Bien lo comprendí yo, y qué amargo mi goce “dándome con la badila en los nudillos”! Pues, ¡nada!, he de confesarlo: le inspiró una suave y correcta simpatía, y nada más. Pero, ¿cree usted que, pasada mi primera feliz impresión, me quedé tranquila? Pues, no, señor: lo atribuí a que la niña era demasiado inocente, y convidé a otra, algo menos linda, pero consumada maestra en el arte de seducir, y a trozos me coqueta. Y ¡vaya si coqueteó con mi marido, la muy...! Pues, ¡nada también! Por esa concibió una antipatía también muy correcta, y se quedó muy satisfecho cuando partió muy enfurruñada la niña, por no haberlo podido sacar de quicio, “¡a pesar de tener una esposa tan estropeada, la pobre!”

Pero, ¡qué tormentos los míos durante mis experimentos, y qué pasajera la alegría de mi triunfo! ¡Triunfo! ¡Si le dijera a usted que a veces me aliviaría cogerlo en un renuncio para salir de la duda, y para tener razón, y para no despreciarme tanto a mí misma en mis injustas sospechas, en mis odiosas suspicacias, en mi ruin espionaje! Pero, señor, ¿qué habrá hecho este santo varón para cargar con una mujer que al poco se le ha vuelto fea, mala, antipática, totalmente desagradable?

El mejor día voy a hacer una barbaridad para ayudarle a deshacer su error. Porque el error tiene que comprenderlo él; es inevitable, ¡es fatal!

— ¡Ay, marquesa! ¡Qué compasión tan inmensa, tan desolada, me causó la pobre María Isabel al medir, por su triste relato, aquel dolor que ella misma se había creado, pero que era desgarrador y sin remedio!

No se me ocurrió más medio que recurrir al **cauterio**, y la reñí severamente. Estuve duro, cruel. Le dije que todo era debido a que, ya que sus buenos padres, por desgracia, no vivieron bastante para acabarla de educar, ella, con su inteligencia, debía haberse autoeducado, en vez de vivir disipada, ociosa, egoísta, atenta sólo a frivolas vanidades, sin preocuparse de nada serio ni hondo. Le dije que la religión era en ella sólo una práctica de gente **bien**, sin que hubiese entendido jamás la doctrina de Cristo; que su espiritualidad era sólo una coquetería más; que como ella había sido siempre todo forma, todo exterior, todo vanidad, una bella pompa de jabón, por eso no creía a nadie capaz de amores del alma.

Y así, con algunas amargas verdades y muchas exageraciones, para impresionarla, arreglé un sermón apocalíptico. Hasta la llamé impía, materialista, pagana. Provoqué en ella una crisis de llanto beneficioso, sin **rabieta**. Luego le di un calmante, la hice acostar, y se durmió como una criatura.

Al día siguiente la convencí de que estaba realmente enferma, con una enfermedad aguda, de las que se curan, pues no por llamarse neurosis era menos enfermedad ni menos curable, le puse un plan, a cuyos efectos estéticos le di mucha importancia; y a los tres días me la dejé muy contenta y aliviada, amenazándola, para si volvía a las andadas, con un sanatorio donde se learía prohibido ver a su Tomás en mucho tiempo, cosa que la horrorizó, y que hizo que me prometiera cuanto quise.

Pero yo me marché poco esperanzado de que las cosas en definitiva, mejorasen. Por el contrario, se me alcanzaba que, en cuanto volviese de cazar el hermoso Tom, trascendiendo a juventud, fortaleza y aromas montaraces, y ella, admirándolo, empezase a compararse con él, y luego con



otras mujeres, con las más bellas, a cuya cabeza había figurado siempre, se reanudaría para la triste, el suplicio con todos sus horrores.

Y acabé diciendo como el cura aldeano de Campoamor:

"Que es inútil saber para esto, arguyo,
ni el griego ni el latín".

Muy honrado, marquesa, con tenerla tan interesada... ¡Estupendos bocadillos! Pero, ¿de veras ha preparado usted misma estas batatas en compota? ¡No había olvidado las viejas recetas! Mucho se debe a la delicadeza del perfume y sabroso producto especial de esta tierra, pero las primorosas manos que lo han confitado tienen la mayor parte en el éxito.

No, estamos así bien; por mi parte no mande encender. ¡Son tan suaves, apacibles y confidenciales estos atardeceres andaluces...

No, amiga mía, no se haga usted ilusiones; por desgracia aun no he acabado de contarle penas de nuestra pobre María Isabel. Cuando después tuve noticias de ella (que es tan refractaria a escribir, que casi no lo hace más que cuando lo cree indispensable) ya había estallado la gran guerra; y esta

de una serenidad, de una entereza que me dejaron maravillado, y su dolor y su emoción con aquella forma tan inesperada me impresionaron más que me hubieran impresionado los más locos extremos.

—¡Ay, padrino de mi alma! — me dijo con un hondo suspiro. — Ahora sí que sé lo que es sufrir. He tenido en mis brazos, deshecho, muerto, a mi pobre Tom. No me explico como Dios le ha podido dar fuerzas para padecer tanto, y a mí para verlo y para alentarlo y sostenerlo y (no oculto mi orgullo) para disputárselo a la muerte cara a cara, para no darle lugar a una traición.

La victoria ha sido magnífica. ¡Libreme Dios de quejarme, cuando tantos millares han caído para no levantarse más! Tomás vive y vivirá, si Dios quiere, tanto como si no le hubiera pasado nada; su naturaleza era un prodigo, un verdadero modelo fisiológico, y ningún órgano le ha quedado dañado; pero la desgracia no se ha ido con las garras vacías; su terrible zarpazo ha dejado a mi Tom, quizás para siempre, inválido, postrado en un sillón. ¡Aquel hombre todo acción, fuerza, juventud, energía! ¡Crea usted, padrino, que es cosa que parte el alma!

Y por primera vez desde mi llegada, lloró la infeliz espo-



mujer tan apasionada, tan vehemente, tan mujer, empezó a temblar, mucho antes de que partiera su gentleman, que en efecto partió.

Lo que aquella mujer hizo desde entonces no fué vivir, puestos su corazón y su mente en el correo, en el telegrafo, en la prensa y los comentarios, en los envíos de paquetes a los frentes, en las opiniones políticas... Su cerebro era una sucursal del Estado Mayor aliado, y su corazón un termómetro que tan pronto se dilataba hasta querer romperse con la esperanza y el orgullo por las heroicidades de Tom, citado varias veces en la orden del día, como se encogía hasta querer ocasionarle la asfixia por el temor de la catástrofe... ¡que también llegó!

Yo estaba gravemente enfermo cuando supe que a Tomás le había alcanzado la explosión de una grana. La impresión de la noticia me hizo empeorar, y en cuanto pude (que no fué nada pronto) escogí, para ir a reponerme, Monte Carlo, porque supe que allí estaban ellos; él, milagrosamente con vida, y ella convertida en enfermera para él.

Con ella fué mi primera entrevista, y la hallé revestida

sa; pero ¡qué distinto su llanto, sus santas lágrimas, de aquellas histéricas con que me recibió en nuestra anterior entrevista! Pronto las enjugó para expresar su admiración:

—¡Y si viera usted qué equilibrio portentoso el de su espíritu, qué entereza, qué ecuanimidad tan admirable! ¡Dejará de sufrir el pobre mío al verse así! Pues ni una palabra, ni un gesto de impaciencia he sorprendido en él; ni una sombra en su tranquilo y alegre semblante de niño grande, como usted dice. Bien es verdad que yo me multiplico y me devivo por alejar de su mente el dolor de su situación, por evitarlo, por no dejarlo entrar, como hice con la muerte cuando me lo disputaba. Se asombrará usted de mi actividad; ¡con decirle que, como a él le ha gustado siempre mi voz, y la tenía ya abandonada, he tomado profesor de canto, y me doy unas de estudiar que me vuelvo loca!

(Continúa en la página 80)



Exclusividad Max
Glucksmaan

La mujer mas fea de que hay en memoria: Margarita de Carintia

LA venta reciente, celebrada en Londres, del célebre retrato de la Duquesa Margarita de Carintia y del Tirol, pintado por Quentin Mastys, viejo maestro, ha dejado sentado allende toda controversia posible que dicha soberana fué "la Mujer más Fea de la Historia".

Los críticos de arte han discutido las facciones de la Duquesa Margarita, según fueron trasladadas al lienzo por el distinguido maestro flamenco, y han estudiado el retrato de otras mujeres de aspecto poco atractivo, llegando a la conclusión unánime de que el mundo del arte no conoce ninguna mujer que pueda ponerte ni remotamente en parangón con la Duquesa de Carintia como aspirante a la dudosa distinción de Reina de las feas.

Siempre ha habido y habrá disputas y discusiones sobre quién fué "la Mujer más bella de la historia". — Si lo fué Helena de Troya, Friné, Thais, Lady Hamilton, Aspasia, o cien otras. Pero nadie viene a disputarle a la Du-

y del Tirol que vivió entre 1318 y 1369, es evidente que no ponía objeción alguna a que se conociese su fealdad horrible, pues de otro modo el artista no se hubiera atrevido a pintarla tal y como era, pues era una dama poderosa y de temperamento autocáratico que había hecho torturar hasta la muerte a numerosas personas que la habían ofendido.

La extrema fealdad ha fascinado a muchos artistas durante los siglos transcurridos desde la época en que floreciera. El gran Leonardo de Vinci, hizo un dibujo de Margarita, siguiendo el retrato al óleo de Mastis, y éste se conserva en Windsor Castle. Wenceslao Hollar, famoso grabador del siglo siguiente, hizo también otro retrato de la dama, que también se encuentra en Windsor, pero la llamó "La Reina de Tunes," porque el Rey de Inglaterra no estaba en muy buenos términos con esa señora.

Han pasado a la historia algunos hechos concernientes a la vida de la Duquesa Margarita, que demuestran que su carrera estuvo bastante de acuerdo



Mrs. Mary Bover, de Londres, quien disputa a la Polaire el derecho al cetro contemporáneo de la fealdad. Mrs. Bover se ha estado exhibiendo en un circo como la mujer más fea de la época presente.

con sus horripilantes facciones. En su época el sobrenombre que muchos le daban era el de "Maul-taschi" o sea, "Boca de bolsillo".

Fué Margarita la hija única y heredera de Enrique Duque de Carintia y Conde del Tirol. A esta circunstancia se debió que la joven princesa, a pesar de su fealdad, tuviera gran número de pretendientes, no sólo dispuestos, sino anhelosos de casarse con ella. Algunos de estos candidatos a su mano eran niños de corta edad, cuyo porvenir matrimonial estaba en manos de padres y tutores. Uno de los deberes y ocupaciones principales de los soberanos de aquel entonces era pactar buenos matrimonios para sus hijos, pues de tal suerte solían adquirirse países extranjeros como patrimonio que eran de reyes y príncipes.

A la edad de doce años, en 1330, la joven heredera, fea desde pequeña, contrajo matrimonio con Juan Enrique, hijo de Juan de Luxemburgo, Rey de Bohemia, famoso caballero que murió más tarde, peleando en Crecy, a pesar de su ceguera, por su amigo el Rey de Francia. El esposo de Margarita tenía tres años más que ella, y desde luego, dábale por sentado que al heredar la joven los dominios de su padre, el marido goberaría con ella sus estados. En 1335 murió el padre de la princesa. "Boca de bolsillo" y Carin-



El popular dibujo de Sir John Tenniel, titulado "La Duquesa", en "Alicia en el País de las Maravillas", el cual demuestra que cuando el artista quiso pintar una mujer de fealdad suprema, copió a Margarita de Carintia.

quesa Margarita su bien ganado título. Es asaz, sorprendente, cuán pocas son las mujeres que han ganado fama por su fealdad. No podemos menos de pensar que más de una que acaso tuviera derecho a un primer premio en el concurso, pasa desapercibida en todos los países del mundo. Que haya habido solamente dos feas de celebridad internacional durante muchos siglos, parece en verdad inverosímil y absurdo. Una vivió hace seiscientos años y el tiempo ha establecido más allá de toda duda su indiscutible primacía. La otra, Mlle. Claudine Polaire, actriz francesa, ha ganado su puesto por medio de un auto reclamo ininterrumpido y persistente, y es dudoso que sea, ni con mucho, tan fea como muchas que ocultan sus alarmantes facciones. ¡No hay más candidatas para esta distinción peculiar?

Dicen que existen no pocas ventajas para la mujer fea. La belleza se esfuma con rapidez, pero la fealdad perdura, y hasta aumenta con los años. Las más conspicuas de entre las mujeres feas han sido ricas o afortunadas. No hay que olvidar el viejo refrán que dice que "las dichas de las feas, las bonitas las desean."

La vieja Duquesa Margarita de Carintia



Cuadro existente en el Castillo de Windsor, titulado "El Rey y la Reina de Tunes", por Wenceslao Hollar; pero es evidente que la Reina está copiada del viejo retrato de la Princesa Margarita, por Q. Mastys, queriendo el artista ridiculizar a los soberanos tunecinos.

tía pasó a Alberto II de Austria; pero el Tirol fué heredado en plena soberanía por Margarita y su joven esposo Juan. El matrimonio no fué muy feliz; la tirolesa no veía con buenos ojos que administrase el país. Carlos hermano de su esposo, y después emperador de Alemania, batió el nombre de Carlos IV, y se cansó pronto de marido y cuñado. Una noche en que el primero, regresaba a su castillo, después de haberse pasado tres días fuera en una expedición cinegética, encontró cerradas las puertas y izado el puen levadizo.

La feroz y horrible Duquesa apareció en las almenas y con voz de trueno dijo a su legítimo esposo que se volviera a su tierra y que se quedara en ella pues nada más quería saber de él. Como quiera que ya la cruel condesa había hecho torturar y asesinar a algunos de los compañeros que Juan Enrique había traído consigo de Bohemia, el joven príncipe tuvo a bien seguir el consejo que en forma tan descompuesta e insolente se le daba y marchó a su país.

La causa de Margarita fué apañada por el Emperador germano, Luis IV, que deseaba añadir el Tirol a sus posesiones, y obteniendo una anulación irregular del matrimonio de la condesa y Juan Enrique, basada en que la unión no se había consumado, la casó con su hijo Luis Margrave de Brademburgo, en 1342. Varios desastres ocurrieron al celebrarse la nueva boda, achacados por el público en general a castigo del cielo por ser la anulación contraria a la religión católica. Por su parte el Papa Clemente VI colocó al Emperador y a su hijo entredicho de la Iglesia, no levantándose la excomunión hasta 1359.

Durante los tres años subsiguientes al nuevo enlace, Carintia y el Tirol fueron víctimas de la peste negra que destruyó cinco sextas partes de la población en muchas ciudades.

Los territorios fueron también desvastados por un horrible terremoto. Y por último, las tres ciudades principales del Tirol fueron destruidas por el fuego. Tres catástrofes abrumadoras de esta especie, hicieron que la población supersticiosa creyera que algo serio y ominoso ocurría y echaron la culpa a sus soberanos. El "tres" era siempre un número significativo. Algunos años más tarde, Margarita comenzó también a cansarse de su segundo marido, quien, repentinamente, murió en 1361, envenenado según se cree, por su malvada esposa. Dos años después le siguió a la tumba el único hijo de ambos, Meinhard, sospechándose que la desnaturalizada madre fué la causante de su muerte.

Con esto la espantosa duquesa quedó sola en el gobierno de sus dominios, pero su reputación de perversidad había llegado a ser excesiva aún para la población medieval. Sus subditos se alzaron en rebeldía y la confinaron en su castillo debidamente custodiada en tanto esperaban un nuevo soberano. Fué este el Duque Rodolfo IV de Austria, quien se apresuró a ocupar la capital de la Duquesa, asegurándose el trono que, por otra parte, perdida su causa, renunció forzosamente en su favor la malvada Margarita. Presentaron el acta de abdicación en calidad de testigos catorce nobles de sus estados, entre los que se contaba uno de sus principales favoritos, el esforzado caballero Hans von Fründsburg, quien se sintió mucho más seguro de la vida y mucho más dichoso al verse libre de tener que admirar a su pesar a la impudica soberana.

En lo adelante la Duquesa se vió obligada a residir en un castillo de Viena sin poder alguno en sus manos; pero no por eso su carrera había terminado. En todos los años transcurridos últimamente, su fealdad había aumentado. Las mujeres se desmayaban al verla y los niños se daban a la fuga. Mas, a pesar de su aspecto, esta mujer horribilmente tuvo siempre inclinaciones eróticas y no le faltaron innumerables amantes. El valor de éstos debe de haber sido grande, en verdad. Desde luego, que la dama tenía muchos motivos para desdeniarla, desde la donación de castillos y tierras, hasta el potro y todas las horribles torturas que eran cosas harto familiares en la Edad Media.

Analistas antiquísimos hacen constar que Margarita sentía preferencia por los robustos campesinos del distrito próximo a su castillo del Tirol. A muchos de éstos, a cambio de sus favores, concedió una pequeña hacienda y un título nobiliario y hoy en día, no pocas familias prominentes de aquella región se dicen descendientes de esos anónimos héroes de los caprichos de la Duquesa. Cada labriegue que atraía la atención y era objeto de los caprichos de Margarita recibía un pequeño estado territorial titulado un "Schildhof", al cual iba anexo el rango nobiliario. Al mismo tiempo se le concedía escudo de armas, en uno de cuyos cuarteles aparecía una bellísima mano de mujer, indicando que el donante había merecido la

La mujer mas fea de que hay en memoria: Margarita de Carintia

La feroz y horrible Duquesa apareció en las almenas y con voz de trueno dijo a su legítimo esposo que se volviera a su tierra y que se quedara en ella pues nada más quería saber de él. Como quiera que ya la cruel condesa había hecho torturar y asesinar a algunos de los compañeros que Juan Enrique había traído consigo de Bohemia, el joven príncipe tuvo a bien seguir el consejo que en forma tan descompuesta e insolente se le daba y marchó a su país.

La causa de Margarita fué apañada por el Emperador germano, Luis IV, que deseaba añadir el Tirol a sus posesiones, y obteniendo una anulación irregular del matrimonio de la condesa y Juan Enrique, basada en que la unión no se había consumado, la casó con su hijo Luis Margrave de Brademburgo, en 1342. Varios desastres ocurrieron al celebrarse la nueva boda, achacados por el público en general a castigo del cielo por ser la anulación contraria a la religión católica. Por su parte el Papa Clemente VI colocó al Emperador y a su hijo entredicho de la Iglesia, no levantándose la excomunión hasta 1359.

Durante los tres años subsiguientes al nuevo enlace, Carintia y el Tirol fueron víctimas de la peste negra que destruyó cinco sextas partes de la población en muchas ciudades.

Los territorios fueron también desvastados por un horrible terremoto. Y por último, las tres ciudades principales del Tirol fueron destruidas por el fuego. Tres catástrofes abrumadoras de esta especie, hicieron que la población supersticiosa creyera que algo serio y ominoso ocurría y echaron la culpa a sus soberanos. El "tres" era siempre un número significativo. Algunos años más tarde, Margarita comenzó también a cansarse de su segundo marido, quien, repentinamente, murió en 1361, envenenado según se cree, por su malvada esposa. Dos años después le siguió a la tumba el único hijo de ambos, Meinhard, sospechándose que la desnaturalizada madre fué la causante de su muerte.

Con esto la espantosa duquesa quedó sola en el gobierno de sus dominios, pero su reputación de perversidad había llegado a ser excesiva aún para la población medieval. Sus subditos se alzaron en rebeldía y la confinaron en su castillo debidamente custodiada en tanto esperaban un nuevo soberano. Fué este el Duque Rodolfo IV de Austria, quien se apresuró a ocupar la capital de la Duquesa, asegurándose el trono que, por otra parte, perdida su causa, renunció forzosamente en su favor la malvada Margarita. Presentaron el acta de abdicación en calidad de testigos catorce nobles de sus estados, entre los que se contaba uno de sus principales favoritos, el esforzado caballero Hans von Fründsburg, quien se sintió mucho más seguro de la vida y mucho más dichoso al verse libre de tener que admirar a su pesar a la impudica soberana.

En lo adelante la Duquesa se vió obligada a residir en un castillo de Viena sin poder alguno en sus manos; pero no por eso su carrera había terminado. En todos los años transcurridos últimamente, su fealdad había aumentado. Las mujeres se desmayaban al verla y los niños se daban a la fuga. Mas, a pesar de su aspecto, esta mujer horribilmente tuvo siempre inclinaciones eróticas y no le faltaron innumerables amantes. El valor de éstos debe de haber sido grande, en verdad. Desde luego, que la dama tenía muchos motivos para desdeniarla, desde la donación de castillos y tierras, hasta el potro y todas las horribles torturas que eran cosas harto familiares en la Edad Media.

Analistas antiquísimos hacen constar que Margarita sentía preferencia por los robustos campesinos del distrito próximo a su castillo del Tirol. A muchos de éstos, a cambio de sus favores, concedió una pequeña hacienda y un título nobiliario y hoy en día, no pocas familias prominentes de aquella región se dicen descendientes de esos anónimos héroes de los caprichos de la Duquesa. Cada labriegue que atraía la atención y era objeto de los caprichos de Margarita recibía un pequeño estado territorial titulado un "Schildhof", al cual iba anexo el rango nobiliario. Al mismo tiempo se le concedía escudo de armas, en uno de cuyos cuarteles aparecía una bellísima mano de mujer, indicando que el donante había merecido la

La Duquesa Margarita de Carintia, que es sin disputa la Mujer más Fea de la Historia. Reproducción del famoso retrato de la horrenda soberana, pintado por el viejo maestro flamenco Quentin Mastys, obra que acaba de venderse en \$ 100.000.

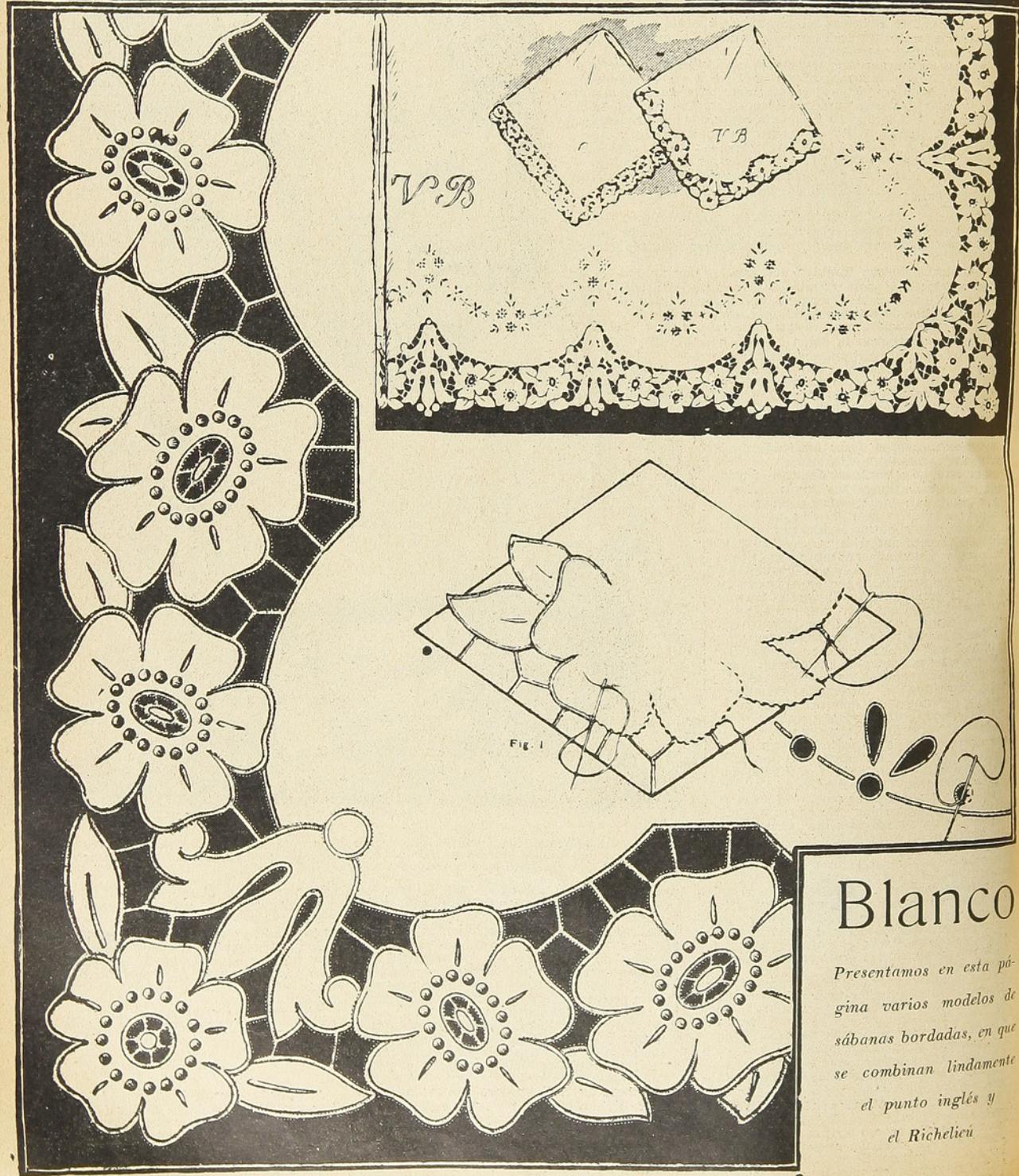
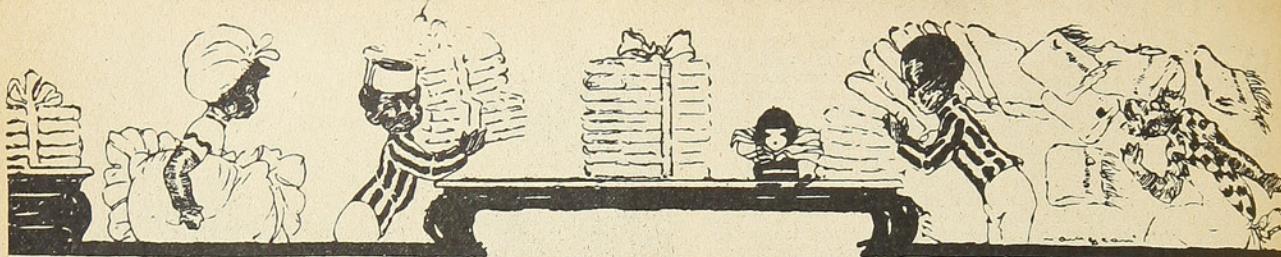
Recientemente el conocido historiador doctor Feuchtwanger ha hecho cuanto le ha sido posible por reivindicar la memoria de Margarita de Carintia. Arguye este sabio que todas las pequeñas peculiaridades y los excentricismos de la Duquesa se debían a una naturaleza sensitiva, que constantemente buscaba diversiones que la hicieran olvidar su fealdad.

Margarita de Carintia y del Tirol, murió en su retiro de Viena el día 3 de octubre de 1369.

Hoy, Mlle. Claude Polaire, la talentosa actriz parisense, reclama audazmente el título poco disputado de "la mujer más fea del mundo", aunque está muy lejos de parecerse a la indiscutible reina de las feas, Margarita de Carintia.

(Continúa en la página 79).





Blanco

Presentamos en esta página varios modelos de sábanas bordadas, en que se combinan lindamente el punto inglés y el Richelieu.

Dempsey y su linda mujercita dedicados al cine

NA buena prueba de las simpatías de que gozan Estelle Taylor y Jack Dempsey es que, con motivo de su viaje a Nueva York, a donde van a comenzar los preparativos para debutar conjuntamente en una obra de teatro titulada "La gran pelea", un numeroso grupo de periodistas dedicados especialmente a escribir sobre asuntos cinematográficos, en el que estaban representados los diarios más importantes de los Estados Unidos, amén de casi todas las revistas cinematográficas del mismo país, se concertó para corresponder, con una fiesta de despedida, a las atenciones que la simpática pareja sabe dispensar siempre a los chicos y chicas de la prensa.

Desde el primer momento se acordó que la fiesta había de ser una sorpresa para los agasajados, y que se habría de celebrar en la casa de los mismos. Lo difícil era guardar el secreto hasta el momento de la proyectada sorpresa, y evitar la plancha que habría resultado si la artista y el ex campeón, a quienes las innúmeras amistades imponen diariamente sin fin de compromisos sociales, no se hubiesen hallado en su domicilio la noche fijada para la fiesta.

Para asegurar lo primero entre gentes cuya misión consiste precisamente en popularizar casi cuanto averiguan, fué preciso tomar precauciones casi molestas para los juramentados. Para lograr lo segundo, personas particularmente estimadas por



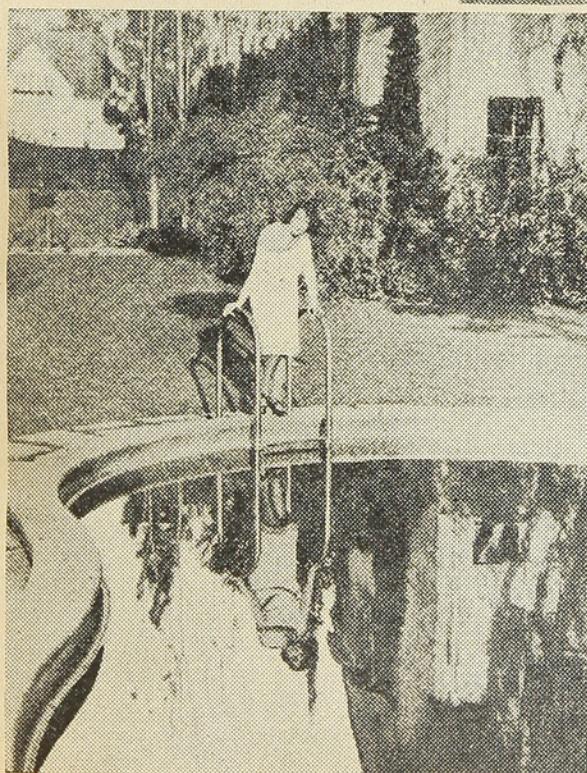
El ex campeón de todos los pesos y su consorte, tomando el sol y el baño en la piscina de su casa particular en Hollywood, que es una de las más hermosas, elegantes y de mejor gusto en la metrópoli del arte mudo.

Estelle Taylor citaron a éstos en su propia mansión con el fin de tratar de algún asunto de importancia, teniendo buen cuidado de que la cita fuese para una hora, poco más o menos, después de aquella en que nosotros debíamos reunirnos en la casa ajena. Otros amigos se encargaron de sacar a la calle al matrimonio y de entretenérselas a fin de que no llegara al hogar antes que los que habíamos de sorprenderlos. Los automóviles de los periodistas tendrían que ser dejados, por supuesto, a suficiente distancia del lugar de la cita, para que al llegar los dueños de la casa no se percatasen de que sucedía algo anormal.

A las ocho de la noche comenzamos a llegar a la puerta del amplio jardín, que da al bulevar de "Los Feliz", y tiene por vecinos a Cecil B. De Mille y al millonario Gillette, el de las maquinitas de afeitar.

A través del trasquilado césped, a oscuras, adivinando dónde había que poner los pies, teníamos que dirigirnos hacia el pabellón de recreo, que se halla en un rincón del bello parque inglés y está unido al edificio principal por una pérgola cubierta por un emparrado. Era preciso ir con cuidado, para no meter la pata en la piscina donde Estelle y Jack suelen nadar, en medio del elegante jardín, bajo el sol, siempre esplendoroso de California.

Entrábamos, uno tras otro, cautelosamente, como ladrones. E íbamos reuniéndonos en el salón de baile y en el de billar, donde sirvientes traídos de uno de los restaurantes más famosos



Estelle Taylor, famosa por derechos propios en el mundo de las películas y felíz compañera de Jack Dempsey, contemplando su propia imagen en el estanque particular de su residencia en las costas californianas.

de Hollywood comenzaban sin dilación a servirnos refrescos. La sobrinita de Estelle había servido de intermediaria para que la servidumbre de la casa se aviniese a entregarnos la plaza sin un solo disparo.

A las nueve de la noche, llegaron a su casa Estelle y Jack. Llegaron también los amigos que les habían pedido cita. Elegiaron éstos la mansión, que es una *manor*, estilo inglés, pero rodeada no de la severidad que corresponde al cielo nebuloso de la Gran Bretaña, sino del alegre colorido que a manos llenas derrama el sol generoso de California.

Estelle y su esposo accedieron con gusto a mostrarles toda la quinta. Y en seguida comenzaron a encenderse focos eléctricos allí donde momentos antes habíamos tenido que andar cautelosamente entre tinieblas.

Los llevaron por toda la casa, donde, en vez del lujo ostentoso que suelen preferir otros enriquecidos fácilmente, predominan la sencillez y la comodidad. Les mostraron los abundantes recuerdos traídos de los países que visitaron durante su largo viaje de bodas, y distribuyeron ahora por todos los rincones de la casa. Les enseñaron especialmente la colección de elefantes de porcelana, de marfil y de madera con que Estelle procura atraer la buena suerte a su casa, ya que a la figura del paquidermo se le atribuye tal virtud, y que la señora de Dempsey goza de tal superstición. Los hicieron asomarse a los balcones y terrazas, para que se formaran una idea del grandioso panorama que desde allí se disfruta: en la noche, salpicado de millones de focos eléctricos; y en el día, inundado de luz solar. Y luego, el jardín, la piscina, la pergola...

—Pero, Jack, ¿por qué estarán las luces encendidas en el salón de baile?—pregunta de pronto la dueña de casa.

Jack sabía tanto como ella. Los acompañantes iban conteniendo la risa.

Se dirigieron allá y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con unos sesenta caballeros y damas, casi todos en traje de etiqueta, y todos sin excepción en son de fiesta, que se acentuó hasta el alboroto al entrar por la sala de billar los dueños de la casa y sus acompañantes!

Era, pues, un *surprise party*: una fiesta inesperada con que los periodistas, que tantas veces habían hablado de la estrella Estelle Taylor en todos los grandes periódicos del país, querían testimoniar a la artista y a su esposo los buenos deseos con que los despiden en el viaje que están a punto de emprender para llevar a cabo el proyecto simpático de dedicarse a una actividad artística que les permitirá seguir tan juntos a la hora del trabajo como lo están siempre en su vida privada.

Estelle y Jack no podían disimular la inmensa satisfacción que sentían al recibir tal prueba de cariño de una profesión que más bien está acostumbrada a que la agasajen que a agasajar.

Jack, examinando los manjares expuestos sobre la mesa de comer—improvisada sobre la de billar—buscaba el que más le gustase para tomar un bocado.

—Esta noche yo soy el único invitado en mi propia casa—decía él con delicia casi infantil.

Estelle, que nos vió en un rincón charlando con George Shaffer, de "The Chicago Tribune", vino a sentarse con nosotros para tomar parte en el chismorreo que gratuitamente nos atribuía. Y cuando se convenció de que tratábamos de cosas casi serias, tuvo a bien pararnos los pies.

—Les voy a hacer una confesión. Para mí, en realidad, esto no fué una sorpresa. Pero fué algo peor. Cuando llegué a casa hace un rato, lo que menos me imaginaba era que a

los pocos momentos estaríamos de fiesta. Pero cuando venía por el jardín y oí murmullos, aquí arriba, en seguida comprendí de que se trataba. Y fué entonces cuando comenzaron mis apuros. Porque, tratándose de un *surprise party* y siendo yo actriz, si no acertaba a simular bien la sorpresa al entrar al salón, equivaldría ello a fracasar como artista; y eso era terrible. Ahora sean ustedes frances para conmigo: ¿les pareció que me sorprendí de veras al entrar?

Y se quedó muy satisfecha cuando ambos le declaramos solemnemente que apenas podíamos creer que su expresión de sorpresa hubiera sido artificial.

Baile. Estelle no baila hoy sólo con su esposo como lo hace casi siempre en las casas extrañas. Baila con todo bicho vivo. Y está más contenta que nunca. Y más hermosa. Y más joven. Sin embargo, nunca la vimos tan sencillamente vestida como hoy.

La alegría nos la explica con facilidad. Viene de firmar un contrato con la Gotham para hacer una película parlante, que va a ser la primera que haga una empresa independiente.

Lo de la belleza y juventud no tiene necesidad de explicación. No osamos referirnos a ella: Dempsey anda demasiado cerca.

Auguramos a Estelle un gran éxito en la pantalla parlante, porque a su personalidad fotogénica agrega la fonogénica, según nuestra opinión, y tiene la ventaja de haber sido educada para las tablas, y domina, sobre todo, el arte de poner segunda intención hasta en las palabras más insignificantes, que es una facultad de que pocos películeros pueden enorgullecerse.

Louise Fazenda, en traje de *soirée*, apenas se parece a sí misma. La felicitamos porque, al fin, la hemos hallado hermosa y elegante una vez en la vida. Casi siempre nos ha tocado verla en traje de faena; y ya se sabe que uno de sus deberes profesionales consiste en ponerse tan fea y estafalaria como le sea posible.

Está más satisfecha que nunca del trabajo que acaba de hacer. Además de ser un papel adecuado el que ha estado desempeñando en estas últimas semanas, se trata de una película hablada; de manera que ha tenido una buena oportunidad para lucir sus facultades.

Louise se nos presenta esta noche como dama de la sociedad; y a fe que nos causa magnífica impresión el verla por primera vez en tal carácter. Pero cuando ha transcurrido tal vez una hora desde la llegada de la pareja Dempsey, cuando Louise se ha convencido acaso de que todos los concurrentes son personas de su confianza, hace a un lado la ceremonia social y comienza a portarse como cuando la vemos en la pantalla: como una cómica películera: gestos, muecas, contorsiones; pero ni una sola palabra. Louise resulta algo así como una "Madame Sans Gêne" que se hubiese tornado muda. Nos acercamos a ella y le decimos al oído:

—Usted tiene que ser siempre Louise Fazenda.

Y se sonríe satisfecha, porque le consta que se lo decimos con amistosa intención.

Fritzi Ridgeway, que viene vestida como si se subiese puesto hacer bien patente cuán escultural su cuerpo es, nos convence con suma facilidad de que se está divirtiendo en este *surprise party* muchísimo más que en el más sorprendente aún que no ha muchas semanas le dieron unos cuantos películeros, a quienes halló un día adueñados de su casa, berrachos y entregados a una orgía descomunal. Le prometemos visitarla el día menos pensado en su chalet de la cárnia de "Outpost", para que nos muestre el lugar de los hechos.

LOS VASOS DEL EMPERADOR

Un día el emperador de Mongolia regaló al de China cuarenta vasos de porcelana, maravillosos por la delicadeza del trabajo.

Para conservar éstos, el emperador de la China hizo construir a propósito una pieza, eligiendo a un mandarín para custodiarlos. A él sólo le era permitido tocarlos de cuando en cuando para quitarles el polvo, cosa que debía hacer con muchísima atención, porque si por desgracia rompía un vaso, sería decapitado.

El mandarín puso mucho cuidado, pero a los siete meses, desgraciadamente, se le rompió uno, y en seguida fué muerto. Un segundo mandarín le sucedió, y a las siete semanas volteó inadvertidamente uno de los preciosos vasos haciéndose pedazos. Inmediatamente, pagó con la vida su distracción.

Un tercer mandarín fué encargado de su puesto, con la misma responsabilidad. Al séptimo día de su nombramiento, le sucedió una desgracia, rompiendo otro vaso, y su cabeza rodó.

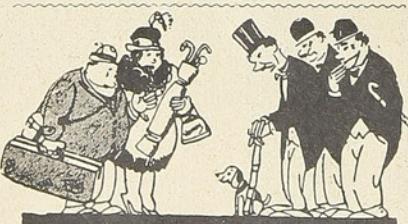
Desgustado el emperador, mandó llamar al más hábil y sabio entre las personas de

su reino y le encargó de la custodia de los treinta y siete vasos que quedaban.

El nuevo cuidador, el mismo día de su arribo, tomó un pañuelo, colocó los vasos y los tiró por la ventana.

—¡Miserable!—gritó el emperador, indignado: ¿Qué has hecho?

—Emperador—respondió el sabio:—he salvado la vida a treinta y siete súbditos vuestros.



—¿Están ustedes contentos de su viaje a Venecia?

—No, señor, no. Cuando llegamos allá, la población estaba inundada.

El emperador calló por un momento y en vez de mandar al sabio al suplicio, lo nombró mandarín.

LA SENCILLEZ

La elegancia, Pepita, es la sencillez. Hay muy pocas mujeres elegantes porque son muy pocas las que se resignan a ser sencillas. Pasa con esto lo que con nosotros: los que tenemos la manía de escribir: escribimos mejor cuando más sencillamente escribimos; pero somos contados los que nos avinimos a ser naturales y claros. Y, sin embargo, esta naturalidad es lo más bello de todo. Las mujeres que han llegado a ser dulces en la elegancia, acaban por ser sencillas; los escritores que han leído y escrito mucho, acaban también por ser naturales.

Usted, Pepita, es sencilla y natural esponiéndole. No lo ha aprendido usted en ninguna parte; el pájaro tampoco ha aprendido a cantar. Y yo, que he escrito ya algo, quisiera tener esa simplicidad encantadora que usted tiene, esa fuerza, esa gracia, ese atractivo de la armonía.



¡Infame! ¡Me has sido infiel!... ¡Amas a otro!... ¡Te voy a matar, perfida, traidora!...

El Cuento de los Ojos Azules

Por ERNESTO GARCIA LADEVESE.

CUANDO visité la Feria de Nijny Novgorod, hiceónme fijar la atención en un mercader persa, llamado Adin, hombre de algo más de cuarenta años, alto, delgado, muy moreno, de rostro enjuto y de mirada triste y melancólica.

Adin comerciaba en sedas y en piedras preciosas, realizando en estos artículos soberbios negocios, y era uno de los más ricos mercaderes de su país que anualmente acudían a la Gran Feria rusa.

No tardé en saber que un dolor intenso desgarraba su corazón y que una terrible desdicha llenaba de amargura su alma.

Al volver el año anterior a su casa de Teherán, una vez cerrada la Feria y deshecho el puente del Oka, Adin volvía gozoso y feliz, no sólo por las ganancias enormes que había

obtenido, sino principalmente porque iba a ver de nuevo los ojos azules de Sira.

Aquellos ojos habían despertado su alma al amor; por ellos había hecho a Sira su esposa. Con aquellos ojos soñaba; por ellos vivía. En el incomparable color azul de aquellos hermosísimos ojos embriagábase Adin enloquecido. Contemplándolos encantado, permanecía horas y horas; y cuando

una sonrisa amante de Sira animaba aquellas pupilas celestes, Adin sentíase esclavo de un mágico hechizo que lo subyugaba deleitosamente colmóndolo de indecible ventura.

El rico y dichoso mercader, que regresaba a Persia sin haber visto desde hacía tres meses aquellos amados ojos azules, volvía resuelto a no ir ya más a la Feria de Nijny Novgorod—la Yarmarka, como la llaman los feriantes.

¿Para qué quería más riquezas? Con las que tenía le bastaba. Aquel sería, pues, el último viaje y no se separaría ya nunca de Sira.

Cuando, por fin, llegó a su casa y Sira corrió a abrazarlo dando gritos de alegría, Adin la miró a los ojos y retrocedió espantado...

¿Qué había visto en ellos? Algo que le pareció horrible. ¡Los ojos de su esposa ya no eran azules!

Los volvió a mirar, creyéndose dominado por una pesadilla... ¡y no eran azules, no!... ¡Su vista no le engañaba!

Hasta se figuró Adin, por un instante, que aquella mujer no era la suya.

Sira, desconsolada al ver la exasperación de su marido, le dijo con la más dulce y cariñosa voz del mundo:

—¡Soy yo, Adin! ¡Soy tu mujer! ¡Soy la misma!... ¡Y estos son mis ojos!

—¡No es verdad!, gritó él, fuera de sí. ¡Tus ojos eran azules!

—¡Cálmate, Adin, cálmate!, replicó ella. ¡Te lo voy a contar todo!

Y Sira explicó a su esposo aquel cambio que tanto lo exaltaba.

Cierto sabio oculista europeo había descubierto la manera de cambiar el color de las pupilas, y apenas la descubrió, uno de los mejores discípulos del sabio se fué a Persia a poner en práctica tan maravilloso descubrimiento. El sistema era infalible, y cada cual podía tener los ojos del color que quería. Sira, como mujer muy mimada, era muy caprichosa y sintió el vivísimo deseo de dar a sus ojos un nuevo color. ¿Se pondría los ojos negros, o verdes, o pardos, o grises?... Negros ya los tienen las moras y las andaluzas; verdes, las bretonas; grises o pardos, una infinidad de mujeres... Y a fuerza de buscar algo distinto, algo verdaderamente nuevo, algo que ninguna mujer tuviera, se le ocurrió la mayor rareza, la mayor extravagancia que podía habérsele ocurrido. Se hizo poner los ojos... ¿De qué color pensáis?... Pues... de color de rosa!

Así es que se comprende la terrible impresión que recibió Adin al encontrarse, en lugar de los magníficos ojos de cielo que locamente adoraba, con aquellos nuevos y extraños ojos... ¡Ojos de color de rosa, pero de rosa pálida, sin vida y sin perfume! ¡Ojos de color de rosa como el sol de Finlandia, sin calor y sin brillo!

Adin lloró, se desesperó... Ya para él Sira no era Sira... ¡La de los ojos azules había muerto!

Viendo tan gran dolor, arrepintióse la infeliz mujer de lo que había hecho en ausencia de Adin, y éste se puso a buscar por todos lados al discípulo del sabio oculista europeo para que devolviese a los ojos de Sira el color azul que tuvieron antes.

—¡Ah!, contestó el doctor, en cuanto dió con él el infeliz esposo. ¡Puedo poner sus ojos de cualquier color que se me pida, menos de aquel que ya han tenido! ¡Los ojos, una vez que se les quita el color que tienen, ya no vuelven a recobrarlo nunca!

Adin cayó en la más honda tristeza, y al año siguiente, echando al olvido su propósito de no hacer más viajes, volvió a la Feria de Nijny Novgorod.

Como su fisonomía quedó grabada en mi memoria desde que me lo enseñaron, lo reconoci en Moscú, pocos días después de haberlo visto en Nijny. Salía de casa de un doctor famoso, de cuyos labios quiso saber si habría medio humano de devolver su color azul a los ojos de Sira.

—¡No, tú ya no volverás nunca a ver azules los ojos de tu esposa!, murmuró el doctor. ¡Un nuevo amor, únicamente, el amor de otro hombre, que renovas del todo su alma, podría devolverles el color que perdieron; y como sólo a su marido puede amar una mujer honrada, los ojos de tu esposa no podrán recobrar su primer color mientras tú vivas!

Bajó la cabeza Adin al oír estas palabras, que para él fueron una terrible sentencia, y volvió a tomar tristemente el camino de Teherán...

Sira, entre tanto, no descansaba, no dormía, buscando sin cesar la manera de devolver el color azul a sus ojos, hasta que, siguiendo el consejo de un santón, se decidió a beber, no como Cleopatra, perlas disueltas, sino dos zafiros disueltos por un procedimiento misterioso que el santón le había indicado. Cuando regresó Adin a su casa, le salió Sira al encuentro, gritando llena de júbilo:

—¡Adin! ¡Adin! ¡Mírame a los ojos! ¡Han vuelto a ser azules...

Y el mercader persa, en cuyos oídos aún sonaban las palabras del doctor de Moscú, al ver de nuevo azules los ojos de Sira, fué a arrojarse sobre ella, ciego de cólera, exclamando:

—¡Infame! ¡Me has sido infiel!... ¡Amas a otro!... ¡Te voy a matar, perfida, traidora!...

Adin había perdido de pronto la razón.

Sira huyó aterrada, y desapareció para siempre.

D ESPUES de cenar se había empeñado aquella buena gente en enseñarme su círculo. Era el eterno círculo provincial: cuatro salas corridas en el primer piso de un antiguo hotel con vistas al paseo; grandes espejos turbios, entarimado sin alfombras, y al azar, sobre las chimeneas —donde quedaban los periódicos de París de dos días antes— macizas lámparas de bronce, las únicas que en la ciudad no se apagaban a las nueve. Cuando llegó había aún en él muy poca gente. Algunos viejos roncaban con la nariz metida en su periódico. Otros jugaban al whist silenciosamente, y a

la verde luz de las pantallas, aquellas cabezas calvas, inclinadas la una junto a la otra, con las fichas amontonadas en las canastillas de seda, tenían el mismo tono mate, brumoso, del marfil viejo.

Afueras, en el paseo, se oía tocar a retreta y el paso de los transeúntes que volvían, dispersados por las calles en cuesta, por los pasos a nivel y por las pendientes de aquella ciudad montañosa.

Después de algunos aldabonazos que, en el profundo silencio, resonaron en las puertas, la juventud—liberada de las comidas y de los paseos en familia—subió ruidosamente por la escalera del círculo y vi entrar unos veinte mozos robustos, flamantemente enguantados, con chalecos descotados, cuellos abiertos y un intento de peinado a la manera rusa, que les daba a todos cierto aspecto de grandes muñecos llenos de colorines: la cosa más divertida que podáis imaginar. Me parecía que estaba asistiendo a una obra completamente parisina de Meilhac o de Dumas hijo, desempeñada por aficionados de Forcalquier o de más lejos todavía.

El mismo desmadejamiento, los mismos aires indolentes, asqueados, el mismo hablar lánquido que constituye el supremo chic del gomoso parisino, los encontraba a doscientas leguas de París, exagerados aún por la torpeza de los actores.

Era cosa de ver aquellos mocetones preguntándose con languidez:

—¿Cómo va, querido?

Y tenderse en los divanes en actitudes de desfallecimiento, estirar los brazos delante de los espejos y decir, con el acento del terruño.

—Es asqueante... es infecto...

—¡Cosa chocante! Llamaban a su círculo el *clob*, pues, como buenos meridionales, pronunciaban *clob*. No se oía más que eso... El mozo del *clob*... el reglamento del *clob*.

Preguntábame yo cómo habrían podido irse a implantar allí, en el ambiente rudo y sano de la montaña, todas aquellas demencias parisinas, cuando vi aparecer la linda cabeza descolorida y completamente rizada del duque de M., miembro del Jockey Club, del Roaring Club, de la caballeriza Delamarre y de otras cuantas sociedades culturales.

Aquel joven "gentleman", a quien sus

extravagancias hicieron célebre en el "boulevard", acababa de deshacer en pocos meses el penúltimo millón de la herencia paterna, y su consejo, aterrado, le mandó al campo, a aquel rincón perdido de Cévennes.

Entonces comprendí los aires desmayados de aquella juventud, sus chalecos en forma de corazón y su pronunciación afectada. Tenía ante los ojos su modelo.

Avenas entró, el miembro del Jockey Club fué rodeado y aclamado. Se repetían sus palabras, se imitaban sus gestos y sus ademanes de tal modo, que aquella pálida figura de petímetro, flaca, enfermiza, pero distinguida a pesar de todo, parecía reflejada alrededor de tontos espejos campesinos que exageraban sus rasgos.

Aquella noche, sin duda para honrarme, el señor duque habló mucho de teatro, de literatura, con tanto desdén como ignorancia, tuteando nombres famosos, atacando las obras maestras, llamando a Emilio Augier "ese individuo" y a Dumas "el pobre Dumas". Ideas muy vagas sobre todas las cosas con frases inacabadas en que las palabras cosa y chisme, reemplazaban a las que no encontraba, desempeñando el papel de esos puntos de que abusan los autores dramáticos que no saben escribir.

En resumen: aquel "gentleman" no se había preocupado nunca de pensar; no había hecho sino girar de muchas esferas, recibiendo en cada una impresiones y juicios, conservados someramente, que formaban parte integrante de él como los bucles del peinado que sombreaban su delicada frente. Lo que conocía a fondo, por ejemplo, era la heráldica, las libreas, las mujeres fáciles, los caballos de carrera, y en eso



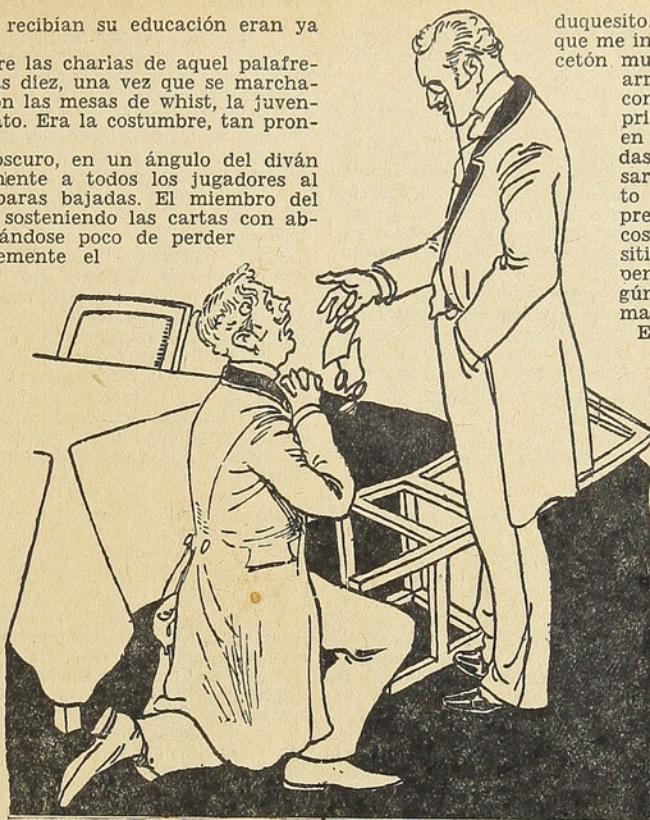
POR ALFONSO DAUDET

los jóvenes provincianos que recibían su educación eran ya casi tan sabios como él.

Pasó la velada, pues, entre las charlas de aquel palafrenero melancólico. A eso de las diez, una vez que se marcharon los viejos y se desocuparon las mesas de whist, la juventud se sentó para tallar un rato. Era la costumbre, tan proneto como llegaba el duque.

Me había sentado a lo oscuro, en un ángulo del diván desde el cual veía perfectamente a todos los jugadores al débil resplandor de las lámparas bajadas. El miembro del Jockey, soberbio, indiferente, sosteniendo las cartas con absoluta desenvoltura y preocuándose poco de perder o de ganar, ocupaba solemnemente el centro de la mesa. Aquel señorón arruinado seguía siendo el más rico de la banda y además estaba bien acostumbrado a aquello. Pero qué valor no necesitaban los otros pobres para permanecer impasibles!

A medida que se iba animando la partida iba siguiendo yo curiosamente la expresión de los semblantes, los nerviosos movimientos de las comisuras labiales, la pálidez, el temblor, el súbito agolpamiento de las lágrimas y los dedos gordos y cuadrados ratiósamente crispados sobre las cartas. Para disimular su emoción, los que perdían lanzaban a través de su mala suerte las frases de "me aburro... me fastidia..."; pero en ese terrible acento del Mediódia, siempre significativo e inexorable, no conservaban esas exclamaciones el mismo empaque de aristocrática indiferencia que les daba el acento parisense del



—¡Guárdate eso, tonto del demonio!

duquesito. Entre los jugadores había uno que me interesaba sobre todo: era un moçoletón muy joven, prematuramente desarrollado, con una cabezota de niño con barba, candorosa, revuelta, primitiva a pesar del peinado, y en la cual se leían claramente todas las impresiones. Perdía sin cesar. Dos o tres veces le había visto levantarse de la mesa y salir precipitadamente; luego, a los pocos minutos, volvía a ocupar su sitio, jadeante, palidísimo, y yo pensaba: "Tú vienes de contar algún cuento a tu madre o a tus hermanas para conseguir dinero."

El hecho es que cada vez volvía el pobre diablo con los bolsillos llenos y reanudaba el juego, furiosamente. Pero la suerte se había encarnizado en contra suya. Perdía, perdía sin tregua. Yo le veía crispado, frenético, sin fuerza siquiera para poner buena cara a su mala suerte. A cada carta que caía sus uñas se hundían en el tapete de un modo que daba lástima.

Sin embargo, poco a poco, hipnotizado por aquella atmósfera provinciana de ocio y de aburrimiento, fatigado también por mi viaje, no tardó en aparecerse la mesa de juego como una visión luminosa, muy vaga y muy borrosa, y acabé por dormirme al murmullo de las voces y de las cartas barajadas.

De pronto me despertó un ruido de palabras irritadas sonando fuertes en las salas

EL Secreto de una Sonrisa



Hay sonrisas de cariño, y de satisfacción, y de vanidad o de orgullo. Y las hay también picarescas y significativas. Y las hay que esconden un secreto. El secreto de esta sonrisa se encierra en dos palabras: ¡bella dentadura! Y el secreto de una bella dentadura es

PASTA ESMALTINA

vacias. Todo el mundo había salido. No quedaban en el círculo más que el miembro del Jockey Club y el mocetón de que acabó de hablar, los dos sentados a la mesa y jugando.

La partida era seria; las jugadas, de diez lujos. Sólo al ver la desesperación que henchía aquel rostro bonachón de *bulldog* comprendí que el montañés seguía perdiendo.

—Mi desquite—exclamaba de vez en cuando, colérico.

El otro, siempre tranquilo, aceptaba. Y a cada nuevo envite me parecía que una maliciosa sonrisa de desprecio casi imperceptible plegaba su labio aristocrático. Oí anunciar “la buena”... y a continuación un violento puñetazo en la mesa. Aquello había terminado; el pobre lo había perdido todo.

Permaneció un momento aterrado, mirando las cartas sin proferir palabra, con su levita descotada completamente cerrada y la camisa arrugada, blanda, como si acabase de batirse.

Luego, súbitamente, al ver al duque que recogía las monedas de oro, dispersas sobre el tapete, se incorporó, gritando de un modo terrible:

—¡Mi dinero; quiero mi dinero!

E inmediatamente comenzó a sollozar, a suplicar:

—¡Devuélvamelo, devuélvamelo!...

¡Ah! Os juro que no balbuceaba ya, que había recobrado su voz natural, angustiosa como la de los seres muy fuertes en quienes las lágrimas acuden difícilmente y son un verdadero sufrimiento.

Siempre glacial, siempre irónico, su adversario le miraba sin pestañear, barajando las cartas. Entonces se hincó el miserable de rodillas en las losas sucias, llenas de salivazos de collillas, y en voz baja, trémula, dijo:

—Ese dinero no es mío... Lo he cogido del despacho de mi casa... Mi padre me lo había dejado para pagar una letra mañana.

La vergüenza le ahogaba... y no pudo decir más.

En cuanto el duque oyó hablar de dinero robado, retiró la silla y se levantó airadamente. Sus pálidas mejillas se arrebolaron ligeramente. Su cabeza tomó una expresión indómita que le sentaba muy bien.

Con un brusco ademán vació sus bolsillos en la mesa, y abandonando durante un minuto su odiosa máscara de gomoso, le dijo rudamente, un poco conmovido:

—Guárdate eso, tonto del demonio. Pero, ¿te has figurado que yo jugaba en serio?

¡De buena gana le hubiera dado un abrazo a aquel gomoso!

ISARAKI

K.

Por Ernesto Morales

Existen innumerables tradiciones que hacen a tal o cual pájaro o animal, como un ex-hombre trocado en bestia por castigo de alguna mala acción que cometiera. Así el cacuy de la selva mediterránea, cuyo canto es un gemido, fué una mala hermana; y el urutau de la selva del litoral, es una amante fiel trocada en pájaro por no querer casarse con el que le obligaban sus padres. El yahá, el guirapayé, la viuda loca, el tayazú guirá, el caburé... todos tienen su leyenda: terroríficas unas, otras melancólicas; pero siempre ejemplares, significando que no en vano se hace el mal o el bien, y que quien lo hace ni queda impune ni deja de adquirir su merecida recompensa.

• • •

He aquí la historia de Isarakí; historia multánime de transformaciones.

Desde niño se había mostrado inquieto, y de ahí su nombre de Isarakí que sus propios padres le dieron. Poco estuvo en la choza de ellos el turbulento Isarakí; adolescente era cuando se echó a vagabundear por las selvas, llevado de su inquietud, que era como una brasa quemadora de los nervios.

Corrió aventuras el turbulento Isarakí: riñas con hombres y animales en las que adiestró sus fuerzas y su astucia; amorios y raptos en los que se mostró prometedor y falaz. Contrajo amistades porque, suelto de lengua, atraía con ese poderoso imán de la palabra.

Corrió riesgos Isarakí, y hasta en peligro de muerte estuvo; pero era bravo y picaro, y si su ingenio no le bastaba para salir airoso, recurria a sus fuerzas. En tales aventuras llegó hasta el más intrincado bosque del Chaco. Allí trabó íntima amistad con un viejo guáá. Era lo único que le faltaba para completar su educación. El guacamayo parlachín y el joven indio se narraron sus mutuas vidas y luego todo lo que cada cual sabía de los moradores de la selva. Fué por ese guáá que el inquieto Isarakí supo de la metamorfosis que la leyenda atribuyera a Juan Tuyá.

Juan Tuyá, en su juventud, habiese encontrado con una cuña payé que, para protegerlo, le había hecho el don de poder metamorfosearse; y fué así como Juan Tuyá, trocado en zorro primero, en tigre y en tucano después, pudo acometer las más disparatadas aventuras y vengarse de sus muchos enemigos.

Isarakí anheló también ese don de metamorfosearse y, con su amigote el guacamayo por guía, echóse a buscar la cuña payé de la leyenda. Encontróla a orillas de un caudaloso río, y el guacamayo le expuso los deseos de su joven amigo. La hechicera lo acogió solicitando en cuanto Isarakí le narró algunas de sus hazañas. Ella era una enemiga de los hombres, a los que en su juventud había amado; y vió en ese turbulento amigo del guáá una preciosa arma. Hizo sus esotéricos signos e Isarakí se halló impuesto del don del diablo, el de poder metamorfosearse a su voluntad; y se trocó en un feroz yaguareté. Fué el más audaz y el más feroz de los tigres, cuenta la tradición; llevó sus fechorías hasta los lugares nunca frecuentados por tigres, y donde llegó puso muerte o espanto.

Desde la más inofensiva iguana hasta la boa más fuerte, todos los pobladores de la selva le temían.

Mas he aquí que fué vencido una vez, no por la fuerza, sino por la astucia de un viejo aguará; y desde entonces Isarakí se metamorfosó en zorro. A la fierza, prefirió la astucia, y pronto se dió cuenta el turbulento que, bajo la piel de

zorro, podía acometer mayores aventuras que bajo la del tigre; era menos temido y menos recelado.

Mucho tiempo anduvo Isarakí trocado en zorro, con su agudo hocico en tierra y su cola en alto; mentor de una innumeraria tribu, era la desesperación de los hombres.

Y una vez, estando de aventura en acecho de una fiera, vió Isarakí cómo la serpiente, sigilosa y lenta, colababa por un diminuto agujero y le robaba su comida, sin que él nada pudiese hacer para impedírselo. Y desde aquella vez quiso ser una sigilosa serpiente.

Trocado en *mbói*, anduvo sólo unos meses. Durante ellos trabó amistad con los seres diminutos de la selva; así como antes, de tigre o de zorro, había podido conocer a los grandes, ahora, el escarabajo o la langosta fueron sus amigos y sus víctimas; y fue trocado en serpiente como Isarakí se enteró de la existencia de la cábá, alado insecto, zumbador y productor de una mixtura tan maravillosa y dulce como la miel.

Y el turbulento que fuera un poderoso yaguareté, anheló convertirse en una insignificante cábá.

Metamorfoseado en avispa, era fatal que produjese más escozores que miel, y hasta pudo ser que fabricase ésta con jugos ponzoñosos. Más hete que Isarakí, llevado de su turbulencia, clavó su agujón en la mano de un hombre que ameñazaba robarle su panal. Sabido es que la avispa muere al dejar su agujón, pero él tornó a su primitiva forma de hombre en vez de morir. El sortilegio de la hechicera lo salvó guardiaba.

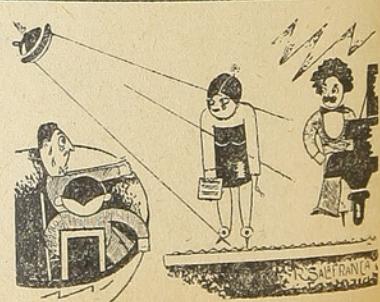
Vuelto a su primitiva forma, Isarakí buscó a su protectora cuña payé, la que lo recibió alborozada. Aquel era, evidentemente, una de sus criaturas predilectas. Ni Juan Tuyá mismo había hecho peores destrozos que Isarakí trocado en yaguareté o en aguará, ni puesto más discordias que él cuando fuera *mbói*, ni más desolada inquietud que cuando convertido en cábá hizo que los hombres desconfiaran hasta de la dulce y bienhechora miel, fabricándola con savia de hierbas malignas.

Isarakí bien podía exigir lo imposible de su protectora hechicera y la pidió entonces que lo trocara en un ser que encerrase las cualidades que él, por separado, tuvo en sus reencarnaciones pasadas: la de la avispa, la serpiente, el zorro y el tigre.

La hechicera lo convirtió en un hombre blanco.

—Pero por qué aplaude si lo ha hecho muy mal?

—Es que mientras aplaudo no la dejó cantar.



VIDA POR VIDA Por - BARRY SHEIL



RA una tarde del verano de 1870. El enemigo había invadido a Francia. Durante todo aquel día el cañón había estado tronando en las alturas que dominan el pueblo de Vandere. La única posada que en éste había, *La Maison Blanc*, estaba situada en el centro del mismo.

La señora Montaudón, la anciana propietaria, acababa de entrar en la enarenada sala desde una habitación interior, cuando, por la puerta que daba al camino, penetró corriendo un hombre sin aliento que en sus brazos llevaba una preciosa niña rubia de siete años.

El recién llegado era joven y vestía el uniforme de soldado de infantería de línea francesa.

—¡Felipe!, exclamó espantada la mujer.

—¡Madre!, murmuró el hombre.

Puso bruscamente en el suelo a la niña y se dejó caer en una silla.

—Madre, repitió en voz baja y entrecerrada. ¡Estoy perdido! Una bomba prusiana prendió fuego a mi casa; lo supe en el momento preciso en que nos llegó la orden de marchar hacia el enemigo en dirección opuesta; no podía pensar sino en mi casa y en mi pequeñuela, que ahí está, y yo...

La voz le faltó; luego dijo:

—Yo me escurrí; no podía soportar la idea de no ver, de no saber cuánto había ocurrido allí. Pensé en lo que me hubiera dicho en semejante caso mi buena, mi amada Celeste, que está en el campo santo; parecía que me decía que corriera a buscar a la niña, a nuestra hija, a la casa quemada, y... no necesito decir más. ¡Soy... un desertor, madre, un hombre perdido!...

—¿Un desertor? ¿Un hombre perdido?

—Sí, dijo el soldado. De deserción al frente del enemigo lo calificarán y el castigo será...

Titubeó y calló; el contacto de la suave mano de la niña con suya detuvo en sus labios la palabra.

—¡Oh, mi querido papá!, exclamó con ardor la pequeña. Fuiste muy bueno viniéndome a buscar. Ellos lo sabrán y te perdonarán.

—¿Perdonar me? ¡Ah, hija mía! Para el soldado que deserta en presencia del enemigo no hay perdón.

—¿Qué te harán, papá?, pre-guntó sollozando.

—Nada, corazoncito mío, respondió, tratando de hablar con tono alegre. Nada, es decir, nada que cause mucho mal.

—Papá mío, dijo la chiquilla con dulzura, me lo figuraba. Así es que reedificaremos la casa, ¿no es verdad? Cuando llegue septiembre y vengas para la vendimia, volveremos a vivir en ella como antes.

La interrumpió el brusco abrirse de la puerta y la aparición de la criada que ayudaba a la señora de Montaudón en el trabajo de la posada.

—Señora, dijo en voz baja la muchacha, ese pobre joven ha muerto.

—¡Ah!, exclamó su ama, como si esperara aquella noticia. ¡Infeliz!

Felipe miró a su madre con curiosidad.

—Se trata de un joven que llegó ayer, se apresuró ella a decir. Tenía un tabardillo y se había quedado rezagado. Le dejaron en el camino por muerto, pero pudo llegar arrastrándose hasta aquí. Era un soldado raso y eso hizo que me acordara de ti, hijo mío. Si, se

te parecía... y mucho... Pero ¿qué sucede? ¿Estás malo?

Se adelantó, pintado el temor en el semblante, porque el soldado, que se había puesto en pie y acercado a la ventana, se echó de pronto hacia atrás, lívidas las mejillas.

—Ahí están todos los que me buscan, dijo sin aliento. ¡Estoy perdido!

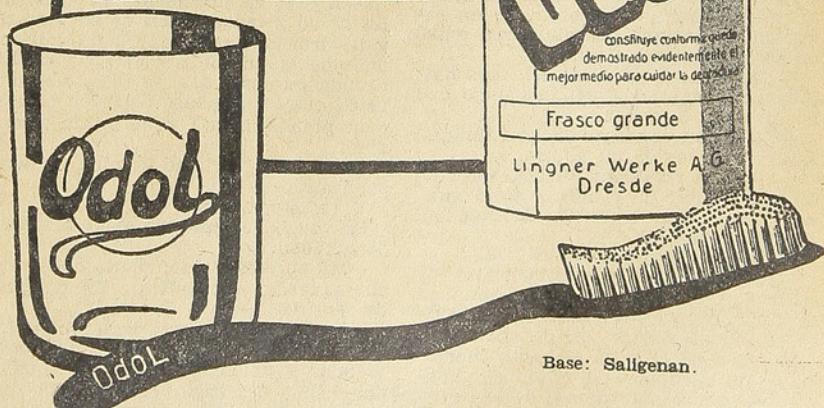
La señora Montaudón se retorció las manos.

—¡Ah! Felipe, hijo mío, no estás perdido. Te salvaremos, te ocultaremos.

—De nada valdría, madre; registráran todos los rincones. No hay escapatoria.

Un hecho muy interesante

Ha sido demostrado en miles de ejemplos por la ciencia y por la práctica, que los efectos higiénicos, es decir profilácticos, desinfectantes y sanitarios en general que ejerce el Odol sobre los dientes la boca, las amigdalas, la garganta etc. y indirectamente sobre todo el organismo son mucho mayores aun de lo que en el principio se había presumido.



Base: Saligenan.

Y cogiendo en sus brazos a la niña, exclamó:

—¡Ah, mi pequeñuela, que no tiene madre!

La estrechó contra su pecho e inundó de besos la carita dulce y triste que se volvía hacia él, hasta que de pronto se contuvo por los tirones fuertes que le daban en la manga.

—No morirás, balbuceaba la señora Montaudón. ¡No, no será! Tengo una idea, y señaló con el dedo la puerta de la habitación, por la que había entrado hacia poco la muchacha. Ese pobre mozo que ha muerto, añadió en voz tan baja que apenas se la oía, se parecía mucho a ti, tan parecido, que tal vez podamos engañarlos. Ponle tu uniforme; así, cuando vengan, se encontrarán a Felipe Montaudón muerto. ¿Te haces cargo? ¿Me comprendes?

Casi instantáneamente y sin más explicaciones Felipe se percató de todo. Una vez más la esperanza extendía hacia él su mano cariñosa y consoladora. Su semblante se animó, y llevando la niña a la ventana, la mandó que se pusiera en acecho durante su ausencia, que sería de pocos instantes, y le llamase en el momento en que viera aparecer los soldados por el extremo de la calle.

Asintió ella prontamente, y apenas había terminado el lúgubre cambio de trajes, cuando con voz urgente le llamó:

—Papá, papá, los soldados!

Felipe corrió a la ventana.

—Sí, dijo estremeciéndose, son los que me buscan, pero no pertenecen a mi batallón, han nombrado a los de otro para practicar ese servicio. Así, pues, hay esperanza; no me conocen personalmente.

—¡Gracias a Dios!, exclamó fervorosamente la señora Montaudón. Pero vete, escóndete en el monte, en donde la espesura sea mayor.

Instado de aquella manera Felipe ya no vaciló; no había un momento que perder, porque los soldados venían a prisión; y apenas había él salido por la puerta, hicieron alto en el patio de la posada.

Estaba sola la niña junto a la mesa; un oficial joven, un capitán de un regimiento alsaciano de infantería, entró en la habitación.

—¿Quién es el amo de esta posada?, preguntó con amabilidad. Supongo que no serás tú, hija mía.

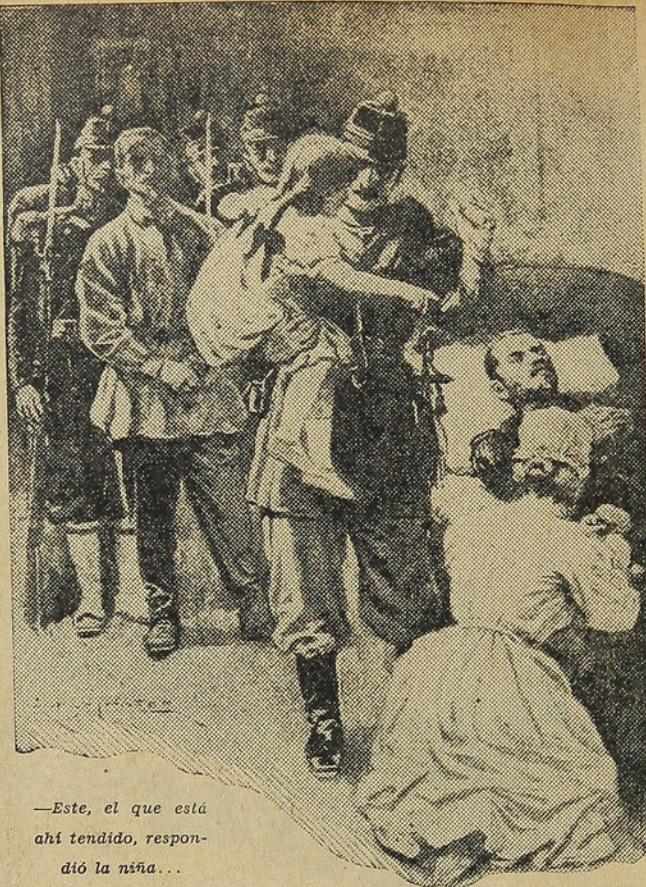
—No, señor, contestó ella con timidez. Esta posada es de mi abuela.

—¿Conque es de tu abuela, verdad?, dijo él, siempre en el mismo tono amable. Y se llama la señora Montaudón, ¿no es cierto?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Y dónde está en este momento esa señora?, preguntó él. Necesito verla en seguida. Estoy buscando..., el oficial titubeó..., un soldado, un desertor...

La vista de la niña le había conmovido. Con la rapidez del relámpago apareció ante sus ojos su casa de la lejana Alsacia, su hermosa y joven esposa y su hija. No quiso volver a emplear esa última palabra delante de ella.



—Este, el que está ahí tendido, respondió la niña...

—Un soldado..., e hizo otra pausa. Me han dicho que está aquí.

—No está, señor, exclamó con ardor levantando la cabeza. Está lejos, ¡ah, sí!, muy lejos...

Alzó la cara para mirarle de frente, con su carita llena de confianza, inocente y pura, que le enterneció el corazón.

—Sabe usted, dijo en tono confidencial, que es mi papá, mi querido papá; mi madrecita se fué al cementerio y no volverá más a mi lado. Así, pues, ya usted lo ve, no tengo más que a él, a mi papá. Mi abuela es muy buena, pero es vieja, muy vieja.

—Y tu papá, ¿dónde está. Vamos, dímello.

—No lo sé, señor..., ha huído.

—Sí, esa es justamente la cuestión; ha huído y tengo orden de encontrarlo y llevármelo. Sargento, añadió volviéndose hacia un individuo alto y de faz ceñuda que estaba a su lado, dispóngase usted que los soldados registren el bosque; probablemente en él estará escondido.

—¡Oh, no!, exclamó la niña en tono suplicante.

Y rompió a llorar.

En aquel momento apareció la señora Montaudón.

—Mil perdones, dijo; siento haber hecho aguardar al caballero. ¿En qué puedo servirle?

—No se trata, señora, de ninguna clase de servicios; he venido aquí para prender a un cierto Felipe Montaudón por haber desertado en presencia del enemigo. Creo que es su hijo.

—¡Mi hijo!, exclamó la anciana, simulando agudo dolor. ¡Ah! Mi pobre y

desgraciado hijo murió, señor, hace media hora.

—Vamos, buena mujer, dijo. ¿Se figura usted que voy a dar crédito a ese cuento?

—¡Ah! Si el señor duda de mis palabras puede cerciorarse por sí mismo.

El oficial la siguió al cuarto inmediato y se acercó a la cama de madera donde yacía el soldado muerto.

—Cosa extraña!, murmuró, inclinándose para examinarlo; luego se enderezó súbitamente y lanzó una penetrante mirada a la anciana, que permanecía de pie tapándose los ojos con el pañuelo y fingiendo un profundo dolor.

Estaba a punto de dirigirle la palabra, cuando de pronto se oyó ruido afuera, y el sargento, a grandes pasos, entró en la habitación, seguido de varios soldados, entre dos de los cuales venía prisionero Felipe Montaudón. El sargento se cuadró y saludó militarmente.

Señor capitán, dijo, hemos encontrado a este hombre escondido en el bosque. Creemos que sea el desertor Montaudón. El lo niega.

—¿Quiere el señor ver, interrumpió la anciana, y fijarse un poco en mi pobre hijo muerto que tengo aquí?

El oficial miró alternativamente a una y a otra, retorciéndose el bigote y frunciendo las cejas.

—Sargento, reconozca usted ese cadáver, ordenó de pronto.

Este obedeció.

Ahora bien, ¿cuál de los dos concuerda mejor con la filiación que le han dado del desertor Montaudón, el vivo o el muerto?

—El vivo, señor capitán.

—¿Está usted seguro?

—Casi.

—No me conformo con casi, dijo convive el oficial. Es cuestión de vida o muerte.

—La cosa puede aclararse en seguida. —¿Cómo?

—Por medio de la niña, señor.

—Ah, la niña!

Una sombra oscureció el rostro del oficial, quien en aquel momento sorprendió a Felipe que estaba cambiando con su madre una expresiva mirada.

—Si el señor capitán me lo permite iré por ella, dijo la anciana, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero el sargento, sonriendo siniestramente, se interpuso.

—No puede ser, dijo fríamente; el señor capitán no puede permitirlo. No debe decirle a la niña que ha de contestar a las preguntas que se le hagan.

—Ciento es, dijo prontamente el oficial, aunque su corazón no estaba de acuerdo con sus palabras; yo mismo iré a buscar la niña.

Pasaron unos minutos antes de que volviera, y cuando volvió, con la niña en brazos, se acercó a la cama.

—Es éste tu padre, el que está aquí tendido o aquél que está allí de pie?

La niña titubeaba. La señora Montaudón cesó de sollozar y escuchaba con atención; el silencio que reinaba en la habitación era completo.

—Vamos, insistió bondadosamente el oficial, ¿es éste o aquél?

(Concluye en la pág. 78)

La Belleza
es un Arma Poderosa

Por CHARLOTTE ROUVIER.

*Hay mujeres que todas las mañanas os-
tentan un cutis nuevo, flamante.*

Este hecho no tiene nada de extraordinario, pues son muy conocidas las especiales virtudes de la cera mercolizada, que tiene la propiedad de hacer que las viejas escamas, resacas y gastadas, de la cutícula exterior de la piel, se desprendan de una manera imperceptible pero constante, permitiendo así la aparición del nuevo cutis que toda mujer posee debajo de esa caduca cutícula. Para lograr este magnífico y rejuvenecedor efecto basta hacerse todas las noches, antes de acostarse, un ligero masaje de la cara, cuello, descote, brazos y manos, extendiendo sobre dichas partes del cuerpo una capa de cera mercolizada, frotando luego de un modo suave y dejando la cera hasta la mañana siguiente para retirarla con un poco de agua tibia.

La cera mercolizada, cuyas maravillosas cualidades se adaptan espléndidamente a las condiciones climatológicas de los países sudamericanos, se distingue de todas las pretendidas cremas de "tonette" que son orrecidas al público sin que se haya tenido en cuenta que no convienen a estas latitudes y sin que hayan sido previamente mercolizadas. En toda farmacia o perfumería de una cierta categoría se halla cera mercolizada.

Acerca de shampoos.

Hay un sinnumero, que pueden ser calificados como buenos, innocuos y malos. Es imposible que una marca de shampoo pueda resultar apropiada para cada diferente especie de cabello. En algunos casos, saca demasiado del aceite natural; en otros, insuficiente. Las personas de cabello claro necesitan un shampoo mas suave que las de cabello oscuro. Lo lógico, pues, es que uno mismo prepare su propio shampoo, graduando su fuerza de acuerdo con las necesidades de su cabello. Como una planta en tierra fértil y bien cuidada, el cabello crecerá abundante y hermoso si se le cuida apropiadamente; pero si abusase de él, como hacen muchas mujeres que lo lavan con fuertes soluciones alcalinas, se obtendrán los mismos efectos que si se echa un veneno para yugos sobre una planta delicada. Antes de concluir, debo manifestar que mi farmacéutico me recomendó el empleo de stallax sencillo, en lugar de los shampoos en polvo, ya preparados; y debo hacer constar que esta sustancia resulta ideal para el fin indicado. Hace que el cabello se vuelva suave y ondulado. En cualquier farmacia, se puede conseguir stallax, en paquetes cerrados que contienen suficiente cantidad para 35 ó 40 shampoos; también se expende, por pocos centavos, en pequeños paquetitos de muestra.

Los peligros del rouge.

El carmín o rouge, a más de dar al rostro un antíptico aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrillos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquiera farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

Para extirpar las raíces del vello.

Las damas a quienes contrarie el crecimiento del pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera, que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquiera botica, es suficiente para el caso.

La Vuelta del Presidio

Por ADRIAN DEL VALLE

Le rendía ya el cansancio; pero agujoneado por el ardiente deseo de llegar al pueblo antes de que hubiera cerrado la noche por completo, resistía la fatiga y se empeñaba en andar, jadeante, fija la mirada en la lejanía, donde el sol poniente ya no alumbraba, buscando la torre del campanario, que había de anunciarle el término de su jornada.

Al fin, no pudo más y tuvo que descansar.

Sentóse al borde del camino, sobre un montón de piedras; y, los codos contra las rodillas, sostuvo con las manos la ardorosa cabeza.

Entonces, por vez primera, pensó en lo que podía esperarle en el pueblo, y tuvo miedo de sus pensamientos. Quince años hacía que partiera para un presidio a purgar una condena por muerte violenta de un hombre en legiti-

CANAS



Viejo a los 30 años

Parece un contrasentido y sin embargo, nada más cierto. Hay millares de personas que a los 30 años, con sus cabelleras grises, tienen apariencia de vejez. El amor y el éxito son enemigos de los cabellos grises. Hoy se exige para todo juventud real o aparente. ¿Por qué no conquista Vd. esa juventud si para ello le ofrecemos el más cómodo y eficaz de los procedimientos conocidos? Compre hoy un frasco de "LA CARMELA", úselo al peinarse como loción y a los ocho días verá maravillado que sus canas han desaparecido.

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: \$ 15.— m/l.

DROGUERIA del PACIFICO S. A., Sucs. de DAUBET & Cia.
SANTIAGO — VALPARAISO — CONCEPCION — ANTOFAGASTA

EXIJA LA LEGITIMA AGUA DE COLONIA HIGIENICA,

"La Carmela"

ma defensa. Durante ese tiempo había cesado de tener noticias de su mujer; luego logró escapar del presidio, vagando miserable, hasta que últimamente tuvo ocasión de embarcar como marinero en una goleta que se dirigía a Cuba. Y al llegar aquel mismo día a la Habana, después de un viaje largo y penoso, sin esperar permiso del capitán, saltó a tierra y emprendió a pie la marcha hacia el pueblo, sólo distante algunas horas de la ciudad.

Y Hallaría a Concha, su linda mujercita, a quien amaba con toda la intensidad de su alma, cuyo grato recuerdo fué lo único que había endulzado los amargos días de presidio y de miserable vagar por la ingrata tierra africana?

Pensaba también en sus amigos, en sus conocidos, y le inquietaba sobre todo el trato que le dispensarían; pero esas inquietudes se desvanecían al imaginarse el intenso placer que sentiría al ver y estrechar de nuevo contra su pecho a la mujer amada.

Un canto lejano le distrajo. Era canto de la tierra, una guajira plañidera en boca varonil,

cambio; pero se lo merece, porque es una hermosa mujer, y más buena que hermosa.

Luciano sintió un agudo dolor en el pecho, tan intolerable, que como un desahogo físico tuvo que agarrarse con crispantes manos a uno de los palos de la carreta.

Durante un buen rato no se atrevió a hablar, temeroso de exteriorizar la profunda emoción que le embargaba.

El mulato azuzó a las bestias, que se habían detenido en un gran bache, y luego dijó dirigiéndose a Luciano:

—¿Conoce usted al ama?

Vaciló un momento, pero al fin contestó:

—No; pero conoci a su primer marido.

—Un mal sujeto, que lo mejor que hizo fué morirse, según dicen las buenas gentes que lo conocieron.

—Las buenas gentes son muy compasivas y bondadosas, contestó con dejo amargo Luciano.

—No creo que mi ama sintiera mucho la pérdida, y la prueba está que se casó apenas supo que lo habían muerto al intentar

pelota de goma. Una de las veces, la pelota fué a ocultarse debajo de la mesa en que estaba Luciano, sin que la niña lo notara.

—Tómala, aquí está, le dijo.

—La niña se acercó, y entonces pudo contemplar bien sus facciones, que le recordaron las de la mujer que tanto amaba.

Atrajola hacia sí y la acarició.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó.

—Conchita.

—Nombre muy bonito, pero tú eres todavía más bonita.

—Mi mamá dice que debo ser más buena que bonita.

—Tiene razón. ¿Y dónde está tu mamá?

—Allá dentro, y mi papá es aquel que está tras el mostrador. ¿Tienes tú papá y mamá?

—No.

—¿Y tampoco tienes una niña?

—Tampoco.

—¡Oh, qué malo debe ser eso!..., y lo miró compasiva con sus hermosos ojos.

Conquistado por aquella mirada, atrajo más



Al fin, no pudo más y tuvo que descansar

cuyas entonaciones largas resonaban melancólicas y tristes en el silencio de los campos, hasta desvanecerse con lánguidos desmayos en las lejanías de la sabana. Al terminar el canto, sonó la voz más cerca:

—¡Tesis, buey!

Y apareció en el recodo del camino pesada carreta tirada por yunta de bueyes y dirigiéndola por un joven mulato de rostro alegre.

Al pasar frente de Luciano, dijole:

—Buenas tardes, amigo. ¿Está usted descansando?

—Sí, contestó. Me dirijo a San José y no acabo de llegar. ¿Estará muy lejos todavía?

—Media legua escasa. Suba su mercé, que yo le llevaré.

No se hizo de rogar, y de un salto subió a la carreta. El mulato era comunicativo y habló sin parar de distintas cosas. Luciano, fijo en su idea, le preguntó:

—Oye, ¿conoces en el pueblo a una mujer llamada Concha?

—Concha... Como no sea la esposa de mi amo Miguelón.

—No debe ser la misma; la Concha a que yo me refiero es la mujer de uno que fué un presidio...

—Cabal. Pues es la misma. El primer marido murió en presidio, y entonces ella se casó con amo Miguelón, que tiene muchos centenes y es dueño de la mejor posada y bodega del pueblo. Y que no ganó poco en el

escapar del presidio. Verdad que la pobre estaba en la miseria y tenía a su viejecita enferma y un niño muy delicado, hijo del otro...

—¿Y ese niño?

—Murió, al poco tiempo de casarse ella; pero ahora tiene una preciosa chiquitina que es su mismísimo retrato.

—Había cerrado la noche. El silencio de los campos era sólo interrumpido por el chirrido ingrato de la carreta y las enérgicas exclamaciones del conductor. Al fin divisaron algunas luces a un extremo de la calzada. En la primera casa del poblado, detuvose el vehículo.

—Hemos llegado, amigo, dijo el mulato.

Luciano descendió y penetró en la posada. La estancia era grande. A la derecha estaba la cantina y bodega; tras el mostrador un hombre robusto de mediana edad, de semblante placentero, hablaba con dos montunios, a los que servía cerveza. A la izquierda había cinco o seis mesas de madera, en una de las cuales jugaban y bebían cuatro guajiros.

Sentóse y pidió de comer, pero apenas probó bocado de lo que le sirvieron. En su mente estaba fija la imagen de la mujer que había tralcionado su memoria, y sombríos pensamientos de venganza empezaban a dominarle.

Buscando una distracción a su dolor, fijó los ojos en una niñita de cuatro o cinco años que correteaba por allí jugando con una gran

hacia sí a la niña y la besó en la frente.

—Vamos, niña, dijo una voz a espaldas de Luciano; no molestes al señor.

Levantó vivamente la cabeza y vió a Concha, un poco más gruesa, pero siempre hermosa.

—No me molesta, contestó con voz velada; al contrario, me causa placer su charla. ¿Es hija de usted?

Concha hizo un signo afirmativo.

—Es muy hermosa, continuó, y se parece mucho a usted. Será usted feliz teniéndola.

—Sí, muy feliz.

—Que Dios se la conserve.

—Gracias, señor.

Beso ella con transporte a su hija y luego dijo:

—Vamos, despidete de este señor, que es hora ya de irte a dormir.

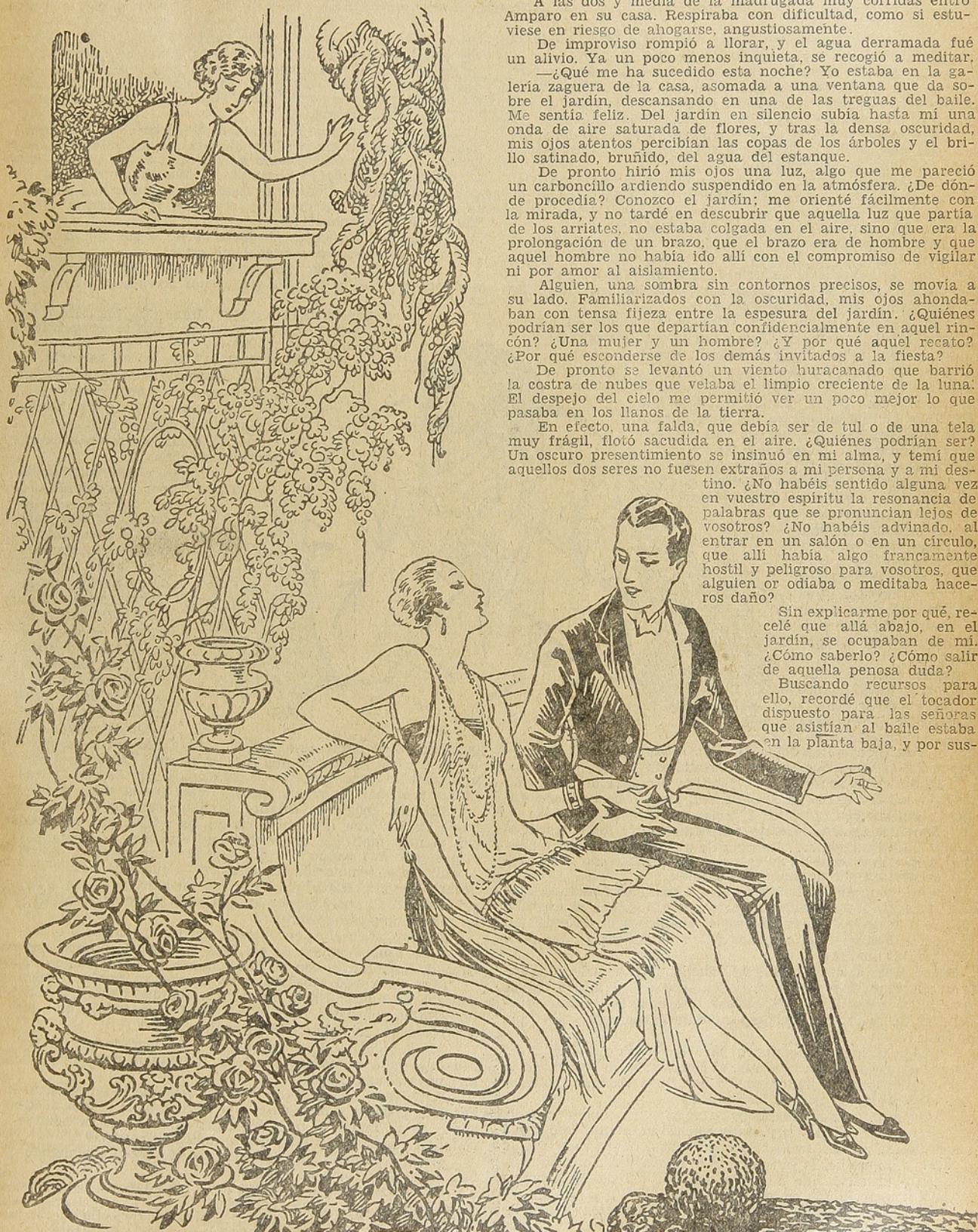
La niña le echó los bracitos al cuello, exclamando:

—Adiós, adiós!

Madre e hija desaparecieron y Luciano quedó pensativo. Después, levantóse, pagó la comida y salió...

La calzada estaba desierta, el cielo estrellado, el ambiente calmoso. Luciano avanzó resuelto y se perdió en la oscuridad, dejando tras sí, desvanecida para siempre, la póstera esperanza de dicha...

M i s t e r i o y D o l o r



A las dos y media de la madrugada muy corridas entró Amparo en su casa. Respiraba con dificultad, como si estuviese en riesgo de ahogarse, angustiosamente.

De improviso rompió a llorar, y el agua derramada fué un alivio. Ya un poco menos inquieta, se recogió a meditar.

—¿Qué me ha sucedido esta noche? Yo estaba en la galería zagüera de la casa, asomada a una ventana que da sobre el jardín, descansando en una de las treguas del baile. Me sentía feliz. Del jardín en silencio subía hasta mí una onda de aire saturada de flores, y tras la densa oscuridad, mis ojos atentos percibían las copas de los árboles y el brillo satinado, brumido, del agua del estanque.

De pronto hirió mis ojos una luz, algo que me pareció un carboncillo ardiente suspendido en la atmósfera. ¿De dónde procedía? Conozco el jardín; me orienté fácilmente con la mirada, y no tardé en descubrir que aquella luz que partía de los arriates, no estaba colgada en el aire, sino que era la prolongación de un brazo, que el brazo era de hombre y que aquel hombre no había ido allí con el compromiso de vigilar ni por amor al aislamiento.

Alguien, una sombra sin contornos precisos, se movía a su lado. Familiarizados con la oscuridad, mis ojos abordaban con tensa fijeza entre la espesura del jardín. ¿Quiénes podrían ser los que departían confidencialmente en aquel rincón? ¿Una mujer y un hombre? ¿Y por qué aquél recato? ¿Por qué esconderse de los demás invitados a la fiesta?

De pronto se levantó un viento huracanado que barrió la costa de nubes que velaba el limpio creciente de la luna. El despejo del cielo me permitió ver un poco mejor lo que pasaba en los llanos de la tierra.

En efecto, una falda, que debía ser de tul o de una tela muy frágil, flotó sacudida en el aire. ¿Quiénes podrían ser? Un oscuro presentimiento se insinuó en mi alma, y temí que aquellos dos seres no fuesen extraños a mi persona y a mi destino. ¿No habéis sentido alguna vez en vuestro espíritu la resonancia de palabras que se pronuncian lejos de vosotros? ¿No habéis adivinado, al entrar en un salón o en un círculo, que allí había algo francamente hostil y peligroso para vosotros, que alguien os odiaba o meditaba haceros daño?

Sin explicarme por qué, recelé que allá abajo, en el jardín, se ocupaban de mí. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo salir de aquella penosa duda?

Buscando recursos para ello, recordé que el tocador dispuesto para las señoras que asistían al baile estaba en la planta baja, y por sus

LA CAMPANILLA

Por

MARIA ENRIQUETA

Diego, emocionado, tembloroso, introdujo la llave en la cerradura para abrir el armario de su mujer...

¿Con que era verdad? ¿Conque ya Julieta, su compañera amada, la que alegraba la casa entera, la que lo llenaba todo con su melodiosa risa y con su jubilosa voz, la que durante seis años sólo se había ocupado en regar lindas flores dentro del hogar, en perfumarlo y ser el consuelo a lo largo del vivir; con que ella, Julieta, estaba ya durmiendo el sueño eterno bajo una lona del camposanto?...

Apenas podía darse crédito a semejante proposición! Parecía inaceptable... Pero allí estaban las lágrimas para ratificarlo todo, para convencer, para demostrar, Julieta yacía muerta, bien muerta... Esto era irrefutable.

Diego, dolorosamente convencido de ello, recargó el cuerpo en la puerta del armario y, con el rostro entre las manos, dejó que los sollozos le sacudieran convulsivamente.

Cuán presto se habían deslizado aquellos seis años! Tal le parecía que acababan de empezar.

En el gran silencio de la estancia, en medio de aquella soledad profunda, Diego vió pasar, por obra del recuerdo, las escenas más culminantes de ese lapso que sólo había durado lo que un suspiro. En todas esas remembranzas, el rostro de Julieta desempeñaba un delicioso papel. Ya era un beso que estallaba en sus labios; ya era una mirada interrogadora que pintaba sus ojos con expresión insinuante, obligando a las confesiones; ya era una franca sonrisa que dejaba asomar dos hileras deliciosas de blanquissimos dientes... ¡Qué expresión la de aquel rostro!

No se le podía olvidar. Y luego, ¡qué nobleza de actos los de esa mujer! ¡qué intenciones las de su mente! ¡qué sentimientos los de su corazón! ¡Y haber perdido semejante compañera!...

Diego, ensombrecido, convulso, volvió a apoyarse en el armario y redobló sus lágrimas. Pero era preciso serenarse, sobreponerse al dolor. De otro modo no podría dar comienzo a la tarea que le había llevado allí.

El día de la mudanza — Diego iba a mudar de casa y de vida — había llegado ya. Preciso era, pues, rehacerse con valor y empezar cuanto antes a vaciar ese armario querido.

¿Por dónde sería preciso comenzar? ¿Por los entretiños altos? ¿Por los bajos?... Después de una gran vacilación, por qué para Diego tocar aquellas cosas era tanto como profanarlas, se decidió por desalojar los cajones.

¡Qué de minucias había en ellos! Pañuelos bordados, cintas, encajes, devocionarios, retratos... Allí estaba el espejillo de plata (regalo de una amiga), el abanico azul de seda (en el que se habían escrito tantas y tan bellas cosas), los pendientes, las sortijas...

Diego llevó a sus labios todo aquello para besarlos con unión. Le vino el recuerdo de las manos de su mujer: finas, alargadas elegantes... ¡Y pensar que aquellas manos estaban ya sin savia, rígidas, preparándose a aposentarse a los gusanos!...

Diego se inclinó de nuevo para dar rienda suelta a sus lágrimas; pero comprendió que si continuaba de ese modo la tarea no empezaría jamás, se dió por fin a ordenar los objetos para transportarlos a los baúles.

De pronto sus manos tropezaron con un paquete pesado envuelto en papel cartón y atado con un bramante rojo. ¿Qué podía contener? Diego lo colocó cuidadosamente con todo lo demás; pero era tal la ternura que le hacía sentir cuanto contenía ese armario, que no pudo privarse del placer doloroso de contemplar lo que se encerraba allí.

Desató el bramante y desenvolvió el paquete. Dentro de él se apilaban, atados a su vez, varios montoncillos de pliegos apretados. Cortó las ligaduras de éstos y los examinó. Eran

cartas. ¿Serían las que él había escrito a Julieta durante su noviazgo? Violentamente clavó los ojos sobre esos pliegos. Pero no: aquella letra azul no se parecía a la suya. Con ansiedad buscó entonces la firma. Era muy corta, ciertamente: "Luis", nada más que "Luis". ¿Quién podría ser ese hombre? ¿En dónde estaba?...

Diego, con los ojos sombríos, le buscó entre la penumbra del cuarto. ¿Quién era ese Luis, que así, con esa confianza, escribía a su mujer tal cantidad de cartas?... Acaso ella las había recibido en su época de soltera... Mas ¿por qué las guardaba, entonces?... Pero, ante todo, lo que importaba era enterarse de los asuntos que allí se trataban. ¡Y las fechas! ¡Había que ver las fechas!...

Diego arrebató varios pliegos a la vez, y sus ojos devoraron a saltos frases candentes como éstas:

"Mi Julieta amada: no importa que el destino contrarie nuestro amor; él es nuestra vida y nos acompañará hasta la muerte..."

"¿Que parte, me dices? ¡Imposible, imposible! Yo sé bien que apenas escribas esa frase te arrepentirás de haberla pronunciado..."

"¡Lo ves, Julieta querida? Ya leo en tu carta de hoy que estás arrepentida de la invitación que ayer me hacías para que partiese yo... ¡Si no podemos separarnos!... ¡Si hemos nacido el uno para el otro!..."

"Nuestro gigante a m o r resistirá todas las pruebas..."

Diego, anonadado por la sorpresa, loco de dolor, buscó las fechas de esas cartas. Apenas contaban tres meses. Habían sido escritas días antes de la muerte de Julieta...

Pálido como un muerto, apoyándose en la pared y sin soltar los pliegos, se atrevió por fin a dirigirse la brutal pregunta: ¿Con que Julieta, su amada es-

posa Julieta le había en gañado?... Si. Corta era la respuesta. Bien corto es un tiro que deja en el sitio. Muy corta es una puñalada que desgarra el corazón. Y aquellas dos letras juntas acababan de arrancarle algo más que la vida: la fe.

Sin ella. Diego vió delante de sí un camino viscoso que había de recorrer, con alimañas en las orillas, con sombras, con vientos mafíticos que había que respirar... ¿Cómo podría seguir avanzando por esa vereda aterradora?... Sintió — ¡tal era el temblor de sus piernas! — que ellas no podrían llevarle por allí. Había que hacerse a un lado. ¡Había que sumirse! Todo antes de dar un paso más sobre aquel camino. Le sería imposible cruzarlo.

Y luego, si en él se encontraba con los ojos airados o burlescos de aquel hombre, de ese Luis que así, de pronto, acababa de enfrentarse con él, desafiándole insolentemente...

¡Ah! Pero esto señalaba a las cosas otro rumbo. ¡Quién pensaba en morir! Había que vivir... porque había que matar. ¡Había que dejar en el sitio a ese infame ladrón que tan cobardemente le había robado cuanto tenía!...

Diego, enloquecido, como león que ha logrado romper sus cadenas, daba saltos en la alcoba, buscando una escopeta, una navaja, una pistola...

Pero ¡vaya una ceguera la suya! De qué le servirían todas esas pistolas y navajas si aquel hombre no estaba al alcance de su mano, si no sabía siquiera cuál era su nombre completo, en dónde estaba oculto, quién le conocía?

Diego, sonriendo irónicamente, se vió asestando mandobles en el aire, como un enajenado...

—Pero entonces — se preguntó— ¡mis manos tienen que dejar impune este crimen cobarde?

—Sí, sí — respondió entre el silencio el raciocinio.

Esa respuesta fría le llevó de nuevo hacia el furor.



En ese caso, lo único factible era lo que pensó desde el primer momento: matarse, sí, matarse. Porque él no podía seguir viviendo después de lo ocurrido. Volvió sus airados ojos en todas direcciones, buscando ansiosamente el instrumento que debería dar fin a tan extraña situación. Pero como allí en la alcoba sólo había cosas de encaje, de pluma, de seda, arrojó sobre la alfombra los paquetes de cartas que aún tenía entre las manos y se lanzó en un vértigo hacia el comedor.

En aquel momento la campanilla de la puerta sonó discretamente, como una voz argentina que invitara a la razón, a la calma.

Diego se detuvo en su carrera loca, y llevándose las manos a la cabeza, quedó indeciso. ¿Quién podía ser el importuno que en tales momentos se atrevía a llamar? La casa estaba sola... ¿Abriría?... No, no abría.

Pero la campanilla volvió a sonar dulcemente. Parecía una mano cariñosa que intentara pasar su blanda palma sobre una melena hirsuta y colérica...

Diego aguzó el oído. ¿Qué significaba esa insistencia? ¿Quién le buscaba? ¿Urgía que se abriese?...

Sin pensarlo, contra su voluntad, comenzaba a razonar. Acaso conviniese agrir... Aquel no era, quizás, el momento oportuno para levantarse la tapa de los sesos. Estas cosas deben prepararse con juicio. Había que destruir todas aquellas cartas reveladoras. Antes de nada se hacía necesario un lavado, una completa desinfección de aquel armario tenebroso... Y esto no era cosa de minutos. Habió que ver despacio todo el mueble... Sería preciso también...

La campanilla tornó a sonar con insistencia suplicativa, con acento empeñoso que intenta desarmar, convencer...

Diego se pasó el pañuelo por la frente, tratando de ahuyentar violencias e ideas; en seguida entró con premura en la alcoba de su mujer, recogió del suelo cuanto papel había, y después de introducirlo todo en el armario y de echar la llave a éste se encaminó hacia el hall para abrir la puerta.

Contraste grande hizo con su austro gesto el rostro dulcísimo de la joven que allí esperaba. Diego la reconoció al instante: era una de las amigas de su mujer...

Procuró sonreír y la introdujo al salón.

traerme a la atención — quizás a las sospechas maliciosas de la servidumbre — me deslicé por la escalera interior, que conozco por haber bajado varias veces al cuarto de música, y recordé también que el tocador tiene una ventana que da al jardín.

En pocos minutos estuve al acecho. Al cabo iba a disipar mi inquietud. Iba a enterarme, quizás a sufrir un gran dolor.

Me asomé con cautela, sacando fuerza de la ventana casi la mitad de mi cuerpo, con riesgo de caerme, ávida de oír, confusa, anhelante. Tenía la cabeza congestionada, opresivo el aliento, velados los ojos por una bruma de lágrimas. Es-
cuché.

Al principio sólo llegó a mí el rumor del agua goteando sobre la concha de mármol en la fuente central del jardín, luego el chasquear de las hojas de los árboles sacudidos por el viento. La parea seguía allí, cerca del arrillete, en postura confidencial, sobre un banco de



Diego, con los ojos sombríos, le buscó entre la penumbra del cuarto.

—Siento mucho venir a importunarle — dijo con reticencias la que llegaba. — Habría yo dejado pasar muchos días sin hacerlo; pero como usted va a marcharse de aquí... La situación me obliga... En fin, me explicaré... Deseo recoger un paquete de cartas que su esposa me guardaba... Como en mi casa, por razones de interés, se oponen a mi matrimonio con Luis Alcalde, ella, mi mejor amiga, aceptó la encomienda de albergar esos paquetes... Los tenía en su propio armario... Es muy fácil dar con ellos; Están en el cajón de la derecha... Si usted fuese tan bueno que...

Diego, mientras esa voz hablaba, había ido sintiendo que sus facultades volvían hacia él una por una... Como palomar que recobra sus alados huéspedes, así en su cerebro las ideas—albas palomas— llegaban nuevamente para ir puntualizando verdades...

Aquella visitante, aquella buena amiga de su consorte, se llamaba también Julieta, como ella; su novio era Luis, efectivamente, un joven sin fortuna, del que en más de una ocasión habló su mujer... Todo estaba claro como la más pura gota de agua... Por tanto, Julieta, su Julieta...

Diego, emocionado hasta las lágrimas, levantó los ojos para buscar en el cielo a su fiel compañera, a la que creyó descubrir colocada ya sobre una peana, como verdadera imagen, envuelta en un manto azul y adornada de flores...

Sollozando como un niño, se levantó de la silla y salió del salón sin decir palabra. Y así, llorando aún, pero también sonriendo, llegó a la alcoba, juntó delicadamente las cartas de Luis, las ató con cuidado, las envolvió y después, entregándolas a su dueña dijo así:

—Pueda muy pronto la mano que escribió estas cartas unirse para siempre a la mano que ansia!...

Julieta se despidió con emoción; la puerta quedó cerrada, y la campanilla guardó silencio por la tarde entera...

(Continuación de la página 17)
M I S T E R I O Y D O L O R

piedra. ¿Quiénes eran? Toda la energía de mi ser se acumuló en mis oídos.

Al fin, después de media hora de espiar, llegó a mí susurro de palabras.

—El matrimonio — decía él — resuelve un problema. Es la vida asegurada...

Aquella voz entró en mí como un hilo de agua helada en la carne lastimada de un herido. Seguí prestando atención. Ella hablaba.

Por más que hice, por más que lo procuré, imposible enterarme. Ni el tono de su voz me alcanzó...

El tornó a exclamar:

—No es mujer bonita, ni inteligente, pero es rica. Se perece por los títulos, y el mío procede de un López de Ayala. Soy señor del valle de Llodio, de la torre de Orozco, alcalde mayor y merino de Vitoria, canciller de Castilla... Es decir — añadió rompiendo en una so-

nora risotada, — debiera ser todo eso con sujeción al fisco de mis antepasados. Actualmente soy un señorito comido de deudas, sediento de gozar y sin una peseta...

Tampoco he oído lo que ella le replicaba. Sólo han llegado a mí dos palabras envueltas en voz de mujer:

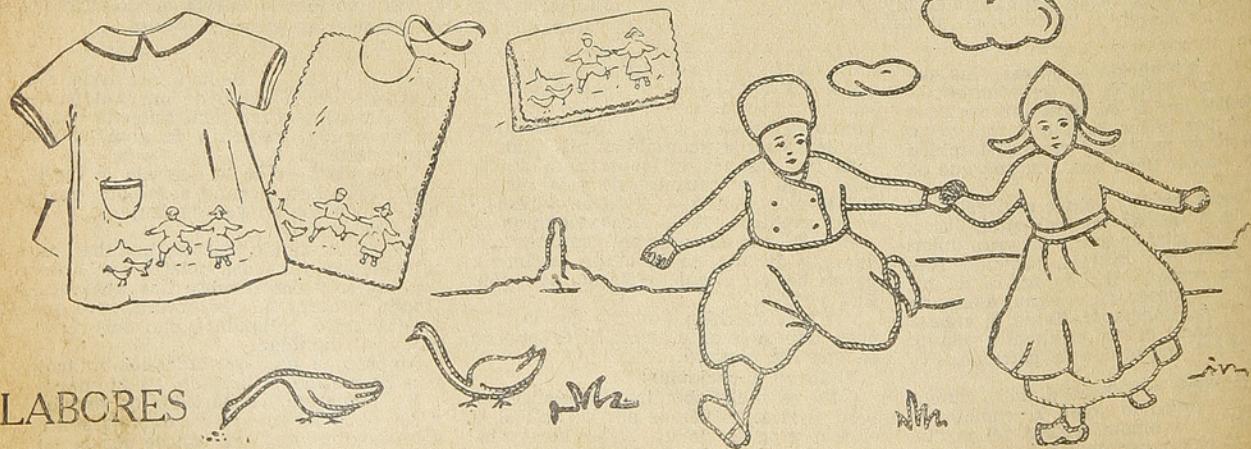
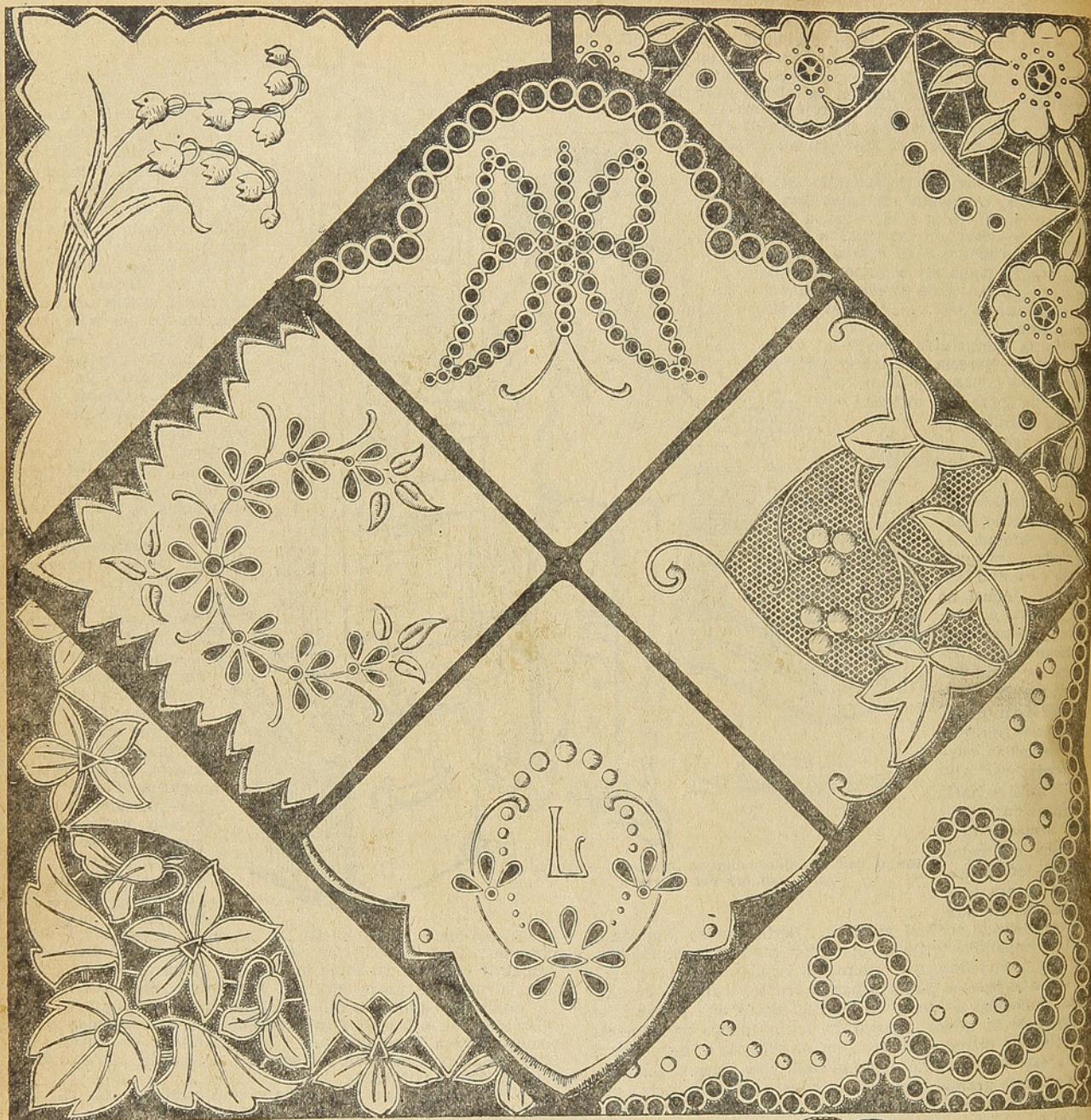
—¡Pobre cursi!...

He comprendido que se mofaban de mi persona y he descubierto que entre esa mujer y ese hombre hay algo destinado a labrar mi desventura, pero que yo desbarataré, aniquilaré con mis fuerzas y mi dignidad.

Amparo se ha levantado del butacón y se ha metido, sollozando, en su cuarto.

Ha requerido los bártulos de escribir y ha dado a entender concretamente, a un hombre, que ella conoce que la felicidad conyugal es incompatible con ciertos vagabundajes nocturnos en el jardín de la duquesa.

MANUEL BUENO



LABORES

Una linda colección de pañuelos bordados en blanco y unos holandeses, hechos a punto de espiga en la ropa del niño.

Los señores Damblave veían casi todas las noches, no restituéndose a su casa de la Avenida de Hoche hasta las dos o las tres de la madrugada, y es que resarcíanse, bailando, de las amarguras de la guerra. El, Roger Damblave, de veintiocho años de edad, hubo de substituir el golf y el tennis, deportes en los que sobresalía, por la trinchera primero y por los tanques, o mejor dicho por los carros de asalto, después, cumpliendo así las órdenes del general Etienne. Después de haberse portado allí honorosamente como todos, al igual que los demás, no guardó de ello muy grato recuerdo.

Ella, Mary Pugard, de veintitres años y una de nuestras mejores raquetas, obtuvo, después de vivir una larga temporada en el campo, un diploma de enfermera e ingresó en un hospital de moda en París.

Aprovecharon el que sufrió una leve herida el oficial de carros de asalto para casarse en el verano de 1918, y nacieron un niño, precisamente en los días de la firma de la paz. Y después de haber cumplido así sus deberes patrióticos, no se ocuparon ya más que de sí mismos.

Una muchacha, abandonada sin explicaciones por un soldado, cuidaba como nodriza del pequeño Gastón. La camarera dormía también bajo el mismo techo y un timbre eléctrico los ponía en comunicación con el cuarto de la cocinera que la cual era la mujer del chauffeur y ocupaba el sexto piso.

Esta combinación alejaba todo escrúpulo de la joven señora Damblave, que podía impunemente entregarse a sus expansiones coreográficas, contentándose a su regreso con abrazar al pequeño.

Mas una noche los señores Damblave regresaron antes de costumbre, después de pasar la velada en casa de la duquesa de Lantillac. Esta, sumisa al arzobispo, había suprimido en sus fiestas las danzas extranjeras, substituyéndolas por una revista en la que rendía excesivo culto al desnudo y al sabor picante, pero cuya representación fué breve.

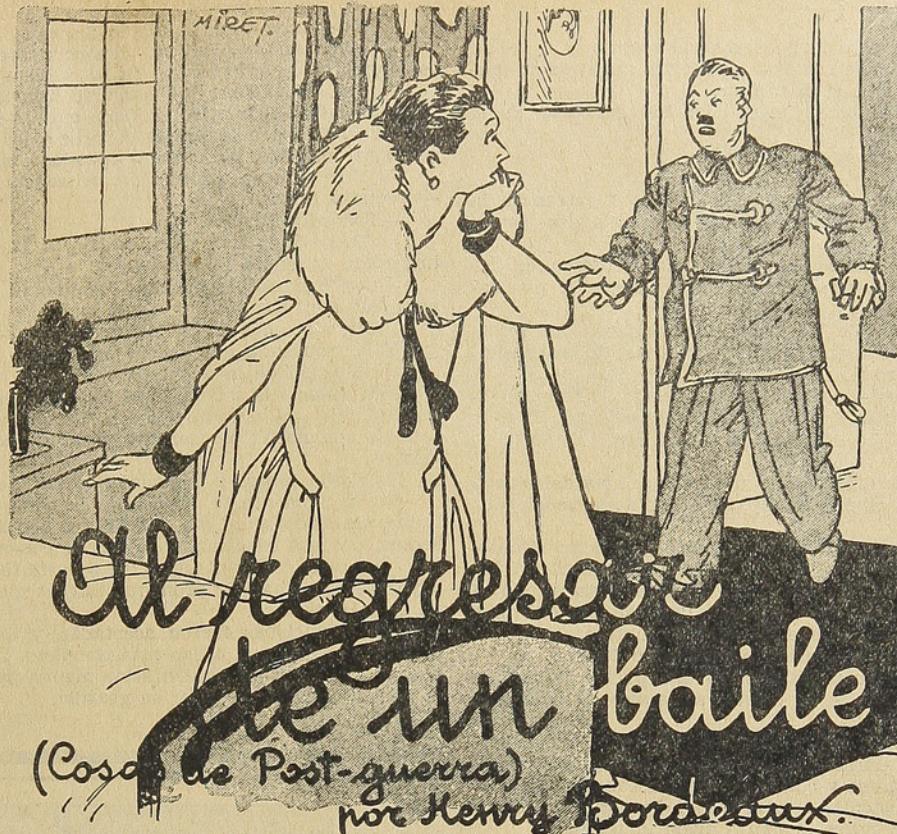
No era todavía medianoche.

La señora Damblave, siguiendo su costumbre, penetró puesta la capa aún, en el cuarto de la nodriza para contemplar el sueño de su heredero. Pero salió de él al instante, pista de extrema agitación y llamando a su marido con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Roger! ¡Roger!... No hay nadie!

Roger, que se hallaba en pijama y al que la noticia parecía increíble, acudió al instante, dibujada en sus labios una irónica sonrisa.

—¿Cómo nadie? —Y Gastón? —Ha salido. —Pero... no habrá salido sólo... —Con la nodriza.



Al regreso de un baile

(Cosas de Post-guerra)

por Henry Dordalax

—¡Cálmate, cálmate! Están los dos en las habitaciones de Sofía.

Fueron en busca de Sofía, la camarera, y vieron que también había desaparecido y que su cama, igual que la de la nodriza, estaba intacta.

Entonces oprimieron nerviosamente el timbre que comunicaba con el cuarto de la cocinera y, como nadie contestara, pasaron unos minutos de terrible angustia, hasta que Rogers se decidió a subir precipitadamente por la escalera de servicio. Ya arriba, encontróse con José, el chauffeur, que con el semblante descompuesto salía de su habitación.

—¡Señor! exclamó con voz siniestra. —¿Qué tiempos de desenfreno o libertinaje corremos! Mi mujer

no ha regresado todavía, con ser ya la hora que es.

—¿La cocinera tampoco está en casa? —preguntó descorazonado Roger. —Acompáñame, amigo mío.

La desgracia los igualaba en condición.

Así escoltado, el señor Damblaveunióse de nuevo a su desconsolada esposa. Celebrado consejo con el chauffeur, llegó a la conclusión de que las tres sirvientas debían de haber salido juntas, llevándose al niño. Pero... ¿a dónde? Era preciso correr a la delegación de policía más próxima, y acaso luego a la jefatura, para obtener una persecución inmediata.

—Espérame aquí, Mary —ordenó Roger, recobrando su tono de mando en el ejército. —Y usted, José, vaya inmediatamente al garage por el auto.

—Yo no me separo de ti —exclamó suplicante la joven esposa.

—Sea: iremos juntos.

Mientras llegaba el automóvil, Roger empezó sus pesquisas despertando a los porteros. ¿Habían visto salir a la cocinera, a la camarera, a la nodriza y al niño? Nada dijeron en concreto.

La portera contestaba al interrogatorio con pésimo humor. —Se la iba a hacer responsable de lo que ocurría en la casa, que, por otra parte, en cuanto a decencia y quietud nada dejaba que deseas. Y, aparte de esto, ¿era de extrañar lo que ocurría, siendo aquella la noche del sábado al domingo?

—Si: la noche del sábado al domingo... Pero... ¿qué tiene de particular esa noche más que las otras?

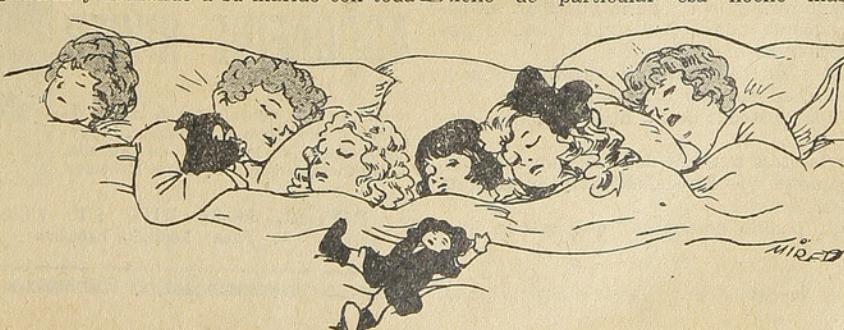
—preguntó el señor Damblave.

—Pues que en la noche del sábado al domingo todo el personal del sexto piso se va. No queda nadie en él.

—Y adónde se va el personal del sexto piso?

—Creo que a un dancing de la Avenida de Wagram.

—¡Perfectamente! —exclamó Roger, como si estuviera satisfecho de este exodo de su servidumbre.



Sobre colchones y mantas hallábanse tendidos hasta veinte mocosillos...

Y, uniéndose de nuevo a su mujer, afirmó con autoridad:
—¡Tenemos a nuestro hijo!

—¿Dónde está?

—No lo sé aún, pero tengo una pista segura.

La señora Damblave subió al automóvil, mientras su marido daba instrucciones al chauffeur.

—José, deténgase usted ante todos los *dancings* de la Avenida de Wagram.

—Son muchos los que hay, señor.

—No importa.

—Creí que íbamos a la delegación—dijo con extrañeza la señora Damblave, que había oído las órdenes dadas por su esposo.

—Los comisarios nunca descubren nada—contestó con énfasis Roger, al que su esposa empezaba a considerar una especie de Sherlock Holmes.

Ya en la Avenida de Wagram, inspeccionaron, sin resultado alguno, varios establecimientos nocturnos. Había en ellos muchas criadas, pero no niños.

—¿Te convences?—exclamó Mary, perdida de nuevo la esperanza.—No es posible que la nodriza haya llevado al niño a semejantes sitios. Lo ocurrido es que lo han robado. ¡Pobrecito Gastón mío!

Lloraba y reprochaba a su marido sus salidas demasiado frecuentes, como si ella le acompañara por abnegación conjugal.

Detúvose de nuevo el automóvil junto a la acera. Numerosas y multicolores bombillas eléctricas anuncianaban un lugar de placer. Habiendo los señores Damblave satisfecho el importe de su entrada y ya en la sala de baile, oyeron voces infantiles procedentes de una habitación contigua.

—¡Ahí estará nuestro Gastón!—exclamó Mary.

Y arrastrando a su marido, abrió una puerta. Asombados del espectáculo que se les ofrecía a los ojos, detuvieronse en el umbral.

Sobre colchones y mantas hallábanse tendidos hasta veinte mocosillos; unos durmiendo, otros jugando con polichinelas y muñecas o llorando y berreando con desconcertante obstinación, bajo la custodia de una mujer de corpiño claro y chollón, que al momento se adelantó hacia la pareja.

—¿Tienen ustedes el número?—preguntó.

La señora Damblave, que se había lanzado a la busca del suyo entre todos aquellos rapaces, apretaba ya contra su pecho al pequeño Gastón, cubriéndole de besos y sollozando de alegría.

Pero la guardiana cortó en el acto esta escena de ternura.

—¡El número!—repitió secamente.

—¿Qué número?—preguntó Rogers.

—El número de orden. No se hace una cargo de un chiquillo así como así. Se da un número como resguardo. Este, ¿ve usted?, es el número 15. ¿Tiene usted, señora, el número 15?

La señora Damblave sólo sabía una cosa: que había encontrado a su hijo; lo demás poco le importaba.

—Déjeme a mí de número!...—contestó.—Este niño es nuestro hijo, a quien buscábamos y al que, gracias a Dios, hemos encontrado.

—Si es su hijo, déme el número.

Mas como Roger y su esposa parecían dispuestos a llevarse a Gastón a viva fuerza, la guardiana abrió la puerta que daba a la sala de baile y con voz teatral exclamó:

—¡Que roban al número 15!

A esta voz, tres mujeres abandonaron en el acto a los caballeros que compartían con ellas las delicias de un tango bastante movido y corrieron al departamento de los niños. Eran la nodriza, la camarera y la cocinera, que iban en socorro del número 15, encontrándose, con la consiguiente sorpresa, en presencia de los señores Damblave.

Mary, que apretaba a su hijo contra el corazón, las recibió, como es de suponer, de no muy buen talante.

—¿Es así como cuidan ustedes de mi hijo? ¡Quedan despedidas las tres!

El desconcierto de las tres mujeres duró sólo un instante. La cocinera, más elocuente que las demás, hizo en seguida uso de la palabra, advirtiendo:

—La señora habrá podido comprobar que estaba bien custodiado.

—¡Y tanto!...

—Prueba de ello es que quiso usted llevárselo y no pudo.

Además, tenga usted presente que ésta es una buena casa y, sobre todo, muy tranquila.

—¡Explíquese usted!—ordenó Roger.

—Perfectamente. Hay un departamento para los niños, con números de orden, como en las veladas del gran mundo.

—¡Ya! ¡El número 15!—exclamó irónico Roger.

—Sí, señor, el número 15. Cada una de nosotras, por turno, cuida de los niños y les divierte o los duerme. No hay que tener cuidado, pues están vigilados como en casa.

—¿Y se dedican ustedes con frecuencia a esta diversión?—preguntó Roger.

—Todos los sábados.

—¡Todos los sábados ha venido mi hijo aquí!—exclamó indignada la señora Damblave.

—Donde ha sido depositado—añadió su marido—como un paraguas o un bastón.

—Con algo más de cuidado—afirmó la nodriza.

Y la camarera, que era la más instruida, sacó esta lógica conclusión de la aventura:

—El señor y la señora salen todas las noches, y todas las noches dejan al señorito Gastón. En cambio, nosotras sólo salimos una noche por semana y sin abandonar al señorito Gastón.

Volvieron juntos a la Avenida de Hoche.

En el momento de separarse, la señora Damblave, que había meditado sobre las dificultades que se le iban a presentar, propuso condiciones de paz al personal:

—Los sábados cuidaremos del señorito Gastón mi marido y yo; pero me han de prometer ustedes que los demás días no saldrán de casa.

Las condiciones fueron aceptadas, y desde entonces en aquella casa reina el orden más completo. Los señores Damblave no aceptan jamás invitación alguna para el sábado por la noche: tienen que hacer su guardia.

ASCOLÉINE RIVIER

PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HIGADO DE BACALAO Y

100 VECES MAS EFICAZ

ASCOLEINE RIVIER

M. R.

Sustituye con ventaja todas las emulsiones y constituye el medicamento mejor indicado en los casos de Anemia, Linfatismo, Bronquitis, Tosis Rebeldes.

H. RIVIER, 26-28 RUE ST. CLAUDE — PARIS.

Base: Lecitido hepático.

FELICIDAD BIEN GANADA

Por Sara Insúa

Había llegado. María lo vio desde el balcón saltar del "auto" al portal. Sintió de tres pasos, subiendo de tres en tres los peldaños de la escalera, y oyó el grito de emoción de la pobre madre al recibir en sus brazos al hijo que le devolvía la Providencia.

El impulso de la muchacha fué abrir la puerta, correr hacia él. Se contuvo. Ella, al fin, no era más que una amiga, una vecina; no tenía ningún derecho a turbar las primeras efusiones familiares. Esperaría a que la avisasen.

Volvío, pues, lentamente a su cuarto, y en la espera rememoró.

Hacia tres años próximamente que Roberto Durán había ido a vivir con sus padres al piso contiguo al que habitaba María.

La casualidad hizo que la habitación que él escogió coincidiese al lado de la de su vecina, lo mismo que los balcones. Daban éstos a una plaza solitaria, pero muy amplia, muy aireada, llena de luz y alegre en su quietud.

En invierno, a la hora del sol, y en verano, al ponerse, se sentaba María en su balcón para leer o coser. Al vecino se le ocurrió estudiar en el suyo, y se hizo la amistad.

Empezó en un tono de cordial camaradería. El era desenvuelto y occurrente, despejada y graciosa ella. Para cada salida de él, tenía una réplica rápida y justa. Era un tiro-teo de agudezas, que del terreno frívolo fueron ascendiendo rápidamente, alegremente, hasta el de la profundidad.

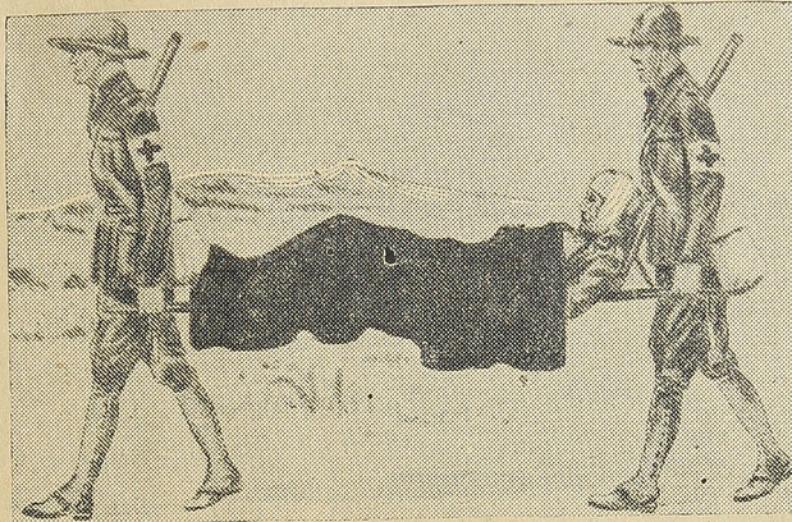
Llegó a existir entre Roberto y María una absoluta compenetración de ideas, una verdadera amistad.

Sin embargo, María, que al principio sólo sintió por su vecino una ligera atracción de simpatía, fué encontrando en él cualidades que le hicieron admirarle gradualmente, y al fin quererle, y quererle como al hombre en el que se cree haber encontrado el compañero, al que se desea consagrarse la vida, del que se espera la felicidad.

El, por su parte, nada había dicho; pero demostraba sin ambages lo grata que le era la compañía de ella. La buscaba y hacia que se prolongase el mayor tiempo posible; gozaba, además, proporcionándole pequeñas alegrías, provocando en ella caprichos para satisfacerlos en el acto. Un libro, un muñeco de moda, un cesto de labor, flores... Conocía la pasión de su amiga por las flores y pretendía cubrirla de ellas. En todo aquello veía María la correspondencia de su cariño.

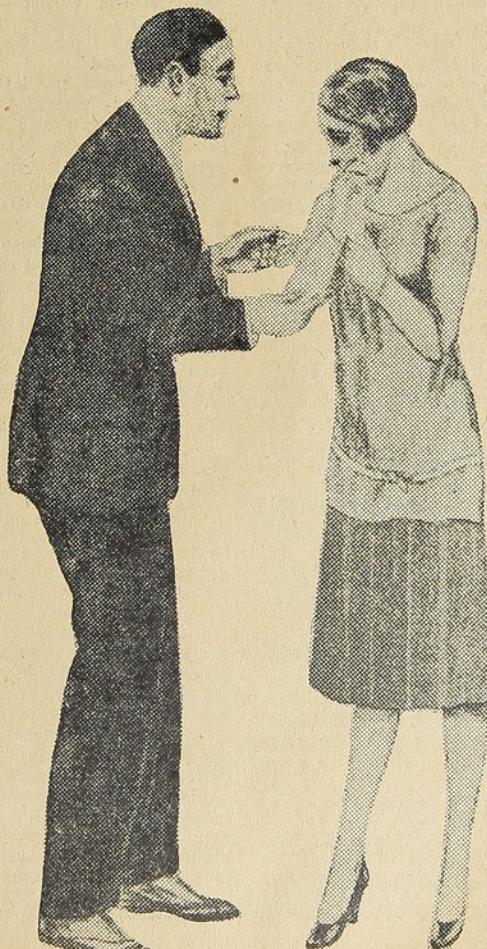
Ya sin dolor, en su resignación recordaba la tristeza del desengaño. Fué una tarde en el Retiro; revolviendo él en su cartera para buscar un apunte, vió ella un retrato de mujer; supuso que sería de su hermana, ya casada, y se lo preguntó:

—No—respondió—es mi novia. ¿No la habías visto?



Y le tendió la cartulina con naturalidad.

María la cogió maquinalmente, y la emoción, de tan profunda, no le salió a flor de piel; quedó apretándole el pecho.



—Toma, la llevarás siempre sobre el pecho. Sólo tú la mereces.

Su voz era firme al pre-guntar de nuevo:

—Pero ¿tienes novia?

—Hace la friolera de dos años, hijita.

E inquirió a su vez:

—¿Es que no te lo he dicho?... ¡Si seré distraído! Bueno: es que "eso" me parece tan natural, que hasta se me olvida.

Y como le pareciese ver en ella algo de asombro e incompre-nsión, explicó:

—La quiero mucho, nos queremos mucho, y ya te digo, hace dos años que me considere moralmente casado.

Y continuó, como siempre, risueño:

—Y tú dirás: ¿dónde está esa novia desconocida? Está en la Sierra, ¿sabes? Tiene a su madre muy delicada.

Y añadió, como reprochando la torpeza de ella: —Pero si voy todos los domingos a verla. ¿No te habías dado cuenta?

—Es cierto que ibas a la Sierra — recordó María; — pero yo creía que como alpinista. Y rieron los dos. El estaba muy lejos de sospechar el dolor de su amiguita. María lo comprendió. Se dió cuenta en seguida de que en Roberto no había ni atisbos de mala intención, que sentía por ella un afecto de hermano y no se le había ocurrido pensar que el de ella fuese de distinta índole.

Su actitud con respecto a él no varió en absoluto. No le guardaba rencor, puesto que él no le había causado el daño a sabiendas.

Renunció a él; es decir, se conformó con que él la quisiese como la quería. En su pena, había un gran consuelo. Estaba segura de ocupar un lugar en el corazón de Roberto. No poseería nunca su amor, pero si algo más hermoso que el mismo amor, por ser un sentimiento firme no expuesto a tibiezas ni variaciones: poseería la amistad.

Pudo convencerse cuando, requerido por la fiera insaciable que pedía hombres, se lo llevaron a Marruecos. Recibía cartas de Roberto cariñosamente fraternales, en las que le contaba su dura vida de campaña, y con cada compañero que venía a traer noticias a los padres enviaba también un recuerdo y un obsequio a su vecinita.

Así hasta que cayó herido en una acción heroica que le valió la laureada. Se había quedado solo con un cañón, que defendió milagrosamente con su cuerpo. Milagrosamente, porque se salvaron cañón y soldado.

Al fin, después de una segunda lucha con la muerte, volvía, saldada ya su deuda con la patria.

María oyó su voz, que el sufrimiento había hecho más grave:

—¿Y la vecinita? ¡Tengo unos deseos de verla!...

No pudo contenerse más. Abrió la puerta y se precipitó en el descanso de la escalera. Al mismo tiempo abría Roberto la de su casa. Fué un grito simultáneo y unos brazos que se enlazaron a un impulso también simultáneo.

Hasta que se repuso de la emoción no vió María lo que había costado a Roberto su heroicidad.

La mejilla izquierda era toda una espantosa cicatriz, que se prolongaba hasta el cuello, atravesando el oído. Era un dolor; aquél rostro, bellamente varonil, había quedado horriblemente cambiado. Afortunadamente, se habían salvado los ojos y la boca; aquellos ojos llenos de inteligencia y aquella boca rebosante de vida. La fealdad no hacía, pues, repugnante a Roberto, sino—al menos para María—más admirable, más digno de devoción.

Continuó la amistad, más estrecha, más entrañable que antes, y más seria, porque a los dos los había hecho más serenos y profundos el dolor.

Y una tarde, revoviendo él, "como aquella otra vez papeles y fotografías, María recordó y preguntó:

—Ahora, en cuanto ganes las oposiciones, te casarás, ¿verdad?

—No—respondió Roberto con amargura—; eso terminó, ¿no lo sabías?

Y como, igual que "aquella tarde", vie-

se el asombro en los ojos de su amiga, continuó:

—Es otra herida que le debo a la guerra...

Le temblaba la voz de enojo.

—Ha dejado de quererme, ¿sabes, Maruja? porque no soy el mismo, porque estoy desfigurado. Lo noté en cuanto me vió; le causó repulsión..., y me lo ha dicho... No podría casarse conmigo; es algo más fuerte que su pasión. Ya ves, hijita, si seré desgraciado; no soy más que un despojo, por dentro y por fuera...

María no pudo definir lo que pasaba en su alma. Había compasión, indignación y alegría; pero el sentimiento más fuerte, el que predominó, fué éste, la alegría de que Roberto fuese libre.

Y en voz muy queda, como si se lo dijese para sí misma, habló:

—No debes considerarte desgraciado, Roberto. Esa mujer no te quiso nunca, porque no te conoció; no supo lo que realmente hay en ti de hermosura invariable: tu inteligencia, tus sentimientos. Y dime: ¿tú crees que puede haber

felicidad donde no existe unión espiritual?

El la miraba sorprendido y conmovido. Ella prosiguió:

—Si amase en ti, no tu exterior, sino tu alma, esta herida, que a los ojos de la carne te afea, a los de su espíritu te hubiese embellecido.

El entusiasmo transfiguraba a María, y por primera vez todo su amor y toda su admiración se reflejaron en sus ojos. Inconscientemente se habían unido a sus manos las manos de Roberto, que balbució:

—Y tú..., Maruja..., tú me conoces... Tú... ¿me quieres?...

Y ella, jubilosa, respondió:

—Si mi cariño puede ayudarte a llevar el peso de tu sufrimiento, apóyate en él, Roberto; es fuerte y será eterno.

Roberto no pudo responder; era demasiado honda su emoción. Desapareció para volver en seguida al lado de María, tendiéndole un objeto.

—Toma, la llevarás siempre sobre el pecho. Sólo tú la mereces.

Era la cruz.

EL ENCUENTRO

La primera vez que Pablo Levallier, después de volverse a casar, encontró a Ginette, su primera mujer, de la que se había divorciado, fué en un restaurant de moda, donde el nuevo matrimonio había ido a cenar. Muchas veces, después de su emancipación se había presentado; ¿qué emoción podía sentir al ver a aquélla a quien los jueces habían alejado de su vida? Esta emoción ¿sería demasiado violenta para que él pudiera representar un papel con la desenvoltura que se proponía? A decir verdad, experimentaba un sentimiento que no podía analizar, un sentimiento que no era ni de sorpresa ni de pesar. Más bien un sentimiento de curiosidad.

Al mirar de reojo a aquella criatura, todavía joven, bella, elegante, viva, animada y brillante — ¡e inconstante! — volvía a verse por un instante a su lado durante los diez años de vivir juntos que ningún drama había interrumpido, sino todas las molestias de una incorregible incompatibilidad de caracteres que se habían conducido poco a poco a un desenlace brusco. Cerca de aquella coqueta, de aquella mujer llena de ambición y vanidad había visto correr días de aburrimiento y noches de rebeldía, aspirando a la dicha que le procuraría una compañera de gustos más caseros, de carácter más conciliador.

Por fin había encontrado aquella compañera en la plácida, sencilla y modesta Lucila, viuda joven de uno de sus compañeros. Cada uno de sus gestos revelaba el afecto y la sumisión. Las dos mujeres se conocían porque habían sido amigas en otro tiempo, y cuando la segunda vió a la primera enrojeció vivamente. Guardó una actitud digna y con sus ojos suplicantes parecía decir: "¡No le hagas caso!" Partido razonable que Levallier intentó adoptar igualmente, aunque se fijase en que su primera mujer, que había conservado su libertad, los señalaba a la pareja que la acompañaba.

La cena de los Levallier estaba más avanzada que la otra. Se trataba de no entretenerse en pagar la cuenta. Desgraciadamente, la disposición de las mesas quería que para ganar la puerta los esposos estuvieran obligados a rozarse con el blanco mantel detrás del cual la divorciada reía con sus vecinos enseñando sus dientes blancos. Era imposible, sin cometer una grosería, no saludarla. Pablo se resignó y su mujer siguió discretamente este movimiento. Pero Ginette, que llevaba en este instante, a sus labios una copa de champaña, la dejó en seguida sobre la mesa para responder a este doble saludo con una frase amable.

—Encantada de verles de nuevo.

Y con aire resuelto les presentó a sus amigos.

—Mi antiguo marido y su segunda mujer.

Pablo retrocedió un paso. Lucila no se había movido. Una definitiva inclinación de cabeza libertó a los unos y a los otros. Y en el "taxi" que les conducía, la joven todavía sorprendida murmuró:

—¡Qué atrevida!

Levallier aprobó:

—Frescura no le falta.

Algunas semanas después, un domingo, volvieron a encontrarse. Esta vez Pablo estaba solo, marchaba a pie por la avenida de Kleber para buscar a su mujer en un salón de té del barrio de la Estrella, cuando una voz de timbre demasiado familiar le obligó a volverse.

—¿Tanta prisa lleva usted, perrito faldero?

El protestó.

—¿Por qué me llama usted así?

—Porque apuesto calquiera cosa a que va usted tan de prisa a buscar a su mujer. ¡Ah! En otros tiempos no se daba usted tanta prisa. ¡Cualquier le atrapaba a usted un domingo! Siempre había algún pretexto. Parece que la señora tiene mucho ascendiente sobre usted.

Levallier sintió deseos de responder un poco bruscamente, pero no tuvo valor. Tampoco quería prolongar aquella entrevista fastidiosa. Se limitó a responder:

—Ruego a usted que...

—Pero su interlocutora no le dejaba.

—¿Qué es lo que me ruega usted? ¿Que lo deje en paz? Pero ¿es que estamos obligados a considerarnos enemigos porque nos hayamos cansado de la vida matrimonial? Dos palabras se cambian con una persona que nos es indiferente... Usted no me es indiferente.

Levallier replicó:

—Todo lo que pudiéramos decirnos está fuera de lugar.

—¡Por Dios! ¿Por qué? Tiene usted buen aspecto. Esto me complace. Es de verdad, está usted encarnadísimo... ¡le duele la cabeza?

—No.

—¡Vamos, me alegro! Su mujer se da buena maña para cuidarle. Es una excelente persona. No intenta brillar por nada, y en lo que he podido juzgar tiene un carácter excelente. Usted la tiene verdadero cariño, a lo que parece...

—Sí, mucho.

—No lo he dudado nunca. Pero me gusta oírselo a usted. A ella igualmente le deseo mucho bien. Pero debe usted aconsejarle que cambie de modista. Estaría encantadora con otros trajes que los que le he visto llevar hasta ahora. Y dígame usted, ¿cuál es su peluquero?

Levallier, impaciente, a riesgo de parecer grosero, abandonó a Ginette con la palabra en la boca. Tomó un "taxi", pero el veneno ya estaba vertido. Lentamente continuamente hacia su obra. Cuando llegó a su destino, Pablo, bajo las luces eléctricas donde se había servido la merienda, miró a su mujer con más gravedad que nunca. Y cuando a la vuelta de Lucila, sorprendida por un silencio tan prolongado preguntó a su marido: "¿Qué te pasa?" El, con el tono agrio de un hombre herido por una comparación física que no estaba en beneficio para su mujer, respondió: "¡Nada!"

LOS SISTEMAS DE TRES Y CUATRO VELOCIDADES SON LOS CONVENIENTES

Un automovilista de Estrasburgo preguntaba recientemente a la sección "Nos Consultan" de la revista parisina "Automóbil", algo que a menudo se le habrá ocurrido a muchos de nuestros lectores. "Ciertos coches de carrera—decía el estrasburgués en su carta—tienen cajas de cinco velocidades; debe haber en ello alguna ventaja. ¿Por qué, entonces, nos contentamos todos con cuatro y a veces con sólo tres velocidades en los coches corrientes?"

Reproducimos a continuación la respuesta publicada en la revista aludida.

"El número de velocidades necesarias para un coche, depende no sólo del peso que tiene que transportarse, sino también de la característica del motor. Si un motor de automóvil pudiera, como lo hacen los de vapor, conservar una misma potencia entre dos límites muy alejados como número de revoluciones por minuto, no haría falta nada más que una velocidad. Eso es lo que ocurría con los coches a vapor Serpollet, desprovistos de caja de velocidades, detalle que no les impedia marchar con notable regularidad, arrancar en forma impresionante y ser excelentes vehículos para ascender por las pendientes. Lo mismo cabe afirmar con respecto a los coches eléctricos. Los motores de automóvil que más se aproximan a los de vapor, son los denominados de "característica plana", lo que quiere decir que su potencia varía poco entre ciertos límites de número de revoluciones; sirven para acelerar prontamente y conservar su poder cuando regulan, lo que les permite grandes variaciones de velocidad con una misma combinación de engranajes. Pero no pueden abrirse camino semejantes motores, ya que su concepto mecánico es incompatible con una gran potencia en pequeño volumen. Son, por consiguiente, todo lo contrario que los motores de los coches de carrera, en los que hasta la fecha se ha buscado el máximo de potencia con el mínimo de volumen. Empero, si se han obtenido en ese sentido los resultados maravillosos que todos conocemos, el éxito halagüeño sólo se ha logrado a costa de la flexibilidad de los motores. Para lograr que el coche rinda su mayor esfuerzo útil, es menester que suplamos esa falta de flexibilidad mediante un número de velocidades tan elevado como

sea posible. Gracias a ello se logra que la partida, la ascensión de las pendientes, la marcha contra el viento, etc., dejen que el motor trabaje aproximadamente al máximo de su potencia. Si pudiera disponerse de un número de velocidades ilimitado, la utilización sería todavía mejor; pero el cambio de velocidad progresivo todavía no se ha abierto suficientemente camino en la práctica corriente como para que un fabricante se haya atrevido a competir con tales modelos en el mercado mundial.

Cuando se trata de un coche de turismo, el problema ya no es idéntico. Ante todo, no se trata de que el coche marche al máximo de velocidad que le pueda dar su motor. No es cuestión, en efecto, de recorrer las carreteras a más de doscientos kilómetros por hora, como a menudo se hace durante las pruebas deportivas. Entonces el vehículo tiene menos multiplicación, con lo que resulta menos necesario el gran número de combinaciones. Por otra parte, jamás se ha pensado en lanzar al mercado un motor de turismo como motor de carrera; aparte del precio de venta que resultaría completamente prohibitivo y de la fragilidad, cabe afirmar que eso de conducir un coche con una mano, casi constantemente apoyada en la palanca de velocidades, es una molestia tan grande, que el sistema sería rechazado por la inmensa mayoría de los aficionados. Es menester, pues, sacrificar, a la suavidad en la marcha

del motor una parte del rendimiento volumétrico, ya que ambas cosas son incompatibles. He ahí el motivo por el cual tres o cuatro velocidades bien escalonadas, dan en la inmensa mayoría de los casos, resultados excelentes, sin obligar al conductor a estar manejando perpetuamente. ¿Que el asunto no ha sido bien encarado hasta la fecha? Puede ser; pero los resultados son indiscutibles. Mientras no se haya realizado prácticamente un cambio de velocidades progresivo—y este es el detalle primordial—automático, las cosas seguirán en su estado actual.

MUCHOS AÑOS

MAS DE SERVICIO DE SU

FORD MODELO T

Un pequeño gasto de unos pesos puede permitirle usar su coche miles y miles de kilómetros más.

El Ford modelo T es todavía un gran automóvil. Marchó a la cabeza de la industria automovilística durante veinte años y aún es usado hoy día por mayor número de personas que cualquier otro automóvil. Hay más de ocho millones de Ford modelo T en servicio activo en la ciudad y en el campo y todos ellos pueden durar dos, tres, cinco y más años, aún con sólo un pequeño gasto de mantenimiento y operación.

El costo de los repuestos del modelo T y la obra de mano son excepcionalmente bajos, de acuerdo con antigüas normas Ford.

Por ejemplo, tapabarras nuevos cuestan de \$ 52.50 a \$ 75.00 y son colocados por un costo de 6 a 15 pesos de obra de mano.

Hacer pequeños arreglos al motor, revisando el carburador, encendido, bobinas, distribuidor y cambiar los cables, si es necesario, vale sólo 6 pesos por obra de mano, y tiene un pequeño cargo el material que se emplea.

Los patines de frenos se instalan por \$ 7.50; desarme y ajuste del eje delantero, enderezando las ruedas y colocando nuevos bujes a los resortes y sus soportes, tiene un costo de \$ 30.00 por obra de mano, más los repuestos.

El desarme y ajuste del diferencial se hace por \$ 42.00, más el valor de los repuestos empleados. Esmerilar las válvulas y quitar carbón lo hacemos por \$ 22.50.

Desarme y ajuste completo del motor y transmisión, vale \$ 150.00, más los repuestos que se ocupan en la reparación.

Todos estos precios son aproximados, pues los repuestos que se necesiten varían según el estado del coche. Se puede apreciar, sin embargo, cuán poco cuesta dejar un Ford modelo T para que sirva muchos años más.

Vea al Agente FORD más cercano y pídale que le haga un presupuesto completo para dejar su coche como si fuera nuevo. Usted quedará sorprendido del servicio adicional que conseguirá de su viejo auto.



FORD MOTOR COMPANY

SANTIAGO DE CHILE

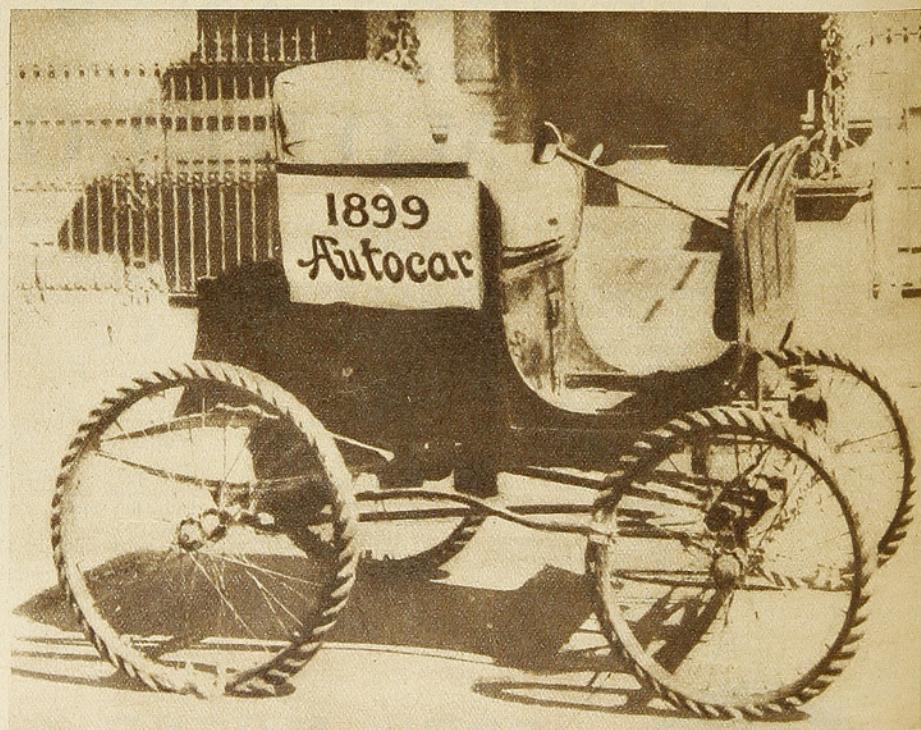


Cada país del mundo tiene sus acróbatas diabólicos, que continuamente mantienen latente la curiosidad del público con sus arriesgadas pruebas. Toshio Iwaki, del Japón, se destaca en esa profesión, y en esta fotografía lo vemos subiendo a caballo los escalones de piedra que conducen a la cumbre de la colina Atago, en el corazón de Tokio. Los noventa escalones fueron subidos y bajados a regular velocidad y la proeza ha sido realizada sólo dos veces con anterioridad a ésta.

EL SALTO GIGANTESCO DEL AUTOYOVILISMO

CUANDO el inventor de este pequeño automóvil, impulsado por hidrocarbón y con neumáticos hechos de sogas, hacia caminar su rudimentaria máquina por los caminos de Estados Unidos, estaba lejos de soñar el desarrollo realmente fabuloso que alcanzaría el automovilismo de su patria en tan pocos años.

En 1898, funcionaba en Norte América un automóvil por cada 18.000 habitantes, que eran simplemente unas híbridas creaciones entre triciclos y coches con sus ruidosos y pestilentes motores; en



cambio, hoy día, ¡hay un vehículo a motor por cada 8 personas! O sea, 13.000.000 de automóviles. O sea, 5 por cada vagón de pasajeros o de carga de todos los trenes del mismo país, que

El automóvil moderno debe funcionar sin vacilar en todas condiciones, tanto en el clima sofocante del desierto como en el de los Alpes Suizos, donde, debido a la altura de éstos, aún la respiración se hace difícil. En la fotografía se puede ver al señor Werner Risch de Zurich, Suiza, con su hijo, en su Packard de ocho cilindros en la nieve profunda en el "Klausenpass", el día que quedó abierto este camino, después de un crudo invierno.



podrían llevar 50.000.000 de personas en una sola caravana. El progreso, como se ve, es asombroso.

Fué Impresionante el Ensayo del Automóvil a Cohetes, sobre Riel

HANNOVER, agosto de 1928.

En la madrugada de hoy, a las 5.35, repitieron Fritz von Opel y el ingeniero Sander su tentativa con el nuevo modelo Rack IV, de coche a reacción sobre rieles. La prueba se llevó a efecto en el mismo tramo en que ensayaron en junio último, es decir, sobre el ramal Burgwedel-Celle, del Ferrocarril del Reich, aun no entregado al tráfico. El experimento ha vuelto a fracasar. Pocos segundos después del start se produjeron ferozísimas detonaciones y se vio elevarse al firmamento una llamarada gigantesca, acompañada por intenso humo. A causa de una supuesta falla en el encendido de los cohetes, éstos estallaron simultáneamente a poco de haberse puesto en marcha el vehículo. En el momento de la explosión, el Rack IV había cubierto la distancia de 70 metros, que apenas es digna de mencionarse. Debido a la enorme fuerza de la explosión, capotó el coche y luego fué despedido de la vía a 50 metros más y describiendo un gran arco fué a dar sobre el lado derecho

del terraplén, quedando completamente destruido. Algunas partes del vehículo, tales como las ruedas, casquillos, tubos de cohetes, etc., fueron lanzadas en remolino y a gran distancia hacia los campos circundantes.

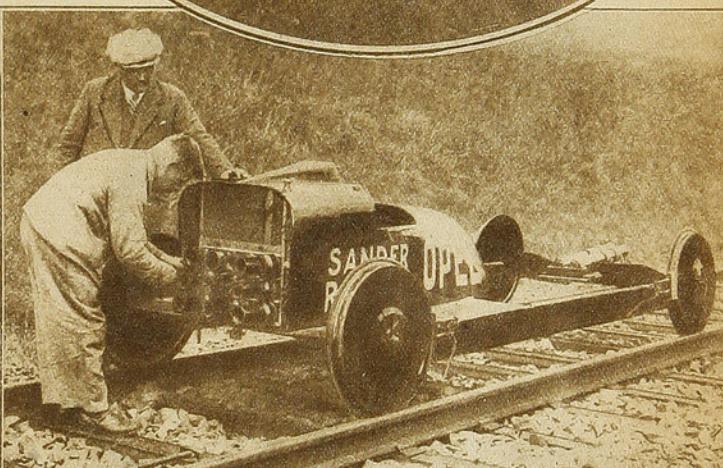
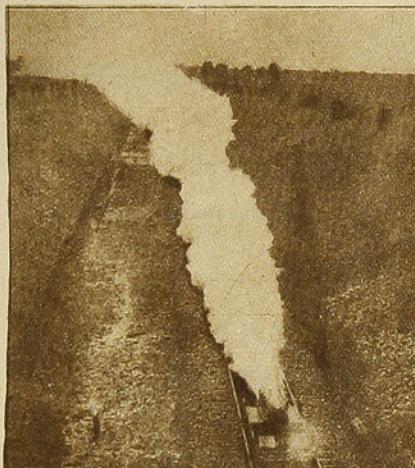
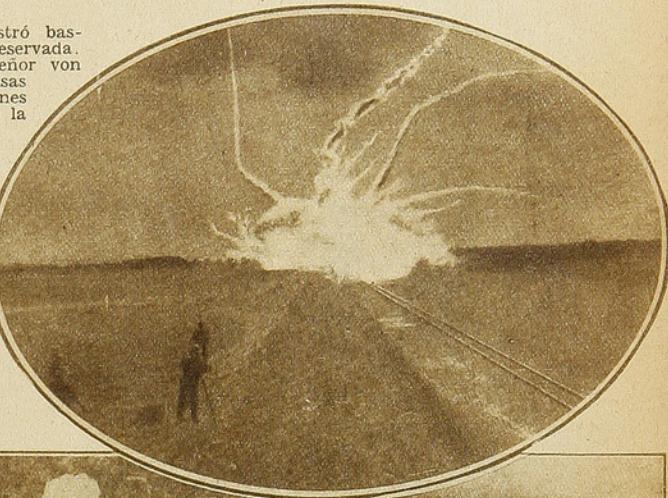
Fritz von Opel y el ingeniero Sander habían cifrado grandes esperanzas en su nuevo modelo de coche sobre rieles y aun ayer calculaban, hartos optimistas, lograr una velocidad record. El Rack IV, modelo con que intentaron hoy el start, ostenta diferencias en cierto modo considerables si se le compara con los anteriores. La construcción de este vehículo era más estable y pesada que la del que se empleó en junio último. Su peso se indica como de 800 kilogramos. Los constructores le dieron un plano de dirección modificado que, contrastando con el del Rack I, era obvio. A pesar de que el modelo es más pesado que los anteriores, la impresión de conjunto es de mayor elegancia y menos peso. Además del barnizado al rojo claro esta vez ostentaba un escudo con campos rojos y blancos en los que se veían las letras del nombre Opel.

Para la prueba de hoy, se disponía de dos coches para riel, de tipo completamente idéntico, el Rack IV y el Rack V. Aquél estaba equipado con 29 cohetes y éste, con el cual se proyectaba ensayar luego, con 30. Cada uno de esos cohetes poseía una fuerza de impulsión de 400 kilogramos. La disposición de los cohetes era casi igual a la aplicada en el automóvil a reacción que exhibió Fritz von Opel sobre la pista de Avus hace algunos meses. Todos los cohetes se hallaban emparedados en tubos de acero. Sólo se eliminaron esta vez los "cohetes de freno" que caracterizaron el coche de riel destrozado en junio.

Start secreto

Después de las experiencias en el start de junio en Burgwedel, ante la nueva solicitud de Fritz von Opel para que se pusiese a su disposición ese trayecto ferroviario, a fin de repetir las pruebas, la Dirección Ferroviaria

de Hannover se mostró bastante recelosa y reservada. Fué preciso que el señor von Opel estableciese extensas y difíciles negociaciones con el presidente de la dirección del Ferrocarril del Reich, Dr. Seidel, para inducir a éste a ceder el tramo. El ferrocarril del Reich dio su consentimiento sólo a condición de que el señor von Opel diera amplia seguridad, por escrito, de que mantendría en secreto los ensayos. Además de eso, y por escrito asimismo, von Opel debió decla-



rarse dispuesto a responder plenamente por todo daño personal o material que causase el malogro del experimento.

De ahí que automáticamente se suscitase la necesidad de iniciar la prueba de hoy con una exclusión casi completa de toda publicidad. Del acontecimiento sólo fueron informados un pequeño número de representantes de la prensa y los funcionarios de la Dirección del Ferrocarril del Reich. Además, y para evitar que concurriese una muchedumbre de espectadores, se fijó la hora por la madrugada.

De acuerdo con el plan, el primer start debía iniciarse a las 3.30 de la mañana. A pesar de todas las precauciones adoptadas no se pudo evitar, desde luego, que trascendiese a las aldeas cercanas al tramo de la prueba la versión de que se preparaba el start del coche de riel a reacción. Así, pues, y como quiera que sea, aparecieron junto al terraplén ferroviario de Burgwedel cierto número de curiosos, en los que el interés sobresalía sobre la necesidad del descanso nocturno. Los miembros de los clubes ciclistas de Opel, en Hannover, ayudados por algunos gendarmes, se encargaron de cerrar los caminos.

Sin embargo, la salida se demoró, no cumpliendo el programa estrictamente, ya porque al despuntar el día aun no había bastante luz para empezar el experimento, ya porque la colocación de los contactos para la cronometración eléctrica, de la que se encargaron los miembros de la Facultad de Ingeniería, exigió un lapso relativamente largo. Eran ya las 5.35 cuando Fritz von Opel dió la señal de partida y su leal mecánico Becker encendió la primera unidad de cohetes.

La catástrofe fué obra de pocos segundos

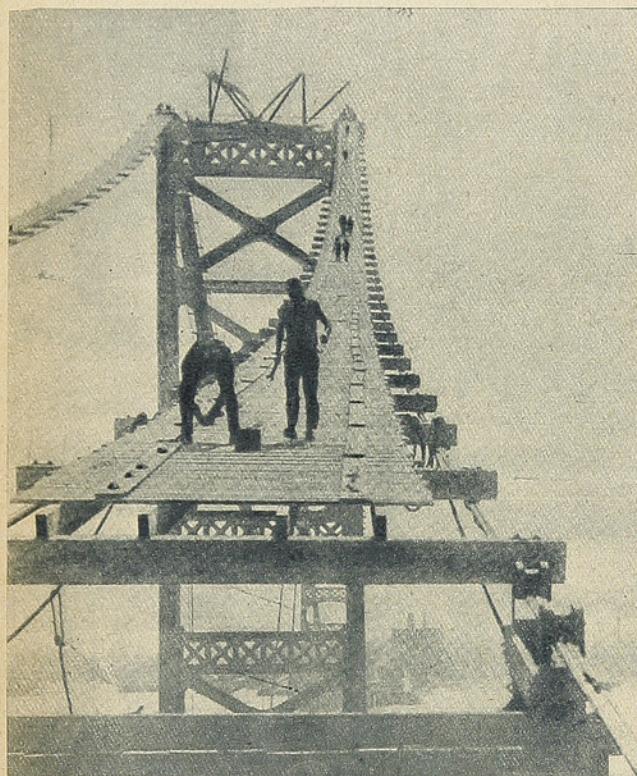
Quedó justificada la precaución de la Dirección del Ferrocarril del Reich al no permitir que la prueba volviese a dar motivo a algo así como una fiesta popular a la que asistieran miles y miles de personas. Si, como en junio último, ambos lados de la vía hubiesen estado sitiados por compactas masas de espectadores, probablemente la explosión de hoy habría tenido consecuencias fatales. Felizmente, gracias a las medidas adoptadas, también la prueba que hoy se malogró no ha causado daños personales ni materiales.

Se prohíbe el segundo ensayo

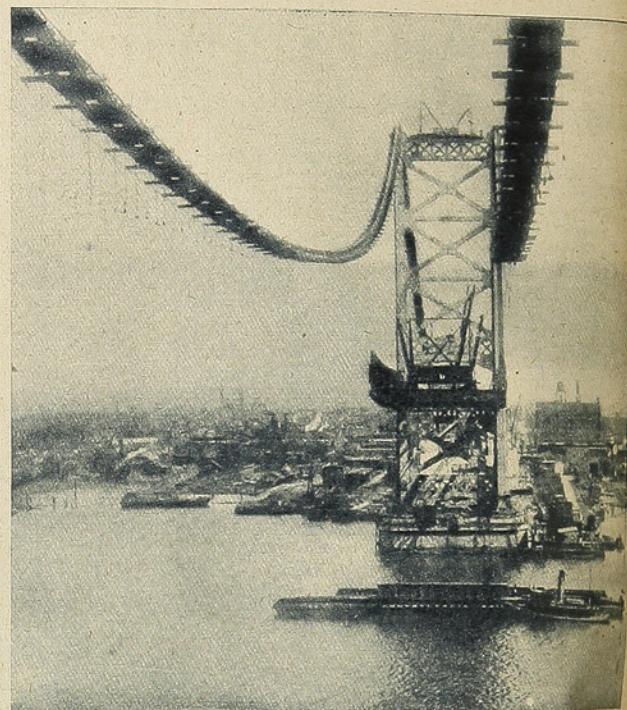
Después de la primera salida, que fracasó, Opel y Sander querían hacer otros start con el Rack V y repetir la prueba del coche de riel. Pero las autoridades intervinieron. Sobre la vía férrea sostuvieron una conversación el presidente de la Dirección del Ferrocarril del Reich y un consejero del distrito de Burgdorf y ambos se opusieron enérgicamente a la repetición del experimento; declararon que por ahora no podían permitir otra prueba.

Fritz von Opel, cuyo carácter valeroso y energético fué preciso admirar de nuevo, soportó la derrota serenamente y con dignidad. No es el hombre que permite que los fracasos lo desalienten y, a buen seguro, volverá a iniciar sus experimentos de reacción, que tanto tiempo y tanto dinero le han costado ya; no cabe duda de que lo hará con nuevos brios, ya sea aquí o en otra parte.

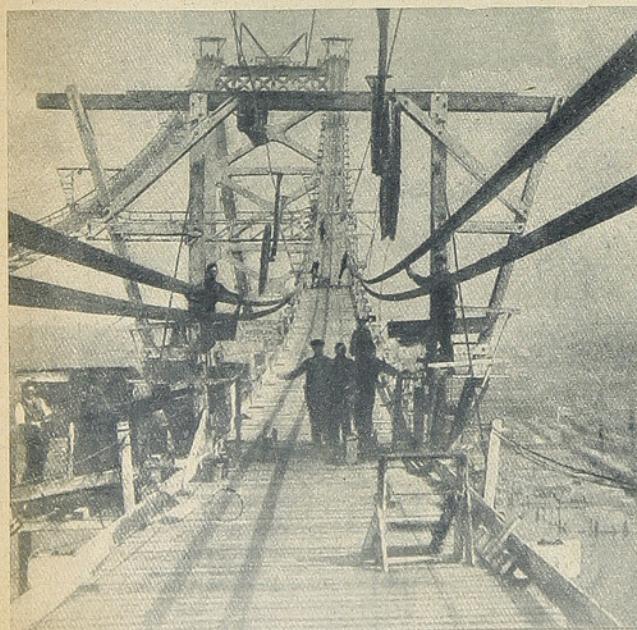
El primer puente automovilístico en construcción



El puente sobre el Delaware en Filadelfia: el primer puente automovilístico en construcción.



El puente sobre el Delaware



Una perspectiva de la obra gigantesca

El puente en construcción sobre el río Delaware en Filadelfia, destinado al tráfico de los automóviles, tendrá una capacidad para ocho filas de coches; costará 75 millones de dólares y se encontrará terminado en 1932.



El más moderno de los automóviles modernos...

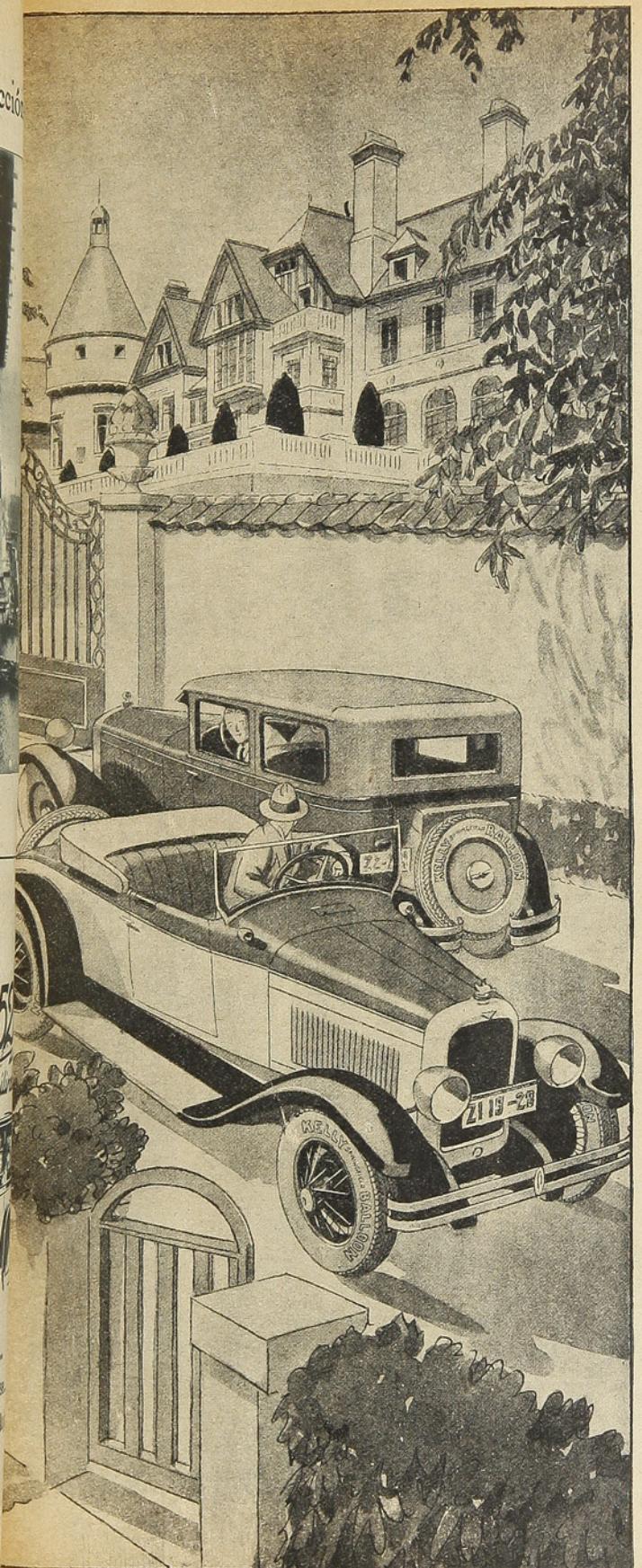
El más perfecto de los coches de gran clase...

El más económico de los autos de lujo...

Se exhibe en nuestro local: ESTADO 144

REISER, PETITBON & Cía

VALPARAISO — SANTIAGO



Dos automovilistas que se encuentran siempre son corteses; siempre que alguien se encuentra en "panne" es de usual cortesía ofrecer ayuda.

Para Todos"-5.

Ventajas del automóvil e instrucciones para el automovilista novicio

El automovilismo significa, ante todo, movilidad. El hombre o la mujer que dispone de un automóvil puede ir a todas partes, a voluntad. El propietario de un automóvil no depende de trenes, tranvías, ómnibus, ni automóviles de alquiler. Una guía de tránsitos y un itinerario de ferrocarriles sólo son para el automovilista objetos de curiosidad.

El automóvil, con todos los asientos ocupados, constituye para la familia la forma más económica de transporte; además representa una ganancia de muchos días anuales, por el tiempo economizado en los viajes cotidianos.

Si se quiere, el coche es una habitación móvil. Sus dueños pueden así, si lo desean, independizarse muchas veces de los hoteles.

Hoy existen automóviles para todos los gustos, necesidades y medios de fortuna. El coche más barato es hoy de tanta confianza como el más caro. La diferencia entre uno y otro es análoga a la que existe entre un "pullman" y un coche de segunda clase. Uno es más cómodo que el otro, y cuesta más, pero los viajeros del "pullman" y los de segunda clase llegan al mismo tiempo a su punto de destino.

Eso es lo mismo que ocurre con los que utilizan automóviles caros y baratos, siempre que unos y otros sean conducidos con idéntica consideración para con los demás ocupantes del camino.

Los nuevos automovilistas, antes de adquirir su primer coche, deberán estudiar cuidadosamente qué tipo les conviene más. El estudio cuidadoso de los catálogos de los fabricantes les proveerá la información necesaria. Todos los "chassis" actuales son de confianza, y la carrocería es la que, usualmente, determina la elección final.

El novicio antes de comprar, debe ensayar un coche abierto y otro cerrado, preferentemente de la misma marca. Por esta razón, habrá de resolverse, ante todo, por la marca que le agrade. Hay que probar el coche abierto con su completo equipo para todo tiempo y también sin él.

"Sea cuidadoso". Esta es la regla primordial que deben observar los novicios.

"Tenga confianza". Esta se adquiere después de tener cuidado.

"Demuestre habilidad". Esta llega después de la confianza.

Debe manifestarse la misma satisfacción en conducir su coche como en cuidarlo. Y no deben perderse de vista las ventajas que puedan obtenerse con los accesorios. Aunque el coche esté originalmente bien equipado, hay siempre algún extra valioso que aumentará el placer en el deporte. Hay que procurar no hacer recorridos demasiado largos en un sólo día, porque pueden causar fatigas, y un conductor cansado es, con frecuencia, un peligro para si mismo y para los demás.

Deben aprenderse las señales empleadas para el tráfico y luego habrá que aplicarlas correctamente y con cortesía. En las rutas de mucho tráfico, habrá que conservar siempre la mano que corresponda para que puedan pasar sin dificultad los demás coches que necesiten hacerlo. Si el conductor dificulta el paso, dará motivo a que el tráfico se desarrolle "en escalones", que es la más peligrosa de todas las formaciones. Nunca debe uno detener el coche repentinamente, sin haber hecho señales claras de su intención. Tampoco deberá pararse en una curva para admirar el paisaje o para encender un cigarrillo.

Los cambios de velocidad tendrán que ser aplicados de acuerdo con las condiciones del camino. No constituye una virtud el marchar siempre en "directa". Esto revela un pobre conocimiento de la conducción, y es, además, malo para el coche.

Si el automóvil no está provisto de mecanismo para inclinar los faros, habrá que hacerlos instalar. Lo requieren la seguridad y la cortesía. Hay que tratar siempre a los demás ocupantes del camino como desearía uno mismo ser tratado. Y para todo habrá que tener presente esta regla invariable: "si surge alguna duda sobre cualquier punto relacionado con el coche o con su uso, debe siempre recurrirse a personas técnicas o de larga experiencia en la materia".

¿QUE KILOMETRAJE CUBRE UN COCHE ANUALMENTE?

Sobre este tema interesante, una revista londinense publica un artículo, del que vamos a reproducir los párrafos más salientes:

Cierto automovilista, "verdadero representante del tipo medio de conductor", sosténía en rueda de amigos que un automóvil común no recorría más de 5.000 kilómetros en el año, y citaba, como ejemplo, su propio caso. Otro conductor expresó la opinión de que el cálculo debería elevarse, por lo menos, a 6.500 kilómetros, refiriéndose a los coches modelos "sports", mientras que un tercero se declaró convencido de que la cifra podía elevarse hasta los 8.000 kilómetros. Con excepción del primero, se llegó a uniformar opiniones estimando que el kilometraje no debe ser menos de 6.500, y que, con toda probabilidad, el promedio ha de acercarse a los 7.000.

Los tiempos han cambiado.

Es seguro que, hace algunos años, la afirmación del primer automovilista hubiera sido la más exacta. Pero los tiempos han cambiado, y como resultado de la mayor "confianza mecánica" que ofrece hoy el coche, y también por los menores

(Continúa en la pág. 35).

Exija
películas
de esta
marca

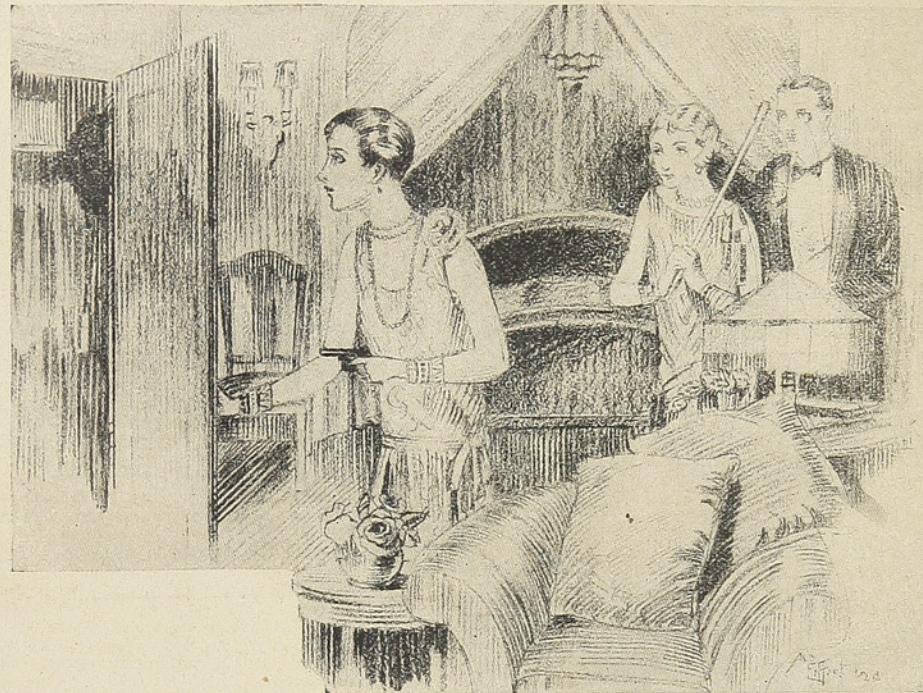
Paranount
Pictures

Son las
mejores
del mundo

¿ E S E E S A R T U R O ?

Acabó la noche en una verdadera apoteosis, después de un concierto incomparable, en que el todo París de la finanza y del alto comercio había podido aplaudir a las grandes vedettes a más de alguna desconocida a quien se le auguraba un porvenir grandioso.

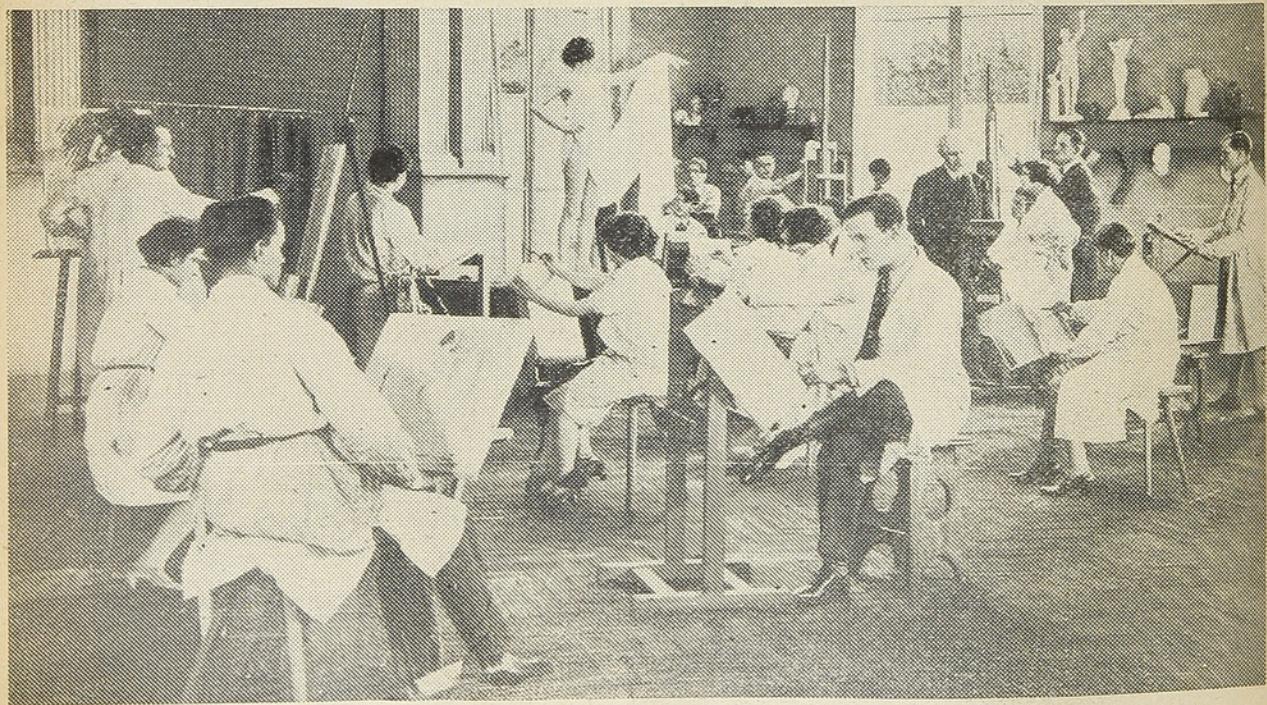
El señor y la señora Defontaine, tienen el privilegio de descubrir, de vislumbrar mejor dicho, en un debutante si tiene o no temperamento, si es o no es una naturaleza de artista. De tal manera que había pasado a ser prover-



bial el "ojo" de ese Mecenas que llevaba por nombre Daniel Defontaine, Dedé, como le decían sus íntimos, a causa de sus iniciales y por afecto. Porque, a pesar de su gran fortuna, contaba con amigos sinceros.

Los salones del departamento de la calle Roquepine, por lo demás, podían compararse con el Museo de Artes Decorativas. Veianse menos piezas de gran precio, pero raras y bellísimas. El señor Defontaine acababa de pagar más de trescientos mil francos por un par de vasos

¿Quién es Svengali?



Svengali es un ser raro que infunde miedo, pero que lleva en la frente el sello del genio, y ante el cual no cabe más que inclinarse... Vanidoso y ególatra hasta la locura de las grandes, inflexible y duro, con tal de obtener su fin, pero grande hasta en la hora suprema de la muerte... Un genio mu-

sical; un hombre de una fuerza de voluntad indomable que se aprovecha de su poder hipnótico y sugestivo sobrenatural, para subyugar seres tímidos, dotados por la naturaleza de disposiciones artísticas, haciendo de ellos admirados artistas, pero hombres desdichados, cuya vida dirige a su capricho

en antiguo celedón verde de la China, del tiempo de Luis VI.

Sabiamente iluminado, el sitio donde reproaban tantas maravillas, tenía un brillo feérico que se expandía sobre la belleza de las mujeres, pero haciendo anacrónicos los trajes negros.

Se había cenado. Eran las dos de la mañana cuando una amiga de la casa, la señora Lacerna, se acercó, anhelante y espantada, a la señora Defontaine, y le dijo en voz baja: "Mi querida Elena, acabo de hacer un descubrimiento abominable: vuestro camarero, aquel que atiende el guardarropas de los señores..."

—Sí, Juan, ¿qué?...

—Es Arturo.

—¿Qué es lo que dices?

—Que es Arturo, aquel que ha robado ochocientos mil francos en joyas, en casa de la señora Alexis Fournier, mientras estaban en la mesa y que luego se retiró tranquilamente. Tú sabes que la policía lo busca en vano, mucho más, cuando ya ha dado el mismo golpe en otras casas. Es un especialista.

La señora Defontaine es una mujer de gusto, pero confiada e ingenua. No podía, pues, admitir que Juan, con su figura de buen mozo, fuese Arturo, el ladrón.

—Imposible. Un gran parecido quizás te engaña, querida, pero te equivocas.

—Bien, pero no te sorprendas si las piezas más preciosas de tu colección desaparecen como por encantamiento.

—Pero entonces quiere decir que tienes seguridad. ¡Es espantoso! ¿Dónde está mi marido? ¡Ah! Hélo aquí. ¡Gastón!

—¿Qué pasa? Pareces trastornada, querida.

—No es para menos. Nuestra amiga me asegura que acaba de conocer en Juan ese Arturo, ladrón del cual habla

*Una revolución
en los hogares!...*

NO MAS HUEVOS CAROS

"IMU"

M. R.

una preparación para conservar huevos, inventada y experimentada en Suecia, que hoy se lanza al mercado de Chile.

Huevos completamente frescos durante todo el año, a los precios más bajos de verano.

Los huevos conservados con "IMU" tienen el sabor de huevos del día y pueden servirse a la copa o como se deseé.

Usted puede efectuar una economía muy apreciable en los gastos de casa conservando huevos con "IMU". Distribuidores en todo el mundo:

BARNAENGENS TEKNISKA FABRIKERS AKTIEBOLAC
ESTOCOLMO, SUECIA

Solicite folleto explicativo en la Botica próxima y en los Almacenes Avicolas.



toda la prensa. ¡El ladrón de los Fournier!

—¡Pero Juan! Si tengo yo de él las mejores recomendaciones verbales que se puedan desear! ¡No puede ser!

—¡Pues es así! replicó la señora Lacerna como persona que constata un hecho pero no se encarga de explicarlo.

Por otra parte, Defontaine no era hombre que se queda en palabras. Llamó en seguida a uno de sus hijos y le ordenó:

—Vé inmediatamente en busca del comisario de policía, de mi parte.

—¡A su casa!

—Sí, a su casa. Despiértale, y ruégale,

SVENGALI

Adaptación de la célebre novela "Trilby", que se arregló para la escena hablada y recorrió triunfalmente todos los escenarios del mundo.

CON **PAUL WEGENER**

el incomparable actor dramático alemán, secundado por la bella

Anita Dorris y André Mattoni

Super-Producción

"TERRA"

de Berlín

PROGRAMA

"TERRA"



Jueves 27: PRINCIPAL

que venga sin demora. Se trata de detener a Juan que es un ladrón, el ladrón de los Fournier, ¿sabes?

—Sí, comprendo. Voy corriendo.

—Y ahora—agregó Defontaine dirigiéndose a su mujer—ocúpate de los invitados que aún quedan. Yo vigilaré a ese pillastre, si es que lo es.

Advirtió primero a su chauffeur que esa noche ayudase a los otros criados.

—Cierre usted con doble llave a la puerta de servicio y coíóquese delante. Que nadie salga bajo ningún pretexto. Sabemos que Juan es un ladrón y es indispensable no dejarlo escapar.

Etienne, el chauffeur, unido a sus amos, desde hacia quince años, merecía toda su confianza. No manifestó sorpresa ni indignación. Obedecía siempre como un soldado, sin traducir sus impresiones.

El señor Defontaine, fué en seguida a lanzar una mirada a la guardería. Juan estaba en su puesto conservando su aire plácido. "Estoy seguro, pienso su amo, que no abriga la menor sospecha". Y se reunió a su mujer y a las visitas que aun no se marchaban.

Poco después, apareció el comisario de policía.

—Usted ya! Le suplico que me excuse el intempestivo llamado.

—Enteramente a la disposición de usted, señor. Yo estaba justamente esta noche al servicio de al Embajada de Inglaterra y regresaba a mi domicilio, cuando su hijo de usted...

—He aquí lo que ocurre. Nosotros creamos tener, como camarero, bajo el nombre de Juan, al famoso, al inencontrable Arturo.

—No importa. Para mí es muy sencillo. Dos de mis hombres se han quedado en el vestíbulo del inmueble con la or-

den de no dejar salir a nadie. Vuestros invitados van a tener que someterse a esta consigna y ello quizás les moleste un poco... Es cuestión de pocos minutos. Su señor hijo acaba de bajar para explicarles la cosa y rogarles se sirvan tener un poco de paciencia.

Una camarera avanzó con aire inquieto.

—¿Qué ocurre, María?

—Dos señores buscan inútilmente, uno su bastón y el otro su sombrero.

—¿Por qué está usted y no Juan atendiendo?

—No lo sé, señor. Se me ha llamado para que le reemplace y aun no regresa.

—Está bien, pero es preciso encontrar ese sombrero y ese bastón. La sigo.

—Indudablemente nuestro pillastre se ha dado cuenta de nuestras sospechas y procura fugarse por atrás.

—No hay que temer nada por ese lado, señor comisario, está muy bien guardado.

—Dejemos entonces la puerta abierta. Si él procura huir por ahí, se lanzará él mismo en la boca del lobo.

—Prefiero cerrarla, señor comisario, y poner en fachón a una persona que conoce a ese camarero.

—Como usted quiera.

Cuando se dió la alerta, se formó un gran revuelo en el departamento. Todos los armarios fueron abiertos, todos los rincones escudriñados. Se miró detrás de las cortinas, debajo de las mesas, y debajo de los catres. El comisario quiso inspeccionar el balcón. Pero el escalarlo era peligroso, casi imposible.

—A menos de ser un acróbata de profesión—afirmó el comisario—desafío a cualquiera a que huya por ese balcón. Es verdad que ciertos ladrones practican todos los oficios... La luna se abrió pa-

so entre las nubes para poner aun el obstáculo de su luz y el comisario dijo:

—Si nuestro hombre ha pasado por allí, es que no teme romperse los huesos.

—Admité usted, pues esa hipótesis?—preguntó el señor Defontaine.

—A falta de otras. No encuentro otra mejor. Voy a prevenir a los conserjes. Quizás esté todavía en el techo en busca de alguna ventana por donde huir, ventana que no encontrará porque están todas cerradas. No hay tiempo que perder. Bajo.

Pero, cuando atravesaban uno de los salones con el señor Defontaine, se les vino a comunicar que un abrigo de visón había desaparecido. Su propietario esperaba.

—No se habrá volatilizado ¡qué diablos! ¡Pero qué desorden!

El comisario se cogió el mentón con un gesto que le era familiar en las grandes circunstancias.

—Temo mucho que ese abrigo haya corrido la misma suerte que el bastón y el sombrero de pelo.

—Por qué lo cree usted así?

—Se me ha venido una idea a la cabeza... Pero primero, permítame usted una pregunta. —¿Su criado, es alto?

—Juan? sí. Un metro ochenta, por lo menos.

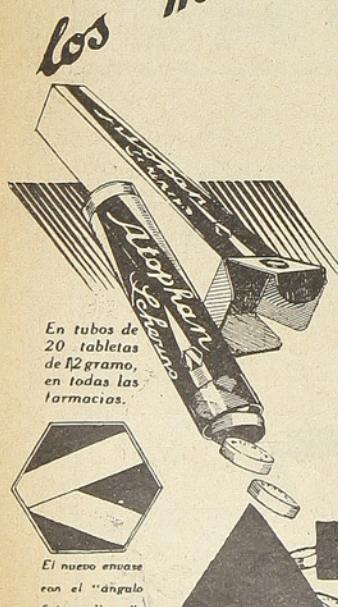
—No lleva bigotes?

—No, no los lleva.

—Es verdad que... ¡Caramba que es vergonzoso! Figurese usted que cuando llegaba, un señor de alta estatura se me cruzó por el camino. Llevaba un abrigo abierto sobre el frac. Yo estuve a punto de decirle: "Perdón, señor, pero nadie puede salir". Nosotros estamos habituados a ver ladrones bajo los más brillantes aspectos. Pero ese señor era el pri-

mortificantes dolores producidos por

REUMA o GOTÁ



En tubos de 20 tabletas de 1/2 gramo, en todas las farmacias.



El nuevo envase con el "ángulo Schering", sello de garantía.

son calmados rápida y enérgicamente con las tabletas Schering de Atophan. Estos no solamente libran al enfermo de los terribles suplicios, sino que constituyen el tratamiento más famoso del mundo contra dichas afecciones, producidas por la acumulación de **ácido úrico** en las articulaciones.

El Atophan Schering disuelve y elimina el exceso de ácido úrico; de ahí su prestigio entre los médicos como el medicamento más apropiado.

ATOPHAN

Schering

mero que se cruzaba conmigo. Luego de una imperceptible vacilación, creí reconocer a un miembro del Jockey Club y me llevé la mano al sombrero. Mientras tanto, él salía. Sin duda alguna se trataba de Arturo. Tuvo tiempo de coger un abrigo de lujo. Aun cuando no haya tocado a sus colecciones, siempre puede decirse que su estada en su casa no le ha sido infructuosa.

—¡Infame! ¡Y pudo coger las mejores referencias! Tengo un amigo que lo tuvo a su servicio a su entera satisfacción.

—No es raro. Vuestro amigo no tendría cosas que tentaran su codicia. Por lo demás, a ellos les conviene conseguir referencias indudables. ¿Cómo podrían de otro modo, trabajar? Sin embargo, estoy seguro de que en aquella casa sin provecho, trabajó muy poco.

—Partió, efectivamente, al cabo de tres semanas por razones de salud. Mi amigo lo ha sentido mucho.

—Vuestro amigo debe felicitarse por esa partida prematura como usted mismo, señor. Sin un hogar feliz, debía usted luego lamentar la pérdida de sus ricas colecciones y la señora Defontaine la de sus magníficas joyas.

—¡Oh, yo! exclamó Elena Defontaine —toda vez no puedo creer que Juan, mozo tan perfecto, pueda ser uno mismo con ese famoso Arturo, ladrón internacional.

—Ya le cogeremos un día u otro, señora, y quedará usted edificada. Por hoy, tengo aun una ligera esperanza.

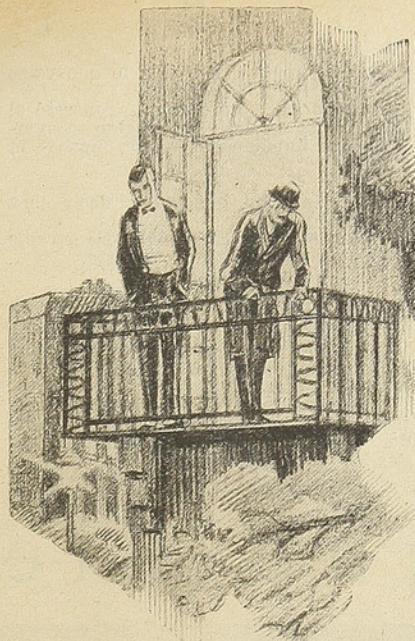
—¿Cómo es eso?

—Luego de haberme tropezado con él a las puertas de esta casa y de haber creído reconocer en tan correcto gentleman, un asiduo del Jockey Club, me asaltó una ducha, mejor dicho, un escrupulo de conciencia profesional, y rogué al inspector en traje civil que me acompañaba, que emprendiera la persecución le ese hombre, si es que ya le era posible. Mi temor es que no le haya podido dar caza, por lo tanto, mi esperanza, es muy débil. Mañana veremos.

Se despedían ya, cuando sonó el timbre del teléfono.

—¡A esta hora! —dijo con asombro el señor Defontaine. Sin duda se trata de un error. —¡Aló!

En el silencio de la noche, sin necesidad de tener la oreja pegada al fono, el



llamarme para excusarse de haberme reconocido demasiado tarde y haber respondido tan sumariamente a mi saludó?

El señor y la señora Defontaine, no pudieron reprimir la sonrisa. Su hijo, cruzando los brazos, exclamó: —Es un tíno epatante. El señor Defontaine corrigió:

—No puede negarse que es un poco humorista.

Elena Defontaine suspiró lánguidamente:

—¡Qué lástima que un tipo tan simpático no sea una persona decente!

Sin embargo, el comisario, que continuaba escuchando ruidos extraños, no abandonaba el receptor. Hizo señas en seguida al señor Defontaine de que cogiera el otro receptor.

—Se diría que luchan —murmuró el señor Defontaine.

—En efecto, sin duda.

—Ahora no se oye nada.

—Esperemos.

Pronto, al otro extremo del alambre una voz interrogó:

—¿Está usted ahí todavía, señor comisario?

—Sí, ¿es usted Bernard? ¿Qué hace usted ahí?

—Estoy en un hotel amoblado de la calle Boursault. Tenemos cogido al buen señor.

—Espléndido. No le deje usted. Es el famoso Arturo.

—No hay cuidado, le mantendremos firme, a pesar de que asegura ser un hombre de alta situación, amigo suyo personal, persona influyente en política, etc., etc. En fin, como nosotros conocemos los trucos de esta gente....

—Bueno. Continúe usted, Bernard y mis felicitaciones.

Ya estaba Arturo metido en el saco y el comisario exhibía una de esas sonrisas de las más satisfechas, mientras el señor Defontaine repetía a los suyos lo que acababa de acontecer. Tendió la mano al representante de la ley.

—¡Gracias y bravo! Pero no partireis sin haber tomado con nosotros una copa de champaña.

—Acepto sin ceremonias, señor Defontaine, porque, se lo aseguro, ha habido un momento en que me he sentido soñado!

PAUL LACOUR.

HUMORISMO DE HOY

HONRADEZ PROBLEMATICA

Herbert Tree contaba que al efectuarse un gran pago, el cajero se había equivocado y le había entregado 5,000 en lugar de 4,000. —La honradez ante todo —decía Mister Tree.—¿Qué creéis que hice yo?

—Devolverlas.

—No. Enviarle inmediatamente quinientos a mi socio, porque las ganancias, debían ser repartidas a medias.

LA ESPOSA.—¿Quién es esa mujer a la que has saludado?

EL MARIDO.—¡Pse...! Una novia que tuve el año diecisési.

—¡Ah! ¡Conque ya me estabas engañando antes de que me conocieras!

—¿Sabes que la "estrella" Pola Negri es boticaria?

—Hombre, ¿por qué?

—Porque sabe hacer bella-dona.

—En qué se parecen un cerdo y un palomar?

—En que el palomar tiene palomas... ¡Y palomas, el cerdo!

—¿Quiénes son los hombres que nunca se llaman entre sí "... cara de imbécil" e insultos por el estilo?

—¿.....?

—Los hermanos gemelos.

Consulta gramatical.

—Oye, papá, ¿qué quiere decir una RE antes de la palabra?

—Pues significa "más", por ejemplo, fuerte, quiere decir más fuerte, re-bueno, quiere decir más bueno.

—Ah, entonces me tranquilizo.

—Porque yo saqué en mi calificativo REprobado.

Algo indispensable.

—Carlos se recibe de abogado muy pronto.

—No lo crees, le falta una materia.

—¿Cuál?

—La materia gris.

SU MARCA FAVORITA ES

Metro-Goldwyn-Mayer

Exija al Empresario de su barrio que exhiba estas películas.



VUESTRO ESTOMAGO SUFRE

a causa de un exceso de ácido que impide las funciones normales del mismo. Para llegar a alcanzar una perfecta digestión, hay que combatir el mal en su origen. Media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada después de las comidas, neutraliza en cinco minutos el exceso de ácido y combate todos los disturbios digestivos. Basta de dolores estomacales; toma la Magnesia Bisurada (M. R.) y alcanzarás una perfecta digestión. Se vende en todas las farmacias y Centros de Específicos.

Base: Magnesia y Bismuto

H U M O R I S M O

Un inspector de enseñanza va a visitar una escuela elemental y se le ocurre preguntarle a uno de los niños qué es lo que quiere decir "prodigo". El interrogado no responde palabra.

—Señor inspector — dice el maestro — el prodigo hubiera sido que este ignorante hubiese acertado a decirle. Pregunte usted a otro...

El inspector llama a otro niño y repite la pregunta, pero con el mismo resultado negativo.

—Vamos a ver, yo te ayudaré — exclama. — Si tú te despertas de noche y vienes que el sol aparecía en el cielo, ¿qué dirías?

—Diría que aquello no era el sol, sino la luna.

Pero tú no podrás decir eso al ver el sol.

—Yo puedo también ver que no es el sol.

—¿Y si yo te dijera que lo que veías era el sol efectivamente?

—Entonces... entonces — contestó el niño perfectamente convencido — pensaría que había usted bebido más de la cuenta.

Dime, Luisito, ¿qué quiere decir obra póstuma?

—Muy sencillo. Es aquella que escribe un autor después de su muerte.

SEGURIDAD

A un enterrador de Ronda le dice el cura Foronda:

—Aunque esto a mí no me incumbe, yo aseguro que esa tumba la puedes hacer más honda.

—Usté es que no está enterado, contestó malhumorado el enterrador dolido; haber cuantos se han salido de todos los que he enterrado.

LOS ANTEOJOS DE LA ABUELA

Un día, Carlitos cogió los anteojos de su abuelita y lleno de curiosidad y encantado de la broma, se los puso. Los colocó sobre su naricilla lo mismo, exactamente lo mismo que la abuela se los ponía para leer o hacer labor de aguja.

Pero... ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Carlitos no veía nada. Por más esfuerzos que hacía no lograba distinguir las letras del periódico que tenía en la mano. ¿En qué consistía aquello?

—¡Abuelita — exclamó — no veo nada, absolutamente nada! ¡Mírame! ¡Es que hay algo entre mis ojos y los cristales?

La buena señora no perdió el tiempo en explicaciones científicas, y dijo con melancólica sonrisa:

—Sí, Carlitos. ¡Hay setenta años, niño mío!

"Toque Fierro"



Una de las escenas de la obra "Toque Fierro", que se asegura ser la película más cómica que se haya visto en Chile, y en la cual se presenta en nuestro país un cómico llamado a ser el gran favorito del público. Este cómico es Monty Banks, que ha venido a eclipsar a todos aquellos que aquí ya se conocen. "Toque Fierro" será presentado por la Chilean Cine-

ma Corporation en su programa Ajuria extraordinario, en la Sala Imperio. Esta empresa ha tenido la particularidad de presentar y de hacer conocer en Chile a todos los grandes artistas del género, incluyendo a Chaplin, Harold Lloyd, Agapito, etc., y nos asegura que el que va a presentar ahora, hará mucho más furor que los nombrados.

(Continuación de la Pág. 29)

VENTAJAS DEL AUTOMOVIL E INSTRUCCIONES PARA EL AUTOMOVILISTA NOVICIO

gastos de mantenimiento que exige, las cifras del kilometraje se han elevado de manera notable.

Se fueron ya, o se están alejando, por lo menos, rápidamente, los días en que los automovilistas limitaban sus excursiones de "week-ends" a las cercanías de sus lugares de residencia. Hoy, por el contrario, son muchos los que, durante los buenos meses del año, hacen viajes semanales cubriendo en un día trayectos de 150 a 250 kilómetros, y no pocos efectúan recorridos de más de 500 kilómetros antes de regresar a su casa. Basta visitar una o dos de las estaciones veraniegas de la costa inglesa, durante un hermoso final de semana, para conocer el gran número de coches que circulan entre Londres y el mar.

Aún suponiendo que no participen de estos viajes la mayoría de los propietarios de automóviles, el promedio de los automóviles viaja mucho más por el campo que anteriormente. Toda gran ciudad cuenta con lugares hermosos de esparcimiento popular, dentro de un radio de unos 80 kilómetros, que cada final de semana constituyen puntos de reunión de gran número de coches, la mayoría de los cuales cubre distancias apreciables para llegar allí, utilizando las vías más directas, en tanto que muchos automovilistas siguen caminos desviados con el fin de amenizar su viaje visitando, en una sola excusión, más de un lugar agradable.

Muchos de los que viven en Londres tienen necesidad de viajar más de 30 kilómetros antes de atravesar por completo el área suburbana, distancia que, acumulada, forma en el transcurso de unos meses un total nada despreciable.

Todo el que tiene un coche lo utiliza en sus vacaciones anuales,

no sólo para hacer viaje de ida y vuelta al balneario o al punto del interior elegido, sino para sus viajes diarios durante todo el tiempo de su veraneo. De esta manera se aumenta fácilmente en algunos miles el total del kilometraje recorrido. Además, hay muchos aficionados que aprovechan las fiestas oficiales para hacer excursiones más largas que las normales de final de semana. En el período de fiestas de Pentecostés, por ejemplo, pueden cubrirse con un coche moderno considerables distancias, sin apresuramiento demasiado.

Utilización del automóvil durante todo el año.

Otro factor que apoya la opinión de que se están elevando los kilometrajes anuales de recorrido es que el automovilismo casi ha dejado de ser una distracción temporal. Es mucho menor hoy que antes la proporción de coches que dejan de usarse en invierno, y esto sólo contribuye, en grado apreciable, a que sea mucho mayor el kilometraje anual. Se está popularizando cada vez más el uso del automóvil en las noches entre semana y son muchos los automovilistas que se sirven de sus coches para dirigirse diariamente a sus ocupaciones o para compromisos sociales, tanto en invierno como en verano. Y aunque el recorrido cubierto cada día sea sólo de 150 kilómetros, representa al cabo del año una cifra elevada.

No hay que considerar a este respecto al hombre que emplea su coche regularmente para negocios o fines profesionales; su kilometraje anual puede exceder a veces el 15.000 kilómetros; pero estos casos no pueden incluirse en el "promedio de los automovilistas".

C H I S T E S

El.—Resulta que me he gastado todos mis ahorros en nuestro viaje de novios.

Ella.—¡No te preocunes, chico! ¡Después de todo, un viaje de novios es cosa que sólo se hace cada dos o tres años!

—¿Por qué lloras, nena?

—Porque mi tía se ha caído rodando por las escaleras.

—No te preocunes, rica; creo que no se ha hecho nada de particular.

—Ya lo sé; ¡pero mi hermano la vió caerse, y yo no!

—¿Ha pedido el señor una banqueta para los pies?

—No, señor, para tirársela al tenor a la cabeza.

—En mi vida he visto un pesimista tan grande como Jenkins...

—i.....!

—Hoy se ha encontrado en el Parque

un billete de 50 libras y protestaba todavía.

—i.....!

—Protestaba porque lo había visto su amigo Pougnot, a quien le debía dos libras...

—López me ha pedido prestadas 500 pesetas... dice que puede ofrecerme una garantía.

—¿Una garantía?... ¡Ah, sí! La de no devolvértelas.

La Chilean Cinema Corporation

QUE HA PRESENTADO A TODOS LOS GRANDES COMICOS, PRESENTA AHORA A UNO QUE LOS SUPERA A TODOS, ES

MONTY BANKS

Que hará enloquecer con

Toque Fierro!





Parece que se alzara el telón de un teatro...

...cuando la Nueva Victrola Ortofónica reproduce en el seno del hogar las voces humanas e instrumentales. Palpita tanta vida y vibra tanto arte en las reproducciones de este admirable instrumento, hay tanta realidad en la emisión de los sonidos y existe tanta exactitud en las diversas tonalidades musicales, que los oyentes creen encontrarse frente al escenario donde actúan los artistas que se están escuchando.

Por eso, millones de hogares que nunca han oído en persona a las celebridades de la música, pueden, gracias a los principios ortofónicos de reproducción, disfrutar hoy del divino arte en sus más excelsas reproducciones y en sus más variadas manifestaciones, desde el número de "jazz" o bataclán hasta la más grande composición lírica o sinfónica.

Venga a ver el modelo adecuado para su hogar.

Facilidades de Pago.



Distribuidores VICTOR Exclusivos para Chile

(Centro y Sur):

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

Santiago: Ahumada 200, esq. Agustinas — Valparaíso: Esmeralda 99; Blanco 637

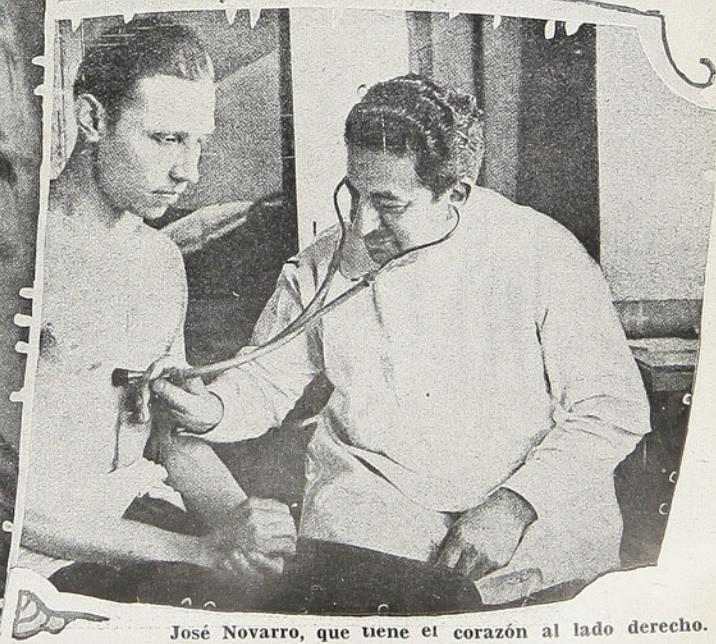
Para todos
los
gustos



Los que ha-
blan de la be-
lleza esculptural de
la raza negra no se han
encontrado con ejem-
plares como este.



Lilian y Dorothy Gish, acompañadas
por su madre, en una terraza de Nueva
York.



José Novarro, que tiene el corazón al lado derecho.

Vacaciones de los Grandes Políticos



Lloyd George dormita una siesta deliciosa.



El Presidente Coolidge carga un fuerte montón de avena en su huerta.



Chamberlain cultiva su jardín.

M. Hoover, candidato republicano de Estados Unidos, se entretiene en la pesca.



Stresemann cultiva apasionadamente las rosas de su jardín.



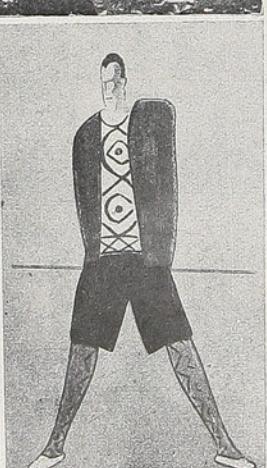


Una inglesa que ha pescado estos dos gigantescos ejemplares marinos en California.



El famoso violinista Jascha Heifetz, que se ha casado recientemente con Florence Vidor.

¿COMO SE VESTIRAN LOS HOMBRES?



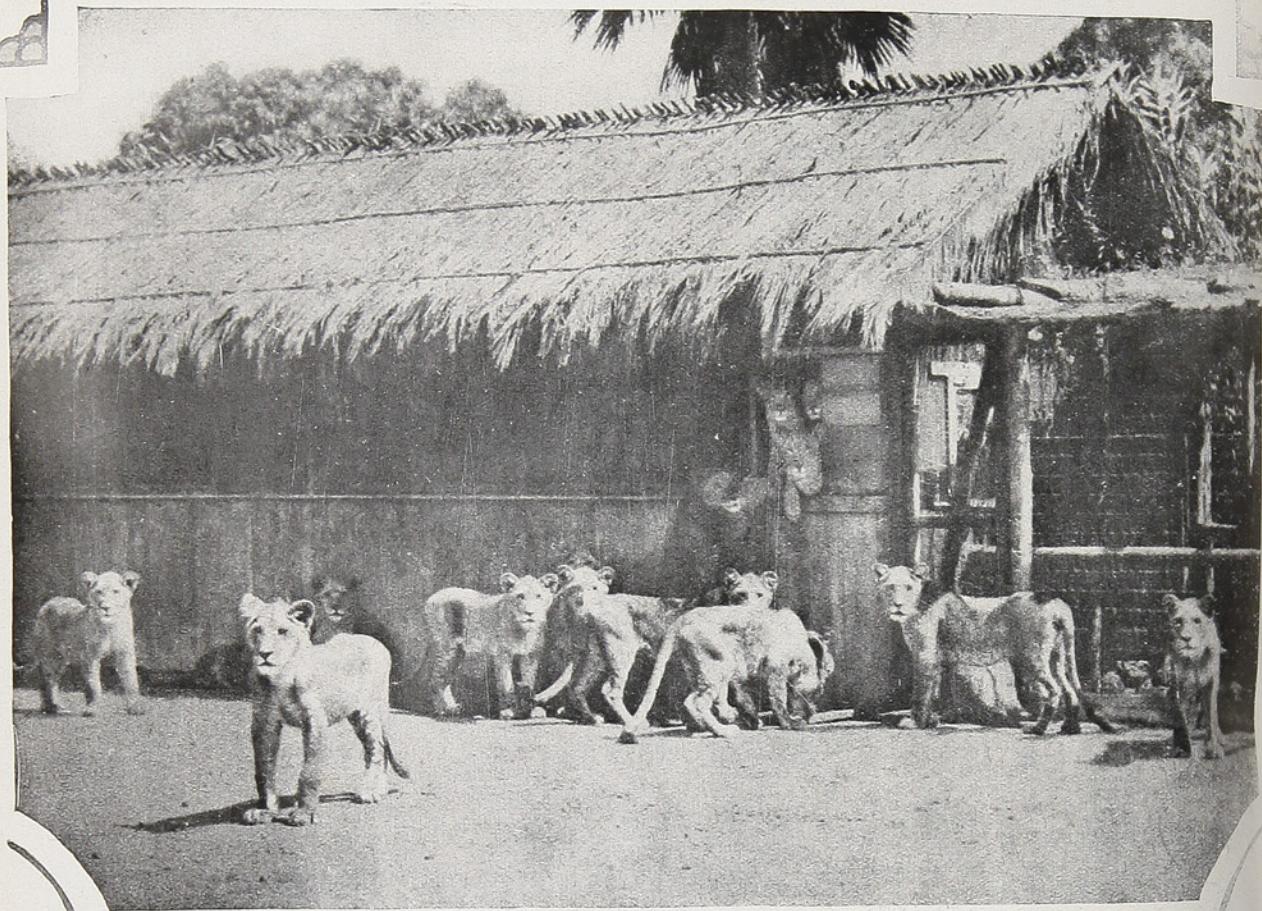
¿Tal vez así?...

¿Acaso como éste?...

¿O de esta manera?...

¿O así?

Criadero para domesticar leones



En California, M. Charles Gay, posee esta finca donde tiene una buena cantidad de leones para domesticar.



Aquí se le puede ver, en un paseo matinal, en su león favorito.

M U J E R E S D E H O Y



MARY FERAUD, es una excelente "écuyere". Además, burlándose del tren y del automóvil, ha hecho en este su caballo, un viaje de Roma a París, en 22 días.

Notas de todas partes



Es papá quien maneja el aeroplano

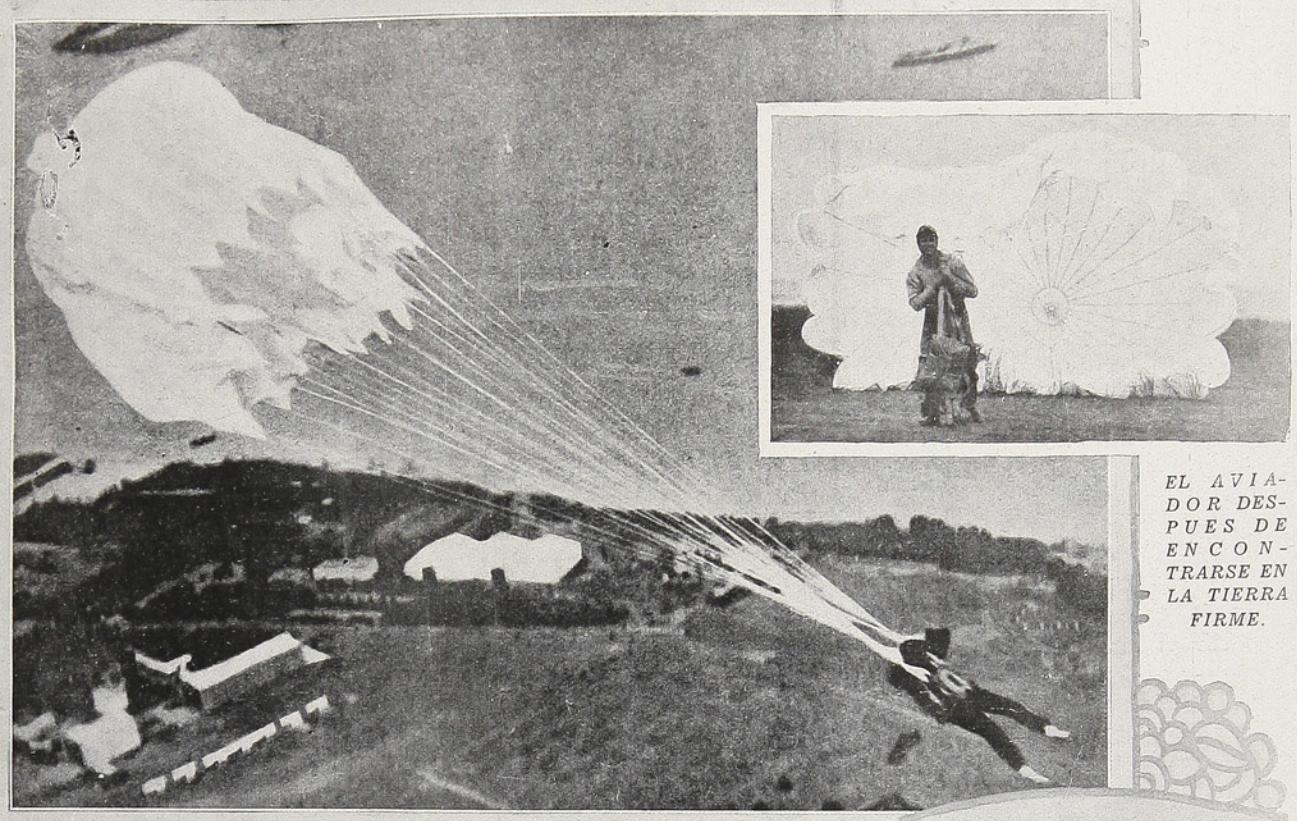


Una bañista sonriente, tomando el sol en Hollywood



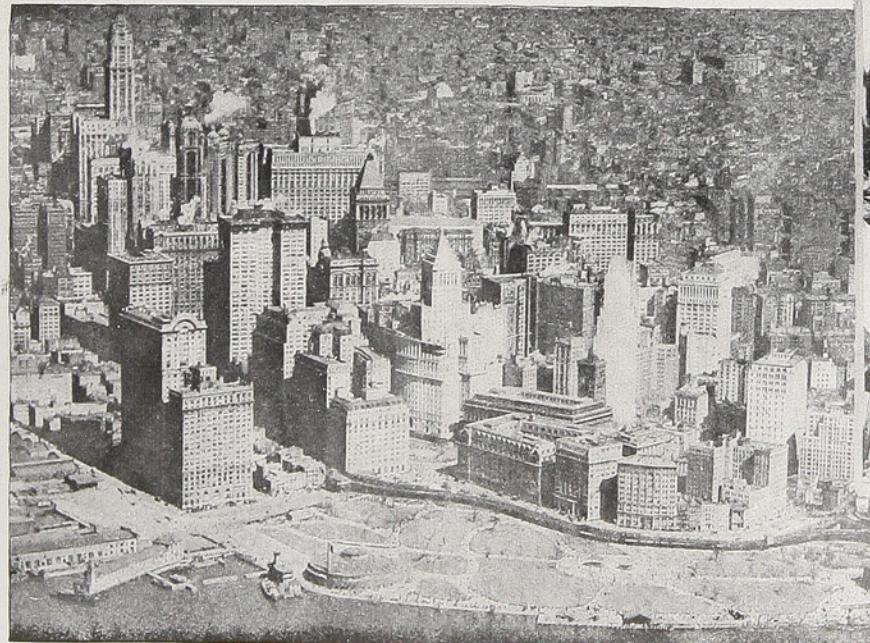
Las feroces ejecuciones en la China, por la espalda y a pocos pasos. Es el caso de estos piratas, que van a ser fusilados.

Mirando al mundo



EL AVIADOR DESPUES DE ENCONTRARSE EN LA TIERRA FIRME.

INSTANTANEA SENSACIONAL DE UN DESCENSO CON PARACAIDAS



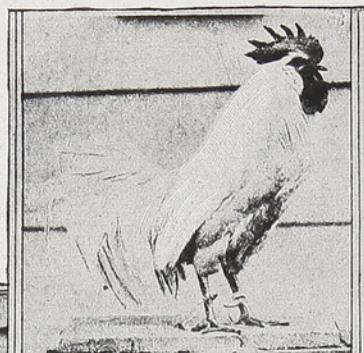
LAS CIUDADES MARAVILLOSAS.—NUEVA YORK.



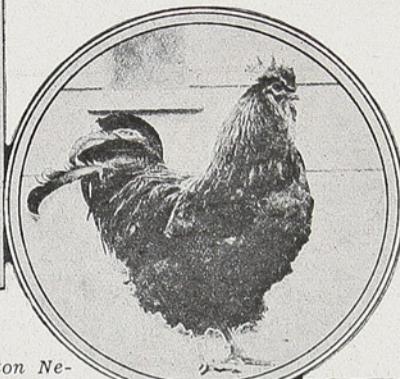
LAS DOS HIJAS DE LA PRINCESA MARIA DE INGLATERRA, LINDAS, FRESCAS, A PLENO SOL.

LA EXPOSICION DE ANIMALES DE BUENOS AIRES

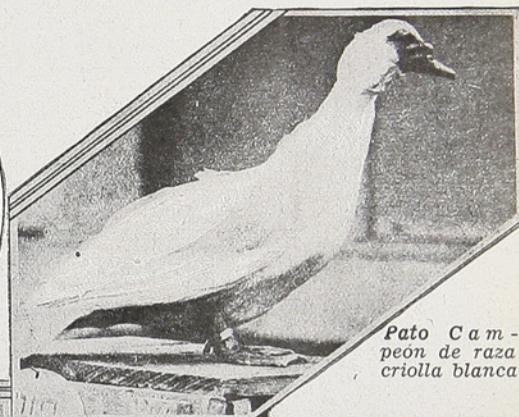
LAS AVES PREMIADAS, QUE CONSTITUYERON EL MAS INTERESANTE EXPONENTE DE LAS FINAS RAZAS



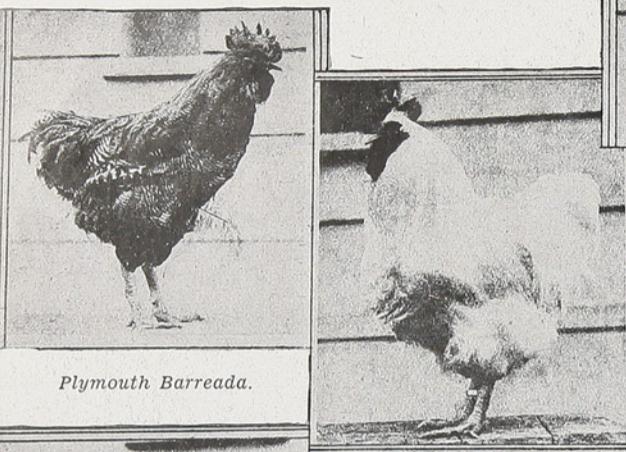
Gallo Campeón
Leghorn, tipo
norteamericano.



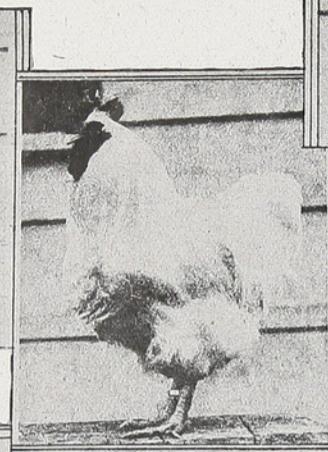
Orpington Ne-
gra.



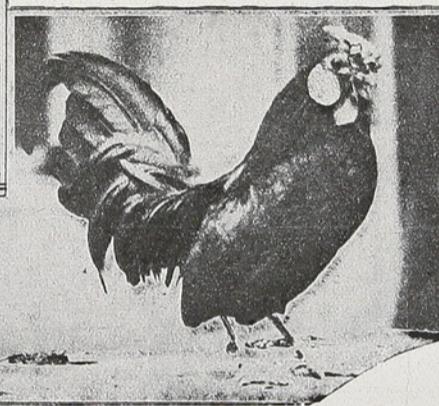
Pato Ca-
peón de raza
criolla blanca



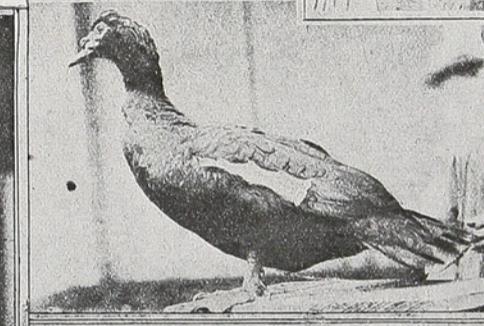
Plymouth Barreada.



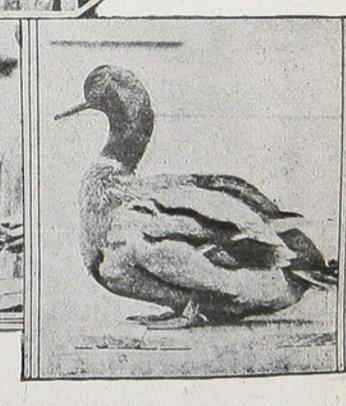
Gallo cam-
peón de
raza Or-
pington
Blanca.



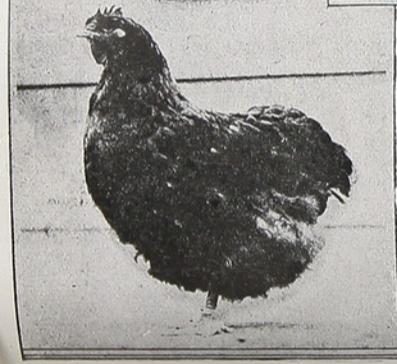
Rozecomb Negra



Pato Campeón
de raza criolla
negra ali-
blanca.



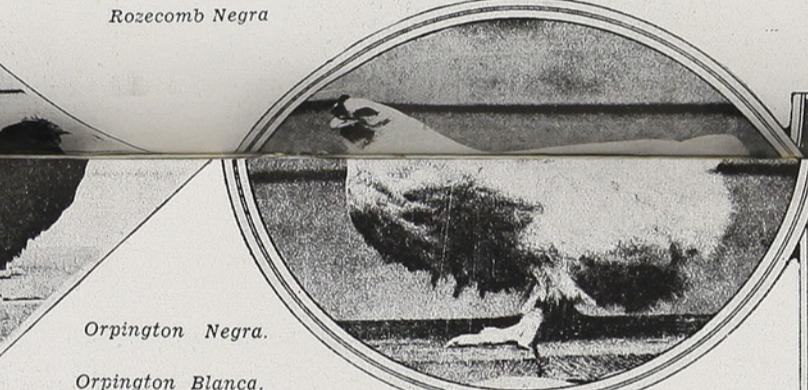
Pato Campeón de raza Rouen



Polla Orpington Leonada.



Leghorn Blanca,
tipo inglesa.

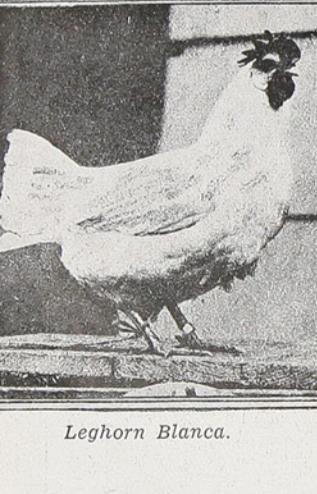


Orpington Negra.

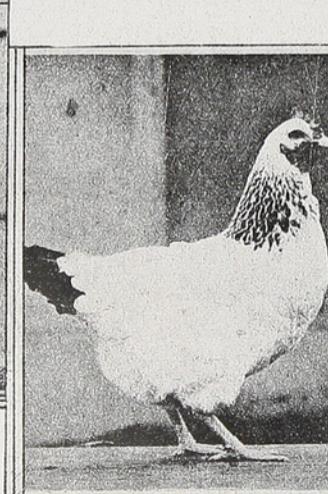
Orpington Blanca.



Plymouth Rock Blanca.

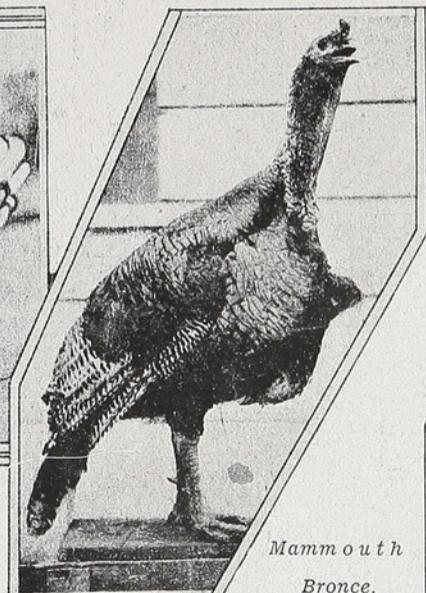


Leghorn Blanca.

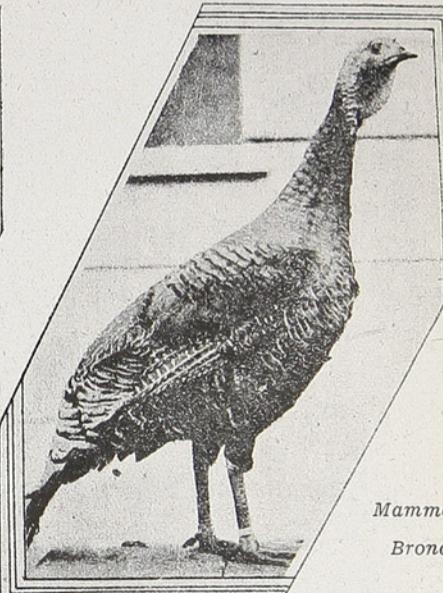


Sussex Arm-
ada.

Sebright Pla-
teada.



Mammoth
Bronze.



Mam-
Bronze

Un acontecimiento para la avicultura argentina y acaso americana ha sido la última Exposición celebrada en Buenos Aires, a la cual se presentaron los más bellos ejemplares darse pueda. Según puede verse en esta página, la fauna avícola aparece en tipos arrogantes, perfeccionados extraordinariamente. Las Plymouth, las Orpington, las Leghorn alcanzado en el concurso argentino una presentación que marca uno de los progresos más vivos en el cultivo de las grandes razas avícolas. Los aficionados a las buenas razas podrán regocijarse con estos exponentes tan interesantes, tan variados y tan hermosos.

Los amigos de los niños



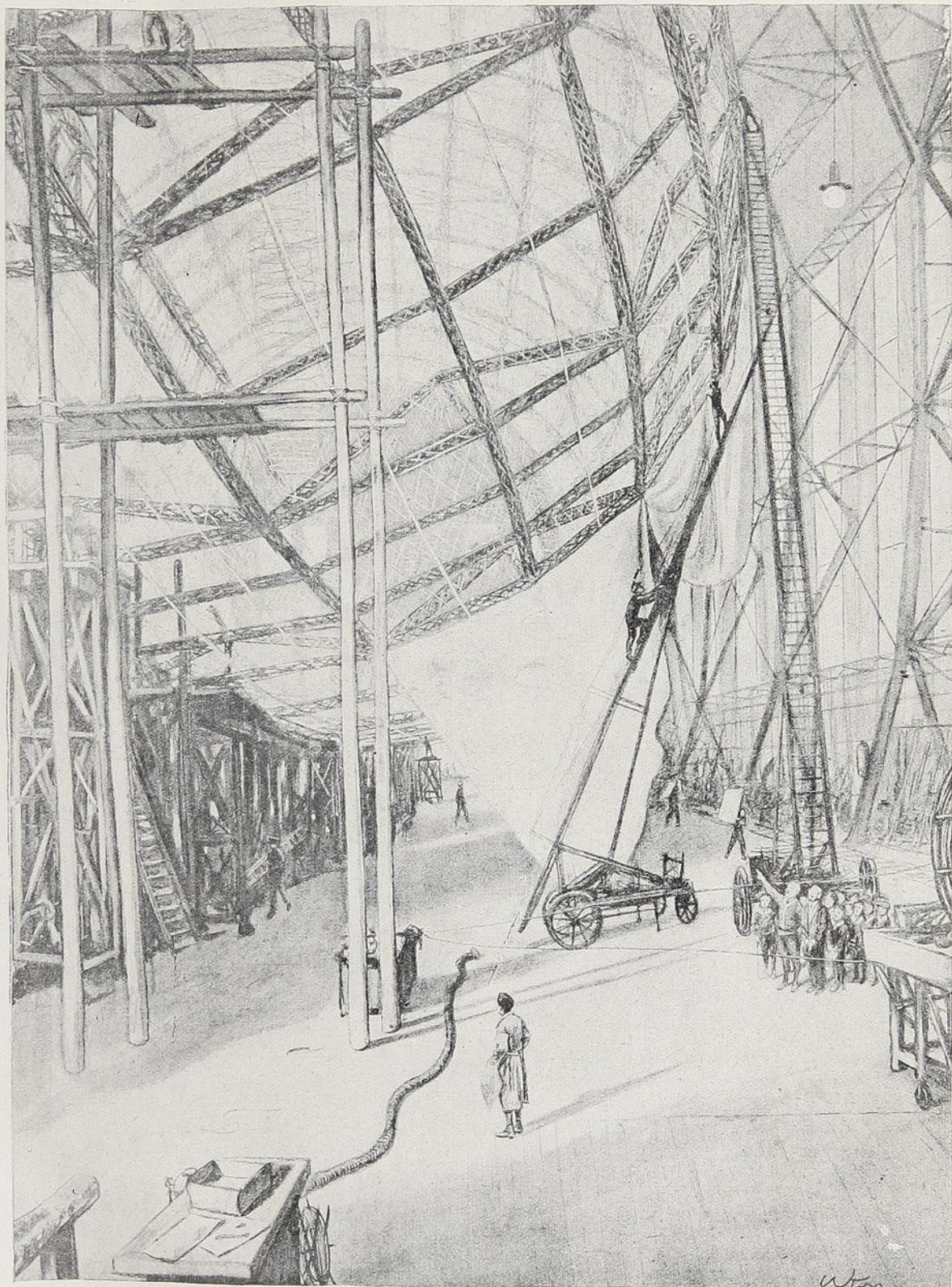
Los que tiran el cochecito del niño son sus predilectos.

La chica granjera tiene su gran amor puesto en los dos terneritos machos.



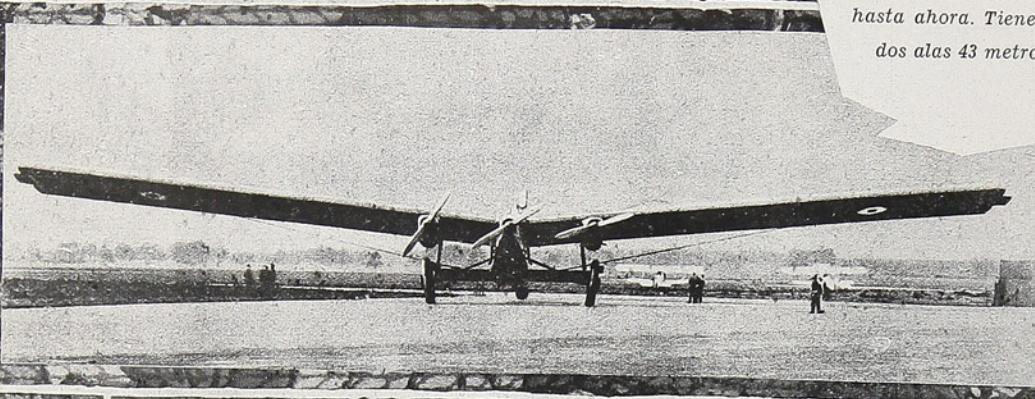
Este, en cambio, como sabe que es, tiene que conformarse con los dos perros de peluche.

Dirigible gigantesco



HE AQUI UN ASPECTO INTERIOR DEL NUEVO DIRIGIBLE GIGANTESCO QUE SE ESTA CONSTRUYENDO EN ALEMANIA Y CON EL CUAL SE VA A INTENTAR EL MAYOR RAID MUNDIAL DE AVIACION.

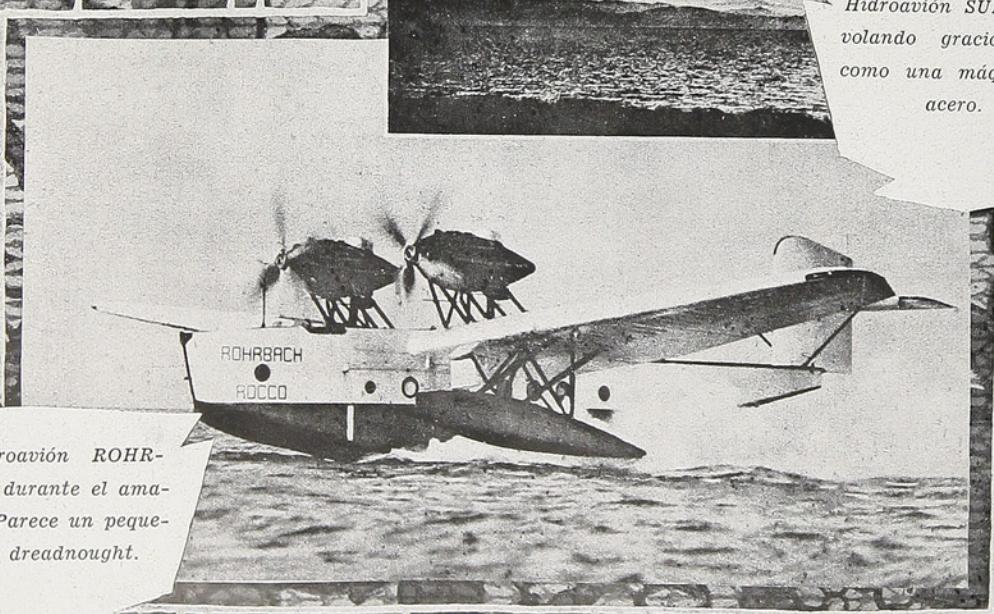
INFLEXIBLE, el mayor monoplano construido hasta ahora. Tienen sus dos alas 43 metros.



LAS GRANDES AVES MECANICAS



Hidroavión SUPERWAL, volando graciosamente como una máquina de acero.



El hidroavión ROHRBACH, durante el amarizaje. Parece un pequeño dreadnought.

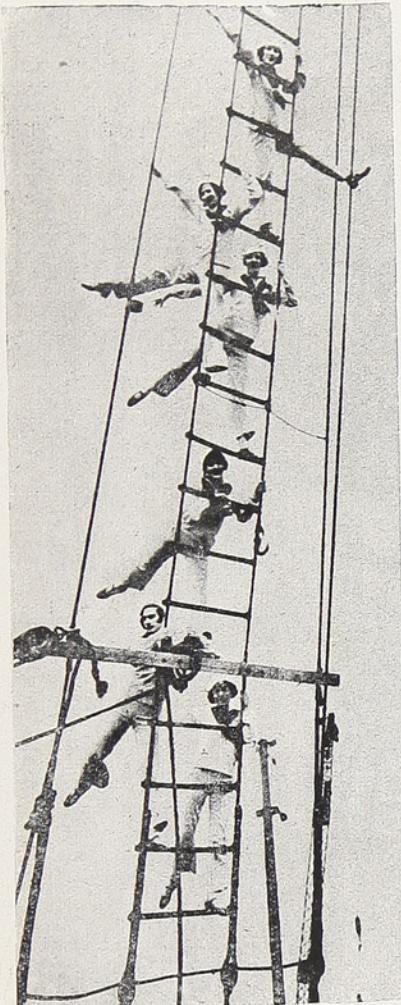
Una Gran Carrera de Velocidad



Preciosa fotografía de la última grande carrera de motocicleta verificada en Alemania, que permitió vencer los mayores obstáculos y desarrollar velocidades vertiginosas.

El traje y las máscaras que usan los bomberos en Hamburgo para prevenirse contra la asfixia, debido a las emanaciones de los incendios.

Este delicioso yacht sólo va tripulado por ellas. No se admitió a ningún hombre.



En las playas de Estados Unidos no se tolera la inmoralidad. Un agente comprobando el largo reglamentario del traje de baño.

El jazz-band refleja alegría y caras bonitas, malicia, novedad.



HELEN COX

Que trabaja en las
comedias Paramount-
Christie.



LUISA BROOKS
Artista
de la
Paramount



MARY DUNCAN
DE LA
FOX

VIVIA GIBSON
EN CABALLERIA
LIGERA
DE LA
TERRA



Brunswick

Estado SANTIAGO
esquina Agustinas

VALPARAISO
Esmeralda, 60. — Condell, 324

Antofagasta, Copiapó, La Serena, Coquimbo, Valparaíso, Santiago, Concepción, Temuco, Valdivia.

El reproductor musical más perfecto.

Distribuidores:

Casa Hans Frey

DETALLES



Un traje rico, un traje lindo, ¿cómo pueden lucir si no se atiende al detalle? He aquí el verdadero chic de la mujer elegante. El traje es lo de menos. Basta un corte fino y una tela delicada, unido todo ello a la gracia de la que lo lleva. El detalle es lo más importante. Cuanta gracia hacen sobre

el sencillo traje matinal, ese cinturón y esa cartera semejantes. Qué elegante esa mujer que pisa con su lindo calzado de noche o mañanero. ¿Cómo no embellecer cualquiera "toilette" con ese "en tout cas" delicioso? Y las carteras y los guantes y las bufandas y los pañuelos... Para la mujer chic, la verdadera elegancia, está en los detalles.

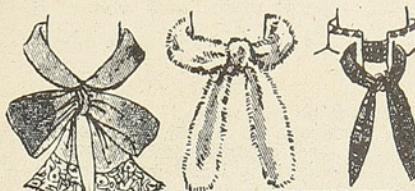
ALGUNOS ÉCOS DE LA MODA

Por

Cada vez vemos más modelos con lazos y no se puede negar que es ésta una moda llena de coquetería, de feminidad y de encanto. Lazos en los sombreros, lazos en los cuellos, lazos en las cinturas, lazos en los puños. En algunas grandes casas de sombreros aparecen estos completados por un echarpe o pañuelo. Así vemos un sombrero campana en paja bengala, con un pañuelo de pintas anudado alrededor de la copa y que hace juego con el echarpe que se anuda al cuello. En otro modelo hallamos una feliz combinación de cinta ciré que en el sombrero se anuda mediante un ramito de rosas pequeñitas y que en el cuello hace un adorno idéntico lleno de chic.

En las cinturas encontramos grandes lazos voluminosos que forman enormes caídas hasta el suelo, sobre todo aquellas que se ven en los trajes de noche son verdaderamente fantásticas, ya que están hechas por lo común con géneros tisados, como son la falla y el tafetán.

En los trajes de calle, en los de tarde, en las casacas, en cuellos, cinturas y mangas, encontramos la misma profu-



La boga de los lazos.

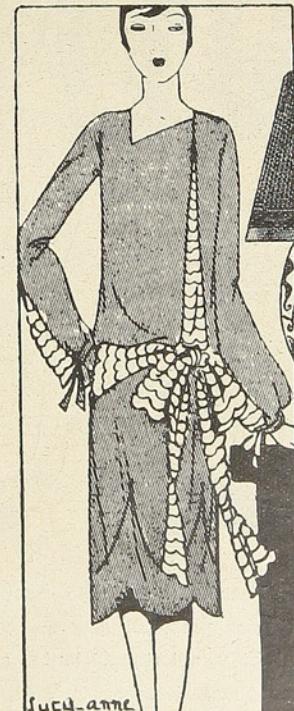


El adorno del sombrero hace juego con el lazo que se lleva al cuello.

sión de lazos. En algunos modelos son incrustados y en esta forma hacen un efecto lleno de imprevisto.

La media viene en colores más oscuros para la calle y en los zapatos se muestra una marcada predilección por la forma escotada, de cabritilla lisa. Para más vestir vuelve la gamuza, que si bien es un material muy lindo y de gran elegancia, es sumamente delicado y sólo se puede usar para fiestas, ya el polvo, una mancha de agua o cualquier roce, le dan inmediatamente un aspecto desagradable. Sólo se pueden usar cuando se va en coche a alguna fiesta determinada.

En las carreras celebradas últimamente, se vieron mucho las boas de plumas de avestruz que tanto se usaron algunos años atrás por nuestras madres. Se las ve en colores que hacen juego con el tono del vestido que se lleva y se cierran por medio de grandes lazos de cinta ciré o de terciopelo. Son graciosas, livianas y dan un abrigo agradable en estos días de frío mediano en que las pieles incomodan por su peso e ir en cuerpo es asegurarse una gripe.



Crepe satin azul marino y tafetán color cáscara de huevo hacen este traje extraordinariamente elegante.

MARI-SOL

Puede decirse que una de las modas que más gana terreno es la del traje de dos piezas, compuesto de una falda plisada o plegada en espumilla de seda acompañado de una casaca de jersey de lana a rayas o de tricot en que juega principal papel el hilo de oro o plata. Muy encantador es esta tenida, pero al hacérsela hay que observar bien la figura que se posee. Una mujer gorda resulta francamente ridícula con una de estas casacas que le marca el busto y las caderas en una forma grotesca. Aun las que no son muy gordas deben tener en cuenta el hacer la casaca con las rayas verticales o adoptar las transversales, que están muy de moda. Las rayas horizontales sólo las pueden usar aquellas mujeres que son muy delgadas, ya que engreñas la figura.

Hemos visto las carteras que hacen juego con el material del calzado. Hemos visto el adorno del sombrero que hace



Los sombreros campana son los predilectos

juego con el pañuelo que se lleva al cuello. Hemos visto el mango del en-cás que hace juego con el mosquetero de los guantes. Ahora vemos los sombreros que hacen juego con las carteras. Vimos una toca íntegramente hecha de flores en tonos azulinos, muy encasquetaada en la cabeza, dejando libre la frente y que hacía "pendant" con una cartera exquisita, de las mismas flores y en los mismos tonos. Acompañaban sombrero y cartera un elegantísimo traje de tarde azulino, trabajado con alforzas, hecho en georgette.

Para la tarde será de un chic insuperable el traje que acompaña esta crónica hecho en crepe satin azul marino adornado con una ancha cintura de tafetán color cáscara de huevo, cortado todo en ondas como pétalos que se van uniendo. El mismo adorno se encuentra en el costado de la blusa y en la parte baja de las mangas.

Los encajes toman cada vez mayor lugar entre los adornos de los trajes de noche. Presentamos un modelo en muselina de seda color orquídea, con encajes en el tono; la novedad de este modelo consiste en el lazo de encaje que lleva el cuerpo incrustado adelante.

La forma campana es lo que se ve más en los sombreros. Aquellos que recuerdan el sombrero de los portugueses y



Para la noche será muy chic este traje de muselina color orquídea con encajes del mismo tono.

cuya ala parece salir de la mitad de la copa son muy poco sentaderos y muy contadas señoritas se atreven a llevarlos. Los turbantes completados por un velito que sombra coquetamente los ojos, tienen muchas partidarias. El ala más corta, tanto que casi no existe, a un lado y larga en el otro, es un capricho más de la moda infatigable en la tarea de crear para la mujer modelos y más modelos que acrecienten su encanto.

B U E N H U M O R

—Yo aprendí a tocar el violín a los tres años.

—¿Y a qué edad lo olvidó usted?

Estaban presenciando un desfile, y me abri paso por entre la multitud. Al llegar frente a un guardia, me dijo:

—No puede usted pasar.

—Si yo no quiero pasar.

—¿Que no? Pues ahora pase usted inmediatamente.

—¿Vas a seguir las huellas de tu papá?

—No, señor; mi papá no deja huellas porque es aviador.

—Mamá, hoy no me ha sabido tan mal el aceite de hígado de bacalao.

—¿Has tomado la cucharada?

—No encontraba la cuchara y he tomado dos tenedores.

—Pero, doctor, ¿también pinta usted?

—Si, señora; pinto para matar el tiempo.

—Pero, ¿es que no tiene usted enfermos?

Venga el de la palabra.

—Y para que yo preste a usted esa cantidad, ¿qué garantía me propone?

—No basta la palabra de un caballero?

—Desde luego; pero, ¿dónde está? Que venga ese caballero.

—Mamá, ¿te acuerdas de que anoche pedí a Dios que me hiciera bueno?

—Sí, hijo mío.

—Pues todavía no me ha hecho caso.

C U E N T O

Todas las mañanas al vestirse armaba el matrimonio un cisco porque el marido perdió las cosas.

Una mañana el esposo dió un grito.

—¿Qué te sucede, hombre?

—Que me he tragado el botón del cuello.

—Pues, no te enfades, y da gracias a Dios que sabes donde está.

La Casa Nirvana

avisa a su distinguida clientela

La Gran Liquidación de Septiembre

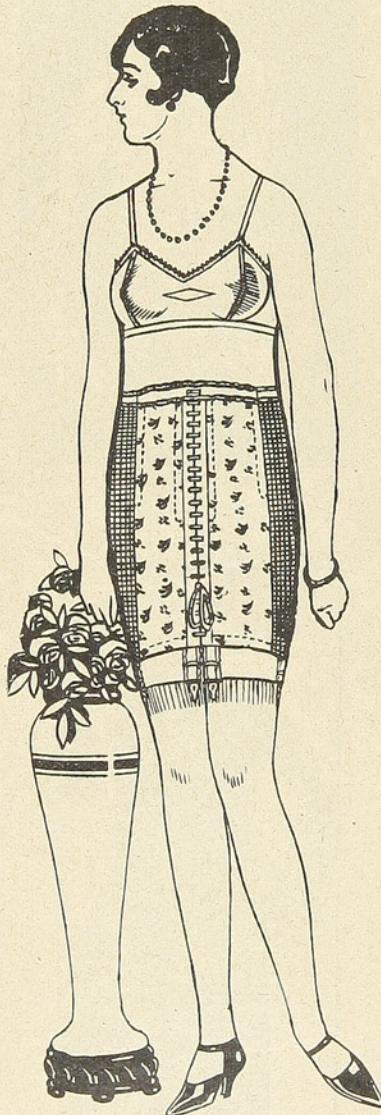
con los mejores y más nuevos modelos para la moda actual.

Fajas Elásticas Nirvana, en muy buenos elásticos, desde \$ 30.00

Fajas Nirvana de tela combinada con ricos elásticos, cerradas, con dos aberturas a los costados, desde \$ 37.50

Sostén-Senos cortos, gran variedad de modelos, desde \$ 3.00

y largos que reducen el estómago, desde \$ 7.50



PEDIDOS DE PROVINCIAS

Se despachan contra-reembolso, enviando medidas de cintura y caderas tomando sobre la ropa, además, cámbiase en caso necesario, sin cobrar nuevo franco.

RECHACE LAS IMITACIONES.

ESTA CASA NO TIENE
SUCURSAL

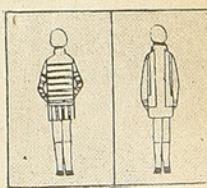
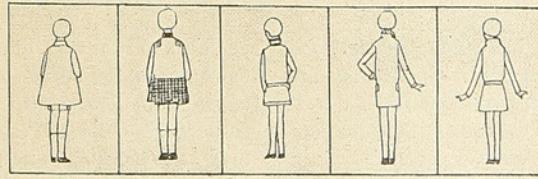
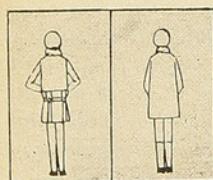
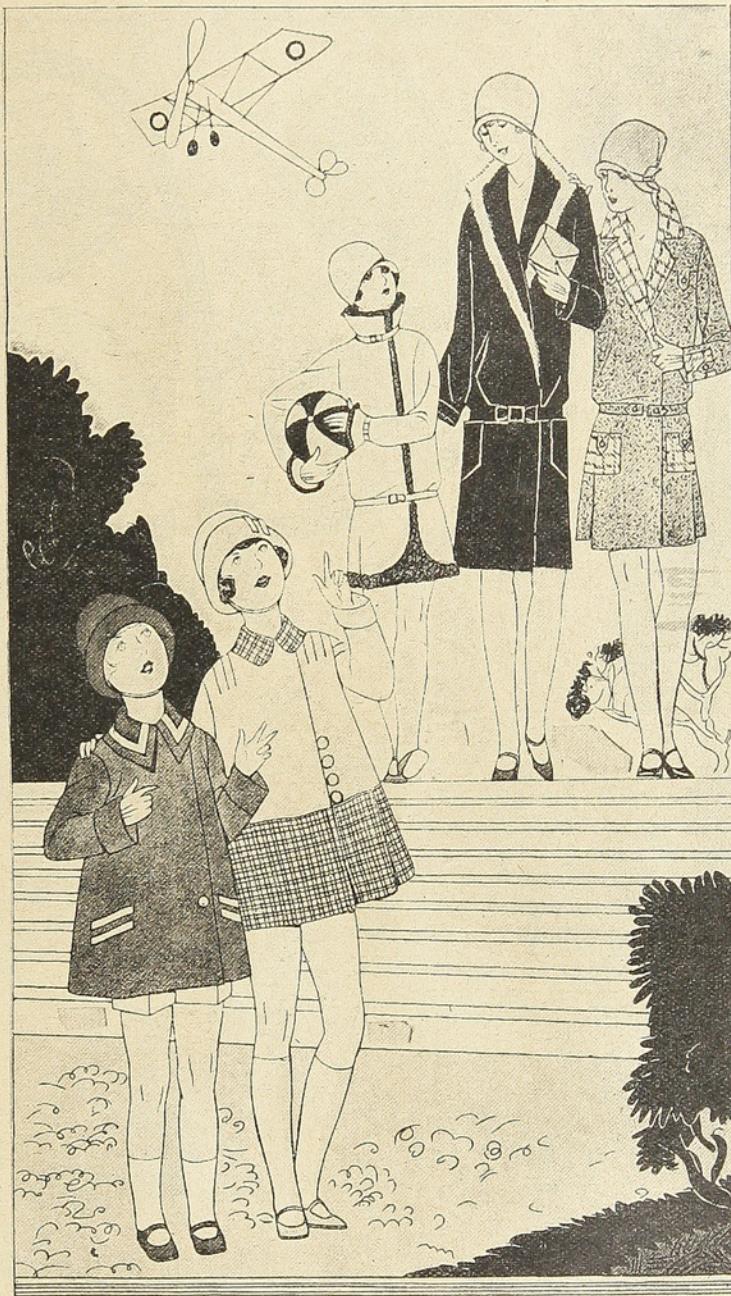
A H U M A D A, N.º 323,

ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS

TELEFONO AUTO. 4486

FAJA NIRVANA 123, modelo nuevo, especial para personas gruesas, cerrada atrás y abierta adelante, en muy buenos materiales a . . . \$ 45.50

ELEGANCIAS INFANTILES



1. A la izquierda, arriba, vemos un lindo abriguito para niña en terciopelo negro adornado sencillamente con piel de urmínetas y botones bolas plateados y dorados.

2. Debajo hay un modelo de lana a cuadritos beige, tono sobre tono, con adorno de piel de angora beige claro.

3. En el centro, mirando un aeroplano que pasa, tenemos un abrigo para niño en terciopelo de lana azul vivo con sesgos del mismo género en blanco.

4. Abrigo de género de dos caras, rosa por una y a cuadros rosa y blanco por la otra, que se combinan lindamente para formar este modelito.

5. Paño gris y astracán del mismo color se han empleado en este abrigo de forma muy chic.

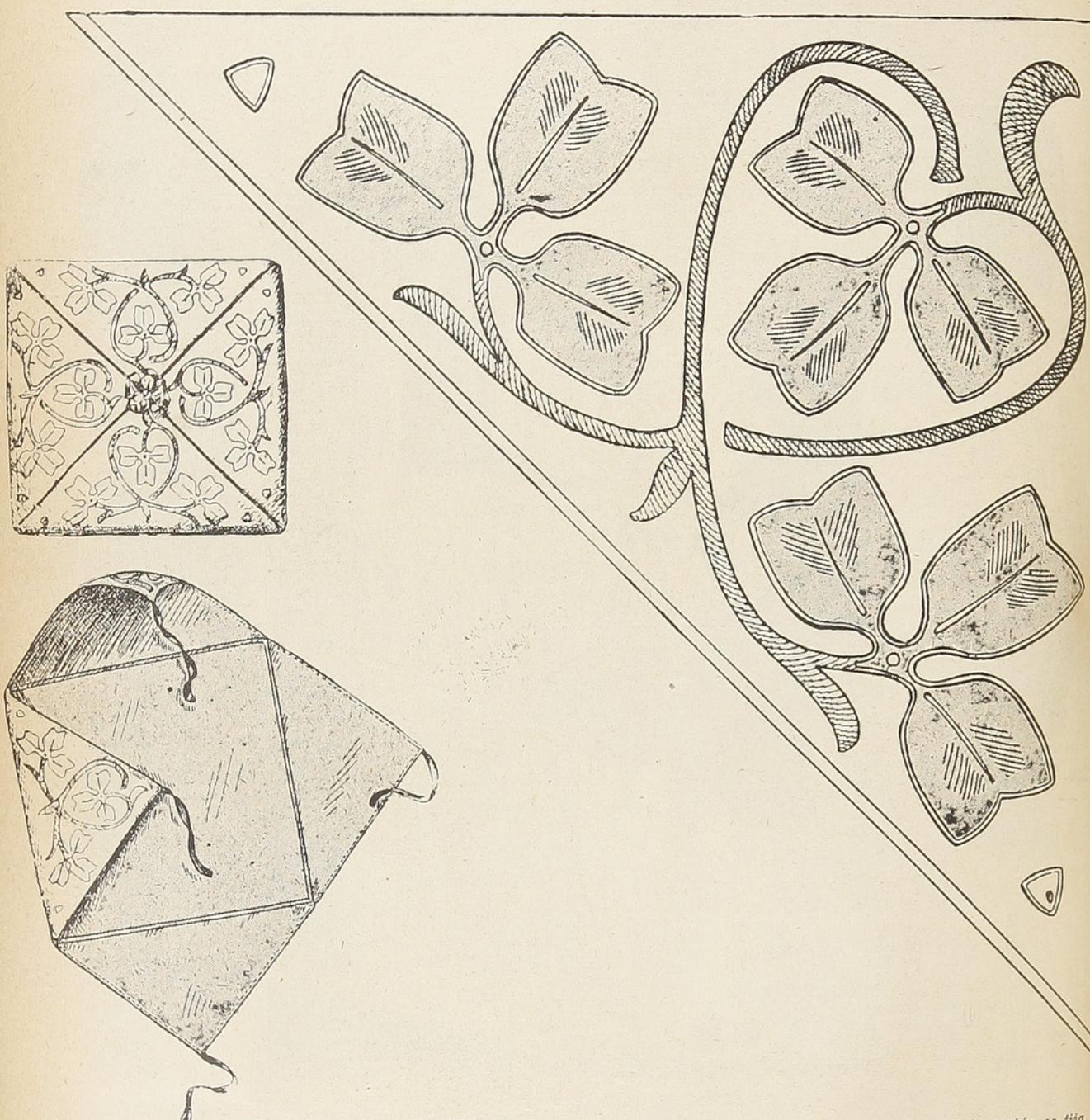
6. Para una jovencita será muy elegante este abrigo de terciopelo inglés azul rey, adornado de marmel.

7. También está hecho este abrigo con género de dos caras, dispuesto en una forma llena de gracia.

8. Abrigo de paño alforzado con cuello y puños de castor.

9. Lana inglesa y galones de seda más astracán, se han empleado en este abrigo de forma recta muy práctica.

UN BONITO REGALO



Varias veces me han consultado qué regalo puede hacer una muchacha no rica y prolífica a su novio. Aquí tienen una linda labor que realizar amorosamente con ese fin. Se trata de una envoltura para guardar los pañuelos, de fácil ejecución y muy vistosa a la par que práctica.

Se cortan dos cuadrados de seda de distintos colores, verde pálido para la parte interior y rosa pálido para la externa. Los cuadrados tienen cuarenta centímetros. Entre ellos se pone uata de acolchar y un cartón de veintisiete centímetros, colocado en la forma que se indica en el grabado segundo, de tal manera que las cuatro puntas del género puedan vol-

verse como si fueran una especie de sobre. Este cartón se fija con una doble puntada de cordoncillo, en que toman las capas de género. Por la parte de afuera se coloca un cordón verde y rosa. En las esquinas se fijan cuatro cintas rosas y todo el contorno se une entonces con una puntada muy fina, para que no se note.

El bordado se ha hecho antes de armar la labor, las hojas están bordadas al pasado con algunas puntadas en el medio. Las ramitas se bordan al realce con una seda muy gruesa. Pueden matizarse los tonos o emplear uno sólo en cada hoja.

LA NOVIA

Y SU CORTEJO

1. Traje para cortejo de boda, muy indicado para una hermana casada de la novia. Es de velo de seda color orquídea, con la falda en forma terminada en puntas y recogida en los costados con bullones. El cuerpo, en forma de chaleco, es del mismo velo sobre bordado en tonos suaves. Pechero color rosa. Sombrero de fieltro color orquídea y negro.

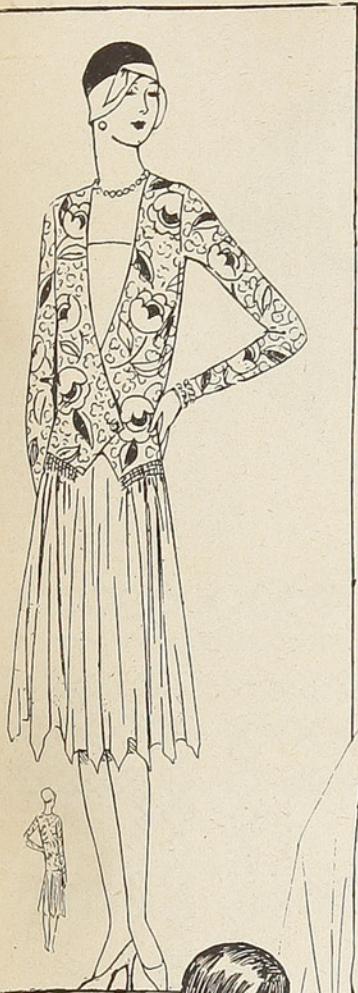
2. Este modelo en crepe satin negro puede ser llevado por la madre de la novia. La falda tiene tres volantes en forma y el cuerpo cruzado en un doble corte envolvente, que le da una línea muy nueva y chic. Sombrero de fieltro negro.

3. Muy distinguido este vestido de encaje de seda color beige y velo del mismo tono que forma la parte baja de las mangas, el cinturón y el cuello que se ata atrás con un gran lazo, cuyas puntas caen por la espalda. Fondo de crepe satin beige más tostado. Hebilla y colleras de brillos. Capelina de tul Toilette especial para dama de honor.

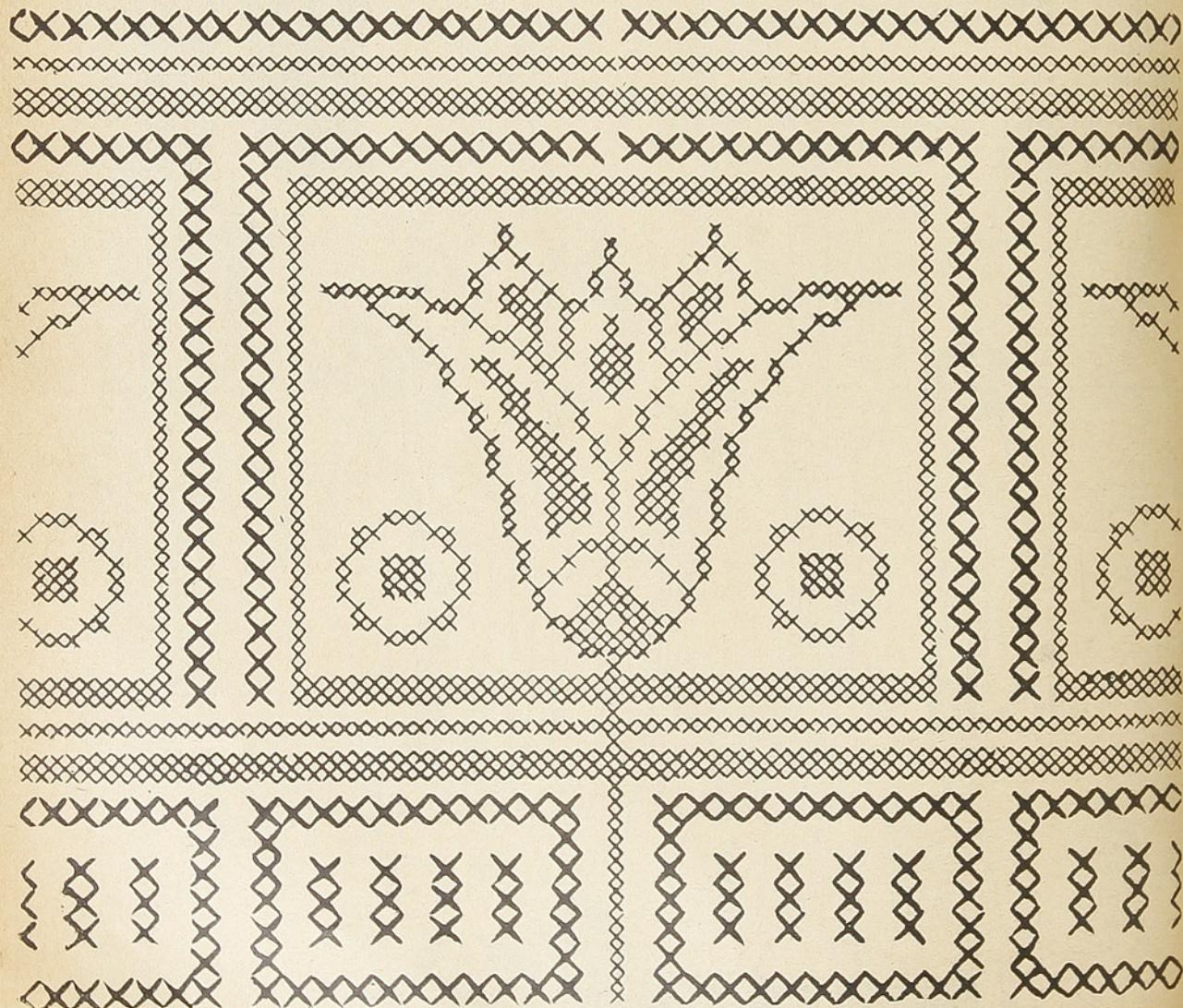
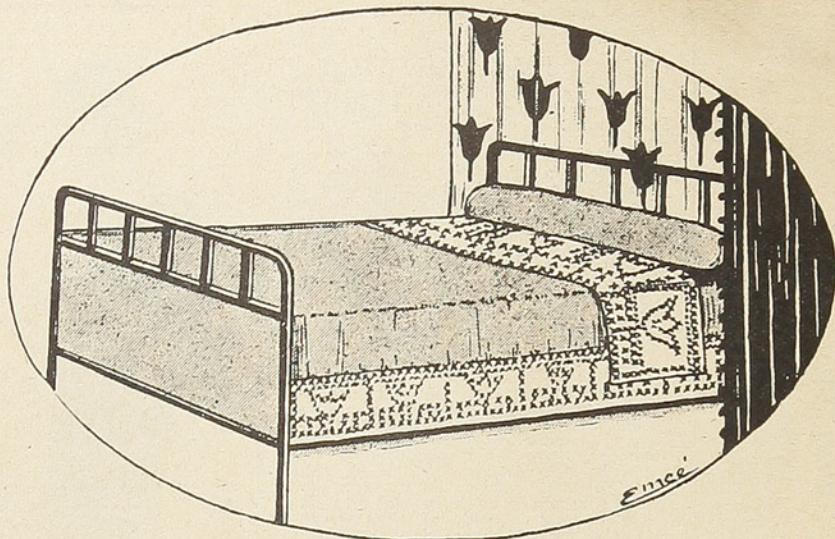
4. Para las chicas que llevan la cola seré encantador este traje de espumilla color limón con grupos de pisadas en abanico. Cuello-berta sujetado por una corbata azulina. En la faldita dos medallones de pequeñas rosas azulinas.

5. Para novia. Traje de georgette con un galón de cristal incrustado, entrecruzándose en el cuerpo para venir a anudarse adelante. El mismo adorno en las mangas. Forro de espumilla, igual que la cola. Velo de tul sujetado a los lados por pequeños ramitos de azahares.

6. Muy nuevo de linea este otro modelo de traje de novia en crepe georgette y encaje de seda. Cola de georgette. Velo de tul sujetado a la cabeza por una redecilla de perlas.

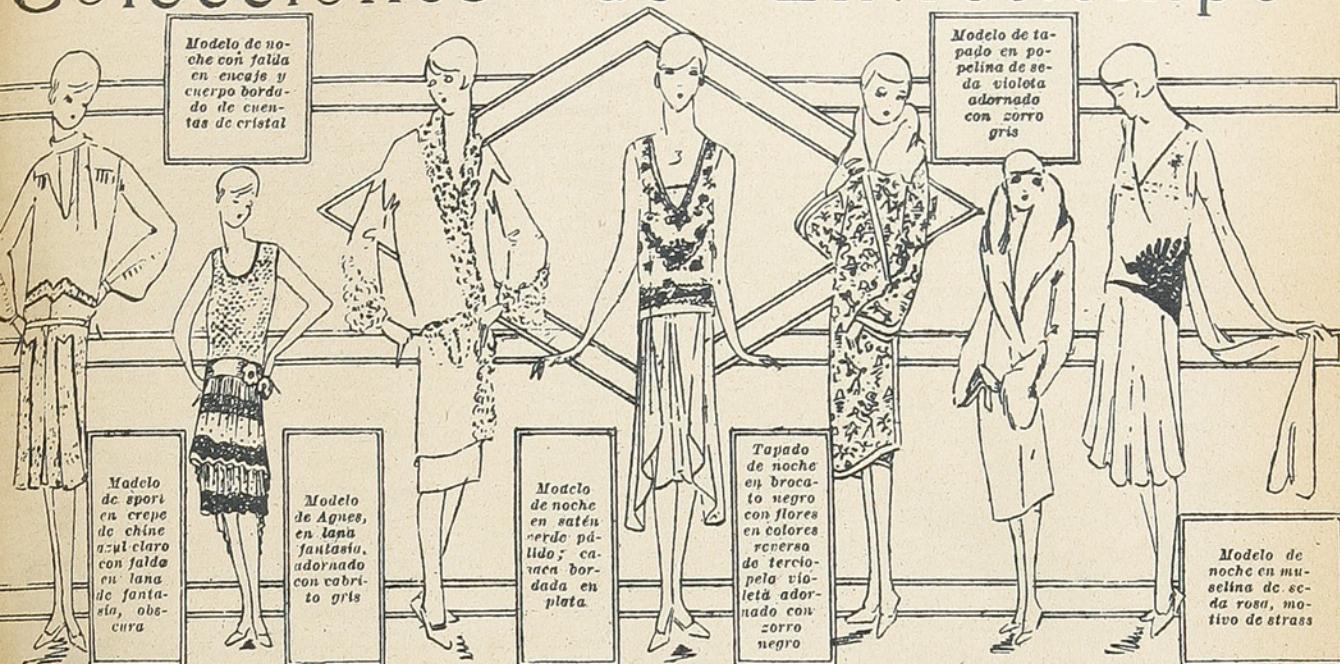


PARA LAS PROLIJAS



De muy fácil ejecución al punto de cruz es este motivo, que se puede aprovechar para hacer un adorno de cama, para visillos, stores, etc.

Colecciones de Entretiempo



Modelo de noche con falda en encaje y cuerpo bordado de cuentas de cristal

Modelo de tapado en popelina de seda violeta adornado con zorro gris

Modelo de sport en crepe de chine azul claro con falda en lana fantasía, obscura

Modelo de Agnes, en lana fantasía, adornado con cobrito gris

Modelo de noche en satén verde pálido; camaña bordada en plata

Tapado de noche en brocado negro con flores en colores reversa de terciopelo violeta adornado con zorro negro

Modelo de noche en muselina de seda rosa, motivo de strass

El conjunto ocupa un lugar preferente en las colecciones de entretenimiento. Los conjuntos en sacos largos, con forma sastre de corte impecable, algunos con godets a los lados adelante, con mangas ligeramente acampanadas, con un ancho borde de zorro o lince, con incrustaciones angostas de la misma tela o hileras de alforzas finas o anchas fajas al bies en la falda del ta-

pado, que se usa sobre trajes sencillos en georgette o crepes de seda compuestos de falda drapeada y cuerpos lisos o finamente bordados de cuentas. Uno en gris suave con el saco adornado en el ruedo con puntas largas de cordero nonato gris, subrayada cada una con una línea de bordado en cuentas de acero; el vestido en crepe de chine es en el mismo tono, con el mismo bordado de acero en torno de la pechera en U.

Un saco de duvetine color púrpura real tiene un paño que cae en la espalda desde un hombro, con zorro gris en el borde, en el cuello y los puños; este tapado se lleva sobre un vestido en georgette del mismo tono violeta púrpura. El violeta se usará mucho en la próxima estación, pero es un color cuyo tono debe elegirse cuidadosamente, pues si es sencillamente queda admirable, pero si no va bien con la coloración, no sólo puede sentar mal, sino dar un aspecto poco distinguido. Hay colores que exigen belleza; éste exige distinción.

Uno de los mejores conjuntos es uno en satén negro. El saco tiene godets adelante y a los costados, con franjas de zorro blanco y negro en el cuello y puños; la parte inferior de la manga es bordada con lana blanca, donde brilla de vez en cuando alguna pedrería. El vestido es en el mismo satén, con un cinturón doblado, sujeto a un costado con un motivo grande de bordado en finas cuentas blancas, de donde cae una punta larga y ancha más abajo de la falda.

¡Juventud - tuyo es el mundo!

Consérvela Ud.! Los años no hacen la edad, es Ud. quien debe velar por permanecer joven.

Mientras Ud. sienta en sí la animosidad y frescura juvenil, Ud. podrá vencer al tiempo. Y sólo lo conseguirá si toda su máquina humana funciona perfectamente, con la precisión de un reloj, sin dejar que los tóxicos que segregan el organismo vayan acumulándose, envenenando su sangre y quitándole su vigor.

Cuidese de conservar el más preciado de los tesoros, su juventud, y acuérdese de que

NUTRISAL 18

M. R.

es una sal laxante y eliminadora de substancias venenosas, que tiene un efecto vigorizante sobre todo el organismo, que puede tomarse con agrado, pues no tiene sabor y que no crea hábito.

NUTRISAL 18 es sumamente económico, pues un frasco dura para un tratamiento intenso de más o menos 3 meses.

Benéficos efectos se obtienen también con Nutrisal 18 en el tratamiento de las siguientes enfermedades:

Biliosidad
Estreñimiento
Desórdenes de los riñones

Indigestiones agudas
Reumatismo y Gota
Desórdenes de los riñones

«Nutrisal 18 se vende en todas las boticas.

BASE: Fosfatos de calcio, de magnesia, de sodio; Sulfatos de potasio, de sodio; Silice; Azufre precipitado; Fluoruro de calcio; Cloruro de sodio; Yoduro de potasio; Tartrato de sodio; Citrato de sodio

LOS ANUNCIOS Y SUS PREGUNTAS

Por ejemplo, yo, que soy un caballero muy correcto y enemigo de hacer interrogaciones importunas, cojo un periódico, leo los anuncios y recibo una de preguntas que no tiene fin.

Como soy tan ecuánime, no quiero dejar de contestarlas. Y voy a escribir las preguntas y mis respuestas:

¿Quiere usted crecer doce centímetros y luego plantarse?

—No, señor. Preferiría, como los castaños (yo soy rubio), plantarme primero y luego crecer.

¿Quiere usted saber su destino?

—Ha llegado usted tarde. En el bolsillo tengo ya la credencial. Empleado de Hacienda.

Usted tose, ¿y por qué tose?

—No creo que pase nada ni moleste a nadie...

¿Quiere hacer desaparecer sus canas?

—No puede usted decirlo más flojito o en letra más pequeña?

¿Tiene extraños ruidos el motor de su automóvil?

—No, señor; no suena nada. (Nos ha fastidiado el anuncio éste...)

¿Tiene usted anemia?

—No, señor.

(Este anuncio insiste).

Pues tiene usted mala cara.

—¿Yo? ¡Este anuncio delira!

Nada, nada; que no está usted bueno.

—Ay, qué anuncio tan pesado!... ¡Se acabó la lectura de los anuncios!

EL CAZADOR Y LA TORTOLA



Una vez iba el cazador con su escopeta al hombro andando que te andaba, cuando descubrió una tortola en la rama de una higuera. Se echó a la cara el arma, guiñó el ojo, y ¡pum! disparó a la tortola en un tiro tan certero que la alcanzó en un ala, y la pobre tortola cayó al suelo aleteando.

Se inclinó el cazador para re-

cojerla, y entonces la tortola comenzó a hablar como una persona, ni más ni menos que como una persona:

—¿Qué vas a hacer? ¿Para qué me quieres coger? ¿Por qué se te antoja matarme?

El cazador se quedó un poco perplejo y respondió:

—Pues... para comerte.

—Y de qué te serviría matarme y hacerme guisar? Apenas serviré de alimento para ti y para toda tu familia. ¿Sabes si no sería mejor que me dejases en libertad?

—No lo creo. Será mucho mejor que te mate, pues para eso soy cazador y tú pieza.

—No seas torpe, cazador. Pónteme en libertad. Seguramente ganarás más dejándome libre.

—¿Por qué ganaré, tortolita?

—Déjame libre y entonces te lo diré. Volaré hasta la rama más baja de la higuera, y te diré una razón. Despues volaré hasta la rama de en medio, y te diré otra razón. Por último, desde la rama más alta te diré la última razón. Son tres las razones que quiero revelarte.

—¿Me dices la verdad, tortolita?

—Sí, señor cazador.

—Pues entonces te dejo libre, tortolita.

El cazador puso en libertad a la tortola, que voló hacia la higuera y se posó en la rama más baja.

—Ahora ya puedes hablar — dijo el cazador, que estaba impaciente por oír las palabras de la tortola.

—Pues verás: escucha lo que voy a decirte. Mi abuelo se lo

dijo a mi padre; mi padre me lo dijo a mí, y yo te lo digo a ti. Comprenderás en seguida la utilidad de lo que voy a decirte, y advertirás su verdad. Escucha: si llega a tu noticia algún dicho, si oyes alguna historia o alguno enuncia ante ti una opinión, examinalo primero, y sólo crea aquello que contenga un sentido razonable.

Al acabar de decir esto voló la tortola a la rama de en medio de la higuera. El cazador dijo entonces:

—Sigue hablando, tortolita.

—Escúchame esto que te digo: no te lamente jamás de lo que ya ha ocurrido; no te arrepientes jamás de lo que ya has hecho.

Entonces la tortola voló a la rama más alta de la higuera. El cazador volvió a decir:

—Habla, tortolita, y cumple lo prometido.

—Pues escucha mis palabras. Óyeme bien. Querido cazador: eres un mentecato. Si me hubieras mantenido bien agarrada, me hubieras matado y hubieras abierto mi buche, habrías encontrado en él tres rubíes, tan grandes cada uno como un huevo de pato.

Cuando la tortola hubo acabado de decir ésto, voló hacia su nido. El cazador, muy confuso, se apresuró a seguirla precipitadamente. Tres días y tres noches anduvo tras ella sin encontrarla. De pronto, la tortola voló a un matorral de espinos. El cazador la siguió hasta allí. El sombrero, la cazadora y las polainas del cazador se desgarra-

ron y quedaron colgados de las espinas. Tampoco el cuerpo del cazador quedó sin daño, porque las espinas se le clavaban dolorosamente.

Al cabo de tres días con sus nches la tortolita volvió a aparecer.

—Querido cazador: ahora si que has manifestado plenamente tu tontería y tu escasez de luces. Eres más mentecato de lo que parecía. En primer lugar, me pusiste en libertad teniéndome ya en tus manos. ¿Quieres otro testimonio de lo tonta que eres? Estaba yo ya casi guisada para tu mesa y, sin embargo, me hice libre y no has podido comernme. Además, ¿no te dije que no creyeras disparates? Y sin embargo has tomado en serio puros disparates, de donde resultó que has pasado seis días de privaciones y molestias. Mi cuerpo es apenas tan grande como un huevo de pato, ¿cómo cabría, por lo tanto, haber en mi buche tres piedras preciosas cada una de las cuales fuera tan grande como un huevo de pato? Y, finalmente, ¿no te dije que no te arrepintieras jamás de lo que hubieras hecho? Sin embargo, te arrepentiste de haberme dejado escapar. Así te ves con el vestido hecho tiras y con todo el cuerpo arrancado. Te convences ahora?

Tras esto la tortola voló a su nido.

Y el cazador volvió a su casa hecho una lástima, por no haber oido la voz de la raza, que salía del pico de la tortola.

Y colorín, colorín, colorín... el cuento del cazador se ha terminado".



¡CUIDE USTED SU CARA!

Le proporcionamos ARTICULOS DE CAUCHO ESPECIAL, entre \$ 12 y \$ 20 c/u. para un tratamiento muy eficaz.

MODELADORES DE NARIZ "Zello". Un verdadero aparato ortopédico en miniatura. Folleto explicativo gratuitamente. Fíjense además en nuestras especialidades: MEDIAS ELASTICAS, con y sin goma, para varíces y piernas gordas.

PLANTILLAS Y APARATOS "Non-Skid" para pie plano y adolorido.

FAJAS ANATOMICAS sobre medida, contra la obesidad, para estómago caído, riñón suelto, operados, etc.

BRAGUEROS INDIVIDUALES para toda clase de hernias.

PIERNAS-PIES-MANOS ARTIFICIALES, de construcción más moderna.

BRAZOS AUTOMATICOS, según Prof. Dr. Sauerbruch.

APARATOS DE CORRECCION. Corsés ortopédicos.



INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMÁN

SAN ANTONIO, 540-547.—CASILLA, 3494

SUCURSAL: VALPARAISO, CONDELL, 375. CASILLA, 3598.

Clinica Ortopédica con sala de gimnasia, a cargo del Dr. Martín Gondos.

Tratamientos individuales de la obesidad, debilidad, falta de desarrollo, etc.



CARTAS DE UN MEDICO A UNA JOVEN MADRE

Por el Dr. Guillermo Plath

Tienes plena razón. El motivo esencial de que sean tantos los solteros, consiste en que son muchos los hombres que no se casan, como es su obligación. Pero, ¿cuál es el motivo de que no se casen?

Haces bien, o por lo menos demuestras ser muy lista al dejar sin contestación esta pregunta, en interés de tu sexo y para poder cargar toda la culpa sobre los miserables hombres, por una parte, y dejar, por otra, en buen lugar a tu propio esposo, que supo cumplir con su deber, sacrificándose su libertad sobre el altar del himeneo. Pero tu perfidia no basta para hacer triunfar tu causa.

Debemos examinar la cuestión más de cerca y averiguar por qué tantos hombres, cuya posición en la sociedad es bastante desahogada para poder fundar una familia, renuncian a esa felicidad y prefieren el triste aislamiento de la vida del soltero, con toda la sequedad del corazón y la triste tendencia egoísta, que nacen casi siempre cuando el hombre no tiene qué pensar, ni qué trabajar, ni qué cuidar, más que de sí mismo. En verdad, tan sólo las naturalezas,

elevadas y mejor dotadas son capaces de no degenerar más o menos, bajo la influencia de esta condición de aislamiento, y de pagar, en beneficio de personas más o menos extrañas o de la humanidad, la deuda a que se sienten obligados, y que no pueden pagar, en beneficio de una familia propia. Considera, en cambio, el carácter de la mayoría de los solterones con sus singularidades y rarezas, no menos que el de la mayor parte de las mujeres, que se encuentran en las mismas condiciones, y que son todavía más dignas de compasión. En efecto; la actividad del hombre encuentra siempre, fuera de la familia, un campo extenso y variado donde ejercer un trabajo agradable y fructífero; pero la mujer soltera, que va entrando en años, se encuentra privada, en la mayoría de los casos, de ocasión alguna en qué emplear la tendencia natural de la mujer a cuidar y a trabajar por otras personas, a no ser que ocupe un puesto en el cual sea, por decirlo así, un miembro auxiliar de una familia, que no es propiamente la suya, y aún esta hermosa forma de actividad femenina, en beneficio del prójimo, degenera fácilmente en la tendencia, con frecuencia tan intolerable, a andar de una a otra casa, sin que nadie la llame, a mezclarse en toda clase de asuntos, y a hablar, y a juzgar de todo, convirtiéndose en terquedad, insaciableidad y maledicencia. Claramente, no se llega a poner la clave del edificio de la verdadera educación moral, así del hombre como de la mujer, hasta que adquieran el carácter de miembros de una familia nueva, como esposo y esposa, respectivamente, por más que todos los matrimonios pueden ser llamados "un cielo en la tierra".

Pero volvamos a la cuestión de los motivos que mueven a tantos hombres, sobre todo en nuestros tiempos, a permanecer solteros.

El hombre reflexivo, antes de pensar en imponerse por

toda su vida, el cuidado de una esposa y una familia, debe empezar por tomar consejo con sigo mismo, y ver si se encuentra en condiciones de cumplir estos deberes de una manera adecuada, pues, a pesar de toda la consideración debida a la poesía del amor, sabe que cuando la miseria asoma por

la puerta es muy fácil que el amor salte por la ventana, sobre todo cuando la culpa de la primera está en uno de los esposos o en ambos.

Cuando de esta reflexión nace la convicción de que empleando y administrando acertadamente sus recursos, bajo la dirección de una mujer inteligente y educada de una manera sencilla, no habría en verdad, inconveniente alguno en realizar los deseos de casarse. Pero, es que la educación que se da a las jóvenes, en la mayor parte de los casos, no es precisamente adecuada para hacer de ellas madres de familia hábiles y económicas, y los gastos, que irán creciendo cada año en vestidos, en habitación, en ajuar de casa, y, en general, en todas las cosas necesarias para la vida, son desproporcionados a los recursos de que el futuro esposo puede disponer, y a no ser que se crea que ha de sacrificar la más imperiosa de las necesidades, es decir, la necesidad de comer, no se le puede achacar al joven como falta el hecho de que, por duro que le sea, sacrifique su corazón y su amor, antes que su conciencia y la tranquilidad de toda su vida.

La funesta manía de gastar, que no sólo domina en las grandes ciudades y en las clases ricas, sino que inunda también, con sus perniciosas tendencias, las aldeas mismas y sus habitantes y aún las clases menos acomodadas de la sociedad, es uno de los peores enemigos de la felicidad conyugal. Ella es la que impide que se unan muchos corazones, que habían sido hechos uno para otro. Ella es la que ha sacrificado tantas jóvenes, o, mejor decir, por ella es por la que tantas jóvenes

se han sacrificado a sí mismas,uniéndose a un hombre cuya única cualidad era la riqueza, y por el cual no podían sentir amor alguno. Ella es la que, por medio de la eficacia

del ejemplo y de la loca vanidad de igualar la ostentación de los demás, ha minado y destruido la paz de tantas familias.

Amada Luisa, el médico tiene ocasión frecuente de poder ver a fondo el interior de las condiciones en que viven muchas familias. Nunca ha visto que un matrimonio fuera menos feliz, porque la mujer dejara de brillar por sus conocimientos artísticos o científicos.

En cambio, me ha sido difícil encontrar un matrimonio verdaderamente feliz, allí donde le faltaba a la mujer el amor a la sencillez, al orden y a la vida doméstica, que constituye una virtud innata en la mayor parte de ellas, y que no se pierde, de ordinario, más que bajo la influencia de una educación mal dirigida.

Lo repito otra vez: no quiero que la mujer carezca de cultura, más no la quiero tampoco dotada de una cultura inconveniente o excesiva. Sea en buena hora aficionada a las artes o al estudio de las ciencias, pero no sean, unas ni otras, su ocupación principal, pues la administración de la casa no podrá menos que resentirse gravemente de ello. Cultive en buena hora sus aptitudes, para dar animación y expansión al trato de la sociedad; más no olvide que la casa y la familia constituyen el círculo natural, donde debe ejercer su actividad.



A COMER EN EL CLUB



1. Muy chic este modelo de Beer en crepe satin beige lindamente drapeado. En el hombro izquierdo una hebilla de strás sujet a un paño suelto de crepe georgette en el tono que cae por la espalda hasta más abajo del ruedo del vestido.—2. Modelo de Jenny en terciopelo negro bordado con strás en la cintura y en el escote. Una ancha cinta de raso color rosa se arrolla en el talle, cayendo en un paño flotante.—3. Vestido de espumilla de seda impresa drapeado con un doble movimiento lleno de novedad. Un paño suelto forma capa en la espalda. Modelo de Paquin.—4. Traje de encaje negro de línea recta. Falda más larga atrás. Fondo rosa, como la cinta que se anuda sencillamente formando cintura.

LOS ENCAJES TRIUNFAN



I. Encantador modelo para la tarde, en que se mezcla felizmente el moiré blanco y el encaje plateado. Los puños, la cintura de bonito movimiento drapeado y la parte baja de la falda en forma, son de moiré. El resto del vestido lo forma el encaje. Modelo extraordinariamente chic para llevar a una recepción en la tarde.



II. Maravilloso traje de noche, creado por Doucet, hecho íntegramente con encaje ciré rojo, de un rojo que a las luces artificiales parece arder. La falda está formada por dos volantes en forma, con caída al costado. Cintura cerrada por un broche de piedras rojas. El cuerpo, en la espalda, tiene una capita corta.



III. Para las carreras será muy elegante este vestido de crêpe georgette beige, con adorno de encajes del mismo tono. En el cuerpo forma canesú y en la falda el ruedo, pegado en ondas al resto de la pollera.

LA CALIDAD

A

UNICAMENTE
NUESTRAS
CREACIONES
DARAN
A USTED LA
ABSOLUTA
SEGURIDAD
DE
CALZAR A
LA MODA Y
CON LA
MAYOR
ELEGAN-
CIA.



22 años de

Artigas

existencia.

PIDA CATALOGO
ILUSTRADO A

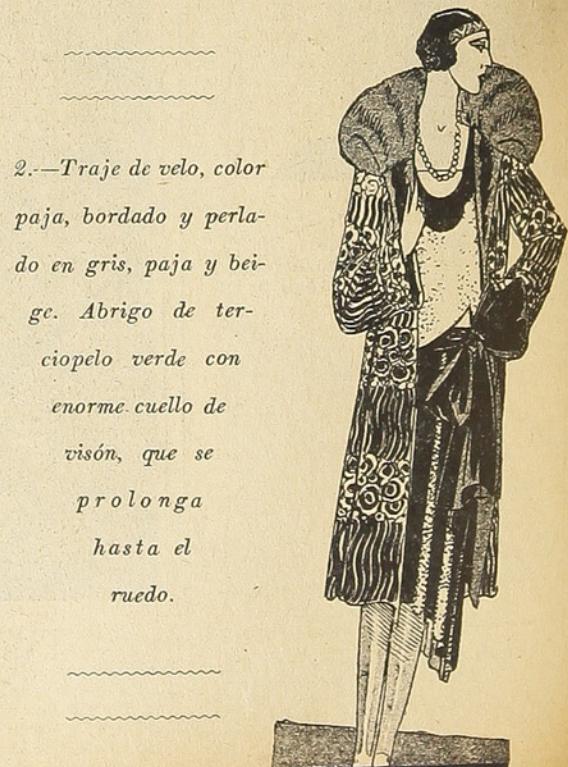
Casilla 3432

LA 
FLORIDA
• PUENTE •
502 - 506

GRANDES MODELOS PARA LA NOCHE



1.—Este encantador abri-
go de lamé de oro y ne-
gro, está forrado de rojo
y acompaña un vestido
blanco y negro, ente-
ramente perlado y
que lleva en la
cintura un grue-
so moño del
género rojo
que forra
el abri-
go.



LOS NIÑOS

I.— Traje de espumilla blanca con canesú y cinturón en forma de espumilla roja laca.

II.— Traje de kasha beige con incrustaciones de kasha marrón. Cuello chal.

III.— Vestido de espumilla lisa y espumilla floreada.

IV.— Sobre una faldita de kasha rosa va una casaca de espumilla blanca, recta, con una incrustación de kasha abajo. El abrigo es recto también, recogido por medio de pinzas en el cuello y lleva un sesgo, cuello y puños de espumilla blanca. Cordón terminado en borlas para cerrarlo.

V.— Muy encantador vestidito de crepe georgette rosa. Canesú marcado por alforzas. Flores de velo incrustadas en la falda.



COCINA PRACTICA

LAS LEGUMBRES EN LA ALIMENTACION

Es un hecho constatado que por lo general preferimos en nuestra alimentación los platos de carne, dejando en segundo término los de verduras. Un asado nos parece más sabroso y de una preparación más simple y rápida. Los médicos nos han prevenido desde hace tiempo de los males que puede acarrearnos este sistema alimenticio mal equilibrado, los trastornos que nos produce. Nadie hacia mucho caso de estas advertencias. Fué el precio de la carne, cada vez más subido, quien ayudó a los doctores en la tarea de hacer que la gente se alimente de preferencia con verduras. La economía más que la higiene, nos hizo entrar por el buen camino. Sabemos hoy día que las legumbres secas, pueden, en cierta medida, reemplazar a la carne; y que las legumbres frescas, si bien tienen un valor alimenticio escaso, contienen azúcar y ácidos útiles, sales minerales indispensables al organismo y que no se encuentran en otra parte en forma tan asimilable.

Para ser apetitosas, las legumbres tienen que estar preparadas en una forma cuidadosa. Su cocimiento no debe prolongarse más allá del tiempo necesario y no debe, sobre todo, dejárselas hervir largo rato, porque se reducen entonces a una papilla muy poco agradable.

Las legumbres, por lo general, deben cocerse en agua hirviendo. Algunas despiden un olor fuerte, como el repollo, las coles, los repollitos de Bruselas, las colifloras. A todas estas verduras, una vez que han dado un hervor, se las debe cambiar a agua fría, para darles una especie de lavado, volviéndolas después a agua hirviendo que se habrá puesto limpia en la olla. En esta forma se les quita su acidez, sin que pierdan casi nada de sus principios nutritivos. Como una gran parte de las sales que contienen son solubles, hay que hacerlas cocer en poca agua y de ser posible que esta agua se consuma en ellas nuevamente. Algunas verduras muy tiernas se pueden cocer sin agua, tales como los petits pois, los nabos, las lechugas, las zanahorias. Se las coloca en una cacerola con un buen trozo de mantequilla, se las sazona y se las cierra herméticamente. Se cuecen rápidamente y quedan exquisitas preparadas en esta forma.

He aquí unas cuantas recetas de guisos de verduras, fáciles de preparar y muy agradables al paladar.

Alcachofas rellenas con pan tostado.

Se lavan las alcachofas y se les quitan las hojas duras, cortándoles las puntas; se cuecen en agua con sal y una vez cocidas se les quita la parte del centro para ponerles el relleno que se hace en esta forma: se ralla bastante pan, el cual se une con cebolla, perejil y un polvito de pimienta blanca. Se pone aceite en una sartén hasta que esté dorado, se echa ahí la mezcla, dándole unas cuantas vueltas. Si se quiere se



Cardos con salsa de huevo

Se pelan y limpian bien los cardos para cocerlos con agua y sal. Una vez cocidos se dejan escurrir y se les pone un momento en una sartén con un poco de aceite bien caliente, se les agrega un poco de pimienta molida y una migaja de pan que se ha deshecho en el mortero con un poco de agua o de caldo. Casi en el momento de servirlos se les agrega un huevo batido con vinagre, dejándolos que den un hervor antes de llevarlos a la mesa.

Coliflor con salsa de mantequilla.

Se limpia y se tiene un rato en agua la coliflor, cociéndola después en agua con sal, a fuego lento. Una vez cocida se pone en una fuente y se la cubre con la salsa que se prepara en esta forma:

Se bate muy bien un poco de mantequilla fresca con media cucharada de harina y un poco de leche o de caldo de puchero. Cuando esté bien unida la mezcla se le añade sal fina, una raspadora de nuez moscada, unas dos yemas de huevo y otra cucharada de mantequilla. Se bate de nuevo y se vierte sobre la coliflor.

Cebollas rellenas con salsa

Se toman cebollas de tamaño regular y que sean del mismo porte y se les hace un agujero en el medio para sacarles un poco de carne.

Se prepara un picadillo con jamón que tenga algo de tocino, carne, pimienta negra molida, azafrán y huevo crudo batido. Hecho esto se rellenan las cebollas, se enhuevan y se frien.

Luego se ponen en una cacerola con un poco de aceite, se les echa agua para que cuezan y se espera que esta agua se haya convertido en una salsa para sazonarla. Se sirven en una fuente con la salsa colada por encima.

Coles de Bruselas salteadas

Estos repollos, pequeños y finos, son muy apreciados por algunos. Se cuecen primeramente con agua y sal, se escurren y se ponen en agua fresca, volviendo a ponerlos en una nueva agua hirviendo para que acaben de cocer. Se los deja escurrir otra vez y se saltean en mantequilla a fuego muy vivo, sazonándolos con sal, pimienta negra molida y una raspadora de nuez moscada. Se sirven solos o acompañados de una raja de pan frito.

Espinacas con mantequilla

Se lavan, escaldan y se cuecen en agua con sal. Cuando están cocidas se escurren por un colador y se les prepara la salsa en una cacerola con una cuchara de mantequilla, otra de harina y una taza de leche ligeramente azucarada.

En esta salsa se ponen las espinacas, retirándolas un poco del fuego vivo y dándole vueltas sin parar. Se sirven



muy calientes en una fuente redonda que rodeará de pan tostado con mantequilla.

Habas verdes con salsa de tomate

Se limpian y se cuecen en agua con sal, para apartarlas cuando estén a punto y quitarles la piel gruesa que las cubre.

Se tienen fritos aparte, tomates y cebollas picados muy finos con pimienta y una ramita de perejil. Cuando está todo frito, se une a las habas peladas y se les agrega un poco del agua en que cocieron para que den un hervor. Se colocan en una fuente y se les pica encima un huevo duro para servirlas.

Estofado de papas

Se pelan y se pican en ruedas, poniéndolas en una holla con cebolla, perejil, aceite, pimienta negra, un clavo de olor, una raja de tomate, sal, una hoja de laurel y un polvo de pimentón dulce. Todo ha de ir en crudo. Se deja que se fria un poco y en seguida se le agrega agua para que cuezan y cuando estén blandas se les añade una cucharada de vinagre. Pero no debe ponerse hasta el momento antes de servirlas, porque si bien les da un gusto agradable, si hierven con él se ponen duras.

Pimientos rellenos con arroz

Se toman unos pimientos medianos, colorados o verdes, procurando que sean lo más iguales posible de tamaño. Se les quitan los rabos, abriéndolos lo menos que se pueda y sacándoles por allí todas las pepas.

Hecho esto, se frie en la sartén jamón con tocino, picadito, con esto se le da unas vueltas al arroz crudo y se rellenan con esto los pimientos en su mitad solamente.

Una vez rellenos se ponen en una cacerola y se les echa agua hasta que queden cubiertos, poniéndolos al fuego hasta que el arroz y los pimientos estén tiernos.

Plátanos portorriqueños

Se pelan los plátanos y se frien enteros con mantequilla; cuando empiezan a dorarse se les agrega vino blanco de mesa, azúcar y canela entera, dejándolos cocer un poco a fuego lento. Se sirven acompañando carnes asadas o cocidas.

Callampas al horno

Se lavan y se secan con un paño las callampas, salteándolas luego en una asarén con aceite a fuego vivo; se les agrega sal y pimienta blanca. Al ir a servirlas se ponen en una fuente que resista al fuego, se las rocia con mantequilla y perejil picado muy finamente, más pan rallado, poniéndolas un instante al horno para que el pan se dore y se sirven.

Tomates rellenos con queso y jamón

Se escogen los tomates grandes y lisos, maduros y redondos, se lavan y se les sacan los rabos, abriéndolos un hueco para rellenarlos.

Se hace un picadillo con jamón picado y queso rallado, en partes iguales, se le añade perejil picado, un poco de mantequilla y un huevo batido. Esta pasta se trabaja muy bien y con ella se rellenan los tomates, que se colocan en una cacerola, poniéndoles alrededor un poco de mantequilla. Se asan en el horno, a fuego suave y se sirven echándoles por encima, colada, la salsa que hayan soltado.

EL ALMA DEL HUERTO

El alma de este huerto que está a mi vista, dormita el ensueño, como dice Juana de Ibarbourou. Nuestro huerto es nuevo y pequeño. Los árboles empiezan a dar frutos. El último invierno un naranjito ostentó ocho esferas de oro vivo entre sus ramas tiernas.

Esta primavera en el manzano cuajaron hasta dos docenas de flores.

Y con amor hemos vigilado el desarrollo de las frutas. Primero pequeñitas como avellanas, luego esponjadas y tercas como senos de muchacha. Ellos, los de siempre, los mismos de ayer, platicaban así:

—Te he tratado intimamente y muchas veces, te lo confieso, porque no quiero ni debe mentirse jamás, tuve dudas de algunas de tus orientaciones espirituales. Me parecía que tenías algunas falsas fascinaciones. Tu talento, tus ansias de saber y brillar, tu maravillosa gama emocional, te han llevado a veces por caminos equivocados, seguida de "la jauría", que aún no se atrevía a tocarte, pero acechaba. Tú has tenido la suerte bendita de asomarte a esos lagos atrayentes, fascinadores, pero seguros contaminadores de las almas, y por tu propia voluntad has adivinado sutilmente su veneno y te has apartado de ellos; esa es una victoria sin paralelo, digna de una mujer de tu valor inestimable.

MARY MORANDEYRA.



La Que Triunfa

Esta distinción perfecta que emana de su persona; este encanto que subyuga al más insensible, ella no los debe sólo a su belleza. Este milagro lo consigue con

La Velouty de Dixor-París

M. R.

que sabe dar a su rostro, a su escote, a sus brazos y a sus manos ese maravilloso aterciopelado que ningún otro producto es capaz de producir.

La Velouty se vende en blanco, rosado y marfil.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, N.º 219,
S A N T I A G O

LA PRIMERA CANA

Los artistas de la Compañía Lírica que actúan en el "Municipal", en Santiago, y después en el "Victoria" de Valparaíso, forman un conjunto selectísimo que no recordamos haber aquí presenciado mejor. El éxito es considerable y nuestras damas, con su presencia, dan cada noche a estas manifestaciones de alta y artística cultura, el brillo que corresponde, pues la hermosa sala del "Municipal" es siempre el "rendez-vous" predilecto de nuestras elegantes, sobre todo cuando se trata de espectáculos grandiosos que afirman el gusto refinado de nuestra sociedad.

El cabello, siendo uno de los más bellos adornos de la mujer y llamado a lucirse preferentemente en estas fiestas de super distinción, no debe, por lo tanto ser, descuidado. Para conseguir una cabellera que realce magníficamente la belleza femenina, recomiendo el uso combinado de los tres productos: "Similax", "Ess-O-Ess" y "Egg-Shampooing". — Jefe del Departamento Tinturas. Casilla 1497. Santiago.

pueblo, cargando en una carretilla las hozas de las casas, avisando que pasaba con su especialidad de evocar los oficios de la iglesia, imitando con su voz ampulosa a los beneficiados en el coro.

Todo ello le valía mendrugos de pan y sobras de los platos. Y sonreía, y era feliz a solas con su alma y con su vida.

Agapito vestía siempre de luto. Es decir, llevaba una blusa negra, que solía renovar con frecuencia algunos años.

Curiosos, los vecinos le llamaban para preguntarle:

—Agapito: ¿quién te ha hecho esta blusa?

—Don Pedro Antonio, para que le lleve luto a su pobre mujer, doña Virtudes.

—Agapito: ¿por quién es esta blusa?

—Me la da doña Clara por su abuelita doña María, que gloria haya.

Y Agapito gastaba duelo por todos los ricos que fallecían en la ciudad, con los cuales no le unía el más pequeño grado de parentesco ni amistad. Pero este luto ajeno era para las familias algo tan imprescindible como la corona, como el panteón, como los pomposos funerales.

Cierto día corrió la noticia de que Agapito se casaba, y se casó. Fué con la tía Rana, que primero vendió colleras en la plaza y después llevaba ropa en los molinos del Calvario.

Las dos indigencias, fundidas en una sola humildad, tuvieron más llevadera la cuesta de la vida. Incluso se amaban, "¡los muy brutos!", según tenían por seguro los decires de la gente.

El señor alcalde les dió venia para que estableciesen el hogar en un rincón del ruinoso convento que habitaron los Carmelos. Hasta que un día ocurrió la tragedia concentrada en las cuatro paredes legendarias. La tía Rana, al tornar del molino en un anochecer de enero, se sintió enferma. Y a la madrugada murió sin molestar a nadie.

Al día siguiente nadie vió al tío Agapito zurrir por el pueblo. Pero al otro, con las primeras luces del sol, volvió con su carretilla, sumido en un silencio de pesadumbre y en mangas de camisa por vez primera en su vida.

—Agapito: ¿ha muerto tu mujer?

—Sí.

—Y vas así, ¡con camisa blanca!

Agapito callaba, ahogaba un quejido en la garganta y los seguía ahogando en la otra puerta, y en la otra, y en la otra...

—¡Cielo de Dios! ¡Cielo de Dios!...

LAS BLUSAS DEL TÍO AGAPITO

Sesenta años.

Sesenta años de humedad y de simplicidad hacían de Agapito el tonto del pueblo, por todos despreciado y de todos estimado.

Sin amo fijo, estaba al servicio general. Sin tener nadie derecho sobre él, hasta los criados le mandaban y a los criados obedeció.

Era ayudante puntual del campanero en los toques de novena, vísperas y fiestas; del sacristán en la limpieza de la parroquia y montaje de los catafalcos; del funeralario en los entierros distinguidos; de la banda en los días de música llevando el bombo y los atriles al jardín.

De buena mananita recorría el

de evocar los oficios de la iglesia, imitando con su voz ampulosa a los beneficiados en el coro.

Y sonreía, y era feliz a solas con su alma y con su vida.

Agapito vestía siempre de luto. Es decir, llevaba una blusa negra, que solía renovar con frecuencia algunos años.

Curiosos, los vecinos le llamaban para preguntarle:

—Agapito: ¿quién te ha hecho esta blusa?

—Don Pedro Antonio, para que le lleve luto a su pobre mujer, doña Virtudes.

—Agapito: ¿por quién es esta blusa?

—Me la da doña Clara por su abuelita doña María, que gloria haya.

Y Agapito gastaba duelo por todos los ricos que fallecían en la ciudad, con los cuales no le unía el más pequeño grado de parentesco ni amistad. Pero este luto ajeno era para las familias algo tan imprescindible como la corona, como el panteón, como los pomposos funerales.

Cierto día corrió la noticia de que Agapito se casaba, y se casó. Fué con la tía Rana, que primero vendió colleras en la plaza y después llevaba ropa en los molinos del Calvario.

Las dos indigencias, fundidas en una sola humildad, tuvieron más llevadera la cuesta de la vida. Incluso se amaban, "¡los muy brutos!", según tenían por seguro los decires de la gente.

El señor alcalde les dió venia para que estableciesen el hogar en un rincón del ruinoso convento que habitaron los Carmelos. Hasta que un día ocurrió la tragedia concentrada en las cuatro paredes legendarias. La tía Rana, al tornar del molino en un anochecer de enero, se sintió enferma. Y a la madrugada murió sin molestar a nadie.

Al día siguiente nadie vió al tío Agapito zurrir por el pueblo. Pero al otro, con las primeras luces del sol, volvió con su carretilla, sumido en un silencio de pesadumbre y en mangas de camisa por vez primera en su vida.

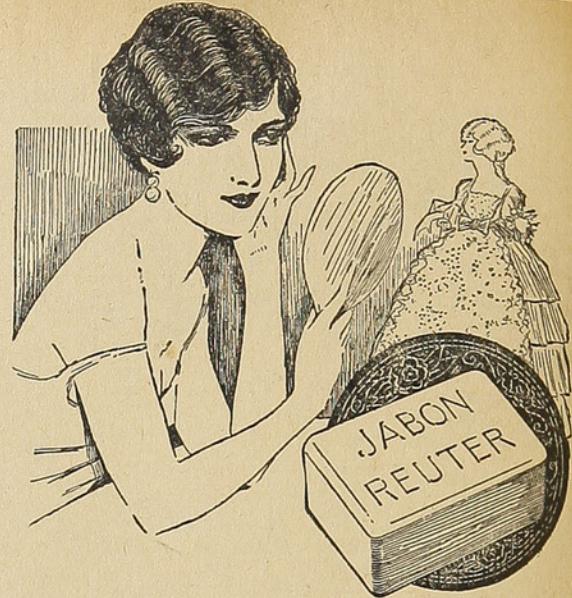
—Agapito: ¿ha muerto tu mujer?

—Sí.

—Y vas así, ¡con camisa blanca!

Agapito callaba, ahogaba un quejido en la garganta y los seguía ahogando en la otra puerta, y en la otra, y en la otra...

—¡Cielo de Dios! ¡Cielo de Dios!...



EL principal atributo de la belleza es un cutis perfecto. Una perfección que se obtiene usando un jabón absolutamente puro.

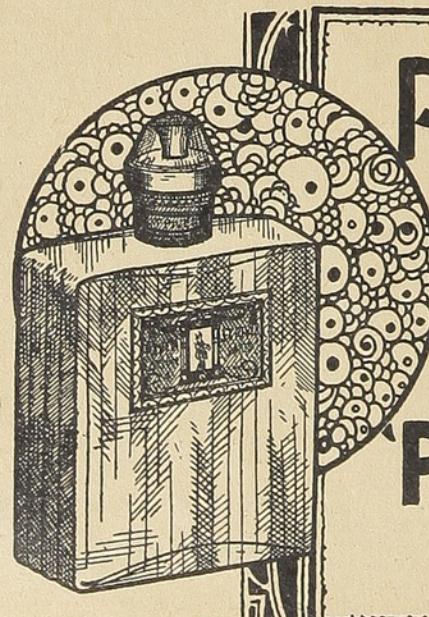
El Jabón Reuter está elaborado con los ingredientes más finos y puros que es posible obtener. Es por excelencia el jabón ideal para el tocador, pues limpia perfectamente sin dañar el cutis más delicado. De un perfume extremadamente exquisito y seductor que hará las delicias de quien lo use.

Insista siempre en el

Jabón
REUTER

M. R.

Agentes generales DAUBE Y CIA., Valparaíso.



DARFUMERIE
L.T. PIVER
M.R.
PARIS.

LOTION
POMPEIA'

NUEVA PRESENTACION
MISMO PRECIO

C. BOLOÑA

LOS ADORNOS DE PERLAS Y DE BRILLOS

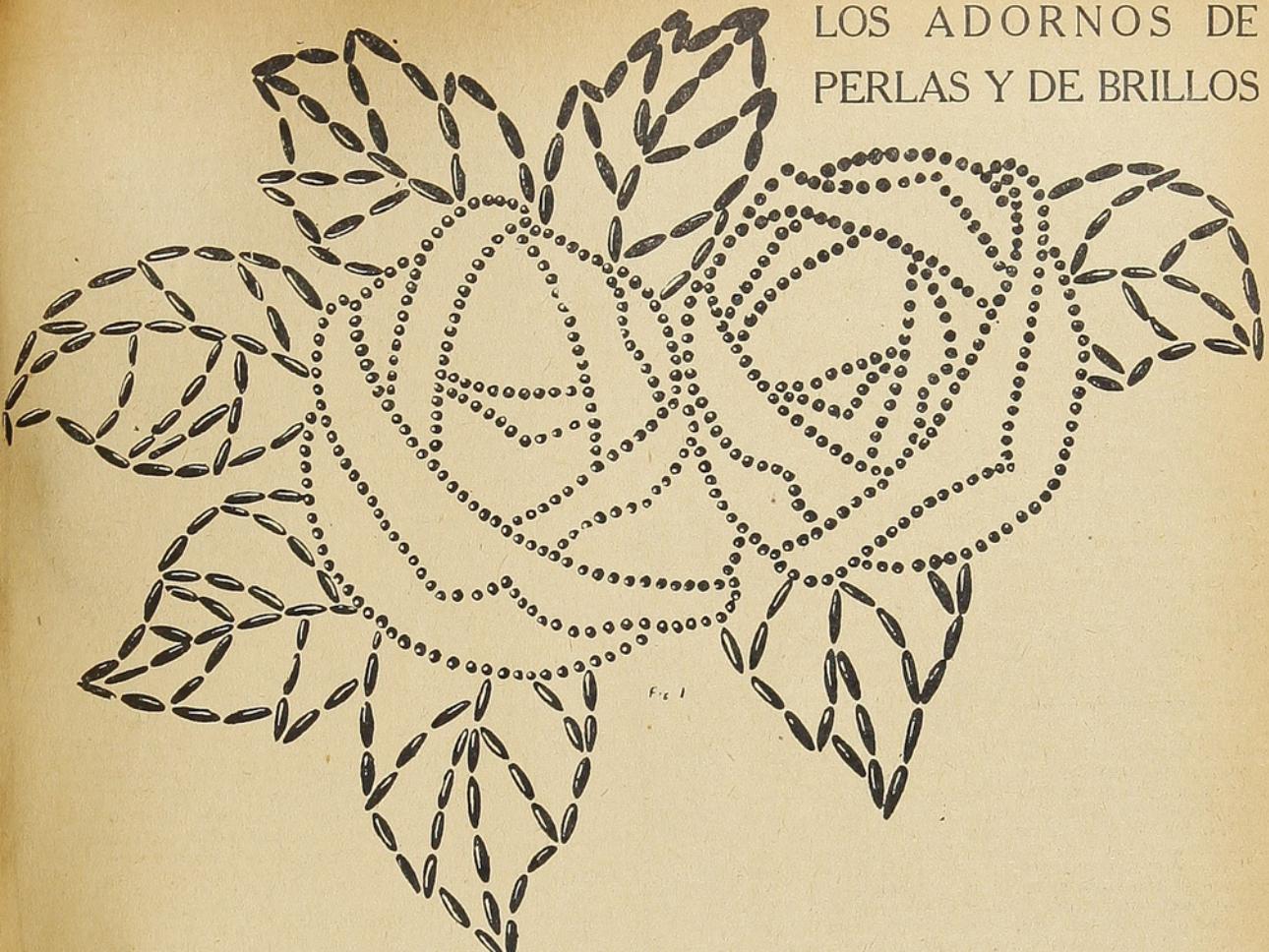


Fig. 1

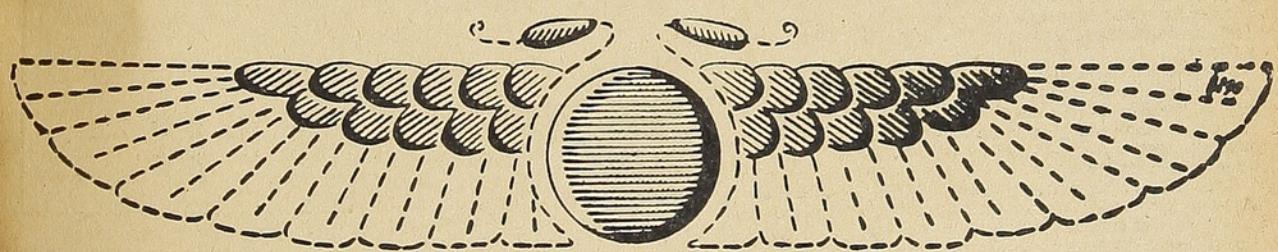
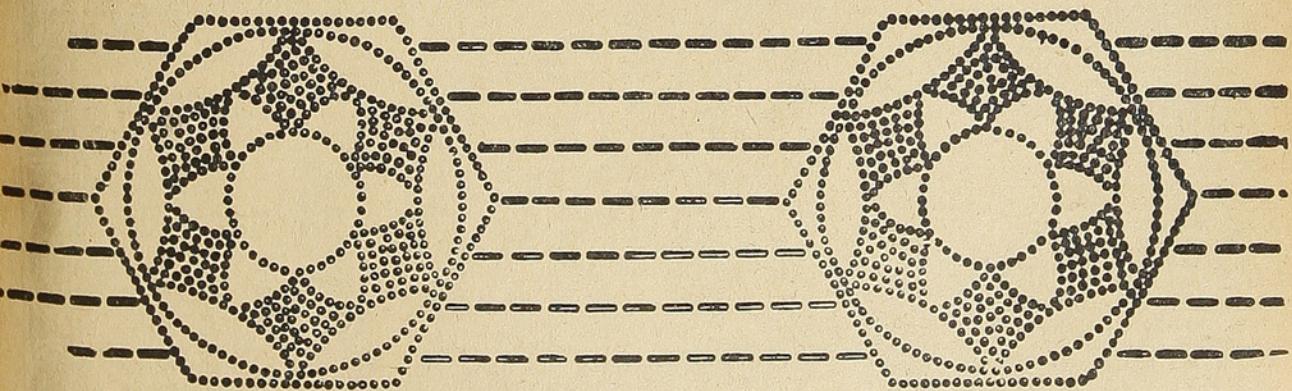


Fig. 2



Los bordados de perlas y de brillos en general, toman cada vez mayor importancia en la toilette femenina. En los trajes de noche es el adorno que se lleva todas las preferencias, y así venos los maravillosos perlados que los hacen verdaderamente feéricos. Estos, íntegramente bordados, son difíciles de hacer en casa, pero otros más sencillos llevan un sólo motivo bordado en el hombro izquierdo o en la cintura. Otros detentan una espe-

cie de broche en el cinturón, adelante. Otros tienen todo el cinturón bordado.

Damos aquí tres modelos que pueden servir para estos finos. El primero es una rosa hecha en mostacilla de plata brillante la flor y en mostacilla acerada las hojas. El segundo es un motivo egipcio de puntadas de oro, lentejuelas y un cabuchón. El último es una banda de mostacilla blanca y plata.

CORRESPONDENCIA

POR

MERLINA

Talquina, Talca.—Evite el frío. No se lave ni bañe nada más que en agua templada. Antes de bañarse se jabona bastante los brazos con jabón blanco de Marsella y se pasa luego una piedra pómex pulida que en cualquiera botica puede adquirir; después se baña, lavándose bien los brazos para que desaparezca completamente el jabón. Al secarse procure hacerlo con cuidado, pues la humedad suele irritar la piel. Se pone entonces polvos de talco. Si la aspereza del cutis persiste, se da en las noches una ligera fricción con este preparado: Leche de almendras amargas, 40 gramos; leche de almendras dulces, 60 gramos; agua de rosas, 200 gramos; alcohol de 90 grados, 500 gramos; tintura de benjui, 8 gramos; tintura de Hamamelis, 8 gramos; agua de azahar, 50 gramos. Los sabañones tienen que provenirle de la misma causa: el frío. Las muchachas tienen una especie de afán de andar desabrigadas en el invierno, desafiando los hielos. Dicen que no sienten frío. Y lo hacen sencillamente porque creen que si se ponen cualquiera prenda de abrigo interna, se van a ver más gordas. Y por esta idea tan tonta sacrifican la salud y la belleza. La salud: se enferman, el cutis se les pone feo, lleno de asperezas y de manchas, les salen sabañones, se resfrían, hasta pueden adquirir males graves. Pero ellas, encantadas porque no se ven gordas... Una combinación de lana y seda puesta sobre la piel, debajo de la faja, las protege bien y en ninguna forma las engruesa. Abríguense, evite el frío, haga ejercicios para ahuyentar las congestiones, no use sino el agua templada para toda clase de lavados. Tome algún téñico, Fitina, por ejemplo. Estando abrigada y en buena salud, todos esos sabañones desaparecerán. Para que los sabañones cicatricen más rápidamente y no la molesten con su picor, use esta pomada: Lanolina, 60 gramos; agua de rosas, 100 gramos; alumbre, 2 gramos; tanino, 1 gramo. Espero que mejore. Muy agradecida de sus saludos, que correspondió cordialmente.

Josefina F., Santiago.—Todas las mañanas y las noches dese un ligero masaje en los labios con la pomada que va a continuación: Lanolina, 15 gramos; vaselina, 15 gramos; tanino, 1 gramo; tintura de benjui, 1 gramo; tintura de mirra, 2 gramos; talco, 1 gramo; esencia de espliego, 10 gotas. Para las manos dese masajes muy enérgicos, procediendo en los dedos lo mismo que si usted se estuviera poniendo unos guantes que le quedaran algo apretados. Use para este masaje la siguiente preparación: Agua de rosas, 4 gramos; esperma de ballena, 3 gramos; cera blanca, 24 gramos; agua de azahar, 8 gramos; glicerina, 8 gramos; borato de soda, 1 gramo; aceite de almendras dulces, 60 gramos. Haga el masaje hasta que las manos hayan absorbido toda la crema. Entonces se espolvorea polvos de talco. Use siempre para lavarse agua templada y jabón blanco de Marsella. Compre en Librería Salvat el libro de la Condesa de Collalto, que se llama "Cortesía y Buen Tono". Ahí encontrará usted todas las indicaciones que deseas. En nuestra revista hemos dado muchas de esas indicaciones. Si usted tiene la colección, puede verla en los primeros números. Mis mejores saludos.

Lectora, Santiago.—Ponga un aviso económico en "La Nación" ofreciendo la colección que usted desea vender. En cuanto al precio, como es una revista de

tan reciente publicación, será más o menos lo que le hayan costado a usted. Por lo comun, las colecciones que tienen valor son las muy antiguas.

Arpa, Cauquenes.—En primer lugar debe usted usar la Guillette constantemente y ponerse después un poco de agua oxigenada de 10 volúmenes para que el vello vaya poco a poco desapareciendo. Haga una solución de tanino al 4 por mil con el 2 por ciento de alumbre y lávese varias veces al dia con la ayuda de una esponja, espolvoreándose después con estos polvos: Talco de Venecia, 50 gramos; subnitrito de bismuto, 50 gramos; permanganato de potasa, 3 gramos; esencia de espliego, 2 gramos. No use ropas que le ciñan los brazos. En el verano ande de preferencia con trajes sin mangas y, ante todo, practique un aseo constante y prolíjo. En caso de que la transpiración le proviniera de un estado de debilidad de salud, debe usted empezar por ponerse en cura y tomar algún buen constituyente.

Goyesca, Santiago.—Si las partiduras son muy profundas y le duelen, póngase por las noches aceite de almendras dulces, evitando en lo posible, hasta que las partiduras desaparezcan, el lavarse las manos muy seguido. En las mañanas se lava con agua templada y jabón blanco de Marsella, poniéndose después esta preparación: Alcohol de 90 grados, 500 gramos; glicerina neutra, 23 gramos; agua de rosas, 15 gramos; ácido fénico, 1 gramo; aceite alcanforado, 5 gramos. Siga por una temporada este tratamiento hasta que las rajaduras desaparezcan por completo. Entonces use todas las noches esta leche que no dejará que sus manos vuelvan a partirse, que las descongestionará y que se las hará de un color bonito y de una piel suave: Leche de almendras dulces, 60 gramos; tintura de benjui, 4 gramos; tintura de Hamamelis, 3 gramos; agua de rosas, 50 gramos; agua de azahar, 50 gramos; esencia de limón, 3 gramos. Para poderse cortar las uñas de los pies cómodamente, si las tiene muy duras, antes de hacer esta operación, téngalas unos diez minutos en agua muy caliente. Esto si usted tiene el hábito de cortarlas con tijera o con alicate. Lo mejor en estos casos es limarlas. No hay uña, por dura que sea, que resista a la lima.

Pretenciosa, Cauquenes.—Tiene que seguir usted todo un sistema para su cutis. En primer lugar, por las noches se pasará por la cara un algodón empapado en alcohol alcanforado, frotando de preferencia en los puntos en que tenga los barrillos. Por lo que usted me dice, su cutis es seco. Debe ponerse entonces esta pomada, con la cual dormirá en las noches: Azufre precipitado, 15 gramos; Lanolina, 15 gramos; vaselina neutra, 15 gramos; almidón, 10 gramos; jabón negro, 5 gramos; jugo de pepinos, 5 gramos. En la mañana se pasa otro algodón con alcohol alcanforado para sacarse los restos de pomada que puedan haber en el cutis, y se lava en agua templada y jabón blanco de Marsella. Se seca con mucho cuidado y se pasa después un algodón empapado en este otro preparado: Agua de rosas, 10 gramos; alcohol de 90 grados, 10 gramos; glicerina, 10 gramos; borax, 5 gramos. Deje que se seque solo. Entonces se pone los polvos, que han de ser de muy buena calidad. Le recomiendo los Dermophile de Leclerc, que son excelentes. Este es el tratamiento exterior que debe usted seguir, pero paralelo

a éste — y mucho más importante casi — es el tratamiento interno. Debe usted vigilar su alimentación, excluyendo de ella las comidas grasosas, condimentadas, las bebidas alcohólicas, el té y el café. La mantequilla suele producir muy malos resultados. ¿Cómo anda su digestión? Si no es perfectamente regular, tome usted en las noches una cuchara de Amerol y en las mañanas un vaso grande de jugo de frutas cocidas, ya sean frutas frescas o secas. Haga ejercicio. Viva muy al aire libre y al sol. Siga durante una temporada este sistema doble y digame después cómo sigue. Tendré el mayor agrado en recibir noticias suyas. Mis cordiales saludos.

Nené, Santiago.—Me ha sido completamente imposible descifrar su apellido. Esta contestación es para la Nené, que pide un remedio para fortalecer los senos. Las duchas frías producen muy buenos resultados. Pero lo mejor de lo mejor son los masajes practicados por una buena profesional. En el primer piso del edificio donde está el Hotel Victoria, en Huérfanos esquina de San Antonio, hay una espléndida masajista, que se llama Blanca Roa, y a la cual se puede usted confiar con toda tranquilidad. Los demás remedios son perder tiempo, dinero y paciencia.

Cristina Zelindez, Linares.—La dirección artística de la revista no admite colaboraciones. Nuestros agradecimientos de todos modos.

Mata-Palos, Huasco.—Encargue a la Librería Nascimento, Ahumada, 125, un libro que se llama "El Artesano Práctico", que puede serle de gran utilidad para lo que usted desea.

Rapusice, Santiago.—Después de unos cuantos minutos de estudiar su firma, y no muy segura de haberla descifrada, le contesto bajo este nombre a la señora que me consulta sobre la manera de dorar un amoblado de salón. He de decirle, señora, que de no dorar usted al agua su amoblado y estar este trabajo hecho por una persona muy entendida, le quedaría horrible. Y, además, los amoblados dorados están muy en desuso. Me parece una idea mucho más acertada, el que usted cambie sólo de tabiz a sus muebles y que la madera la barnice o la encere de nuevo, solamente. Con un tabiz de dibujos modernos y un nuevo color de barnizado cambiarán de aspecto y le quedarán lindos. Es mejor que dirija usted las preguntas a esta sección, a Teatinos, 666.

Chilotita Desesperada, Valdivia.—Dícen que uno de los grandes remedios para curar ese género de verrugas es tomar antes de las comidas un vaso de agua de cal mezclado con una cuchara de leche. Debe seguirse este procedimiento durante seis semanas. Fueras de esto, límpiese el cutis por las noches con un algodón empapado en alcohol alcanforado y luego se hace un pequeño masaje con la ayuda de esta crema: Mantilla de cacao, 25 gramos; aceite de almendras dulces, 60 gramos; glicerina, 20 gramos; jabón negro, 15 gramos; flor de azufre, 15 gramos. Vigile sus comidas sufriendo las grasas y vea que su digestión ande muy buena. En las mañanas se lava con agua templada y jabón de Marsella. Use polvos de buena calidad. Tendrá que lavar enteramente su vestido para que tome un color parejo nuevamente. Use el Lux para esto. Mis deseos de mejoría y mis saludos cordiales.

NERVIOS EN TENSION

El insomnio es una de las formas más manifestadas de la debilidad nerviosa. Útil es intentar una reacción definitiva con medicaciones calmantes de efectos momentáneos.

Para combatir el insomnio, en su origen, es inigualable la Fitina, célebre especialidad recetada por la mayoría de los médicos especialistas.

La Fitina, fósforo orgánico asimilable extraído de semillas de plantas, el elemento vital del cerebro y de los nervios, corrige el insomnio nervioso e infunde nuevas energías morales al recobrar el cerebro su potencia y lucidez. Su médico puede confirmarlo.

FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD. En sellos, cápsulas y comprimidos.

Fabricantes: SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUÍMICA EN BASILEA (Suiza)

Pida folletos a los agentes generales: EMILIO HAAS & Cia., Ltda. Santiago — Casilla, 2658

Fitina, M. R., a base de fósforo orgánico vegetal.

ALMUERZO

Espinacas a la oremá.

Limpias, escaldadas y cocidas, se escurren y se pican bien. Luego se pone en una cacerola con manteca de vaca, cebolla rallada y una cucharadita de harina, que se deja tomar color, echándole después leche, pero no en mucha cantidad. Hecho esto se colocan allí las espinacas y se le aumenta otro poco de leche, se le da una vuelta y se apartan.

En una sartén se pone manteca de vaca y cuando esté bien caliente se le echan unos tres huevos batidos, que

se dejan cuajar como si fuera tortilla, pero por un lado tan solo. Esta tortilla se coloca en una fuente, sobre las espinacas, con la parte cruda para arriba, teniendo mucho cuidado de no volverla, al sacarla del sartén.

Resulta un plato muy bonito y sabroso.

Sesos con tocino.

Se toman unos sesos de vaca, se les quita la piel que los envuelve y las venas, lavándolos después con agua caliente que tenga sal y vinagre; se les deja en esta agua hasta que se enfrie, para que así se pongan un poco duros y luego se escurran.

Una vez escurridos se pone en una cacerola en que se habrán derretido unos trozos de tocino, se les añade una taza de vino blanco, dos de caldo o de agua, unas torrejas de limón sin pepas ni cáscara y cebolla picada con perejil.

Cuando estén cocidos se cortan en pedacitos y se fríen rebozados en huevo y harina sirviéndolos entre dos capas de perejil frito.

PARA EL MENU

Filete de ternera gratinado

Se prepara, extiende y espolvorea con sal fina, medio kilo de filete de ternera.

Después se pone en un plato una taza colmada de ralladuras de pan a la cual se mezcla un puñado de perejil picado muy fino y un poco de pimienta negra molida en el mortero.

Hecho esto se pone en el sartén un poco de aceite en que se echa una capa de la mezcla de pan rallado, otra de filetes, después otro poquito de aceite y así se sigue alternando hasta terminar con todo, siendo la última capa de pan rallado.

Entonces se coloca la sartén al fuego, agregándosele una taza de agua fría, se deja esta consumir, dándole unas vueltas a los filetes. El agua se consume rápidamente. Entonces se deja que los filetes se frian un momento en el aceite solo, pero esto debe ser tan sólo un momento, porque en seguida debe agregársele otra taza de agua. En esta forma se debe proceder hasta que los filetes estén a punto. Entonces se sacan, se colocan en una fuente, se les pone encima el jugo y residuos que haya en el sartén, se rodean de papas fritas y se sirven.

Borrachuelos

Se pone a freír una cantidad de aceite, se mide la misma cantidad de vino y

la mitad o un poquito menos de aguardiente, harina se pone la que embeba ese líquido.

Se trabaja la mezcla con una cuchara de palo, se le agrega el aceite que se ha puesto al freír, y al cual sólo se le hace esta operación para que tome buen gusto, con una cáscara de limón.

Una vez la pasta muy bien trabajada se hacen unas cajetillas que se fríen y que se rellenan en caliente con dulce de alcayota, para servirlas espolvoreadas con azúcar flor.

C O M I D A

Sopas de papas con jamón.

Se pelan y se lavan las papas, que se ponen en agua con sal y un pedacito de jamón, teniendo cuidado de no echarles mucha sal porque el jamón también sazona.



Base: Menthol, Eucalytol, Regal galiz y exipientes

JOSÉ LAPLACE

DESTILADOR LICORISTA

recomienda a las familias sus deliciosos
licores dulces de postre Curacao naranja,
Cacao y Anisette.

Son el encanto de las damas.
TALCAHUANO

Canosos

NO PIERDAN SU TIEMPO EN
ENSAYOS CUANDO TIENEN A LA
MANO

LA TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

(M. R.)

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, su negro, castaño oscuro, castaño o castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias. Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

Cuando las papas estén cocidas se pasan por un prensa-puré y se ponen nuevamente en el agua en que se cocieron. Hecho esto se frien en una sartén con aceite, unos pedacitos de jamón y de pan, cortados en cuadritos, los cuales se colocan en una sopería. El aceite que sirvió para hacer esta fritura se agrega a las papas que están cociendo en puré. Se batén dos yemas de huevo duro con un poco de este caldo, para que vayan deshaciéndose poco a poco y una vez bien mezcladas

al caldo, se espera que dé un nuevo hervor para echarlo en la sopería en que se habrán puesto también las claras duras de los dos huevos, cortadas en cuadraditos.

Pudding de pescado con mayonesa.

Se pica, finamente, un poco de pescado, sin piel ni espinas, y se frie con salsa de tomates y cebolla frita. Luego se corta y se deja enfriar, mezclándolo con una mayonesa clara, procurando que quede muy bien sazonada.

Se engrasa un molde con mantequilla, poniendo en él la pasta y cociéndolo al baño de maría. Se puede hacer también en moldes pequeñitos que se sirve uno a cada persona, resultando así más bonita la presentación.

Pichones asados con papas.

Se cuecen los pichones en agua con sal, agregándole unos granitos de pimienta negra, una hoja de laurel y un diente de ajo si se quiere. Cuando estén a medio cocer se sacan y se los frie con unas papas picadas en pedacitos cuadrados. Una vez que estén dorados se ponen a terminar la cocción al horno. Al servirlos se les pone encima una salsa que se habrá hecho con un poco de mantequilla, cebolla frita y harina en poca cantidad, más unas cucharadas del caldo en que cocieron príveramente.

Leche al horno.

Este es uno de los postres más fáciles de hacer, agradable y barato. Consiste en mezclar cuatro huevos batidos con un litro de leche, una cucharada de mantequilla, limón rallado, nuez moscada y azúcar al paladar.

Esta mezcla se pone en un molde o cacerola enmantecillada y se dora al horno.

SEGURIDAD

A un enterrador de Ronda le dice el cura Foronda:

—Aunque esto a mí no me incumba, yo aseguro que esa tumba la puedes hacer más honda.

—Usted es que no está enterado, contestó malhumorado el enterrador dolido; haber cuántos se han salido de todos los que he enterrado.

EL PERRO

Aullaba y ladraba el fiel mastín, alarmado por el roce de las ramas y el correr de las liebres entre los matorrales. Y su amo, fastidiado porque no le dejaba dormir, le tiró una piedra. El perro calló y refugióse en su casilla.

Poco después vió que saltaban el cerco dos hombres de aspecto siniestro y que se dirigían hacia la casa.

—Si ladro—pensó el perro—mi amo me tirara otra piedra.

Guardó silencio y los ladrones robaron todo cuanto pudieron llevar.

Al despertar el amo y ver que habían desvalijado su casa, dió grandes gritos y, furioso, propinó una paliza al perro, porque no había dado la voz de alarma con sus ladridos.

Y el perro, derrengado, aullando de dolor, pensó:

—¿Cómo entender a los hombres? Aunque me tiraron una piedra porque la draba, y hoy me maltratan porque no ladré.

Assaler.

VELLO, TRATAMIENTO

BIZZORNINI DE FAMA MUNDIAL—
VEINTE AÑOS DE ÉXITO.

Mi tratamiento Bizzornini, que extrae radicalmente el vello de raíz, se compone de tres preparaciones: la primera extrae el vello de raíz, y las dos siguientes son para que no vuelva más a salir. Su aplicación es de lo más fácil y no daña en absoluto el cutis.

Pida prospecto gratis.

Se envía todo pedido de provincia.

Dra. Elva Larrázaval de Tagle

San Antonio, 265 — Casilla, 2165

SANTIAGO

NOTA.—Mi tratamiento Bizzornini jamás se ha vendido bajo otro nombre. Es de mi propiedad y está debidamente registrado con la marca de fábrica bajo el N.º 11978, desde el año 1914.



Una mujer es eternamente joven cuando posee bellos ojos. Use PESTANIL y ejerza un control sobre sus efectos y a las pocas aplicaciones usted constatará maravillada la aparición de nuevas pestanas y cejas.

PESTANIL, compuesto con extractos de glándulas de animales, acciona directamente sobre el bulbo piloso, nutriendo las partes atrofias y produciendo su rápido desarrollo, lo que hace crecer las cejas y pestanas.

PESTANIL no es cosmético, ni pintura; es un líquido transparente, inofensivo, que se aplica con un dedo, mediante una sencilla fricción, tres o más veces al día, lo que produce una sensación de agradable frescura.

De venta en todas las boticas y de los agentes exclusivos para Chile:

Droguería del Pacífico S. A.

Valparaíso — Santiago — Concepción — Antofagasta



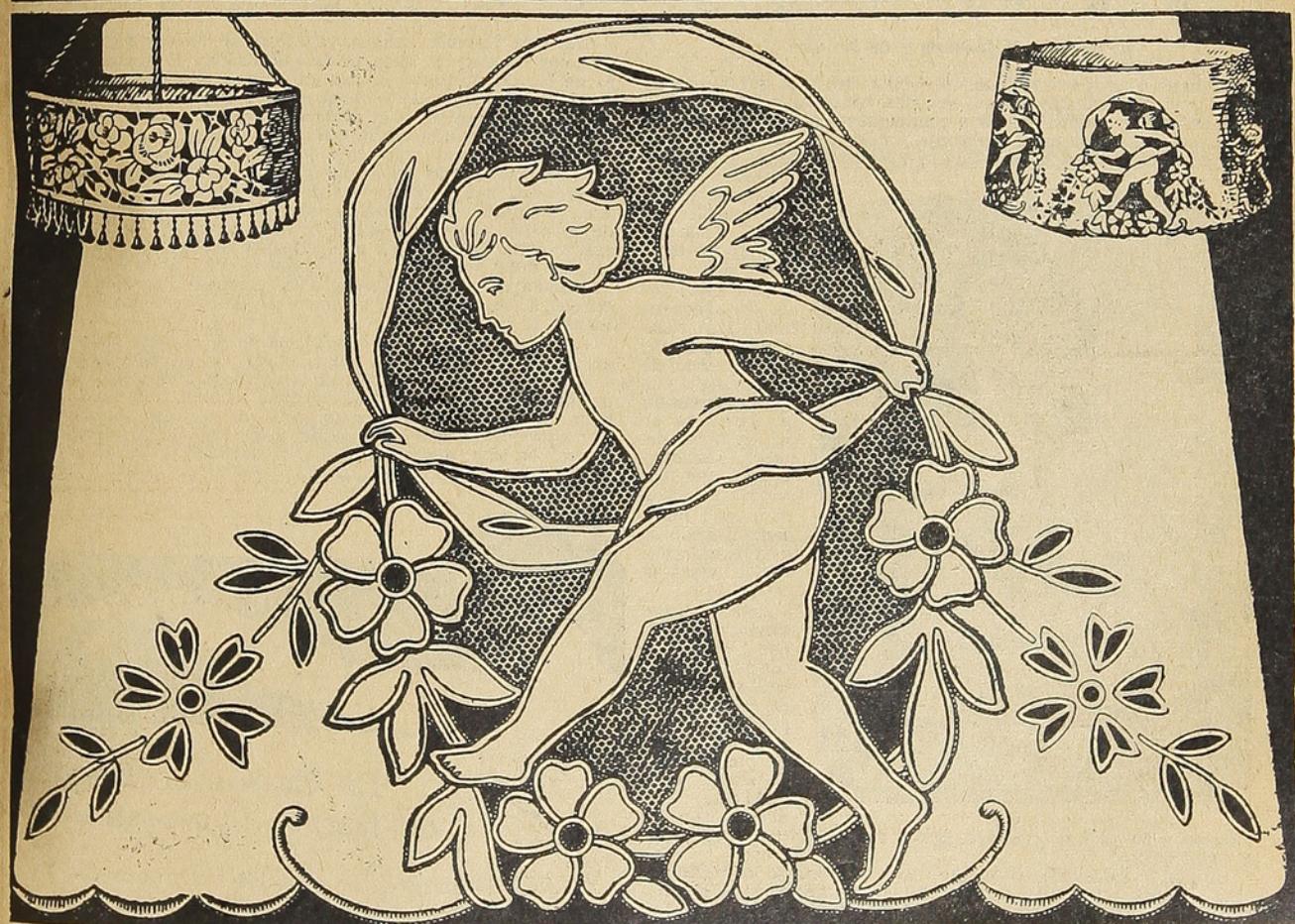
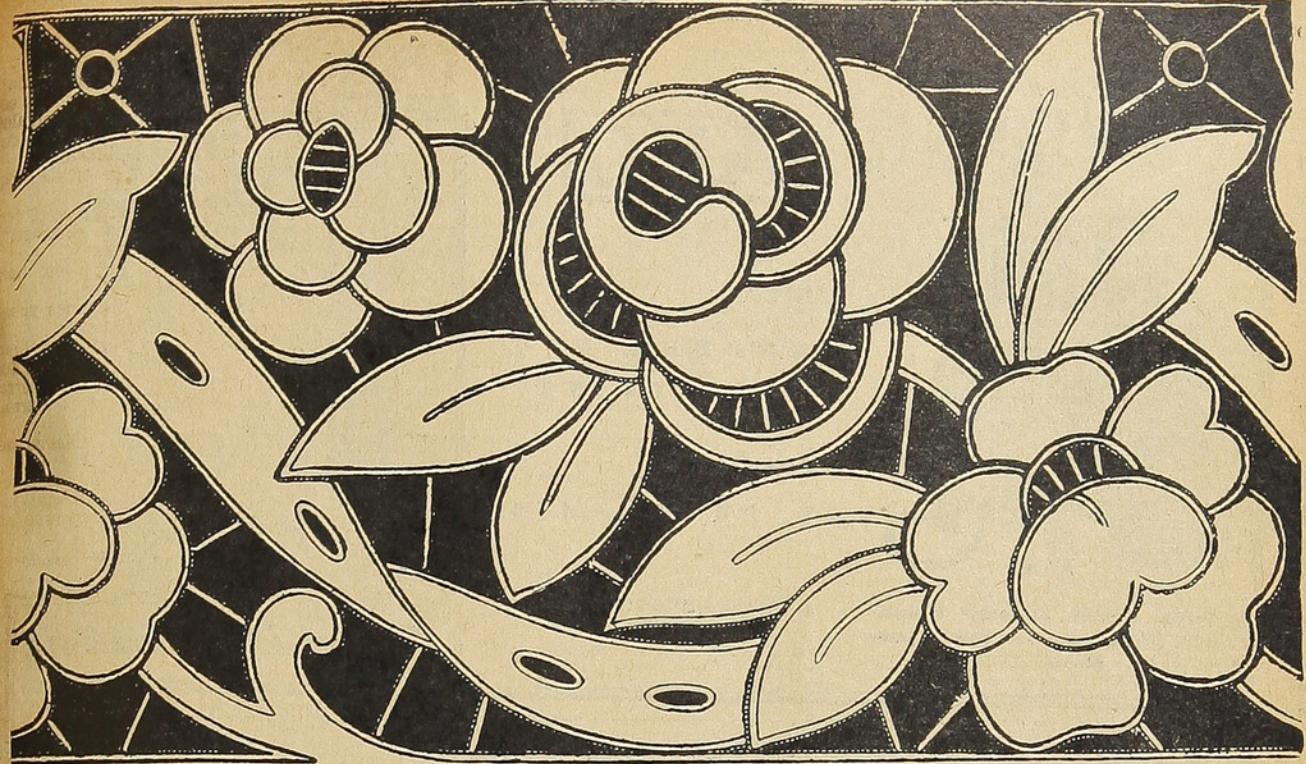
El Hombre Elegante

evita la caspa
y caída del
cabello

con el

Tricófero
de BARRY





PANTALLAS BORDADAS

Las pantallas hechas sobre organí bordado con un falso de pongé de color que tamiza deliciosamente la luz, son del gusto actual y dan ocasión para realizar al Richeletie. El falso es de un rosa más vivo. La flecadura está formada por cuentas de madera en diferentes formas y en color rosa fuerte, café oscuro y oro viejo. El segundo es de organí color amarillo pálido con falso amarillo limón. Las apli-caciones de tul y el bordado se hacen en blanco. Tanto uno como otro modelo son extraordinariamente lucidos.

muy hermosas obras de aguja. El primero de los modelos que presentamos, está hecho sobre organí rosa pálido y bordado al Richeletie. El falso es de un rosa más vivo. La flecadura está formada por cuentas de madera en diferentes formas y en color rosa fuerte, café oscuro y oro viejo. El segundo es de organí color amarillo pálido con falso amarillo limón. Las apli-caciones de tul y el bordado se hacen en blanco. Tanto uno como otro modelo son extraordinariamente lucidos.

ASPIRADORA DE POLVO

VAMPYR



Para limpiar muebles, alfombras, tapices, cortinas, felpas, pisos, etc: Solicite prospectos.

AEG

SANTIAGO:

BANDERA, ESQ.

SANTO DOMINGO

VALPARAISO:

AV. BRASIL, 159

SOLICITE DEMOSTRACIONES

ENCERADOR DE PISOS

Hobby



PARA LAS COQUETAS

El cuidado de la nariz y de los ojos.

La nariz es la parte más saliente del rostro y la que más contribuye a su belleza. Hay narices grandes, pequeñas, agujeradas, respingonas, cortas, largas, chatas y puntiagudas. Alguna vez la más defectuosa sienta bien en el semblante por su armonía con las otras facciones, exceptuando la nariz chata, que es repugnante y signo de bajeza de espíritu y de pasiones innobles. La nariz recta de tipo griego es la más bella.

Una nariz roja es siempre fea. La rubicundez puede venir de frío, de congestión, de la comprensión exagerada de los vestidos, del mal funcionamiento del corazón. En cada caso, está indicado el modo de corregirlo, haciendo cesar la causa.

Para la rojez causada por el frío, dénselas lociones de agua borricada antes de salir al aire; para la producida por la congestión, es bueno sorber agua caliente en el momento de excitantes, sobre

esta otra fórmula también es excelente: Borax, 2 gramos. Agua de rosas, 15 gramos. Agua de flor de azahar, 15 gramos. Cualquiera de las dos fórmulas se usa en lociones tres veces al día.

A muchas personas les afean el vello dentro o fuera de la nariz, pero no debe usarse en ellas depilatorios, que congestionan la mucosa y pudieran destruir la pureza de olfato. Es preciso arrancarlos con unas pinzas, pero solo dos o tres cada día.

Las hemorragias de la nariz, no suelen ser peligrosas. Cuando se presenta una se debe colocar al paciente en una posición vertical, levantando los brazos en alto y penose compresas de éter o de agua fría sobre la frente y la nuca, al mismo tiempo que se le aplican sinapismos en las pantorrillas y baños de pies muy calientes. Se debe introducir en las fosas nasales un tapón de algodón empapado en agua oxigenada o en percloruro de hierro. En caso de que la hemorragia no se corte con estos remedios, es necesario llamar al médico.

El mal olor de la nariz proviene de úlceras especiales que, sin aumentar, no desaparecen por completo, de un vicio de conformación o de cualquiera enfermedad. Los médicos aconsejan fumigaciones con líquidos o polvos astringentes: quinina, alcanfor, nitrato de plata, benjúi, agua de cloruro, agua de cal, etc. Cuando el mal olor proviene de una enfermedad a los huesos, las inyecciones de clorato de sosa, disipan un poco el mal olor producido por la re-



acostarse y privarse de comidas, grasas y bebidas todo alcohólicas.

Cuando la rubicundez tiene por origen el apretarse los vestidos o el mal funcionamiento del corazón, es preciso favorecer la circulación dejando el traje más suelto y darse masajes o lavados con agua fría y fricciones secas o de agua Colonia, con ayuda de un guante de crín.

A veces la rubicundez es causada por la delicadeza exagerada de los vasos capilares de la piel de la nariz. Entonces hay que recurrir a los remedios siguientes, que la hacen desaparecer enseñada: Borax en polvo, 10 gramos. Agua pura, 150 gramos. Una cuadradita de las de café de agua de Colonia.



La Crema de Perlas de Barry ... os embellecerá

Al aplicárosla, vuestro rostro, cuello y brazos, adquirirán una blancura y tersura tales que os mejorarán notablemente y os harán aparecer mucho más joven.

M. R. Refrescante, perfumada, y ni se nota ni se cae



tención de las mucosidades en las fosas nasales, mucosidades que no se pueden espelear por causa de la mala conformación.

Contra la obstrucción de la nariz, es bueno empapar una esponja en agua todo lo caliente que se pueda soportar y aplicarla entre los ojos dos o tres veces al día. Además, a la hora de acostarse, se debe frotar la nariz con cold-cream. Si la obstrucción persiste, darse por la mañana lavados de agua bicarbonatada, con una jeringa especial.

Las personas que tengan la nariz sana, no

están dispensadas de lavarse la nariz todas las mañanas con una jeringuilla, al hacerse el aseo general.

A veces la nariz se cubre exteriormente de puntos negros que la vuelven horrible. Debe entonces de hacerse en las noches un pequeño masaje con este preparado: Tintura de quillay, 10 gramos. Eter sulfúrico, 40 gramos. Alcoholato de limón, 50 gramos. Alcohol de 90 grados, 20 gramos. Esencia de bergamota, 60 gotas. — En la mañana se lava con agua templada.

Los ojos es otra de las partes más hermosas del rostro, y la que expresa con mayor claridad los afectos del corazón. Las pasiones que traducen más generalmente son el placer, el enojo, la lana, la guidea, la severidad, el desdén, la dulzura, la admiración y la celeridad.

Las pasiones de los hombres se manifiestan más sinceramente en los ojos que en las palabras, y es más difícil fingir con ellos. Son órganos que no sólo llevan al cerebro la impresión de los objetos externos, sino que muestran los matices del pensamiento.

Para ser hermosos los ojos, deben tener la forma de una almendra, abiertos y de color limpio, ni saltones, ni hundidos, en armonía con el semblante y adornados de bellas pestanas.

No se deberá jamás emplear el agua fría para lavarse los ojos; el agua caliente para las personas sanas y la tibia para las que padecen de congestiones. Si el ojo está irritado, una infusión de té, muy clara, reemplazará al agua pura.

Cuando se padece de picores agudos, el agua de manzanilla o de lechuga calmará la inflamación. Es preciso evitar frotarse los ojos, porque se caen las pestanas. No se debe nunca humedecerlas con saliva, porque es muy fácil infestárlas en esta forma.

UN FAMOSO ASTROLOGO HACE UNA OFERTA NOTABLE

Le dirá GRATIS

Si porvenir será feliz, dichoso, afortunado? ¿Tendrá éxito en el matrimonio, en sus especulaciones, ambiciones, deseos? ¿Cuáles son sus amigos, sus enemigos? y muchos otros datos importantes que solo la Astrología puede revelar.

HA NACIDO BAJO LA AFORTUNADA ESTRELLA

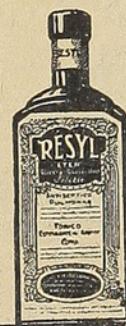
RAMAH, el célebre Orientalista y Astrólogo, cuyos estudios astrológicos y consejos han suscitado miles de cartas de agradecimiento del mundo entero, le hará tener GRATUITAMENTE, después de sólo pedirle indicando su nombre, su dirección, la fecha exacta de su nacimiento, por su método incomparable un análisis astrológico de su vida y de su porvenir, el cual, junto a sus Consejos Personales encierra datos susceptibles no sólo de extrañar sino de maravillar. Sus Consejos Personales tienen el poder de cambiar favorablemente el transcurso de toda su vida. Escriba en seguida y sin dilación, eso para su interés, a RAMAH, folio 425 S. A. 44, Rue de Lisboa, París. Una gran sorpresa le aguarda. Si quiere puede añadir a su carta 2 pesos en sellos de correo de su país para cubrir gastos de correo, envío, etc.

Franqueo para Francia: 50 centavos.



PECHO DE ACERO

Para resistir y permanecer insensible a todos los embates del mal tiempo, que amenazan desde la más fuerte salud al organismo más débil, atacándolo en forma de TOS, GRIPPE, CATARRO, ASMA, BRONQUITIS, o bien desarrollando una TUBERCULOSIS incipiente — que son las más peligrosas enfermedades propias de esta época del año; — para tener pecho de acero, pulmones de acero, y energía muscular de acero, y ver transcurrir el peligroso invierno sin quebranto para su salud, tome usted el infalible, científico y admirable remedio



JARABE
Resyl^{MA}

Formula: Eter glicero-guavacolico soluble.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima



PARA LA HIGIENE INTIMA DE LA MUJER

NEOLIDES M.R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Previenen
y alivian
de muchas
dolencias
femeninas

**ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO-SEDANTE**
**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIATICA, REUMATISMO**
Resfrios, Dolores de cabeza y muelas
Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico,
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas

condiciones desfavorables, le dañan. Es malo leer siempre del mismo lado, con mala luz o con movimiento, en el tren, etc. Los lentes, si no están dados por un oculista, dañan más aún. Los colores exasperan la vista y la fatigan, las habitaciones tapizadas de rosa mo-

—Este, el que está ahí tendido, respondió la niña con voz que no se oía.

El oficial dirigió una ojeada inquieta hacia donde estaba el sargento.

—Vamos, un poquito más alto, volvió a decir. ¿Quién es el que está acostado ahí?

—Mi papá, mi querido papá, que está dormido.

VIDA POR VIDA. — (Continuación de la pág. 14)

Despejóse la fisonomía del joven y generoso militar.

—Mi buena niña, dijo con alegre sonrisa, eso era cuanto queríamos saber. Ahora dame un beso para la pequeñita que tengo en casa.

Dado y devuelto el beso, colocó a la niña en los brazos de la señora Montaudón, hecho lo cual se volvió rápidamente hacia sus soldados.

—Poned en libertad al prisionero, dijo, y formad en el patio. Nos vamos inmediatamente.

Los soldados obedecieron.

—Adiós, amigo, dijo el oficial amablemente al pasar junto a Felipe, que estaba de pie en la puerta. Está tranquilo, nadie te volverá a molestar.

Felipe cogió la mano que se le tendía y durante un momento la estrechó con fuerza. La voz le temblaba y las lágrimas corrían por su rostro.

—Dios te bendiga y se lo premie, caballero, dijo.

El oficial salió y con cuidado cerró la puerta. Los que estaban dentro oyeron el ruido de los pies al formar los soldados, luego la orden dada con energía de marchar y el acompañado andar de la fuerza que salía del patio. Hasta entonces no corrió Felipe Montaudón a coger la niña de los brazos de su madre para estrecharla contra su pecho palpitante.

—Celeste, mi pequeñita Celeste, tú eres mi salvadora.

Y comenzó a llorar.

—Papá, mi querido papá, repetía la niña.



los
Constipados
antiguos y recientes
Tos, Bronquitis
son radicalmente curados ora

Siroline "Roche"

da Pulmones robustos
y preve la Tuberculosis.

F. HOFFMANN - LA ROCHE & C° PARIS. BASILEA.
De venta en toda farmacia y droguería.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiocel-Codeína

(De la página 5)

LA MUJER MAS FEA DE QUE HAY MEMORIA: MARGARITA DE CARINTIA

mento principal para su afirmación de fealdad, en tanto que sus ojos son meras ranuras y sus demás facciones distan mucho de ser bellas. Una cintura anormalmente pequeña — 14 pulgadas — añade algo al conjunto grotesco de su figura.

Es bajita y rechoncha y tiene una mata abundante de cabello corto y rojizo, que se asemeja a un deshollinador no muy limpio. Varios cirujanos preeminentes le han pedido que se someta a una operación, prometiéndole embellecer notablemente su rostro. Pero Claude ha rechazado indignada la proposición de privarla de su más preciado atractivo.

No ha mucho que Mile Polaire se vió complicada en un accidente automovilista y recibió lesiones en el rostro. Acto seguido demandó a la compañía de autos de alquiler a que pertenecía la máquina del caso, por desfiguración de la faz.

La compañía ofreció pagar los servicios de los mejores cirujanos que no sólo harían desaparecer las cicatrices sino que mejorarían mucho el físico de la demandante. Pero ésta rechazó llena de indignación tal oferto, diciendo que se estaba tratando de arruinar su carrera, conspirando insidiosamente para privarla del más saliente atractivo de su persona. Por último el jurado le reconoció el derecho de cobrar una liberal indemnización por daños y perjuicios.

* —

"La mujer fea", dice Henry T. Flinck, famosa autoridad en belleza femenina, no debe desesperar de encontrar marido. Tiene por lo menos ocho probabilidades de casarse. En primer lugar, puede, como suele ocurrir con el tipo de mujer masculina, inspirar amor al hombre que sea de características opuestas a las suyas: segundo, puede enamorarse de un hombre perfecto, y el amor puede transfigurar y embellecer de tal modo sus facciones que

nada difícil es que el sér amado corresponda a su afecto: tercero, puede tropezarse con un individuo falto de gusto estético, que prefiere un cromo a un Tiziano; o cuarto, puede hallar un hombre sensible, que prefiera casarse con una mujer fea, pero amable y útil, que con una belleza malcriada o de carácter insoportable."

"Otras dos probabilidades más son las que ofrece la riqueza y la posición social respectivamente, de la mujer fea. Cualquier accidente, como por ejemplo la ausencia de rivales más bellas, pueden también favorecerla, y son siete; y por último, puede tropezar con un solterón de edad madura que se haya cansado de la bendición de su soltería y ansie seguir el camino de la vida enyugado."

* —

Hay una mujer que ha gozado en la historia de una dama de fealdad sino del todo injustificada, por lo menos grandemente exagerada. Trátase de la Duquesa Ana de Cleves, cuarta esposa del seis veces casado Enrique VIII de Inglaterra.

Como es harto sabido, el Rey Enrique VIII repudió a su primera esposa, Catalina de Aragón, hizo decapitar a la segunda, Ana Boleña, y con sus malos tratos hizo bajar al sepulcro prematuramente a la tercera, Juana Seymour. Varios astutos e intrigantes políticos en Inglaterra y en el continente pusieron por la nubes ante el Rey la belleza y los encantos de la joven Duquesa Ana de Cleves, hija de principiolo alemán y el Rey la pidió en matrimonio, ansiendo impaciente el momento de estrecharla entre sus brazos. Ana tenía motivos más que sobrados para temerle a Enrique VIII, pero sus parientes, los príncipes protestantes de Alemania la hicieron a la idea de que debía sacrificarse con el fin de atraer a un soberano tan poderoso a su causa.

Fué un retrato de la Duquesa pintado por

el gran Holbein lo que decidió la negociación. El artista había mejorado notablemente a su modelo. Creyéndola una belleza, el Rey inglés convino solemnemente en casarse con ella, la princesa fué llevada a Inglaterra.

Dice un antiguo cronista que el monarca al ver por vez primera en carne y hueso a su prometida "retrocedió lleno de amarga desilusión". Y en su cara y delante de sus cortesanos se expresó con palabras harto ofensivas sobre la fealdad de la joven y atribulada princesa. Procuró en seguida encontrar una excusa plausible para quebrantar el compromiso, pero como no había ninguna, y el despedirla arbitrariamente hubiera hecho muy mal efecto a los parientes de la novia y habría afectado las relaciones de Enrique con las potencias continentales, el matrimonio fué debidamente celebrado con toda solemnidad; pero, cinco meses más tarde, el Rey lo hizo anular con un pretexto sin base sólida alguna e inmediatamente Enrique contrajo un nuevo matrimonio con la bellísima Catalina Howard a la que también envió al cadalso, casándose por último con Catalina Parr, a quien por suerte suya, libró la muerte de la presencia del sanguinario monarca.

Una comparación cuidadosa de los distintos retratos que existen de Ana de Cleves demuestran que, aunque Holbein la mejoró mucho, su fealdad no era tanta que pudiera merecer el dictado de sucesora de Margarita de Carintia, en el poco honorífico título de "Reina de las feas".

* —

Recientemente Mrs. Mary A. Bevan reclamó el título de "Reina de las feas". El circo americano, la consideró digna de semejante campeonato y la contrató para exhibirla como "la mujer más fea del mundo". Tenía una cara enorme, perecida a la de una vaca, y daba además la sensación de que por uno de los lados le hubiera pasado un camión, formándose un surco; pero cualquiera persona equitativa, aún concediéndole mención honorífica como fea, probablemente confesaría sin escrúpulos que estaba muy lejos de compararse en fealdad con la campeona de las campeonas, la fea sin par, "Margarita de Carintia, boca de bolsillo."

¡Guárdate de los resfriados!



¡Toma por tanto **Guayacose!**

(M.R.: a base de Sulfoguayacolato calcico en Somatose líquida aromatizada) pues ella te protegerá contra los resfriados y sus consecuencias.

La Guayacose es una combinación de guayacol y Somatose. El guayacol ejerce su acción terapéutica sobre los órganos de la respiración, mientras que la Somatose por su acción estimulante del apetito y favorecedora de la digestión produce la tonificación necesaria del organismo para la curación.



RESYL. Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas

EN EL MOMENTO DEL DOLOR O SUFRIMIENTO FÍSICO

Que se hace sino buscar el alivio echando mano a cualquier medicamento; pero, no se piensa en el error que uno puede cometer ingiriendo tal o cual producto que a menudo pregoná una publicidad bulliciosa y charlatanesca.

Si usted consulta a su médico, infaliblemente le recomendará la afamada

CRYOGENINE LUMIERE

pues el hombre de ciencia sabe que es el único medicamento analgésico que no produce jamás ningún fenómeno de intolerancia, como sucede con los demás productos del comercio farmacéutico.

Los testimonios de todos los médicos del mundo hablan muy en claro en favor de la

CRYOGENINE LUMIERE
y la recomiendan sin vacilar contra la **FIEBRE, GRIPPE, RESFRIADOS, DOLORES REUMATICOS, DE OÍDOS, MUELAS, CIATICA, ETC.**

NOTA: Al pedir en las boticas Cryogenine suelta, exijase la cajita de 2 comprimidos, al precio de 0.80 centavos.

Base: Metacarbazida (M. R.)

Concesionarios: **ARDITI & CORRY**
Santiago.

ESTA REVISTA

"PARA TODOS"

lo mismo que

Zig-Zag
Sucesos
Los Sports
Don Fausto
El Peneca
Familia

Impresas por la SOC. IMPRENTA
Y LITOGRÁFIA UNIVERSO,
SANTIAGO. (Departamento Empresa
"Zig-Zag"), son un exponente del tra-
bajo que hace

Como él siempre ha sido hombre de tan enorme actividad, en cuanto ha recuperado sus fuerzas no para de idear cosas, que yo he de llegar a tiempo a ejecutar para que no eche de menos su facultad de moverse. Y si él no idea nada, yo me doy prisa a sugerirle algo, porque el aburrimiento es peligroso en su estado. Además, he de acicalarme y ocuparme de trajes y perifollos más que cuando él estaba bueno, porque siempre le ha gustado verme arreglada y bien vestida; no voy a pensar que él ya no merece que yo me componga.

No lo creo a él capaz de esa suspicacia — replicó con malicia; — pero, de todos modos, haces perfectamente en comprenderme.

—En fin, ya está usted preparado. Quería evitar sorpresas por él y por usted, que aun no está del todo fuerte, pobrecho mío. Pero aquí lo repondremos, ya lo verá. ¡He adquirido yo para eso una maña...! Vamos a ver a Tomás.

Maria Isabel tenía plena razón. Aquel niño grande estaba sublime; tan sereno y ecuánime, diríase que feliz, en su desgracia.

¡Y María Isabel! María Isabel rayaba a una altura incommensurable. Cien veces al día se me caía la baba con ella. ¡Pardiez! ¡Aquello era una mujer! ¡Vaya una discreción y una delicadeza y un tacto, y un ingenio, y una gracia, y una naturalidad en su abnegación de todos los minutos!

¡Vaya si me repuse! ¡No me había de reponer, si al lado de aquel matrimonio que me es tan querido pasé los días más confortadores de mi vida?

Y un día, recordando tiempos pasados, que eran tan próximos y parecían tan lejanos, me atreví a decirle a María Isabel:

—¿A que no sabes cómo te encuentro?

—¿Cómo me encuentra usted, padrino? — inquirió riendo.

—Pues, te encuentro estupenda, deslumbradora y guapa!

—Y que lo diga usted, padrino! — asintió Tomás con entusiasmo. — Siempre ha sido ella un portento de belleza, aunque una temporada le dió por decir que estaba fea; se puso más tonta...!

Y rompió a reír aquel bendito de Dios.

—Pero ahora, como le doy tanto que hacer a la pobrencilla, no tiene tiempo de pensar esas bobadas.

—No es que me des que hacer — saltó la esposa. — Es que tenemos mucho que hacer nosotros, muchas cosas que reorganizar. ¿Sabe usted? Tomás va a dejar la parte activa de los negocios, pero tiene que imponer en su difícil mecanismo a un sobrino suyo, que va a venir a España, y va a vivir con nosotros: ¡un muchacho encantador! Y nosotros vamos a hacer obras en la casa de campo, y vamos a implantar una explotación agrícola moderna. ¡Resulta que el fuerte de Tomás es la agricultura! Y en Madrid vamos a mudarnos a otra casa mayorcita. Antes recibímos poco, porque viajábamos mucho, pero ahora cultivaremos más la sociedad de Madrid, que es interesantísima. Tendremos unos días íntimos, muy escogidos, que usted nos ayudará a seleccionar, y otras tertulias más variadas, un poco cosmopolitas y pintorescas (solo pre que no incurran en lo shocking, que disgustaría a la dirección británica de mi Tom), pero que nos hagan reír un poco, y nos distraigan, que bastante hemos sufrido, ¿verdad?

Y mientras hablaba la mujer, coloreado el semblante por la animación de su charla, rica en matices, la voz cálida y pastosa, suave y juvenil el ademán, brillantes los ojos de ternura, dilatada la expresión en franca sonrisa, solicita, maternal, despreocupada de sí misma, ¡estaba hermosa, hermosa!

C O B A R D I A

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza! ¡Qué rubios cabellos de trigo garzul! ¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul...

Pasó con su madre. Volvió la cabeza: ¡me clavó muy hondo su mirada azul! Quedé como en éxtasis...

Con febril premura, ¡Síguela! gritaron cuerpo y alma al par. ...Pero tuve miedo de amar con locura, de abrir mis heridas, que suelen sangrar, y no obstante toda mi sed de ternura,

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRÁFIA

Y ASI COMO PREDOMINA EN ESTOS TRABAJOS EDITORIALES, ASI PREDOMINA EN PRECIO, CALIDAD Y ATENCION CON SUS DEPARTAMENTOS DE LITOGRÁFIA, TRABAJOS TIPOGRAFICOS COMERCIALES, TRABAJOS ENCUADERNADOS, FABRICA DE PAPERIA Y CUANTA COSA IMAGINABLE SE HACE EN LA INDUSTRIA IMPRENTERA.

SANTIAGO

Ahumada, 32

VALPARAISO

Tomas Ramos, 147

CONCEPCION

Castellón esq. Freire.

A M A D O N E R V O

UN LINDO CUENTO PARA LOS NIÑOS

UNOJITO, DOSOJITOS, TRESOJITOS,

Cuento de los hermanos GRIMM

Erase una mujer con tres hijas, de las cuales la mayor se llamaba Unojito, porque sólo tenía un ojo en medio de la frente; la segunda, Dosojitos, porque tenía dos ojos, como el común de los mortales, y la pequeña, Tresojitos, porque tenía tres, uno de ellos también en mitad de la frente. Como la segunda se parecía a todas las demás personas, sus hermanas y su madre no podían sufrirla, y solían decirle: "Tú, que tienes dos ojos, no eres mejor que el vulgo y no mereces alternar con nosotras". Además la golpeaban; le daban las peores ropas y la comida que ellas no querían, y le causaban todas las penas imaginables.

Dosojitos había de salir al campo a guardar la cabra, y la pobre sentía mucha hambre, porque sus hermanas le daban muy poco que comer. Ciento días sentóse a la linde de un bosque, y comenzó a llorar de tal manera, que de sus ojos brotaron dos fuentecitas. De pronto vió a su lado a una mujer que le preguntó:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¡Cómo no he de llorar! Mi madre y mis hermanas no pueden sufrirme porque tengo dos ojos, como la demás gente; me arrojan de un rincón a otro, me dan sus vestidos viejos y los restos de su comida. Hoy he comido tan poco, que estoy hambrienta.

—Seca tu llanto, Dosojitos; te diré una cosa para que nunca más padezcas hambre. Sólo con que digas a tu cabra:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

verás aparecer delante de ti una mesa limpiamente puesta y cubierta de los más exquisitos manjares, de los que podrás comer hasta hartarte. Y cuando estés satisfecha y ya no necesites la mesa, di:

Cabrita, cabrita, quita la mesita,

la mesa desaparecerá.

Fuése la hada, y Dosojitos, queriendo comprobar en se-

guida, pues el hambre la apretaba, si era cierto lo que aquella le dijera, pronunció las palabras mágicas, y apenas las hubo dicho, vió aparecer una mesita cubierta con blanco mantel, y en ella un plato, un cuchillo, un tenedor y una cuchara de plata, y exquisitos manjares, humeantes todavía, como si acabaran de salir del fuego.

Dosojitos rezó la corta plegaria, única que sabía, "Señor Dios, sé nuestro huésped, amén"; comió con delicia, y cuando estuvo satisfecha pronunció las otras palabras que la hada le había enseñado, e inmediatamente desapareció la mesa con todo lo que en ella había, y la muchacha quedó alegre y contenta pensando que ya no padecería más hambre.

Por la noche, cuando regresó a su casa con la cabra, encontró un plátano con comida que sus hermanas le habían dejado y que ella no probó.

Al otro día, volvió a salir con su cabra sin llevarse el par de mendrudos que le daban. La primera y la segunda vez que esto hizo, sus hermanas no pararon mientes en ello; pero al ver que todos los días era lo mismo, llamóles la cosa la atención y se dijeron:

—Lo que hace Dosojitos no es natural; antes devoraba cuanto le dábamos y ahora no quiere llevarse la comida. Eso indica que come en otra parte.

Y para averiguar la verdad, convinieron en que Unojito acompañara a Dosojitos cuando ésta fuese a apacentar la cabra, y viera lo que sucedía y si alguien le daba de comer y de beber.

Al levantarse Dosojitos a la mañana siguiente, acercósele Unojito y le dijo:

—Quiero ir contigo al campo y ver si la cabra come bien. Pero Dosojitos, que comprendió la intención de su hermana, llevó la cabra a un prado de alta hierba, y apartándosela con Unojito, dijole:

—Vamos a sentarnos ahí; te cantaré algo.



UNA SILUETA FINA ES Elegante

EL AUTO-MASAJE CON EL

HEWA SAUG-ROLLER
ELIMINA OBESIDAD, DIABETES, REUMATISMO, GOTA
Y ARTERIOSCLEROSIS.

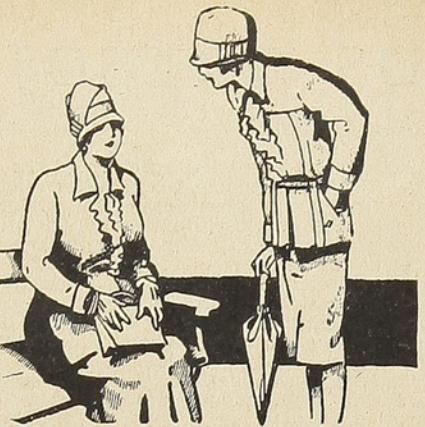
FÁBRICA DE ARTICULOS DE GOMA
DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048

CASILLA 3665

C. BOLDRIAM
CASILLA 3483

Una
Silueta
Elegante
y Esbelta



no sólo es un signo de belleza, sino también de buena salud. La gordura excesiva indica siempre trastornos del organismo, que a la larga resultan sumamente perjudiciales.

Para reducir la obesidad, sin temer efectos perjudiciales sobre el corazón, tómense las

TABLETAS PARA ADELGAZAR "KISSINGA"
que no contienen yodo ni glándula tiroides, y están preparadas con las sales termales de Kissingen. (Alemania).

Para evitar el estreñimiento crónico, de que padecen tantas personas, cuide Ud. de que su intestino funcione correctamente, tomando las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA"
que son el laxativo más agradable para uso continuado.

Píldoras laxantes. Base: Sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Estr. cáscara sagrada, Corteza frangul; Sapo medio. Tabletas para adelgazar. Base: sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Estr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

Sentóse Unojito, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada a tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y su hermana empezo a cantar:

Unojito, ¿velas? Unojito, ¿duermes?

Unojito cerró su ojo y se quedó dormida; entonces Dosojitos, viendo que aquella no podría enterarse de lo que ocurría, pronunció las palabras mágicas:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

Y cuando se hubo hartado de comer y de beber, dijo:

Cabrita, cabrita, quita la mesita,

Y la mesita desapareció.

TARIFA DE SUSCRICIONES DE LAS REVISTAS QUE EDITA LA EMPRESA "ZIG-ZAG"

	EN EL PAÍS		AMÉRICA, ESPAÑA Y E. E. U. U.		EUROPA	
	Anual	Semes- tral	Anual	Semes- tral	Anual	Semes- tral
	\$	\$	\$	\$	\$	\$
"Zig-Zag" . . . (Semanal)	46.00	24.00	63.00	33.00	75.00	40.00
"Sucesos" . . . "	38.00	19.50	54.00	28.00	62.00	32.00
"El Peneca" . . . "	13.50	7.00	18.00	10.00	21.00	12.00
"Los Sports" . . . "	28.00	14.50	39.00	20.00	44.00	23.00
"Don Fausto" . . . "	18.00	9.50	29.00	15.00	34.00	18.00
"Para Todos" (Quincenal)	28.00	14.50	39.00	20.00	44.00	23.00
"Familia" . . . (Mensual)	20.00	11.00	26.00	14.00	30.00	16.00

PRECIOS EN MONEDA CORRIENTE CHILENA

Dosojitos despertó entonces a su hermana, diciéndole: —Querías vigilar y te has dormido, de modo que la cabra hubiera podido escaparse. Vámonos a casa.

Dosojitos dejó, como de costumbre, intacta la cena que le dieron, y Unojito no pudo explicar por qué aquella no comía, y para disculparse declaró que se había dormido.

A la mañana siguiente, la madre encomendó la vigilancia a Dosojitos a Tresojitos, diciéndole:

—Es preciso que veas si tu hermana come fuera, pues en casa es donde ha de comer.

Salieron las dos muchachas, diciendo Tresojitos a su compañera:

—Quiero acompañarte para ver si la cabra come bien.

Dosojitos, comprendiendo la intención de su hermana, llevó la cabra a un prado de alta hierba y dijo a Tresojitos:

—Sentémonos ahí; te cantaré algo.

Tresojitos sentóse, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada a tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y Dosojitos cantó:

Tresojitos, ¿velas?

Pero en vez de cantar "Tresojitos, ¿duermes?", dijo distraídamente:

Dosojitos, ¿duermes?

Con lo cual cerraron solamente dos de los tres ojos de la hermana, mientras el tercero, del que nada había dicho la canción, permaneció despierto; pero Tresojitos, para disimular, lo cerró también, aunque de modo que pudiera ver lo que sucedía.

Dosojitos, creyéndola dormida, pronunció las palabras:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

Y comió y bebió a su placer, mandando luego que la mesa desapareciera.

Después despertó a su hermana, y al llegar a casa poco cenó.

Tresojitos explicó a su madre lo ocurrido, diciéndole cómo había aparecido y desaparecido la mesa, llena de manjares exquisitos, mucho más exquisitos que los que ellas comían en su casa, y añadiendo que lo había visto todo, gracias a que de los tres ojos que tenía sólo dos se habían dormido al canto de su hermana, permaneciendo despierto el tercero, el situado en medio de la frente.

En vista de ello, la envidiosa madre llamó a Dosojitos.

—¿Conque quieras vivir mejor que nosotras?, le dijo. Pues ya verás como se te quitan las ganas.

Y empuñando un cuchillo, clavóselo en el corazón a la cabra, que cayó muerta.

Dosojitos, al ver esto, salió desesperada de la casa y en el campo derramó sus más amargas lágrimas. En esto, se le apareció nuevamente el hada y le preguntó por qué lloraba.

—¿Cómo no he de llorar!, respondió la niña. Mi madre ha matado la cabra que todos los días, cuando le decía las palabras que vos me enseñasteis, ponía delante de mí la mesa cubierta de ricos manjares; ahora volveré a pasar hambre y a pensar.

—Voy a darte un buen consejo, repuso el hada; pide a tus hermanas que te den las entrañas de la cabra muerta y entierras delante de la puerta de tu casa. Con ello serás feliz.

Desapareció el hada, y Dosojitos, de regreso en su hogar, dijo a sus hermanas:

—Queridas hermanas, dadme algo de mi cabra; no pido ningún pedazo de los buenos, sólo las entrañas.

—Si no es más que esto, lo tendrás, le respondieron sus hermanas riendo.

Y Dosojitos cogió las entrañas y por la noche enterrólas sigilosamente delante de la puerta de la casa, tal como el hada le había dicho.

A la mañana siguiente, cuando despertaron y salieron a la puerta, vieron un árbol magnífico, maravilloso, con las hojas de plata y los frutos de oro; no podía darse cosa más preciosa en todo el mundo. Nadie supo cómo había crecido ese árbol durante la noche, y únicamente Dosojitos observó que había nacido de las entrañas de la cabra, porque se alzaba precisamente en el sitio en que aquellas habían sido enterradas.

—Hija mía, dijo la madre a Unojito, sube al árbol y arranca algunas frutas.

La muchacha encaramóse al árbol; pero así que quiso coger las doradas manzanas, escapósele la rama de entre las manos, repitiéndose esto tantas cuantas veces intentó apoderarse de la fruta; de suerte que todos sus esfuerzos fueron inútiles. Entonces la madre dijo a Tresojitos:

—Sube tú, que con tus tres ojos podrás ver mejor que Unojito.

Bajó ésta y subió aquélla; pero le sucedió lo que a su hermana: por más que miró, las manzanas de oro se le escapan.

Impaciente la madre, subió ella misma; mas tampoco pudo lograr su propósito.

—Probaré yo, dijo Dosojitos; tal vez sea más afortunada que vosotras.

—¡Quién, tú!, exclamaron las dos hermanas. ¡Vaya unas pretensiones!

Sin embargo, la muchacha, sin hacerles caso, subió al árbol y las manzanas no sólo no huyeron del alcance de sus manos, sino que se le acercaron por si mismas, de modo que Dosojitos pudo llenar con ellas su delantal.

La madre se las arrebató, y tanto ella como sus hermanas, en vez de tratar mejor a Dosojitos, la miraron con mayor envidia y la trataron con más dureza.

Sucedío un día que mientras toda la familia estaba al pie del árbol, aparecióse por allí un jinete joven.

—Escondete en seguida, Dosojitos, gritaron las dos hermanas al mismo tiempo que echaban sobre ella una cuba vacía, debajo de la cual metieron también las manzanas de oro que poco antes Dosojitos había cogido.

Aceróse el jinete, que era un guapo mancebo, y deteniéndose asombrado junto al árbol de hojas de plata y frutos de oro, habló así a las dos hermanas:

—¿De quién es ese árbol? Quien me diera una rama de él, podría pedir en cambio cuanto quisiera.

Unojito y Tresojitos contestaron que el árbol era suyo y que de buen grado arrancarían una rama para regalársela; pero por más esfuerzos que hicieron no lograron su objeto, porque las ramas y los frutos se apartaban cada vez que intentaban cogerlos.

—Es muy raro!, exclamó el desconocido. Decis que el árbol os pertenece, y no tenéis poder para arrancar una de sus ramas.

Pero las dos hermanas sostuvieron que el árbol era suyo.

En esto, Dosojitos, desde dentro de la cuba, tiró dos manzanas de oro que fueron a parar a los pies del caballero; la pobre muchacha estaba resentida porque sus hermanas no habían dicho la verdad.

El joven quedóse admirado al ver las dos manzanas y preguntó de dónde procedían; Unojito y Tresojitos respondieron que tenían otra hermana, pero que no podía presentarse porque no tenía más que dos ojos, como el común de los mortales.

El caballero quiso verla y la llamó.

Entonces Dosojitos salió animosamente de debajo de la cuba, y el joven, asombrado de su mucha belleza, le dijo:

—Dosojitos, ¿puedes arrancar para mí una rama del árbol?

—Ciertamente que puedo, porque el árbol es mío.

Y encaramándose ligera, arrancó con gran facilidad una rama de hojas de plata y frutos de oro y se la entregó al caballero.

—¿Quéquieres en cambio?, preguntó éste.

—¡Ay!, exclamó Dosojitos. Padeczo hambre y sed y toda clase de sufrimientos desde que amanece hasta muy entrada la noche; si quisieras llevarme contigo y salvarme, me consideraría feliz.

El joven hizo montar a Dosojitos en su caballo y se la llevó al castillo de su padre, en donde le dió buenos vestidos y comida y bebida a su placer; y como se prendó de ella, quiso hacerla su esposa, celebrándose la boda en medio de la mayor alegría.

Cuando el caballero se llevó a Dosojitos, las hermanas de ésta sintieron gran envidia de su felicidad; pero se consolaron pensando: "De todos modos, aquí se queda el árbol maravilloso, y aunque no podamos arrancar sus frutos, la gente vendrá para verlo y se detendrá admirada, y quién sabe si será nuestra fortuna".

Pero a la mañana siguiente el árbol había desaparecido, desvaneciéndose con ello sus esperanzas.

En cambio, Dosojitos, al asomarse a la ventana de su cuarto, pudo ver, con la natural alegría, que el árbol estaba allí, delante del palacio.

Dosojitos vivió largos años contenta y dichosa. Un día llegaron al palacio dos pobres mujeres pidiendo limosna, y en ellas reconoció Dosojitos a sus hermanas Unojito y Tresojitos, las cuales se habían visto reducidas a tan miserable estado, que tenían que ir mendigando de puerta en puerta un pedazo de pan.

Dosojitos las acogió cariñosamente, y fué tan bondadosa con ellas, que las dos se arrepintieron de todo corazón del mal que en su juventud habían hecho a su hermana.



Semejante a un presente
encantado de época
medieval, el

JABON DE ROSS

(Certificado Puro)

comunica a quien lo
use. Juventud.
Lozania y perfume
de jardines eternos

EL NIÑO DE LA BOLA

Por PEDRO A. DE ALARCON

Pero entre combatir el error y hacer lo que ahora me dices; entre predicar uno sus ideas filosófica o traer al matadero a un hombre de bien, hay mucha, muchísima distancia... Repito que no voy a la Sierra.

—Pues ¡no vayas! —exclamó Vítriolo con sumo desprecio. — Yo me las compondré sin ti.

—¿Irás tú mismo a buscar a Arregui? — pregunto irónicamente Paco Antúnez.

—Así pudiera cerrar la botica! Pero estoy solo, y no puedo moverme de aquí ni de día, ni de noche. Por lo demás, ten entendido que yo soy el único hombre de este pueblo que no le teme al Niño de la Bola.

—Dos o tres veces te he oido ya decir eso mismo... ¿Quieres explicármelo?

—Tiene muy poco que explicar. ¡No le temo porque soy cobarde!

Y, al hablar de este modo, Vítriolo se erguía con especial orgullo.

—¡Gran verdad has dicho! — exclamó Antúnez. — El mundo es patrimonio de los que no pelean; o, más bien, de los que no dan la cara... No hay quien corra menos peligros que un cobarde... ¡El desprecio de los valientes les sirve de escudo!... En fin... ¡Allá tú! Yo me retiro con tu licencia.

El boticario suspiró melancólicamente, y murmuró como hablando consigo mismo:

—Hay pocas naturalezas cabales!...

—¡Pocas! — repitió Antúnez.

—Con todo, ¡por algo seré yo vuestro jefe!

—Ya lo creo... ¡Y aún por algo!

—¿Estás pesaroso? — interrogó vivamente el farmacéutico. — ¿Piensas tú también abandonarme?

—Sí; pero es porque me voy a almorzar... — contestó el discípulo mayor sonriendo con expresión indefinible.

Y se marchó muy despacio, dejando sumido a Vítriolo en dolorosas meditaciones.

El resto de la mañana, fué, cual si dijéramos, una ampliación de la tertulia que hemos presenciado en la puerta de la botica. Tan luego como el vecindario acabó de almorzar, llenóse otra vez la plaza de corrillos y de paseantes, cual si allí se celebrara la gran fiesta del día, y no en el barrio Santa María de la Cabeza. Contra la inveterada costumbre, muchas personas principales del pueblo, y desde luego todos los hombres de armas tomar o aficionados a ruidos y reyertas, dejaron de asistir a la solemne misa que en aquel instante se cantaba en la parroquia gobernada por don Trinidad Muley. — ¡A qué ir — parecía decirse la gente, — cuando sabemos que Manuel Venegas está encerrado en su casa? — No apartaban, pues, los ojos de aquello mudos balcones o de aquella inexorable puerta los grupos diseminados acá y allá, y hasta los mismos paseantes volvían la cabeza a cada momento para ver si daba señales de vida el albergue del infeliz recién llegado. Tenía aquello algo de la expectativa del público en una plaza de toros, cuando los aficionados bullen todavía en el circo, esperando a que se anuncie la salida de la fiera para quitarle de en medio y dejar a otros el cuidado de hacerle frente... O, más bien, era un caso igual al de los antiguos torneos... ¡Manuel y Antonio estaban como obligados a optar entre la pelea y la deshonra! ¡Sangre o rechisla!, parecía ser el estribillo del coro.

Llegó la hora de comer, las dos de la tarde, sin que se hubiese movido ni una mosca en casa de Venegas, no obstante haber estado dos veces llamando al portón el ama de don

Trinidad Muley y otras dos un acólito de la parroquia de Santa María, y el público se retiró de la plaza...

Pero no habían transcurrido veinte minutos, cuando ya se hallaban de vuelta algunas personas... (Parcas fueron en el comer, o poco abastecida estuvo la mesa!) Otras regresaron algo más tarde. Acudió, por añadidura, mucha gente que no había estado allí por la mañana; y, con todo ello, la plaza acabó por parecer un animadísimo campamento... ¡Baste decir que varios mozos, hasta algunos sujetos muy formales, habían ya de su firme propósito de no ir a la procesión si veían que Manuel Venegas no concurría a ella, y de pasar allí el resto de la tarde!...

De pie a la puerta de su tienda de campaña, el general de aquel ocioso ejército, quería decir de pie a la puerta de su botica, el intrépido Vítriolo se restregaba las manos, al ver que todos, por comisión o por omisión, estaban secundando su plan de batalla, y, a mayor abundamiento, daba instrucciones a sus ayudantes de órdenes para que sembrase entre los corrillos las ideas más conducentes al triunfo de la ira sobre la paciencia, o, como él decía, "al triunfo de la razón sobre las preocupaciones".

De pronto cundió por toda la plaza una noticia que revolvió y barajó los grupos, formando otros nuevos y más numerosos, en que ingresaron hasta los paseantes... ¡Pepa la peinadora acababa de cruzar por allí diciendo que venía de rizar el pelo a la señora de Arregui en forma de tirabuzones iguales a los de la forastera, y que en aquel momento la dejaba vistiéndose de tiro largos para ir a la procesión en compañía de su madre!

Con las tentadoras facilidades que ofrece nuestra Casa
PUEDE UD. AGASAJAR SU HOGAR

PIANOS

Steinway & Sons, Hamburgo.
Bluthner - C. Bechstein-Roenish.
J. & P. Schiedmayer - E. Seiter.
Albert Fahr - HOUWEDE.

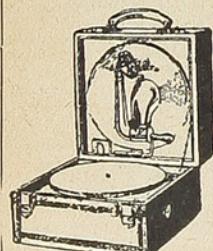
Que resumen la totalidad de los perfeccionamientos mecánicos y acústicos, logrados en la preparación de cada instrumento.

AUTO-PIANOS

J. & C. Fischer - Ed. Seiter.
Armstro - Playtone.
Roth - Bros.

ELECTRICOS

J. & C. Fischer - Ampico
Steinway & Sons - Welte
Hupfeld con Jazz-Band.



"Decca", el fonógrafo portátil ideal para excursiones.



LA CASA MAS ANTIGUA EN CHILE. 63 AÑOS DE EXPERIENCIA LA COLOCAN EN PRIMER TERMINO ENTRE LOS IMPORTADORES DEL RAMO



Siempre novedades en
baillables y canciones.

SUCESORA OTTO BECKER LDA.

LA CASA PERMANECE ABIERTA LOS SABADOS TODO EL DIA.

SANTIAGO - Ahumada, 113
VALPARAISO - Esmeralda, 205



EMOSTYL D.ROUSSSEL

M. R.

FÓRMULA
SANGRE HEMOPÓYETICA TOTAL
CLICEROFOSFATO DE SOSA



DE VENTA EN
TODAS LAS
FARMACIAS

TONICO PODEROJO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS-ANEMIAS
CONVALESCENCIA-CRECIMIENTO-DEBILIDAD
RAQUITISMO-CLOROSIS-EMBARAZO-LACTANCIA

No habían empezado los comentarios acerca de este grave acontecimiento, cuando ocurrió otra novedad, que puso el colmo a la agitación de la muchedumbre... La puerta de la casa de Manuel Venegas se acababa de abrir, y Basilia, su ama de gobierno, estaba en el portal notificando al público que el hijo de don Rodrigo Venegas había comenzado a arreglarlo, también para ir a la procesión del Niño de la Bola!

La alegría, el miedo y el entusiasmo de la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja y sibidos y carreñas de los pílluelos; advertido lo cual por el Alcalde, y temiendo un motín o cosa parecida, aconsejó a todos, "por honor de aquella ciudad, antigua colonia fenicia y romana, y posteriormente corte de no sé qué rey moro, que se transladaran a la carrera de la procesión, donde parecía más natural que estuviesen reunidas aquella tarde las personas decentes, y que allí esperasen con la debida compostura la llegada de su querido paisano Manuel Venegas, quien no dejaría de alegrarse mucho de poder salir de su casa como un hombre serio y formal, y no entre aquella especie de rebullido..."

Penetraron de estas razones los agitados grupos, y casi todos se disolvieron, o, mejor dicho, se encamaron en masa hacia la parroquia de Santa María, cuyas alegres campanas anuncianaban ya con su primer replego que apenas faltaba una hora para la procesión...

Sigamos nosotros al turbón de la gente, y transladémonos también a aquel apartado barrio, donde encontraremos muchas personas conocidas.

II

LA PROCESION

Era una hermosísima y apacible tarde en la primavera, vestida de andaluza, llenaba el cielo de esplendores y sonrisas, de cálidos besos el sosegado ambiente, y de frágiles rosas, no sólo todos los huertos y balcones de la ciudad, sino también el lustro-

so peinado de las doncellas y las manos de sus felices o desgraciados amadores.

Todavía faltaba media hora para la salida de la procesión, y la calle de Santa María de la Cabeza, a cuyo extremo inferior se hallaba situado el templo del mismo nombre, estaba ya hecha un patio del cielo, una antecasa de la gloria, un verdadero Empíreo... tal y como los nietos de Adán y Eva nos imaginamos y solemos representar semejantes excesitudes desde nuestro confinamiento terrestre...

Quiero decir con esto que todas las ventanas tenían grandes colgaduras de coco, de zaraza, de filipichín hasta de damasco, en las cuales era fácil reconocer las colchas de novios de muchas generaciones, mientras que el suelo de la prolongada calle y de toda la carrera que había de llevar la procesión veíase alfombrado de verde juncia, de amarilla gayomba, de olorosos mastranzos y de otras campesinas hierbas... Las campanas de Santa María replicaban gozosamente por segunda vez, anuncianando que ya se acercaba el momento solemne... Cohetes voladores reventaban a docenas en los aires, como notificando a los demás planetas lo que ocurría en el nuestro... y el tambores de la Milicia Nacional daban golpes y redobles de atención y llamada, que hacían subir de punto la general expectativa.

Todas las ventanas y azoteas, y aun los mismos oblicuos tejados, estaban llenos de gente, sobre todo, de mozas aderezadas y carillimpias, habiéndose reservado los balcones para las señoritas y señoritas del centro de la ciudad, que ya ostentaban en ellos sendas mantillas o tocas de Almagro, peinados a la francesa y demás distintivos de su elevada alcurnia.

En la calle no se podía echar un alfiler; tan atestada se veía de artesanos vestidos de nuevo, de jornaleros vestidos de limpío y de caballeretes vestidos de moda. Hasta los regidores habían abandonado los campos, y entraban desde allí, apoyados en sus azadas, como dispuestos a volver a la interrumpida tareta en cuanto presenciaran el paseo triunfal del Niño de Dios. Algunos militares re-



Segura, Inofensiva, Rápida para
aliviar la Grippe y los Resfriados

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

No puede saberse nunca cuando va a venir un catarro. Pero si podemos saber cuando se va a ir, tomando las tabletas de FENALGINA. Un catarro no debe realmente alarmarnos, pero hay que atenderlo porque rápidamente puede convertirse en una bronquitis, o en una pulmonía mortal si no se cura a tiempo. Un resfriado, por fuerte que sea, desaparece en una noche si se toma FENALGINA.

En cuanto se sientan los primeros síntomas de un resfriado —picor en la garganta, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tomense 1 o 2 tabletas de FENALGINA.

Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita.
Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTA SUBSTITUTOS. EXIJA SIEMPRE QUE LE DEN

DHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniatada.
Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

tirados (entre los cuales descolaba nuestro capitán) lucían su irreemplazable uniforme de la guerra de la Independencia, y a fe que era grato verlos embutidos en sus casacas de altísimo cuello, provisto de sudadero, que les rozaba la coronilla, con la ancha capota o larga charretera emplinadas sobre los hombros, con el inflexible corbatín de ballena impidiéndoles fijar los ojos en el género humano, y con su morrón de carrilleras y descomunal campana, que no habría podido soportar el propio dios Marte... Por último, los bulliciosos chicuelos y los circunspectos milicianos (o sea los nacionales, que era como se llamaban allí entonces) se apifaban en el atrio y gradas de la iglesia, para servir aquéllos de vanguardia y éstos de escolta a la venerada efigie del Niño Jesús, en tanto que el sol, enfilando de lleno la calle al bajar a Poniente, daba a todas aquellas cosas divinas, humanas y pueriles, un carácter glorioso, triunfante, santo, que, si distaba muchísimo de la beatitud eterna, diferenciábale también algo de las cotidianas luchas de esta vida.

La forastera, con traje negro, mantilla blanca y muchas joyas de escaso valor, ocupaba el balcón principal de una de las mejores casas de aquel barrio, balcón enorme, con balaustradas de madera color de chocolate, que podía contener quince a veinte personas. Hallábanse, pues, también allí don Trajano, su esposa y todos sus tertulios, excepto nuestro amigo Pepito, que se contoneaba en la calle, frente de aquella casa, para que la madrileña lo viese navegar por el mundo como todo un hombre y admirara de lejos su frac de tijera (refundición del único que había tenido su buen padre), su pantalón de color avellana, su corbata celeste, su chaleco de mil flores y su colosal sombrero de copa... El pobre ingenio parecía un mico vestido de máscara!

A don Trajano Mirabel le había dado aquella tarde por hablar de política, y traía maledicido a otro señor de su edad, también moderado acérreo, que solía formar parte de su tertulia; pero ni éste ni nadie tenían ya atención para otra cosa que para mirar a una he-

chicera mujer, adornada asimismo con mantilla blanca, que acababa de presentarse y tomar asiento en un balcón del entresuelo de la casa de enfrente.

—Es usted afortunada! —dijo doña Tecla a la prima del marqués. —Toda la tarde vamos a estar viendo a la Dolorosa! ¡Allí la tiene usted... con una mantilla como la suya!... ¡Jesus María, y cómo la mira la gente! ¡Ni que ella fuera la procesión!

En efecto: Soledad estaba allí, donde menos se esperaba, en una casa humilde, en aquel peligroso balcón, tan cercano del piso de la calle... ¡Casi confundida con la multitud, cuando habría podido disponer de todas las casas y de todos los balcones del barrio!

—Qué temeridad! ¡Qué imprudencia! —decían algunos. —¡Elegir ese sitio, estando en el pueblo el Niño de la Bola, y sabiendo que viene tan irritado!...

—Qué falta de consideración! ¡Qué descozo! —añadían algunos. —¡Andar de festejas estando ausente su marido! ¡Constando que el otro piensa venir aquí!

—Confesemos que es muy valiente! —reponían los más tolerantes. —¡Ella misma se lanza a la cabeza del toro! ¡Mirad qué cara tan serena y tan hermosa! ¡Mirad qué sonrisa tan altanera! ¡Mirad qué ojos! ¡Ninguna inquietud se lee en ellos! Y, sin embargo, ¡bueno andará su corazón!

—Esa, esa es la Dolorosa! —exclamaba al mismo tiempo don Trajano, dirigiéndose a la prima del marqués. —¡Este golpe la retrata de cuerpo entero! ¿Sabe usted a qué viene aquí? —A desarmar a Manuel con su presencia; a hacerle apetecer una paz vergonzosa para Antonio Arregui; a jugar el todo por el todo! Ya dije a usted anoche que Soledad ama... hasta cierto punto, al intrépido Venegas. Yo soy viejo y conozco el pecado.

—Es usted atroz! —contestó agriamente la cortesana, cuál si el jurí consulto la huésped sorprendido recorriendo con la imaginación, por cuenta de Soledad, aquel sendero pacífico, criminal y delezoso.

Y luego añadió, quitándose los lentes:

—Pues, señor, declaro que esa mujer vale más de lo que yo me figuraba!... Aunque viste con mediano gusto y tiene una expre-

sión hipócrita que da miedo, es muy bonita, muy graciosa y hasta muy interesante...

—Que si lo era!... Permitasenos describirla por última vez... Permitasenos decir a qué extremo de hermosura había llegado la que conocimos inocente niña y púdica doncella, cuando la vemos ya convertida en mujer de veinticinco años, esposa y madre.

Soledad no pertenecía a la raza de las estatuas griegas. Su hermosura tenía más de gótica que de pagana, más de romántica que de clásica, más de la creación de Schiller que de las de Ovidio, más atributos, en fin, de dama que de diosa. Así y todo, su conjunto era un primor de gracia, cuyas suaves líneas fluctuaban a veces entre la curva y el angulo, dando mayor realce a los verdaderos hechizos femeninos. Ni se admiraba sólo la forma en aquella exquisita figura: la misma materia, cosa indiferente en la belleza gótica, tenía en Soledad atractivo, y hablaba por si propia a la imaginación. Era, en resumen, una de esas mujeres finas y nerviosas (a quienes erróneamente se suelen llamar espirituales o ideales), cuyos encantos corpóreos no se limitan al dibujo, al modelado exterior, a la belleza plástica, como en las bellezas olímpicas, sino que residen y se aprecian en la totalidad del ser físico, en su indole y naturaleza, en la calidad de la masa, así en lo que de ellas puede ver el escultor, como en lo que adivina el fisiólogo: mujeres verdaderamente materiales y terrenas, mucho más humanas que esas macizas cariátides sin magnetismo, que parecen modelos de contorneada arcilla: elásticas serpientes, en fin, de piel dócil y lúbrica, de carnes preciosas y delicadas, de huesos cálidos y endebles, de sangre rápida y fluida, que viven y huelgan en el fuego, como se cuenta de las salamandras!

El rostro de la Dolorosa acrecía el profundo interés y ardiente curiosidad que ya despertaba en el ánimo de la traza de su languidez y voluptuosa contextura. Aquella palidez inalterable y llena de vida; aquellos ojos amantes y activos a un propio tiempo; aquellos labios sensuales y desdenosos; aquel sentimentalismo del concierto de sus facciones, tan incompatible con la adocenada vida que llevaba pacientemente la casual esposa de un hombre vulgar, o, cuando menos prosaico:

todas estas contradicciones de su ser y de su existencia, expresadas vagamente por el semblante, hacían que la callada joven cautivara la imaginación y el deseo, como trágica y misteriosa esfinge, guardadora de peregrinos secretos.

Dicho se está que casi ninguna de estas sublimidades pasaban por las mentes a aquellos semiáfricanos que devoraban con la vista a Soledad; mas no por ello se les oscurecía la substancia de cuanto acabamos de expone, ni envidiaban menos, en hipótesis, al feliz mortal que sacase de su forzosa perdurable apatía a la malograda heroína de amor, lo cual equivale a decir que envidiaban el futuro contingente a nuestro amigo Manuel Venegas, presunto dueño efectivo de aquel corazón encarcelado.

Por lo que respecta a Luisa y al señor de Mirabal, estaban muy al tanto de todo, a fuer de doctores en materia de arte, vicio y sentimiento, y profundizaron aquella tarde mucho más allá que hoy mi tosco pluma en el análisis físioco-poético-moral de la Dolorosa.

De pronto advirtióse en los grupos un gran movimiento, que muy luego se propagó a ventanas y balcones, como si ocurriese alguna extraordinaria novedad... ¿Qué motivaba aquél oleaje de la muchedumbre? ¿Iba a salir la procesión? ¿Se había suspendido? ¿Acontecía alguna desgracia?

No; era que Manuel Venegas acababa de aparecer en lo alto de la calle de Santa María; era que avanzaba hacia la parte concurreniente de ella, precedido de una escuadra de bullidores muchachos y escoltado a respetuosa distancia por media docena de valientes de segundo orden; era que llegaba el héroe del día.

Casi toda la gente se apartó de las inmediaciones de la iglesia, y fué extendiéndose calle arriba para gozar más pronto de la presencia del joven sin ventura, el cual marchaba, entre tanto, sosegadamente, sin mirar a nadie, con la cabeza un poco inclinada y dirigiéndose al parecer en agitar con el bastón las olorosas hierbas que alfombraban el suelo.

No podía decirse, sin embargo, que la fuera indiferente el público, cuando tanto se había acicalado y compuesto en medio de sus pe-



CRÈME SIMON
Para la
HERMOSURA de las SEÑORAS
POLVO Y JABON SIMON Paris



nas, para presentarse dignamente a él. Los moros son siempre vanidosos y artistas, y acuden a las batallas con sus mejores ropas y todo el posible boato, viendo tal vez una fiesta en el peligro... La mencionada tarde vestida Manuel como un novio, como un triunfador, no como un hombre que acaba de ser desarraigado de la vida y sólo espera ya marchitarse y morir... Todo su traje era de rica seda negra sin brillo, con alamares del mismo color y muchos botones de plata mate; lucía un magnífico sombrero de Jípíjapa, de forma chamberga, al uso de ultramar; hermosos brillantes relumbraban en sus dedos y en la bordada pechera de la camisa, y pendía de su cuello una larga y muy gruesa cadena de oro, que iba a perderse debajo del ceñidor chino que llevaba a su cintura, sirviéndole, indudablemente, de sostén a un soberbio reloj, digno de tan fastuoso indiano.

Con mayor evidencia hubiera podido asegurarse que nuestro joven, contra su antigua costumbre, llevaba consigo un arma, y que esta arma era un puñal; pues a muy poco que se observaba, veíase dibujar su rígido bulbo bajo la sarga de la chaqueta... Por lo demás, si aquellos viajeros que veinticuatro horas antes le saludaron en lo alto de la sierra vecina lo hubiesen visto en tal momento, habríanse espantado y hasta condolido del profundo cambio que se advertía en su noble rostro. Una horroiosa contracción atrataba todos sus músculos; despedían sus ojos una luz tonta y rojiza como los del león durante la cuartana, y la más lugubre tristeza tendía su velo de muerte sobre aquellas varoniles facciones! ¡Tristeza desesperada y terrible, no quejumbrosa y vehemente como la sed y el anhelo de consuelo, sino fija, muda, petrificada, irremediable, mucho más amenazadora en su serenidad que todos los arrebatos de la ira!

Las gentes de la calle no se atrevieron al principio más que a saludarlo a distancia, diciéndole un "¡adiós, Manuel!", tan natural y corriente como si no hubiesen pasado ocho años desde su última entrevista; a lo cual respondía el joven llevándose la mano al sombrero, sin pararse a ver, de quién se trataba...

Un poco más adelante, ya osaron algunos acercárselle y detenerlo, alargándole la mano y preguntándole por la salud... Eran—decían—antiguos amigos suyos... y entre ellos reconoció a aquel matón a quien tuvo que romper el brazo derecho. Otros se denominaron sus condiscípulos... (cuando sabemos que nuestro héroe no había asistido a más escuela que al despacho de don Trinidad Muñoz!). Y hasta hubo algüeltu que se le presentó a título de hermano de leche, ignorando, sin duda, que el joven fué amantado por su propia madre.

Manuel contestaba a todos en las menos palabras posibles, y seguía su interrumpida marcha; pero rara vez dejaba un grupo, para entrar en otro, sin preguntar antes al oído a la persona que le inspiraba mayor confianza:

—Dígame usted, ¿cuál es Antonio Arregui? —No está aquí... no ha venido... Dicen que se marchó ayer... Se le aguarda de un momento a otro...—le habían respondido ya cuatro interrogados, con un aceleramiento y un temblor que denotaban complicidad mental con el pavoroso alcance de la pregunta.

A todo esto, penetraba ya nuestro protagonista en lo más concurrido de la calle, o sea en el trozo de ella que había de recorrer la procesión, la cual se dirigía luego por una calle transversal en busca de cierta antigua mezquita, a la sazón ayuda de la parroquia, donde tendría término la fiesta...

Las mujeres más presumidas echaban todo el cuerpo fuera del balcón para verlo pasar... Pero él no había levantado la cabeza ni una sola vez. Indudablemente no sabía, ni podía oírse, que Soledad hubiese ido a la procesión... que estuviese algunos pasos más allá... que pronto la vería, después de ocho años de ausencia, no separados ya sus corazones por las olas del Océano, sino por otro abismo más profundo!

El alaudo Venegas miraba únicamente a la calle, a los hombres, buscando a aquel Antonio Arregui a quien no conocía, pero a quien jugaba obligado a hacerle frente, a presentarse en aquella palestra, a concurrir al duelo público para que fué aplazado ocho años antes en términos generales y colectivos, y cuya citación le habrían notificado personalmente todos los hijos de la ciudad el día que se atrevió a casarse con la Dolorosa.

Manuel iba allí como mantenedor de aquel desafío. ¡Caso de honor era para él amenazarlo con acudir a la demanda, no ocultarse, no obligar al provocador a ir a buscarlo en su escondite!

Entiéndese bien que nada de esto lo decímos nosotros; el público y el propio Manuel eran los que discurrían así aquella tarde. Por lo demás, todos seguían parando y saludando al intrépido joven, sin atreverse a tocar las heridas de su corazón, pero aventurándose ya a dirigirle preguntas azas imperitantes...

—¿Conque vienes tan rico? —habiale, por ejemplo, interrogado alguno.

Manuel sonrió desdichosamente, y no se dignó contestar.

Entonces le habló de usted la misma persona, preguntándole:

—¿Y vienes usted por mucho tiempo?

—¡No sé! —contestó el desgraciado, volviéndole la espalda.

Algunas personas graves y de posición incurrieron también en la debilidad de acercárselle a curiosear en su dolor, en su deseperación y hasta en su bolsillo.

—Es menester que nos ayudes a gobernar la población—dijo un concejal—y que para ello compres fincas que te den la calidad de elegible. El Ayuntamiento necesita hombres como tú... ¿Te atreverías con la cortijada del Morisco? ¡Cien mil duros piden por ella...

—Muchas gracias. Veremos... —respondió Manuel.

—¡Yo me comprometo a hacerte alcalde! —exclamó otro regidor; el mismo, según noticias, que había ofrecido aquella vara a Antonio Arregui.

Manuel saludó con finura.

—Pero antes —dijo un tercero, apuntándose ya al corazón— será preciso que te establezcas, que tomes estado, que elijas mujer. Digo, ¡porque supongo que no te has casado por esos mundos!

Venegas lo miró de pies a cabeza, helándolo de terror, y le dijo melancólicamente:

—No sé quién es usted, pero le compadeczo.

Y continuó bajando la calle.

A los pocos pasos vió el joven entre la multitud a nuestro amigo el Capitán, y acto continuo dirigióse hacia él—cosa que no había hecho con nadie—y le tendió respetuosamente la mano, mientras que con la otra se quitaba el sombrero.

El viejo agradeció mucho aquella significativa excepción, y sólo halló fuerzas para decirle, con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Tienes buena memoria!

—Y buena voluntad —le respondió Manuel afectuosamente, apretándole de nuevo la mano.

Y prosiguió su interrumpida marcha, muy complacido de aquel encuentro.

Pasó, en fin, por enfrente del balcón en que se hallaba Soledad; y, como si algún misterioso instinto o fuerza superior lo determinara, se paró maquinamente en aquel punto, eligiéndole para ver desfilar la procesión.

El público lanzó un gran resoplido de contento y de sobresalto.

Y muchas miradas se dirigieron a las bocacalles en demanda de Antonio Arregui, única persona que faltaba ya para que el drama fuese completo...

La forastera, debajo de cuyo balcón se había detenido el joven, seguía entretanto el prolígio estudio que de su figura comenzó a hacer desde que lo vió asomar, y decía a su colega don Trajano, sin quitarse los lentes de los ojos:

—¡Hermoso hombre! ¡Es una estatua vestida de andaluz, bien que no de majo ni de torero!... Los perfiles americanos del traje poetizan mucho su persona... ¡Qué torso! ¡Qué cuello! ¡Qué cara! ¡Es un modelo de belleza masculina! No sé a quién compararlo... Para Apolo es demasiado fuerte, y para Hércules demasiado esbelto... Lo comparé, pues, con el David de Miguel Ángel. ¡Ha estado usted en Florencia?

—No, señora —balbuceó don Trajano, muy confundido, pensando quizás en sus largas piernas y peraltados hombres, que ni en la juventud fueron esculturales.

En el interín, la atención del público había dejado a Venegas para acudir a Soledad.

Esta no se movía ni pestañeaba; parecía mirar al cielo o a los tejados de la casa de enfrente; pero demasiado sabría que Manuel se hallaba allí, delante de ella a pocos pasos de distancia!... Los movimientos de la

muchedumbre; las conversaciones de la calle, que subían hasta el balcón; la madre tristísima, la pobre señá María Josefa, sentada a su lado como una mártir; sus propios ojos, en fin, dotados, según ya sabemos, del don de ver aún aquello que no miraban... se lo habrían dicho desde el primer momento. Mostrábase, sin embargo, enteramente tranquila, y hasta se la vió sonreír graciosamente en contestación a no sé qué cosa que su aribulada madre le dijo en ademán de suplica. ¡Era digna hija de aquel hombre que, sorprendido una tarde por el furibundo Niño de la Bola junto a cierta fuente del campo, no se movió, ni se dió por entendido de su presencia, ni hizo nada para evitar una muerte casi segura!

En esto, y cuando algunas personas estaban ya procurando mañosamente que Manuel alzase la vista y reparase en Soledad, comenzó el tercer repique de las campanas de Santa María; nuevos cohetes volaron y crujieron en el aire; sonó un largo redoble de tambor, seguido del acompañado toque de marcha, y viéronse salir de la iglesia, y formarse, y ponerse en ordenado movimiento, banderas, luces, cofrades, monaguillos... La procesión estaba en la calle.

Aquel jubiloso estrépito, aquel animado y solemne espectáculo, los cantos religiosos que principiaron luego, toda aquella reproducción de escenas de mejores días, impresionó bruscamente a Manuel, haciéndole erguir la cabeza y mirar a todos lados, como buscando aire de vida y de salud para su corazón, que se ahogaba, según lo demostró el hondo suspiro que lanzó al fin de su oprimido pecho...

Y entonces fué cuando el desgraciado vió relucir en el balcón de enfrente la imperturbable figura de Soledad...

¡Era ella!... No cabía duda... Era su cara de ángel!... ¡Eran sus ojos, que no le miraban a él, pero que seguían iluminando y embelleciendo el mundo!... ¡Soledad!... estuvo para gritar el infeliz, loco de dicha, en el primer arrebato de su pasión...

Pero, ¡ay!, no... ¡No era ella! ¡No era Soledad!... ¡Era la mujer de otro hombre; la mujer de un desconocido, llamado Antonio Arregui!... ¡Era la impura renegada del amor! ¡Era la sacrilega que había escapado en mitad del corazón al más fino y consecuente amante! ¡Era la traidora que le había dado muerte por la espalda, en la ausencia, sobre seguro, cuando más confiado y tranquilo batallaba en remotos clímas por obtenerla, por llamarla su esposa, por alcanzar la dicha de ser su esclavo! ¡Era el execrable demonio de su vida! ¡Era la envenenadora de su alma!

Esto decía el rostro de Manuel... Esto decía su corazón, asomándose a los espantados ojos, para ver si efectivamente Soledad se atrevía a estar en aquel balcón, vestida de gala, tomando parte en una fiesta, mostrándose a la luz del sol, ¡después de lo que había hecho!...

Y lo veía y no podía explicárselo... Y el creciente furor de su nunca domada soberbia iba rayando en verdadera locura...

—¿Cómo no temblaba la inicia? Ignoraba que había llegado su juez? ¿No se lo había dicho su madre? ¿No sabía que él estaba allí, enfrente de ella, esperando al imbecil que se creía su esposo, para coserlo a puñaladas delante de todo el pueblo? ¿No sabía que ella misma, su antigua reina y señora; ella, que se dignaba mirarle, y parecía desafiarlo con su indiferencia; ella, que lo seguía insultando con aquella mundana mantilla blanca y con aquella vil hermosura entregada a otro, se hallaba también en el caso de temblar por su propia vida?...

¡Ni a qué tardar! ¡Un salto bastaba para encaramarse al balcón!... ¡El puñal vibraba sediento de sangre a cada latido de su pecho!... Ya lo había apretado varias veces con el brazo contra su corazón, como a un fiel amigo... Además, "Antonio" (que era como le llamaría la perfida) estaba ausente... había huido... Todos acababan de asegurárselo... No era, por tanto, ocasión de pensar en matarlo a él... ¡En quien había que pensar por de pronto era en ella, en la sierpe que seguía azotándole el alma; en aquella insolente y contumaz pecadora que, solazada y divertida en ver pasar la procesión, no se curaba de los oportunos ruegos de su madre ni de las señas con que el mismo público empezaba ya a decirle que corría peligro, que se retirase

de la ventana, que Manuel iba a acometerla de un momento a otro!... ¡Y también había que pensar en aquel mismo obsequioso público, pendiente de las acciones de él; en aquel amable gentío que no dejaba de mirarlo con anticipado asombro; en aquellas tres mil personas esperanzadas en algún arranque extraordinario, digno del hijo de don Rodrigo Venegas, propio del antiguo Niño de la Bola, adecuado a sus amenazas de otro tiempo, en consonancia con la general inquietud que hacía veinticuatro horas reinaba en la población... ¡No más vacilaciones! ¡La fatalidad lo había escrito! ¡Manuel Venegas tenía que matar a la Dolorosa!

Pero la procesión había avanzado mientras tanto, y ya desfilaba entre Soledad y Manuel, incomunicándolos en cierto modo...

Tuvo, pues, el joven que contenerse, sin que por ello cesara su furia...

Y de esta manera vió pasar ante sí, como fantásticas visiones que se mofaban de su amoroso delirio, los históricos estandartes del tiempo de la Conquista, los ciriales da le parroquia, los muiñidores con sus pétigas de metal, las devotas que cumplían promesa yendo descalzas, los labriegos con sus capas de paño de Ohanes, los cañaderos con sus escapularios y veneras, los nacionales con sus morriones colgados a la espalda, los músicos con sus piporros o bajones, los chantres con sus papeles de música, los acólitos con sus incensarios... El Niño de la Bola, el Niño Jesús, el Niño del Dulce Nombre, debía de hallarse muy cerca;... tan cerca, que ya sonaban las argentinianas campanillas de sus andas, ya fulguraban sus cien luces, ya se respiraba el aroma de los pebeteros.

Manuel no había mirado todavía a la linda efigie a quien tanto amó en su niñez y en su adolescencia... En cambio, Soledad no apartaba de ella la vista, recordando sin duda los años en que aquel trono de flores, de frutos y de blancas palomas vivas, donde iba de pie el lujoso Niño, se debía a los exclusivos cuidados y obsequios del hombre que tanto la había amado, que tanto la amaba, que tan infeliz era en aquel instante... Ello es que, con gran asombro de todo el mundo, la hija de don Elias empezó a desconcertarse, a moverse, a aturdirse, y que un ligero temblor agitaba sus ojos y sus entreabiertos labios, cual si estuviese a punto de llorar... ¡Entonces sí que todos la hallaron hermosa! ¡Entonces sí que parecía una Virgen de los Dolores!

La emoción general era también extraordinaria.

El público estaba en uno de esos fugitivos momentos de inspiración y generosidad... Debiérase a la Providencia o al azar, concurría allí tal cúmulo de circunstancias patéticas, que el gran poeta y artista llamado Pueblo había recobrado su majestad soberana y comenzaba a sentir noble y pladiosamente...

Pasaron al fin las andas entre Soledad y Manuel;... y como ella las iba siguiendo con los ojos, y él no separaba los suyos del semblante de la belda, aconteció que sus miradas se encontraron; que se estableció entre ambos jóvenes una corriente invencible de amor y simpatía, y que el presunto matador y la presunta víctima no pudieran ya dejar de contemplarse desatinadamente, con adoración, con fanatismo... Es decir, que vió Manuel a un mismo tiempo, amalgamadas y confundidas, la imagen del Niño Jesús, de su ídolo de tantos años, y la imagen de su otro ídolo caído, de la atribulada Dolorosa, quien había comenzado a llorar desconsoladamente, y que lo miraba a través de un río de lágrimas...

¡Ah! ¡Llorar ella! Era cosa que jamás se había visto y que nunca se hubiera creído. ¡Llorar ella!, se decía asombrado el público... ¡Llorar ella!, clamaban las entrañas del fanático amante, del noble y sensible Venegas, del hombre tierno y generoso, que sólo era fuerte contra el obstáculo, que sólo era duro contra la rebeldía... ¡Llorar su adorada! ¡Llorar por él! ¡Llorar en presencia de tantas gentes! ¡Llorar aunque sólo fuese de miedo! ¡Llorar... acaso de cariño y pena, al verse ligada a otro hombre y aborrecida por el que s'embre fué dueño de su alma! ¡Llorar su querida, estando él en el mundo!

Un alarido de infinito amor, de piedad inmensa, brotó del corazón del hijo de don Rodrigo, y arrebatado por no sé qué heroica locura, que a todos recordó la muerte del padre, el temerario joven se abalanzó hacia el

solar a Soledad, como para que lo perdonase, como para defenderla contra sí mismo, como para arrebatabsela al usurpador, llamado esposo, que daba origen a aquellas lágrimas.

Pero este cambio había sido tan repentino, que la procesión se interponía aún entre los dos amantes... Ya habían pasado las andas... Mas en aquel momento pasaba el palio...

Debajo del palio penetró, pues, el misero, al dejarse llevar de aquel amoroso impulso...

—¡Que la mata! — habían clamado entre tanto mil personas, creyendo que el furor y la muerte iban con Manuel...

Y Manuel, que oyó este horrible grito, ya calmíos; Manuel, que no quiso dejar ni un instante al público en aquel bárbaro error; Manuel, que vió todavía arrodillada mucha gente ante la santa efígie, arrodillóse también de pronto, en medio de su veloz carrera, fingiendo, con la rapidez y la astucia propia de los dementes, un tardío homenaje al Niño de la Bola.

Quedó, por tanto, guarecido bajo el sagrado toldo aquel frenético, que a todos les pareció ya un pecador arrepentido... Así lo decía el ufano semblante de los portadores del palio... Así lo decía la emoción religiosa del concurso... Y como a todo esto la procesión se había parado, contenida y revuelta por tan dramáticos accidentes, hubo tiempo de que la multitud, en renovadas olas, acudiese a contemplar el maravilloso espectáculo que ofrecía aquel hombre salvaje y feroz, aquel que poco antes fué calificado de asesino, aquel furioso que traía asustada desde la víspera a toda la ciudad, postrado ya debajo de las andas del Niño Jesús, abatida la frente, ocultando la faz entre las manos, en aparente actitud de la más humilde penitencia...

En poco estuvo, sin embargo, que se desvaneciera la ilusión del público y se conociese que Manuel no era en aquel instante un pecador contrito, ni mucho menos... Lo decímos porque entonces ocurrió que la madre de la Dolorosa y la dueña de la casa trataron de quitar del balcón a la angustiada joven, próxima a perder el conocimiento, visto lo cual por Manuel desde el suelo, en que mañanamente estaba acechando la ocasión de proseguir su amoroso avance, sintió de nuevo vértigo de furor y de locura, irguíose, no del todo y con mucha cautela, y deslizó un pie en aquella dirección, como un tigre adelantó las manos para dar el salto...

—¡Detenedlo! — exclamaron, hciéndose hacia atrás, las dos o tres personas que, por estar más cerca, pudieron ver que se levantaba. — ¡Detenedlo, que no se ha calado!

Manuel arrojó a los que tal decían una mirada y una sonrisa espantosa, y, sin acabar de erguirse, y volviendo la cara a un lado y otro, como para impedir que lo detuviesen, avanzó resueltamente hacia el balcón...

Peró entonces oyó tronar sobre su cabeza una voz terrible, que le decía con indignado acento:

—¡Adónde vas, desagradecido? ¡Por qué no quieras verme? ¡Qué dano te he hecho yo con amarte?

Y al mismo tiempo vió que una especie de montaña de oro le cerraba el camino interponiéndose entre él y la casa que iba a asaltár.

Era el corpulento don Trinidad Muley, el cura de Santa María, el preste de la procesión, revestido con capa fluvial de tisú de oro y pata, hecha como de molde, para lucir sobre tan amplia y majestuosa figura.

Manuel, en medio de su delirio, lanzó un sollozo de amor y melancolía al encontrarse cara a cara con el digno sacerdote, con su antiguo protector, con su segundo padre, con el ser a quien más debía en el mundo, y le besó las manos y el rostro, entre exclamaciones de entusiasmo y tiernas lágrimas de la multitud.

—¡Déjame! — aparta! — decía entre tanto el experto don Trinidad. — La procesión no puede detenerse! — Te repito que eres un ingrato! — cerrarme la puerta de tu casa! — Desalrarme delante de todo el pueblo!

En el interín, Soledad y su madre habían desaparecido.

—Perdón, señor cura! — balbuceó Manuel, avergonzado de haber ofendido a su bienhechor.

—¡Déjame! — No quiero verte! — replicó don Trinidad, fingiéndose cada vez más furioso.

—No me rechace usted, señor cura... — insistió el joven. — Plíense que soy muy desgraciado! — ¡No aumente mi desesperación con sus desprecios!

—Pues entonces... ¡agárrate y sigue! — contestó su antiguo padrino. — Pero cállate ahora... Aquí no se puede hablar... ¡Séres! ¡Adelante con la procesión!

Y, al decir esto, el párroco alargaba a Manuel un pico de su capa fluvial, de cuya fimbria se cogió maquinalmente aquél pobre enfermo, tan necesitado de verdadero cariño.

Y la procesión se puso en marcha; y en pos de ella iba don Trinidad Muley cantando estentóreamente y mirando de reojo a Manuel para que no se soltase; y en pos de don Trinidad caminaba el terrible joven, asido a la sacra vestidura; y en pos de la rescatada oveja (frase de don Trajano) bullía un genio inmenso, que gritaba:

—¡Milagro! — ¡Milagro!... ¡Viva el Niño Jesús!

—¿Qué diablos es eso? — preguntaban el tanto muchas personas desde los balcones más distantes.

—¡Qué ha de ser! — respondían desde la calle algunas voces. — ¡Que Manuel Venegas iba a matar a la Dolorosa, cuando de pronto ha caído de rodillas debajo de las andas del Niño Jesús, y luego ha echado a andar plácidamente detrás de la procesión!... ¡Mirenlo ustedes! ¡Allí va... cogido de la capa de oro de don Trinidad Muley!

—¡Mentira! — ¡No ha pasado así! — exclamaban los discípulos de Vitrilo y los católicos que ya tenía en aquel barrio. — Lo que ha sucedido es que la Dolorosa se ha echado a llorar al ver a su antiguo adorador, que el padre cura ha dicho a éste cuatro frases por no haberlo querido recibir hoy, y que, de resultas de lo uno y de lo otro, nuestro perdonavidas que ha ido detrás de su antiguo amo, como un doctrina, como un borrego, como el último acólito de la parroquia... ¡Estos son los valientes! ¡Mucho ruldo, y luego... la nada entre dos platos!

—¡Com que ha llorado la Dolorosa! — decía la parte neutra del coro. — ¡Mala señal para Antonio Arregui! — ¡Los primeros amores son los que privan! — ¡Veréis como todo esto concluye por donde debió empezar: por entenderse los dos enamorados, y por irse Antonio Arregui a la Rioja! — ¡Lástima de fábrica! — ¡Ha caído un paño tan bueno y tan barato!

En tal momento, es decir, cuando la procesión estaba ya en la calle de Santa Lúpia, y Soledad y su madre se habían marchado por excusadas callejuelas, y todo parecía terminado por aquella tarde, notóse gran agitación en el fondo de la calle de Santa María.

—¡Antonio Arregui ha llegado! — ¡Antonio Arregui viene! — ¡Antonio Arregui está ahí! — ¡Miradlo...! — ¡Aquel es! — ¡Y qué cara trae! — decían en voz mas o menos baja muchas personas, señalando a un hombre de buena presencia, que avanzaba muy de prisa por en medio de la calle, con la faz descompuesta por la indignación, seguido de algunos pilleos, y fijos los ojos en la casa donde Soledad y la señá María Josefa habían pasado la tarde.

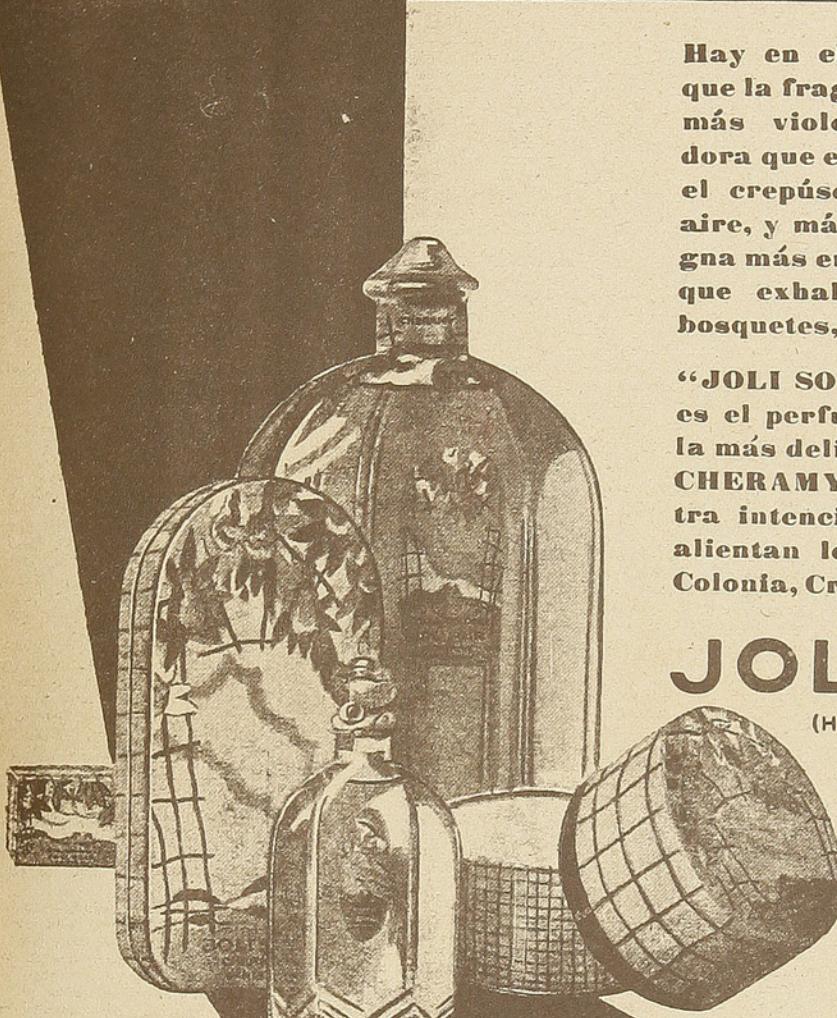
Y entonces fué de ver la maestría con que el público se reparte los papeles y funciona en tales casos sin previo acuerdo. Mientras que unos paraban al furioso ríojoano y le referían exactísimamente todo lo ocurrido, advirtiéndole que su mujer y su madre política se habían marchado ilesas, y rogándole con cierta sorna que fuera prudente y se encerrase en su casa... otros echaban calle arriba a fin de alcanzar a Manuel Venegas y ponerle al tanto de la novedad, con ánimo, sin duda, de acabar también pidiéndole hipócritamente que se dejase de terquedades y trapisonadas y le evitara un desagradable encuentro con el irritadísimo esposo de la infelizada hija de don Elias Pérez...

Por fortuna no faltaron en el concurso algunas almas caritativas mejor aconsejadas, que corrían más que estos últimos y dieron oportunamente cuatro palabras al oído a don Trinidad Muley...

—¡Corred, muchachos! — gritó entonces el cura a los portadores de las andas. — ¡Vamos, vamos!, que está oscureciendo... ¡Más de prisa aún, perezosos! — ¡Basta por hoy de procesión! — ¡Y tú, Manuel mio, no te sueltes! — ¡Este diante de capa pesa mil arrobas, y tú, estas ayudándome a llevarla!

Tomó, pues, la procesión un paso como de fuga. Los de las andas, arrancados incesantemente por don Trinidad, lo atropellaban todo, sin respeto alguno al orden de la comitiva;

El Perfume de una hora deliciosa



Hay en el día un momento en que la fragancia de las flores es más violenta, más embriagadora que en las demás horas: es el crepúsculo. Más puro es el aire, y más límpido, y se impregna más en los mil y mil aromas que exhalan los campos, los bosques, los jardines.

“JOLI SOIR” (Hermosa tarde) es el perfume de aquella hora, la más deliciosa entre todas, que CHERAMY ha captado en vuestra intención. Iguales efluvios alientan los Polvos, Aguas de Colonia, Cremas, Champús, etc...

JOLI SOIR

(HERMOSA TARDE)

CHERAMY

el Perfumista Parisiense

M.R.



CINZANO

VERMOUTH

M. R.